TUS LIBROS



Puck de la colina de Pook

Rudyard Kipling

Lectulandia

Puck, aquel duendecillo del *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, tan travieso como buen chico, vuelve a la tierra para contarnos la historia real de Inglaterra y de los ingleses. Puck, convertido ahora en apropiadísimo introductor de embajadores históricos, presentará ante los ojos asombrados de dos niños unas realidades y acontecimientos que sucedieron en tiempos antiguos, cuando los hombres eran muy distintos. Esta atmósfera de real irrealidad es uno de los rasgos más bellos de este libro, que combina admirablemente la filosofía occidental de la acción con el sentido oriental de lo maravilloso.

Rudyard Kipling

Puck de la colina de Pook

Tus libros - 73

ePub r1.0
orhi 02.11.2019

Título original: *Puck of Pook’s Hill*
Rudyard Kipling, 1906
Traducción, apéndice y notas: Jorge Ferrer-Vidal
Ilustraciones: Harold R. Millar
Grabado del autor: Antonio Hernández

Digital editor: orhi
ePub base r2.1

Índice de contenido



RUDYARD KIPLING (1865-1936)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicada en Londres, por Macmillan, en 1906.
Las ilustraciones, originales del pintor y dibujante inglés, Harold R. Millar, acompañaronal texto de la primera edición.

Capítulo I

La espada de Weland

CANCIÓN DE PUCK

¿Ves esa irregular senda que corre
paralela a los surcos de los trigos?
Ahí fue donde emplazaron los cañones
que al rey Felipe hundieron los navíos[1].

¿Ves cómo gira el viejo molino,
movido por las aguas del riachuelo?
Moliendo grano su escote ha satisfecho
desde que el Domesday Book[2] fue conocido.

¿Ves nuestros bosques de tranquilos robles
y las temidas charcas más allá?
En ellos sucumbieron los sajones
cuando Harold[3] pasó a la eternidad.

¿Ves la llanura en vientos extendida
en donde pasta el buey de roja capa?
Fue la ciudad poblada y conocida
antes que Londres tuviese una casa.

¿Ves después de la lluvia los cimientos
de cisternas y tumbas funerarias?
Tal fue de las legiones campamento
cuando César llegó desde las Galias[4].

¿Ves esa señal fulgente y pálida
como una sombra sobre nuestra tierra?
Son muros que trazó el hombre de piedra
en protección de sus ciudades mágicas[5].

Caminos, campos y ciudades idos,
viejas artes que cesan, paces, guerras,
páramos donde hoy nos crece el trigo:
así, de pronto, nos nació Inglaterra.

Sus tierras y sus aguas son, en fin,
con bosques y sus aires aprendices
de los de Gramayre[6]*, la isla de Merlin,*
donde tú y yo podemos ser felices.

La espada de Weland

Los niños estaban en el teatro representando ante las tres vacas todo lo que podían recordar del *Sueño de una noche de verano*[7]. Su padre les había hecho un extracto de la larga comedia de Shakespeare y lo habían ensayado con él y con su madre hasta que lo aprendieron de memoria. Comenzaron cuando Nick Bottom[8], el tejedor, aparece entre los matorrales con una cabeza de asno sobre sus hombros y encuentra a Titania, reina de las hadas, dormida. Después pasaron a la escena en la que Bottom solicita de las tres pequeñas hadas que le rasquen la cabeza y le traigan miel y concluyeron cuando cae dormido en los brazos de Titania. Dan interpretaba los papeles de Puck y de Nick Bottom y también los de las tres hadas. Llevaba un gorro de trapo acabado en punta, para hacer de Puck, y una cabeza de asno de papel —que se rasgaba si no se manejaba con cuidado—, extraída del interior de un triquitraque navideño, para representar a Bottom. Una hacía de Titania, con una guirnalda de columbinas y una varita de digital.

El teatro estaba en la pradera conocida por el Gran Declive. Un pequeño canal que llevaba agua a un molino situado dos o tres campos más allá, ceñía uno de sus confines y en la mitad de la ladera había un amplio y espacioso círculo de hierba oscura que formaba el viejo escenario donde se reunían las hadas. Las orillas del canalillo molinero se cubrían con matojos espesos de sauce, de avellano y de bola de nieve y proporcionaban lugares adecuados para esperar, antes de que llegase el momento de aparecer en escena; y hasta una persona mayor que conocía los contornos, había afirmado que ni el mismo Shakespeare hubiese podido imaginar escenario más adecuado para representar su obra. Como es lógico, no se les permitía actuar la noche misma del solsticio de verano[9], pero sí les dejaban bajar la víspera, después del té, cuando las sombras comenzaban a caer. Llevaban consigo la cena: huevos duros, galletas *Bath Oliver*[10] y un sobrecillo con sal. Las tres vacas habían sido ya ordeñadas y pastaban sin pausa, produciendo un rumor de hierba desgarrada que descendía a lo largo de la pradera; el ruido del molino sonaba como pies desnudos arrastrándose sobre una superficie endurecida y un cuclillo, posado en el portón de la valla, entonaba su cantar de junio *cu-cu-cú*, mientras un martin pescador volaba desde el canal al río que corría al otro

lado de la pradera. Todo lo demás se cubría de una especie de calma adormecida, espesa, con perfume a hierba seca.

Especie de galletas inglesas duras y generalmente sin sal.

La comedia discurría a la perfección. Dan recordaba todos sus papeles: Puck, Bottom y las tres hadas, y Una no olvidó tampoco ni una sola palabra del de Titania, ni siquiera el difícil fragmento en el que cuenta a las hadas cómo alimentar a Bottom con «albaricoques, higos verdes y zarzamoras», ni los versos concluidos en «íes». Quedaron ambos tan satisfechos que repitieron la obra tres veces, de principio a fin, antes de sentarse en el centro del círculo, limpio de matojos y de cardos, para tomar los huevos y las galletas *Bath Oliver*. Fue entonces cuando oyeron un silbido entre los alisos de la orilla y ambos se pusieron en pie de un salto.

La maleza se abrió. Y en el mismo lugar donde Dan había interpretado a Puck, descubrieron la presencia de un personaje menudo, de tez morena, amplias espaldas, orejas agudas, nariz achatada y ojos azules y oblicuos, que les dirigía una sonrisa que iluminaba su rostro pecoso. Se llevó una mano a la frente como si estuviese observando a Quince, Snout, Bottom y todos los demás, ensayando *Píramo y Tisbe*[11], y con voz tan profunda como la de las tres vacas cuando pedían ser ordeñadas, comenzó:

¿Qué rústicos patanes son éstos que están charlando
tan cerca del lugar donde reposa la reina de las hadas…?
[12]

Se interrumpió, ahuecó la mano sobre un oído y con un guiño travieso, siguió recitando:

¡Cómo! ¿Van a representar una comedia?
Pues asistiré como espectador.
Y aún haré de actor si se presenta el caso…[13]

Los niños le miraron boquiabiertos. Aquel pequeño ser —apenas llegaba al hombro de Dan—, avanzó en silencio hacia el centro del escenario:

—Estoy más bien falto de práctica —dijo—. Pero es ésta la manera como se debe interpretar mi papel.

Los niños siguieron mirándole, desde su sombrero azul marino, como la flor de las columbinas, hasta sus pies desnudos y vellosos. Al fin, rió:

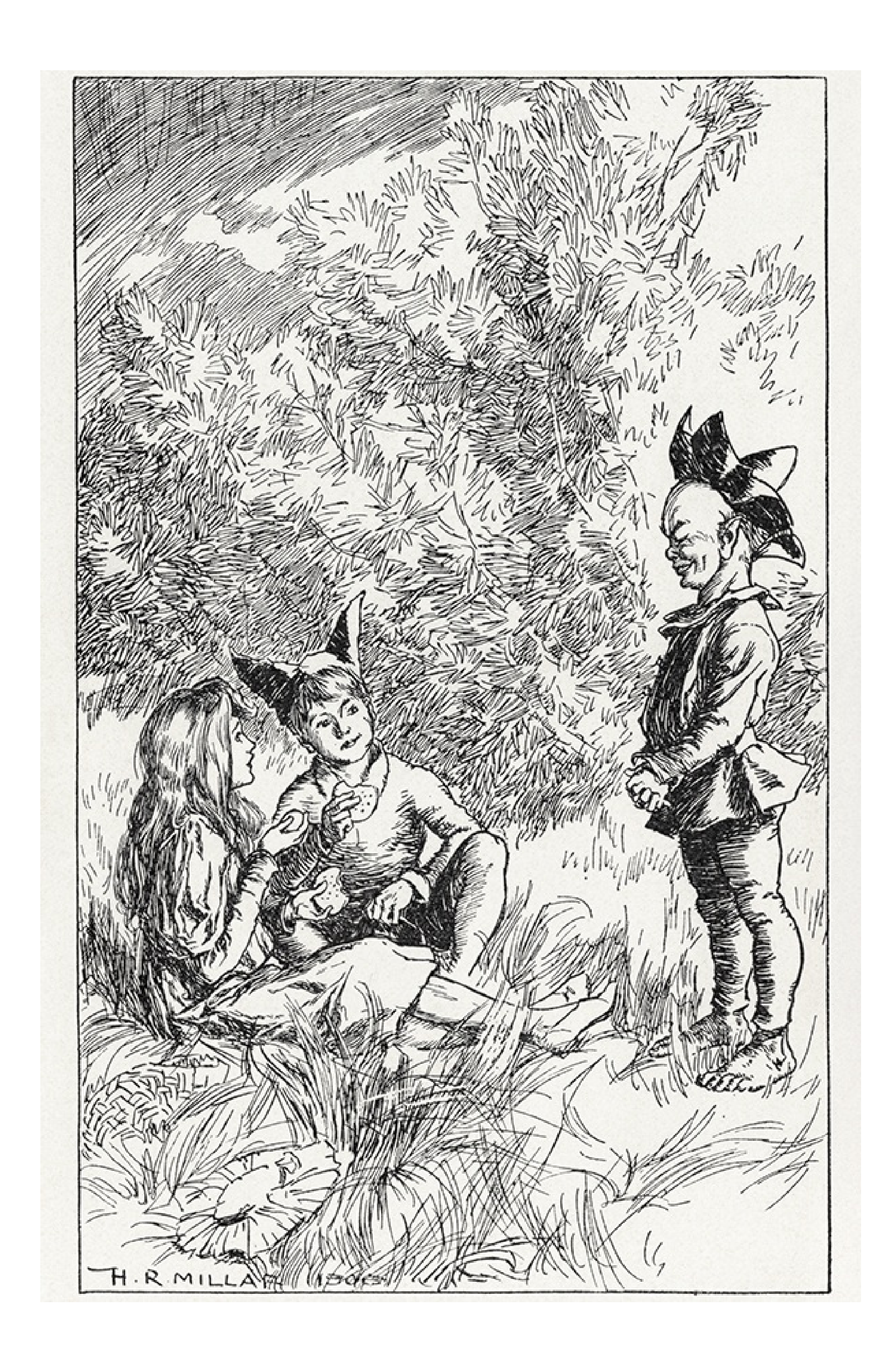
—Por favor, no me miréis así. No es culpa mía haber aparecido. ¿Qué otra cosa podíais esperar? —preguntó.

—No esperábamos nada —respondió Dan lentamente—. Esta pradera es nuestra.

—¿De verdad? —se extrañó el recién llegado, sentándose—. ¿Entonces por qué razón habéis representado tres veces el *Sueño de una noche de verano*, en vísperas del solsticio, en mitad de un praderío y en una de las más viejas colinas de la vieja Inglaterra? Pook Hill-Puck Hill-Puck Hill-Pook Hill. Eso está más claro que la nariz que llevo en la cara.

Señaló las laderas cubiertas de helechales de Pook Hill que ascendían desde el canalillo hasta los tupidos bosques. Más allá del bosque el terreno seguía su ascensión hasta que, por fin, llegaba a la cumbre de la colina, donde estaban las ruinas de la torre de señales, desde la cual podían observarse las llanuras de Pevensey y las suaves ondulaciones de los Downs[14] que concluían en el Canal.

—¡Por todos los robles, fresnos y espinos…! —exclamó el recién llegado, aún riendo—. Si esto hubiese ocurrido hace unos pocos cientos de años, hubierais congregado aquí a todos los espíritus de las colinas, como un enjambre de abejas en junio.


H.R.MILLAR

—No creíamos estar haciendo nada malo —se excusó Dan.

—¡Malo! —el pequeño duende se estremeció de risa—. Desde luego que no es nada malo. Habéis hecho algo por lo que los reyes, los caballeros y los sabios de los viejos tiempos hubiesen dado sus coronas, sus espuelas y sus libros por contemplarlo. Aunque el mismo Merlin os hubiese ayudado, no os podía haber salido mejor. Habéis destrozado el hechizo que pesaba sobre las colinas, las habéis despertado. Y eso no ocurría desde hace más de mil años.

—Nosotros…, no pretendíamos tanto —dijo Una.

—Claro que no. Precisamente, por eso lo lograsteis. Por desgracia hoy las colinas están deshabitadas y toda la gente que las poblaba ha desaparecido. Yo soy el único que permanezco en ellos. Soy Puck, el ser más viejo de Inglaterra y estoy a vuestro servicio…, en caso de que deseéis tener trato conmigo. Si no lo deseáis, no tenéis más que decirlo y desapareceré.

Miró a los niños y los niños a él durante más de medio minuto. No volvió a guiñar los ojos. Su mirada era amistosa y sus labios comenzaban a fruncirse en una sonrisa bondadosa.

Una extendió la mano:

—No te vayas —dijo—. Nos gustas.

—Toma una *Bath Oliver* —añadió Dan.

Le ofreció el envoltorio, un tanto aplastado, de los huevos.

—¡Por todos los robles, fresnos y espinos…! —exclamó Puck, quitándose el gorro azul—. También me gustáis vosotros. Ponme un poco de sal en la galleta, Dan, y me la comeré contigo. Te demostraré qué clase de persona soy. Algunos de nosotros —continuó, con la boca llena—, no pueden tolerar la sal ni las herraduras de caballo en las puertas ni el fruto del fresno silvestre ni las corrientes de agua ni la frialdad del hierro ni el tañido de las campanas de las iglesias. Pero yo soy Puck.

Se sacudió con cuidado las migajas caídas sobre su jubón y se restregó las manos.

—Dan y yo siempre hemos pensado que si alguna vez nos ocurría, hubiésemos sabido exactamente qué hacer… pero ahora, ahora todo parece diferente.

—Quiere decir en el caso de encontrarnos con un hada —aclaró Dan—. Yo nunca he creído en ellas, al menos desde que cumplí los seis años.

—Yo tampoco —afirmó Una—. Creía en ellas a medias hasta que aprendimos *Adiós recompensas*. ¿Conoces *Adiós recompensas y hechizos*?**[15]**.

—¿Te refieres a esto? —preguntó Puck.

Echó hacia atrás su poderosa cabeza y comenzó por el segundo verso:

Las buenas comadres bien pueden decir,
ahora que las sucias pazpuercas
medran como ellas en las vaquerías
y encima ni sus hogares limpian,

(Se unió la voz de Una)

como era costumbre que hiciesen las chicas,
¿quién últimamente guarda seis peniques
en su zapato para mantener la limpieza?

Los ecos aletearon a lo largo del círculo en la pradera.

—Claro que lo sé —dijo.

—Y ahora viene el verso acerca de la danza —terció Dan—. Cuando era pequeño me hacía sentir mal por dentro.

—¿Te refieres a lo de «presenciad estos anillos de danzas circulares»?

Puck bramó con voz potente como un órgano de iglesia:

A aquellos que aún existen
les salieron los cascos en tiempos de la Reina María,
en gran número de praderíos herbosos.
Pero desde el reinado de Elisabeth
y más tarde cuando James llegó,
jamás se han vuelto a ver en los hogares,
como en otros tiempos ocurría[16].

—Ha pasado mucho tiempo desde que oí cantarlo por última vez, pero no viene a cuento discutirlo ahora: es cierto. Las gentes de las colinas se han ido. Yo las vi llegar a la vieja Inglaterra y las vi marcharse. Gigantes, gnomos, espíritus malignos del agua, espíritus benévolos del hogar, duendes, trasgos, espíritus de los bosques, de los árboles, de la tierra, del agua, guardianes de tesoros, buenas gentes, gentes sin importancia, jinetes nocturnos, leprosos, chichirinadas[17], hechiceros, hombres de los brezales, oteadores de las colinas, adivinos y todos los demás, desaparecidos. Yo llegué a Inglaterra con el roble, el fresno y el espino y cuando el roble, el fresno y el espino desaparezcan, me iré con ellos.

Dan miró alrededor del herbazal: al roble de Una, junto al portón pequeño, a la hilera de alisos que se inclinaban sobre la charca de la nutria, donde el canal remansaba sus aguas cuando el molino no las necesitaba y al viejo y retorcido espino blanco en el que las tres vacas solían rascarse el cuello.

—Todo va bien —dijo. Y añadió—: Este otoño voy a plantar bellotas en una parcela.

—Pero, ¿no eres terriblemente viejo para eso? —inquirió Una.

—Viejo, no. Sólo hombre de vida bastante larga, como decía la gente de estos contornos. Mirad, mis amigos solían convidarme a un vaso de leche las noches en que Stonehenge era aún nuevo. Sí, antes de que el hombre de piedra hiciera Dewpond bajo el recinto de Chanctonbury[18].

Una unió sus manos y exclamó:

—Oh…

E hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ha pensado en un plan —explicó Dan—. Siempre hace el mismo gesto cuando tiene un plan.

—Estaba pensando… Supón que guardamos parte de nuestro *porridge*[19] y lo dejamos en el ático para ti. Se darían cuenta si lo dejásemos en el cuarto de jugar.

—En el cuarto de estudio —corrigió Dan, con rapidez.

Y Una se sonrojó porque ambos habían llegado aquel verano a un acuerdo solemne de no llamar nunca más al cuarto de estudio cuarto de jugar.

—¡Bendito sea tu corazón de oro…! —contestó Puck—. Serás una hermosa muchacha muy a tener en cuenta en los días de mercado. No necesito que me guardéis un tazón para desayunar, pero si alguna vez tengo hambre, estad seguros de que os lo diré.

Se extendió tan largo como era sobre la hierba seca y los chicos se tumbaron junto a él, haciendo oscilar con felicidad sus piernas desnudas en el aire. Sabían que de aquel duende no podían temer nada peor de lo que cabía esperar de su particular amigo, el viejo Hobden, el podador de setos. No les molestaba con preguntas propias de personas mayores ni se reía de la cabeza de asno, sino que se reclinaba en el suelo y sonreía para sí de la manera más delicada.

—¿Tenéis un cuchillo a mano? —preguntó, al fin.

Dan le entregó su gran cuchillo para excursiones de una sola hoja y Puck comenzó a cortar un pedazo de turba del centro de la pradera.

—¿Por qué haces eso? ¿Magia? —preguntó Una, mientras él presionaba con las manos un rectángulo de marga achocolatada, como si se tratase de un queso.

—Es una de mis pequeñas magias, sí —contestó, cortando un trozo más —. Mirad, no puedo permitir vuestra entrada en las colinas porque la gente que las habitaba ya no está aquí. Pero, si me aceptáis «la toma», aprenderéis algo que ya no se estila en el mundo de los humanos.

—¿Qué es eso de aceptar «la toma»? —preguntó Dan con cautela[20].

—Es una vieja costumbre que practicaba la gente cuando compraba y vendía tierra. Cortaban un terrón del suelo y se lo entregaban al comprador, de modo que uno no era propietario legal de esa tierra (en realidad, no le pertenecía), hasta que el otro le diese un pedazo de ella, como éste.

Les ofreció la turba en su mano.

—Pero se trata de nuestro prado —protestó Dan, retrocediendo unos pasos —. ¿Pretendes convertirlo en un lugar hechizado?

Puck rió:

—Ya sé que el herbazal es vuestro, pero hay en el mundo más de lo que vosotros y vuestro padre podéis imaginar. Probad.

Volvió la mirada hacia Una.

—Yo lo haré —dijo.

Y Dan en seguida siguió el ejemplo de su hermana.

—Ahora sois ya propietarios legales y con dominio sobre toda la vieja Inglaterra —comenzó Puck, con voz canturreante—. Por privilegio del roble, del fresno y del espino, sois libres de ir y venir, de mirar y conocer lo que yo os muestre o lo que mejor os plazca. Veréis lo que deseéis y oiréis lo que queráis escuchar, aunque todo ello haya ocurrido hace tres mil años; no conoceréis el temor ni la duda. ¡Rápido! Agarrad con fuerza todo lo que os concedo.

Los niños cerraron los ojos, pero no ocurrió nada.

—Bueno —dijo Una, desilusionada, abriendo de nuevo los ojos—. Pensé que habría dragones.

—Aunque haya ocurrido hace tres mil años —repitió Puck, y contó con los dedos. Comentó—: No; me temo que hace tres mil años no existían los dragones.

—Pero aquí no ha pasado nada en absoluto —protestó Dan.

—Espera un poco —replicó Puck—. No crece un roble en un año y la vieja Inglaterra es más vieja que veinte robles. Vamos a sentarnos de nuevo y a pensar. Puedo estar pensando más de un siglo.

—Ah, claro, porque eres un duende.

—¿Me has oído acaso pronunciar esa palabra? —inquirió con viveza Puck.

—No. Has hablado acerca de la gente de las colinas, pero nunca has dicho *duende* —dijo Una—. Y me extraña que no lo hayas hecho. ¿No te gusta?

—¿Te agradaría a ti que te llamasen *mortal* o *ser humano*, continuamente? —replicó Puck—. ¿O *hija de Adán* o *hija de Eva*?

—No nos gustaría nada —contestó Dan—. Así es como hablan los yinn y los ifrits en *Las mil y una noches*.

—Pues lo mismo pienso yo al oír esa palabra que no digo. Además eso que vosotros designáis con esas palabrejas son cosas inventadas de las que los habitantes de las colinas nunca oyeron hablar, pequeños. Moscas zumbantes con alas de mariposa, sayuelos de gasa, estrellas brillantes en los cabellos y una varita mágica como la regleta de los maestros de escuela, cuyo fin es castigar a los chicos malos y premiar a los buenos. Yo también las conozco.

—No nos referíamos a esas cosas —aclaró Dan—. Nosotros también las odiamos.

—Exacto —dijo Puck—. ¿Os extraña que a los habitantes de las colinas les tuviese sin cuidado que pretendieran confundirlos y calentarles la cabeza comparándolos con aquella partida de impostores de alas pintadas y varitas oscilantes? ¡Alas de mariposa, nada menos…! Yo he visto partir a sir Huon**[21]** y a un puñado de su gente del castillo de Tintagel hacia Hy-Brasil, ante la inminencia de un temporal del sudeste que hacía volar la espuma por encima del castillo y desbocaba a los caballos de las colinas de puro miedo. Salieron en un instante de calma, gritando como gaviotas y fueron arrastrados cinco millas largas tierra adentro, antes de que pudiesen ofrecer resistencia al viento. ¡Alas de mariposa…! Fue pura magia; sólo una magia tan negra como la de Merlin pudo hacerlo. Y todo el mar se tiñó de verde y fuego y las sirenas cantaban sobre la espuma. Los caballos de las colinas siguieron su camino de una a otra ola, a la luz cegadora de los relámpagos. ¡Así era como sucedían las cosas en los viejos tiempos!

—Estupendo —dijo Dan.

Una se puso a temblar.

—Me alegro de que los habitantes se hayan ido. Pero, ¿qué fue lo que les hizo huir?

—Varias cosas, ya os contaré algún día la más importante, la que provocó la huida de todos —dijo Puck—. Sin embargo, no todos huyeron a la vez. Se fueron marchando uno a uno durante siglos. La mayor parte de ellos eran

extranjeros que no podían aguantar nuestro clima. Ésos fueron los primeros en huir.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos dos mil años o quizá más. La verdad es que se instalaron en calidad de dioses. Los fenicios trajeron algunos cuando venían a comprar hierro; y los galos, los jutos, los daneses, los frisios y los anglos trajeron muchos más al desembarcar aquí. En aquellos tiempos siempre había gente desembarcando o siendo rechazada de nuevo a sus naves y todos traían consigo a sus dioses. Entonces yo empecé a actuar como pienso seguir haciéndolo. Un plato de *porridge*, un tazón de leche y un rato de bromas inocentes con las gentes de los campos que encontraba en los caminos, era suficiente para mí, como lo sigue siendo ahora. Pertenezco a estas tierras, ¿comprendéis?, y durante toda mi vida he tratado con la gente. Pero la mayor parte de aquellos hombres insistían en que eran dioses y hasta tenían templos dedicados a ellos y altares y sacerdotes que les ofrecían sacrificios.

—¿Es verdad que quemaban a la gente en cestos de mimbre, como afirma la señorita Blake? —preguntó Dan[22].

—Se realizaban toda clase de sacrificios —contestó Puck—. Si no eran de hombres, eran de caballos, ovejas, cerdos o *Metheelin*, es decir, de una cerveza pegajosa y dulzona que jamás me gustó. Aquellos tipos formaban una extravagante familia de ídolos altivos. ¿Y cuál fue el resultado? A los hombres no les agradaba la perspectiva de ser sacrificados en los mejores años de sus vidas y tampoco les seducía la idea de ver morir a los caballos de sus granjas. Y al cabo de algún tiempo, la gente optó simplemente por prescindir de aquellos tipos viejos, y los techos de sus templos comenzaron a hundirse y los presuntos dioses tuvieron que largase para encontrar un trabajo que les permitiese vivir. Algunos de ellos decidieron colgarse de un árbol u ocultarse en sus tumbas y gemir por las noches. Si gemían prolongadamente y con voz poderosa, podían asustar a algún pobre campesino para que les sacrificara una gallina o les dejara un cuarto de kilo de mantequilla junto a ellos. Recuerdo que una diosa, llamada Belisana, se convirtió en espíritu de las aguas y andaba siempre húmeda en algún lugar de Lancashire. Varios centenares de ellos eran amigos míos. Primero fueron dioses, después gentes de las colinas, y por fin marcharon a otros lugares, porque por una razón u otra no congeniaban con los ingleses. Que yo sepa, sólo quedó una de aquellas reliquias que se ganó la vida con un trabajo honesto cuando se integró en este mundo. Se llamaba Weland y trabajaba como herrero para algunos dioses. He olvidado sus nombres, pero acostumbraba hacerles

espadas y lanzas. Recuerdo que solía manifestar su parentesco con el Thor de los escandinavos.

—*¿Los héroes de Asgard Thor?*[23] —preguntó Una que había leído el libro.

—Es posible —contestó Puck—. Sea como fuere, cuando llegaron los malos tiempos, ni robó ni mendigó. Trabajó y yo tuve la fortuna de poder hacerle un buen servicio.

—Cuéntanoslo —pidió Dan—. Me gusta oír cosas de la gente antigua.

Se arrellanaron sobre el suelo para ponerse cómodos, masticando cada uno de ellos un tallo de hierba. Puck se apoyó sobre uno de sus fuertes brazos y siguió:

—Dejadme pensar… Conocí a Weland una tarde de otoño, en los llanos de Pevensey, mientras caía una tormenta de granizo y nieve.

—¿Pevensey? ¿Al otro lado de la colina? —preguntó Dan, señalando hacia el sur.

—Sí, pero en aquellos días todas las tierras al norte de Horsebridge y de Hydeneye eran un lapachar insano. Yo estaba en la colina de la torre de señales (entonces se llamaba Brunanburg), cuando vi el resplandor de las pálidas llamas que producen las bardas al arder y descendí para echar un vistazo. Unos piratas (imagino que debía tratarse de los hombres de Peofn[24]), estaban quemando un pueblo de la llanura, y la silueta de Weland —una forma grande y oscura, con abalorios de ámbar alrededor del cuello—, surgía de la proa de una nave negra de treinta y dos remos que había varado en la playa. Hacía mucho frío. De la cubierta de la nave pendían carámbanos de hielo, los remos aparecían cubiertos por una brillante capa resbaladiza y los labios de Weland parecían tiritar. Cuando me vio, comenzó a cantar en su lengua nativa, anunciando que iba a gobernar en Inglaterra y que pronto oleríamos todos al humo de sus altares, desde Lincolnshire a la isla de Wight. No le di demasiada importancia. Había visto muchos dioses asaltando a la vieja Inglaterra para inquietarme por aquello. Le dejé cantar mientras sus hombres prendían fuego al pueblo y después me dirigí a él (no sé cómo me vino aquello a la cabeza) y le dije: «Herrero de los dioses, llegará el día en que habré de verte por los caminos ofreciendo los servicios de tu profesión, a cambio de dinero.»

—¿Y qué dijo Weland? —preguntó Una—. ¿Se enfadó?

—Me insultó y puso los ojos en blanco. Yo salí corriendo a despertar a las gentes de tierra adentro. Pero los piratas conquistaron el país, y durante siglos Weland fue el más importante de los dioses. Tenía templos en todos sitios,

desde Lincolnshire a la isla de Wight, como había anunciado, y los sacrificios que se le ofrendaban eran absolutamente escandalosos. Para hacerle justicia, hay que decir que prefería los caballos a los hombres; pero hombres o caballos, yo sabía que en su momento tendría que bajar a este mundo y, al igual que a los otros viejos personajes, le di mucho tiempo, de hecho, más de mil años. Así que cuando llegó el final de su plazo, me presenté en uno de sus templos cercano a Andover[25] para comprobar cómo le iban las cosas. Allí estaba el altar con su imagen, allí estaban sus oficiantes y su congregación y todos semejaban ser felices, excepto el propio Weland y sus sacerdotes. Cuando comenzó la función religiosa, un sacerdote se abalanzó sobre los fieles, arrastró a un hombre hasta el altar, fingió golpearle en la cabeza con una pequeña hacha dorada y el hombre se dejó caer al suelo como si estuviese muerto. Entonces gritaron todos: «¡Un sacrificio a Weland, un sacrificio a Weland!»

—¿Estaba el hombre muerto de verdad? —inquirió Una.

—No, en absoluto. Todo era tan irreal como un té en una casa de muñecas. Después sacaron un espléndido caballo blanco y el oficiante le cortó algunas cerdas de la crin y de la cola y las quemó ante el altar, gritando: «Un sacrificio.» Aquello equivalía a la muerte de un animal o de un hombre. A través del humo, observé el rostro del pobre Weland y no pude evitar la risa. Parecía disgustado y hambriento, y todo lo que disponía para su satisfacción era el repugnante hedor de crines quemadas. ¡Igual que una reunión de té cuando jugáis a las muñecas…! Juzgué oportuno no decir nada (no hubiese sido decente), y la vez siguiente que fui a Andover, unos centenares de años más tarde, Weland y su templo habían desaparecido y en su lugar se habían instalado un obispo y una iglesia cristiana. Ninguno de los habitantes de las colinas supo darme noticias de él y supuse que había abandonado Inglaterra.

Puck dio media vuelta, se apoyó en el otro codo y quedó pensativo durante largo rato:

—Vamos a ver… —dijo, al fin—. Debió ser pocos años más tarde (creo que un año o dos antes de la Conquista) cuando regresé aquí, a la colina de Pook, y una tarde oí que el viejo Hobden hablaba acerca del vado de Weland.

—Si te refieres al viejo Hobden, el podador de setos, sólo tiene setenta y dos años. Me lo dijo él mismo —afirmó Dan—. Es nuestro íntimo amigo.

—Tienes razón —convino Puck—. Me refería al tatarabuelo de hace nueve generaciones del viejo Hobden. Era un hombre libre y hacía carbón vegetal en estos alrededores. He conocido a la familia, de padre a hijo, durante tanto tiempo que a veces me confundo. Hob de Dene era el nombre de

mi Hobden y vivía en una cabaña, junto a la herrería. Como es lógico, agucé el oído cuando mencionó el nombre de Weland, y en cuanto pude, me escabullí, corrí entre los árboles hasta llegar al vado, más allá del bosque de turba.

Señaló con la cabeza hacia el oeste, donde el valle se estrechaba entre las laderas arboladas de las colinas y los empinados campos de lúpulo.

—Ahí está el puente de Willinford —dijo Una—. Con frecuencia, vamos allí a paseo. Hay un martín-pescador.

—Entonces el lugar se llamaba vado de Weland, querida. Un camino bajaba a él desde la torre de señales de la cumbre de la colina (por cierto, era un pésimo camino), y toda la ladera estaba cubierta por un bosque de robles espeso, muy espeso, poblado de gamos. No encontré ni rastro de Weland. Pero, de pronto, distinguí a un granjero, gordo y viejo, que bajaba a caballo desde la torre, bajo la verde frondosidad del bosque. Su caballo había perdido una herradura en la tierra arcillosa, y cuando llegó al vado, desmontó, extrajo un penique de su bolsillo, lo dejó sobre una piedra, ató el caballo a un roble y gritó: «¡Herrero, herrero, hay trabajo para ti!» Después, se sentó y quedó dormido. Podéis imaginar lo que sentí cuando apareció un anciano herrero, de larga barba blanca y espalda encorvada, vestido con un delantal de cuero, deslizándose por detrás del roble, dispuesto a herrar el caballo. Era Weland en persona. Quedé atónito, me presenté ante él y dije: «¿Qué estás haciendo en el mundo de los humanos, Weland?»

—Pobre Weland —suspiró Una.

—Se quitó con la mano el cabello que le cubría la frente y tardó algunos segundos en reconocerme. Después, dijo: «Tú debieras saberlo. Me lo profetizaste, viejo duende. Estoy herrando caballos por dinero. Ni siquiera soy ya Weland —añadió—. Me llaman Wayland Smith[26].»

—¡Pobre hombre! —exclamó Dan—. ¿Y qué le dijiste?

—¿Qué podía decirle? Me miró sosteniendo la pata del caballo sobre su regazo y replicó sonriente: «¿Recuerdas aquellos viejos tiempos en los que no hubiese aceptado este viejo saco de huesos ni en calidad de sacrificio? Ahora tengo que contentarme con herrarlo por un penique.» «¿No hay manera de que puedas regresar a Valhalla o al lugar de donde procedas?», le pregunté. «Temo que no», dijo, mientras limaba uno de los cascos. Tenía una maravillosa habilidad para tratar con los caballos. El viejo animal relinchaba sobre su hombro. «Sin duda recuerdas que no fui un dios complaciente en mis días, en mi tiempo y en mi poder. Y nunca seré liberado hasta que algún ser humano albergue hacia mí deseos sinceros de que sea feliz.» «Este granjero

—repliqué— no puede dejar de sentirlos. Le estás herrando el caballo, ¿no?» «Sí —dijo—. Y mis clavos mantendrán firmes las herraduras de una luna llena a otra. Pero tanto los granjeros como el barro de Weald, son en extremo fríos y amargos.» ¿Queréis creer que cuando el granjero despertó y se encontró con el caballo herrado montó el animal y se marchó sin pronunciar una palabra de agradecimiento? Me dio tanta rabia, que obligué al penco a dar media vuelta y lo llevé por las riendas, durante tres millas, hacia la torre de señales para que aquel viejo pecador aprendiese un poco de educación.

—¿Te hiciste invisible? —preguntó Una.

Puck asintió con la cabeza.

—La torre de señales en aquellos días estaba siempre dispuesta para ser encendida, en caso de que los franceses desembarcasen en Pevensey, y yo conduje al caballo alrededor de ella durante toda la noche de verano. El granjero creía que estaba hechizado (ciertamente, lo estaba), y comenzó a rezar y a gritar. No le hice el menor caso. Yo era tan buen cristiano como él conocedor de los poderes maravillosos de las colinas, y a eso de las cuatro de la madrugada, se acercó a nosotros un joven novicio del monasterio que entonces había en la cumbre de la colina de la torre de señales.

—¿Qué es un novicio? —preguntó Dan.

—En realidad, se trata de un hombre que está aprendiendo a ser monje. Pero, en aquellos días, la gente enviaba a sus hijos a los monasterios como ahora se les manda a la escuela. Aquel jovenzuelo iba a pasar unos meses, desde hacía años, a un monasterio de Francia, y estaba acabando sus estudios en el convento más próximo a su casa. Se llamaba Hugh y se había levantado temprano para ir a pescar. Hugh oyó los gritos del granjero y preguntó qué diablos le ocurría. Y el viejo le contó una increíble historia de hadas, gnomos y brujas, cuando a mí me constaba que aquella noche no había visto nada, excepto algún conejo y unos venados castaños. (Los habitantes de las colinas son como las nutrias, sólo se dejan ver cuando a ellos les place.) Pero el novicio no era ningún tonto. Observó las patas del caballo y se dio cuenta de que sólo Weland era capaz de herrar con tal firmeza a un caballo. (Weland tenía un modo especial de doblar los clavos sobre el casco que la gente conocía como el *remache* del herrero.) «Hum —exclamó el novicio—, ¿dónde te han herrado el caballo?» Al principio, el granjero no quiso decir nada, porque a los monjes no les gustaba que los fieles tuviesen trato con un viejo hechicero. Pero, al final, confesó que se lo había herrado Wayland Smith. «¿Cuánto le has pagado?», preguntó el novicio. «Un penique», contestó el granjero, de mala gana. «Eso es menos de lo que un cristiano te

hubiese pedido. Espero que, al menos, le hayas compensado la molestia, dándole las gracias.» «No —dijo el granjero—. Wayland Smith es un pagano.» «Pagano o no, le pediste ayuda, y a quien te presta ayuda, hay que darle las gracias.» «¿Qué dices?», exclamó el granjero, fuera de sí. Estaba furioso porque yo obligaba a su caballo a describir círculos continuamente. «Cállate, mequetrefe. Si obrase como tú dices, también tendría que dar las gracias a Satanás, en caso de que me ayudase.» «Deja de dar vueltas ahí arriba, mientras me llenas de improperios. Regresa al vado y da las gracias a Smith o te pesará no haberlo hecho.» El granjero tuvo que desandar su camino. Yo conduje el caballo sin que nadie pudiese verme y el novicio caminó a nuestro lado, recogiendo el brillante rocío con los bajos de su hábito y con la caña de pescar al hombro como si se tratara de una lanza. Cuando de nuevo llegamos al vado (eran las cinco de la mañana y aún había neblinas bajo el ramaje de los robles), el granjero se negó taxativamente a decir «gracias». Afirmó que comunicaría al abad que el novicio le obligaba a adorar dioses paganos. Entonces, Hugh, el novicio, perdió la paciencia y le gritó: «Abajo.» Puso un brazo bajo la gruesa pierna del granjero y lo sacudió como a una rata, hasta que el viejo comenzó a vociferar: «Gracias, Wayland Smith.»

—¿Vio Weland todo esto?

—Oh, sí, lo oyó todo y hasta lanzó su grito de guerra cuando el granjero se desplomó al suelo. Estaba encantado. Y el novicio se dirigió al roble tras el que Weland se ocultaba y le dijo: «¡Salve, herrero de los dioses! Estoy avergonzado de este granjero maleducado. Por todo lo que has hecho en nombre de la caridad y de la benevolencia, tanto a él como a otras gentes de nuestro pueblo, te doy las gracias y te deseo el mismo bien que has realizado.» Entonces tomó la caña de pescar (me pareció más larga que nunca) y comenzó a andar hacia el fondo del valle.

—¿Y qué hizo el pobre Weland? —preguntó Una.

—Rió y lloró de alegría, porque, al fin, había sido liberado y podía irse. Pero era un viejo dios honrado. Había vivido de su trabajo y pagó todas sus deudas antes de marchar. «Le haré un regalo a este novicio —me confesó—. Un regalo con el que podrá practicar el bien a lo largo y ancho del mundo y del que también se beneficiará Inglaterra. Enciende mi fuego, duende, mientras voy a buscar el hierro para hacer mi último trabajo.» Hizo una espada, gris oscura, con dibujos lineales curvilíneos, y yo soplaba el fuego, mientras él le daba al martillo. ¡Os lo juro por el roble, el fresno y el espino…! Weland era, en verdad, el herrero de los dioses. Enfrió la espada en agua corriente dos veces, y la tercera vez la dejó secar en el rocío del

atardecer. Luego, al quedar expuesta a los rayos de la luna, pronunció sobre ella encantos y oraciones y grabó profecías en su hoja. «Duende —me dijo—, ésta es la mejor hoja que Weland jamás templó. Ni siquiera su propietario sabrá lo buena que es. Vamos al monasterio.» Entramos en el dormitorio de los monjes, distinguimos al novicio durmiendo en su catre y Weland le colocó la espada entre sus manos. Recuerdo que aquel joven la apretó contra sí, sin despertar de su sueño. Después, Weland penetró en la capilla, hasta donde se atrevió a hacerlo, y arrojó al suelo todas sus herramientas de herrador, sus tenazas, sus martillos, sus escarpelos, para demostrar que había acabado con ellos para siempre. Sonaron al caer como piezas de armadura y los monjes, somnolientos, entraron en la capilla porque creían que el monasterio había sido atacado por los franceses. El novicio iba a la cabeza de todos, haciendo oscilar en el aire su nueva espada y lanzando gritos de guerra sajones.


H·R·MILLAR

Cuando vieron las herramientas quedaron desconcertados, y el novicio pidió permiso para hablar y contó lo que había hecho con el granjero y lo que había dicho a Wayland-Smith y cómo, a pesar de estar la antorcha del dormitorio encendida, se había encontrado con aquella maravillosa espada con inscripciones mágicas en sus manos. El abad meneó la cabeza y después se echó a reír. Dijo al novicio: «Hijo Hug, no necesitaba señal alguna por parte de un dios pagano para saber que nunca serás un monje. Toma tu espada, guárdala y haz con ella justicia en la misma medida en que eres fuerte y cortés. Colgaremos las herramientas de Smith ante el altar —añadió—, porque aun cuando haya sido el herrero de otros dioses de tiempos pasados, sabemos que trabajó con honestidad para ganarse la vida e hizo donativos a la Madre Iglesia.» Volvieron todos a la cama de nuevo, a excepción del novicio, que se sentó en el claustro jugueteando con la espada. Más tarde, en el establo del monasterio, Weland me dijo: «Adiós, viejo duende: tienes derecho a ello. Tú me viste llegar a Inglaterra y ahora me ves marchar. Adiós.» Caminó colina abajo, en dirección a los grandes bosques (la cuna de los bosques, como hoy los llamáis), hacia el mismo lugar en el que había desembarcado por vez primera. Le oí avanzar durante unos minutos entre los espesos matorrales camino de Horsebridge y le perdí de vista. Así fue como ocurrieron las cosas. Yo lo vi.

Los dos niños exhalaron un hondo suspiro.

—¿Y qué ocurrió con Hugh, el novicio?

—¿Y qué fue de la espada?

Puck paseó la mirada por la pradera que se envolvía en calma y en frescor a la sombra de la colina de Pook. Un guión de codorniz hizo oír su voz en un campo de heno vecino, y los alevines de trucha del arroyo comenzaron a saltar. Un gran mariposón blanco voló zigzagueante desde los alisos, hizo sonar sus alas sobre las cabezas de los niños, y un ligero velo de niebla comenzó a alzarse sobre las aguas del riachuelo.

—¿De verdad queréis saberlo? —preguntó Puck.

—Sí —replicaron los niños—. Nos interesa mucho.

—Muy bien. Os prometí que ibais a ver lo que vais a ver y que ibais a oír lo que vais a oír. Lo que os voy a contar ocurrió hace tres mil años. Pero ahora se me antoja pensar que, a no ser que volváis a casa, saldrá alguien a buscaros. Os acompañaré hasta la puerta de vuestro jardín.

—¿Estarás aquí cuando volvamos? —preguntaron.

—Sí, estad seguros de eso —contestó Puck—. Ya llevo por aquí algún tiempo. Esperad un minuto, por favor.

Les dio a cada uno tres hojas, una de roble, otra de fresno y una más de espino.

—Mordedlas —ordenó—. De otro modo, podríais hablar en casa de lo que habéis visto y oído, y si así ocurriese (conozco al género humano), llamarían al médico. Mordedlas.

Las mordieron con fuerza, y de pronto se encontraron los dos ante la puertecita del jardín. Su padre se apoyaba en ella:

—¿Cómo ha ido vuestra representación? —preguntó.

—Oh, estupendamente —contestó Dan—. Lo malo es que después nos quedamos dormidos. Todo estaba en silencio y hacía calor. ¿Te acuerdas, Una?

Una asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—Ya —dijo el padre. Y recitó:

> *Tarde, muy tarde en el ocaso, Kilmeny regresó a casa, pues Kilmeny no podía decir dónde había estado, porque Kilmeny había visto lo que no se podía contar…*[27],

—Pero, ¿por qué estás masticando hojas, a tu edad, hija? ¿Te divierte eso?

—No. Lo hago por algo concreto que no puedo recordar con exactitud.

Y ninguno de los dos pudo recordarlo hasta que…

CANCIÓN DEL ÁRBOL

Entre todos los árboles bellos
que adornan la vieja Inglaterra,
los más esbeltos bajo el tibio sol,
el roble, el fresno y el espino son.
A los robles, al fresno y al espino
cantemos cuando llegue el estío
pues grandes son las cosas que obtenemos
del roble, del fresno y del espino.

El roble de la arcilla vivió años,
desde que Eneas[28] *se hizo a la mar;*
el fresno de las margas era dueño
cuando Bruto[29] *se hizo un criminal;*
el espino el llano de Troya[30] *vio,*
y luego a Londres con su flor ornó:
roble, fresno y espino en igualdad
son testimonio de ancianidad.

El viejo tejo abriga cementerios
y proporciona arcos poderosos,
el aliso dio albarcas a la gente
y el haya de amplias copas fue la fuente.
Mas cuando la copa se abre en grietas
o el pie en el calzado encuentra queja,
hay que volver para cuanto es preciso
a los robles, al fresno y al espino.

El olmo odia al hombre y siempre espera
a que el desordenado vendaval
parta una rama en plena cabeza
del que a su sombra cobijado está.
Pero cualquier muchacho alegre o triste,
amodorrado o no por la cerveza,
nada debe temer si está dormido
bajo un roble, un fresno o un espino.

Callad al cura donde habéis estado

porque siempre os dirá que habéis pecado
por estar en el bosque por la noche,
inmersos en conjuros del verano;
pero os traemos hoy noticias frescas,
buenas nuevas al campo y al ganado:
desde el sur con tibio sol de estío,
llegan el roble, el fresno y el espino.

¡Cantad al roble, al fresno y al espino,
durante las mañanas del verano!
Inglaterra será fiel hasta el final
al fresno, al espino y robledal.

Capítulo II

Jóvenes en sus feudos

Jóvenes en sus feudos

Pocos días más tarde, estaban paseando junto a un arroyo que a lo largo de siglos se había abierto paso en la esponjosa tierra del valle. Los árboles formaban largos túneles por encima de sus cabezas, a través de las cuales se filtraba la luz del sol y formaba manchas de luz burbujeante. Debajo de los túneles había franjas de arenas y de guijarros, viejas raíces y troncos recubiertos de musgo o teñidos de rojo por el agua herrumbrosa; dedaleras pálidas y delgadas crecían en busca de la luz; e, igualmente, había helechos, arracimados y tímidos, y sedientas flores que no podían vivir alejadas de la humedad. En los remansos podían verse, aquí y allá, las ondas circulares formadas por el salto de las truchas; los remansos se unían uno a otro —excepto en días de riada en los que todo se hacía una corriente de color barrizoso—, por brazuelos de agua poco profunda que fluían con alegría rumorosa hasta perderse en la sombra del siguiente recodo.

Era uno de los lugares más ocultos de caza y pesca que conocían los niños y su amigo íntimo, Hobden. El viejo podador de setos les había enseñado cómo aprovecharlo adecuadamente. Aparte del chasquido del aparejo, golpeando contra algún sauce cercano a las aguas o del silbido del latigazo del sedal que durante un minuto quedó colgado entre las hojas de un pequeño fresno, nadie en los cálidos pastizales vecinos hubiese podido adivinar lo que estaba ocurriendo entre las truchas, debajo de las márgenes del río.

—Ya tenemos media docena —dijo Dan—. Propongo subir a Stone Bay[31] y probar en la charca alargada.

Una afirmó con la cabeza —la mayor parte de su conversación consistía en decir sí con la cabeza—, y se abrieron paso en la umbría de los túneles hacia la pequeña presa que convertía el arroyo en torrentera para mover el molino. Allí, las orillas eran bajas y despejadas y el resplandor del sol de la tarde sobre la charca se reflejaba con dolor en los ojos.

Cuando se encontraron en campo abierto, estuvieron a punto de caer al suelo por la sorpresa. Un gran caballo gris ondulaba el agua cristalina con las crines de su cola y bebía en el remanso levantando con sus ollares espumas que relampagueaban como oro fundido. En su lomo se sentaba un viejo de cabello blanco, vestido con una amplia y brillante cota de malla. Llevaba la cabeza descubierta y colgaba del borrén de su silla un yelmo de acero con

forma de nuez. Las riendas eran de cuero rojo, de seis u ocho centímetros de anchura con bordes festoneados y su silla, alta y acolchada, se sostenía por delante y por detrás con correas de peto y baticola, de cuero también rojo.

—Mira —exclamó Una, como si Dan no tuviese los ojos abiertos de par en par—. Es igual que el grabado de tu cuarto «Sir Isumbras en el vado».

El jinete se volvió hacia ellos y su rostro, largo y afilado, era tan sereno y acogedor, como el caballero que llevaba a los niños en el grabado[32].

—Sabía que tenían que estar aquí ahora, sir Richard —se oyó la voz profunda de Puck entre los matojos de sauce.

—Aquí están —dijo el caballero, sonriendo a Dan, que llevaba en la mano su puñado de truchas ensartadas con una tanza—. No parece que los niños hayan cambiado mucho desde que los míos pescaban en estas aguas.

—Si tu caballo ha bebido ya lo suficiente, estaríamos mucho más cómodos en la pradera —sugirió Puck.

Hizo un gesto con la cabeza a los niños como si la semana anterior no les hubiese disipado su memoria por arte de su magia.

El enorme caballo se dirigió con pesadez hacia los pastos. El pateo estrepitoso de sus cascos desprendió pedazos de hierba herbosa de las orillas.

—Perdona —dijo sir Richard a Dan—. Cuando estas tierras eran mías, no me gustaba que hombres a caballo cruzasen el río, a menos que lo hicieran por el vado. Pero mi *Golondrina* estaba sediento y deseaba encontraros por aquí.

—Nos alegramos de que hayas venido, señor —contestó Dan—. No importa en absoluto el deterioro de las orillas.

El potente caballo trotó oblicuamente por los prados, dejando ver la espada de gruesa empuñadura de hierro que pendía del cinto de sir Richard. Una caminaba detrás de Puck y ahora lo recordaba todo.

—Siento lo de las hojas —se excusó Puck—. Pero nada bueno se habría logrado si al llegar a casa lo hubieseis contado todo, ¿no te parece?

—Supongo que no —concedió Una—. Pero tú nos dijiste que todas las had…, bueno, las gentes de las colinas habían dejado Inglaterra.

—Y así fue. Pero también os dije que vosotros teníais que ir y venir, ver y conocer cosas, ¿no es cierto? El caballero no es un hada. Es sir Richard Dalynbridge[33], un viejo amigo mío, un muy viejo amigo mío. Vino con Guillermo el Conquistador[34], y tiene gran interés en conoceros.

—¿Por qué? —preguntó Una.

—Porque admira vuestra sabiduría y vuestro talento —replicó Puck, sin guiño alguno de ojo.

—¿Nosotros sabios? Yo no sé ni los números y menos aún seguidos y Dan se hace unos líos tremendos con los quebrados. No puede referirse a nosotros.

—Una —gritó Dan—. Sir Richard dice que va a contarnos lo que sucedió con la espada de Weland. La tiene él. ¿No te parece maravilloso?

—No, no —dijo sir Richard, desmontando al llegar a la pradera, junto al recodo del canal del molino—. Sois vosotros los que tenéis que contarme cosas a mí, porque he oído decir que los niños más pequeños de vuestra Inglaterra de hoy son tan sabios como lo fueron los mejores de nuestros universitarios.

Despojó del bocado a *Golondrina*, dejó caer las riendas rojas como rubíes sobre su cabeza y el caballo comenzó a pastar.

Sir Richard (notaron entonces que cojeaba un poco) se despojó de su gran espada.

—Es esa —susurró Dan al oído de Una.

—Ésta es la espada que el hermano Hugh recibió de Wayland, el herrero —dijo sir Richard—. Una vez quiso dármela, pero yo no la acepté; pero, al fin, llegó a ser mía tras un combate tan duro como jamás luchó un cristiano. ¡Mirad!

La extrajo a medias de su vaina y la volvió hacia ellos. En ambos lados de la hoja, justo debajo de la empuñadura, donde las inscripciones rúnicas temblaban como si estuviesen vivas, se distinguían dos profundas hendiduras que laceraban el opaco y letal acero.

—¿Sabéis quién hizo esto? —preguntó—. Yo lo ignoro, pero quizás vosotros lo sepáis.

—Cuéntales la historia completa, sir Richard —propuso Puck—. A fin de cuentas, se trata de su propia tierra.

—Sí, desde el principio —suplicó Una, animada por la nobel faz y la sonrisa del caballero, que más que nunca le recordaba a sir Isumbras en el vado.

Se sentaron a escuchar. Sir Richard, con la cabeza descubierta al sol, acariciaba la espada con ambas manos, mientras el caballo gris seguía pastando más allá del círculo de la pradera. El yelmo y la silla afelpada tintineaban levemente cada vez que sacudía la cabeza.

—Desde el principio entonces —concedió sir Richard—. Ya que concierne a vuestra tierra, os contaré la historia. Cuando el duque de Normandía zarpó para conquistar Inglaterra, grandes caballeros (ya lo habréis oído decir), se interesaron por unirse a él y servirle, porque les había

prometido tierras aquí. A esos grandes caballeros siguieron otros de menor calidad. Mi familia de Normandía era pobre, pero un gran noble, Engerrard del Aguila (Engenulf de Aquila[35]), que era pariente de mi padre, acompañó al conde de Mortain, quien a su vez se enroló al servicio del duque Guillermo. Yo me uní a De Aquila. Sí, con treinta guerreros, partí para la conquista de Inglaterra, y tres días más tarde fui armado caballero. Ignoraba entonces que Inglaterra me conquistaría. Avanzamos con todos los demás (éramos una numerosa hueste) hacia Santlache[36].

—¿El sesenta y seis[37]? —preguntó Una a Puck, y éste para no interrumpir afirmó con la cabeza.

—En Santlache, al otro lado de la colina —señaló hacia el sudeste, hacia Fairlight—, nos encontramos con los hombres de Harold. Luchamos, y al concluir el día comenzaron a desperdigarse. Mis hombres marcharon con los De Aquila a su caza para obtener un buen botín, y en aquella persecución Engerrard del Aquila fue asesinado y su hijo Gilbert tomó su bandera, y condujo a sus hombres hacia adelante. Yo no me enteré de ello hasta más tarde, porque *Golondrina* fue herido en un costillar y tuve que detenerme junto a un arroyo para limpiarle la herida, protegido por un espino. Me descubrió allí un sajón que me habló en francés y tuve que defenderme. Debí haber conocido su voz, pero lo cierto es que luchamos. Durante mucho tiempo, ninguno de los dos tomó ventaja, hasta que, por pura mala suerte, mi contrincante resbaló y su espada salió despedida de su mano. Hacía poco que me habían armado caballero y deseaba sobre todas las cosas alcanzar buena fama y comportarme con dignidad. En consecuencia, me abstuve de atacarle y le ordené que tomase de nuevo su espada. «¡Maldita sea mi espada! —replicó él—. Me ha hecho perder mi primer combate y tú me has perdonado la vida. Tómala.» Me la ofreció y, cuando me disponía a cogerla, la espada gimió como un hombre herido y me aparté de ella, gritando: «¡Brujería…!»

Los niños observaron la espada como si estuviese a punto de hablar de nuevo.

—De pronto, apareció un grupo de sajones, corrieron hacia mí, y viendo a un normando solo, me hubiesen matado si mi sajón no hubiera gritado que yo era su prisionero y consiguiese rechazarlos. Como veis, me salvó la vida. Me montó en mi caballo y me condujo hasta este valle, después de cabalgar diez largas millas entre los bosques.

—¿Quieres decir hasta aquí? —preguntó Una.

—Hasta este mismo valle. Vinimos por el vado, al pie de la colina del rey, por allí —señaló hacia el este, donde el valle se ensanchaba.

—¿Y ese sajón era Hugh, el novicio? —inquirió Dan.

—Sí y aún hay más que eso. Había estado tres años en el monasterio de Bec, cerca de Rouen, donde —sir Richard sonrió— el abad Herluin no había permitido que yo me quedara.

—¿Por qué no lo permitió? —preguntó Dan.

—Porque entré a caballo en el refectorio mientras los estudiantes estaban comiendo, para demostrar a los chicos sajones que nosotros, los normandos, no temíamos al abad. Fue aquel mismo sajón, Hugh, quien me incitó a hacerlo y no nos habíamos vuelto a ver desde aquellos tiempos. Incluso debajo del yelmo, creí reconocer su voz y nos alegramos de no habernos matado uno a otro en aquella guerra que libraban nuestros señores. Caminó a mi lado y me contó cómo un dios pagano, según él creía, le había entregado su espada, pero afirmó que nunca la había oído cantar de nuevo. Recuerdo que le advertí que fuese con cuidado con la práctica de la brujería y encantamientos similares.

Sir Richard volvió a sonreír para sí mismo y añadió:

—Yo era muy joven, muy joven… Cuando llegamos aquí, a su casa, ya habíamos olvidado nuestro singular combate. Era cerca de medianoche y el gran vestíbulo estaba lleno de hombres y de mujeres que esperaban noticias. La primera persona que conocí allí fue a su hermana, lady Aelueva, de la cual nos había hablado en Francia. Protestó a voz en grito al verme y pidió que me colgaran inmediatamente, pero su hermano le explicó que yo le había salvado la vida (también contó cómo había salvado la mía de manos de los sajones), y que nuestro duque había resultado victorioso aquel día; en plena discusión acerca de la suerte que iba a correr mi pobre cuerpo, de repente, Hugh cayó al suelo desmayado, a consecuencia de sus heridas. «Ha sido por tu culpa», me gritó lady Aelueva, mientras se arrodillaba junto a él y pedía vino y ropas. «De haberlo sabido —contesté—, yo habría venido a pie y él a caballo; no ha proferido ni una queja, ha caminado junto a mí y ha hablado animadamente todo el rato. Lamento haberle lastimado.» «No tienes necesidad de lamentar nada —dijo ella, mordiéndose el labio inferior—. Si muere, serás ahorcado.» Se llevaron a Hugh a su habitación y tres hombres gigantescos de aquella casa me ataron las manos y me colocaron debajo de la viga del gran vestíbulo con una soga al cuello. Lanzaron por encima de la viga el otro cabo de la cuerda y se sentaron junto al fuego en espera de saber si Hugh estaba vivo o muerto, entretenidos en cascar nueces con las empuñaduras de sus dagas.

—¿Y cómo te sentías? —preguntó Dan.

—Muy cansado. Recé de corazón por la salud de mi compañero de escuela. Hacia el mediodía, distinguí el batir de cascos de caballos en el valle

y los tres hombres soltaron mis cuerdas y huyeron. Los hombres de De Aquila entraron y Gilbert iba con ellos porque alardeaba, como su padre lo hizo siempre, de no olvidar a ninguno de los que servían a sus órdenes. También, como su padre, era de baja estatura, pero de aspecto terrible, con la nariz como un pico de águila y los ojos amarillos de ave de presa. Montaba caballos de alta cruz, aptos para la guerra (unos ruanos que él mismo criaba), y jamás permitía que nadie le ayudase a montar en la silla. Vio la soga colgando de la viga y rió al igual que sus hombres al comprobar que me encontraba demasiado entumecido para poder levantarme. «Éste no ha sido un recibimiento muy apropiado para un caballero normando, pero aun así vamos a ser generosos. Muchacho, dime a quién se lo debes en mayor medida y se lo pagaremos inmediatamente.»

—¿Quería dar a entender que iba a matarlos?

—Naturalmente. Yo miré hacia donde se encontraba lady Aelueva con sus damas y su hermano junto a ella. Los hombres de De Aquila los habían llevado al gran vestíbulo.

—¿Era hermosa? —preguntó Una.

—En toda mi vida no había visto una mujer mejor dotada para sembrar pasiones como lady Aelueva —afirmó el caballero, con sencillez y con voz queda—. Al mirarla pensé que con una frase ingeniosa quizás pudiera salvarla a ella y a su casa. «Teniendo en cuenta que he llegado aquí antes de hora y sin avisar —dije a De Aquila—, no puedo quejarme de la acogida que estos sajones me han otorgado.» Pero mi voz tembló. Era inútil, era absurdo intentar bromear con aquel hombre menudo. Permanecimos todos en silencio hasta que De Aquila rió: «Mirad, amigos, un milagro —dijo—. La lucha apenas ha comenzado, mi padre aún no está enterrado y aquí nos encontramos al más joven de nuestros caballeros dispuesto a instalarse en sus dominios, después de que sus sajones (podemos verlo en sus rostros congestionados) le han rendido ya homenaje y prometido servicio. ¡Por todos los santos…! —añadió frotándose la nariz—. Jamás pensé que Inglaterra podía ser tan fácilmente conquistada. Sin duda, no puedo hacer otra cosa que conceder al muchacho lo que él mismo ha obtenido. Estas tierras y esta casa serán tuyas, hijo —siguió De Aquila—, hasta que yo regrese o hasta que te asesinen. Ahora todos a caballo y a galope. Vamos a seguir a nuestro duque hasta Kent para hacerle rey de Inglaterra.» Me llevó hasta la puerta, mientras le traían el caballo, un ejemplar ruano, de cruz aún más alta que mi *Golondrina*, aunque no tan bien enjaezado: «Óyeme —exclamó jugueteando con sus grandes guantes de guerra—. Te he dado estas tierras, que son el avispero mismo de

los sajones, y creo que te asesinarán antes de un mes, como mi padre ha sido asesinado. Si puedes mantener el techo del vestíbulo en su sitio, las bardas encima de los establos y el arado en el surco hasta que regrese, debes mantener estos dominios en mi nombre. El duque ha prometido a nuestro conde Mortain todas las tierras de Pevensey y me dará a mí lo que debía haber entregado a mi padre. Dios sabe si tú y yo viviremos hasta que se gane Inglaterra, pero recuerda, muchacho, que lo que ahora cuenta no es la guerra —tomó las riendas—, sino la astucia y el ingenio.» «No soy astuto», confesé. «Es posible que ahora no lo seas —respondió montando al caballo y después ya con los pies en los estribos, golpeando los ijares del animal con las puntas de las botas—. Es posible que no lo seas ahora. Pero recuerda que has tenido un buen maestro. Adiós. Mantén tu propiedad y tu vida. Si pierdes la partida, te colgarán», concluyó. Picó espuelas, y los cordajes de su coraza chasquearon contra su espalda. Así pues, niños, ahí me tenéis, poco más que un muchacho, dos días después de la batalla de Santlache, con sólo treinta guerreros, en un país que no conocía, entre gentes cuya lengua no podía hablar, manteniendo el dominio de las tierras y la gran mansión que les había arrebatado.

—¿Y eso ocurrió aquí, en casa? —preguntó Una.

—Sí, aquí. Mira. Desde el vado de arriba, es decir, el vado de Weland, hasta el de abajo, junto a Belle Allée, de este a oeste, se extendía el dominio más de media legua; y de norte a sur, a partir de la torre de mensajes que queda detrás de nosotros, otra legua más. Y todos los bosques estaban llenos de sajones desperdigados que habían sido derrotados en Santlache, sajones entregados a la rapiña y a la matanza de ciervos. Una colmena de abejas, ciertamente… Cuando De Aquila marchó, Hugh se habría complacido en darme las gracias por haber salvado sus vidas; pero lady Aelueva apuntó que si estaban todos vivos era porque yo deseaba quedarme con sus propiedades: «¿Cómo iba a saber que De Aquila me las daría? —le pregunté—. Si le hubiese dicho que había pasado toda la noche con la soga al cuello, habría quemado la casa hasta convertirla en cenizas.» «Si cualquier hombre me hubiera echado una soga al cuello —contestó ella—, habría quemado su casa y las cenizas de su casa, antes de pretender llegar a un acuerdo con él.» «Pero en mi caso —repliqué—, la soga me la puso una mujer.» Y me eché a reír y ella lloró y me acusó de burlarme de ella y de su cautividad. «Señora —le dije entonces—. En todo este valle sólo hay un cautivo y no es un sajón, precisamente.» Al oírme, se quejó de que yo era un ladrón normando que desde el principio se había presentado ante ella con falsas y dulces palabras,

sin otra intención que la de lanzarla a los campos a pedir un pedazo de pan. Ella jamás había visto la faz horrible de la guerra. Me enfadé y le contesté: «Al menos, puedo desmentir esa acusación, porque juro —y así lo hice besando la empuñadura de mi espada—, juro que jamás pondré los pies en el gran vestíbulo hasta que la misma lady Aelueva reclame allí mi presencia.» Se fue sin decir nada y salí de la casa.


H. R. MILLAR. 1906

Hugh me siguió cojeando, silbando de dolor (es una costumbre de los ingleses) y nos acercamos a los tres sajones que me habían maniatado. Eran ellos los que ahora habían sido encadenados por mis guerreros. Tras ellos, estaban de pie unos cincuenta campesinos, fuertes y malhumorados, que servían en la casa y en los campos y que esperaban ver qué sucedía. Oímos las trompetas de De Aquila sonando más allá de los bosques que llevaban a Kent. «¿Los colgamos?», preguntaron mis hombres. «Si lo hacéis, mis campesinos lucharán», afirmó Hugh con un susurro. Yo le pedí que preguntara a los tres si esperaban ser perdonados. «No —respondieron los tres —. Ella mandó que te colgásemos si nuestro amo moría. Y te hubiésemos colgado. No hay más que decir…» Mientras pensaba qué debía hacer, una mujer comenzó a correr desde el bosque de robles de la ladera superior de la colina del Rey y nos dijo a gritos que algunos normandos estaban ahuyentando y persiguiendo cerdos allá arriba. «Sean normandos o sajones —dije—, tenemos que escarmentarlos o nos robarán todos los días. A ellos con todas las armas que tengáis a mano.» Volví la mirada hacia aquellos tres desgraciados, y ellos y los demás sajones se unieron a mis guerreros; los sajones iban armados con amuletos y hachas que mantenían ocultos en los techos de bardas de sus cabañas. Hugh los mandaba. A media ladera de la colina del Rey, nos encontramos con un tipo que pretendía ser de Picardía[38] (un traficante en comestibles que vendía vino en el campamento del duque), con el escudo de un caballero muerto en el brazo y un caballo robado entre sus piernas, seguido por un grupo de quince o veinte desharrapados que conducían a golpes a los cerdos. Los dispersamos y recuperamos a los animales. Ciento setenta cerdos fue el botín de aquel gran combate —concluyó sir Richard, a risotadas—. Aquella fue nuestra primera acción conjunta. Pedí a Hugh que comunicase a su gente que seguiría tratando de igual manera a cualquier otro hombre, ya fuese caballero o villano, normando o sajón, que robase en nuestro valle, aunque sólo fuese un huevo de gallina. Cuando regresábamos a casa, él me dijo: «Esta tarde, has dado un gran paso en la conquista de Inglaterra.» «Entonces, Inglaterra tendrá que ser tuya y mía —repliqué—. Hugh, ayúdame a tratar con justicia a tu gente. Hazles saber que, si me asesinan, De Aquila ordenará con toda seguridad que los ejecuten y pondrá en mi lugar a un hombre mucho más duro.» «Es muy probable que así sea —contestó, estrechándome la mano—. Y es preferible demonio conocido que santo por conocer, al menos hasta el momento en que podamos largaros de nuevo a Normandía.» Lo mismo opinaron sus sajones; y reímos todos

mientras conducíamos los cerdos cuesta abajo. Pero creo que algunos de ellos, incluso entonces, comenzaban a odiarme.

—Me gusta el hermano Hugh —opinó Una, con dulzura.

—Queda fuera de duda que él era el caballero más perfecto, cortés, valiente, afectuoso y sabio que jamás ha existido —siguió sir Richard, acariciando su espada—. Colgó su espada, esta espada, en la pared del gran vestíbulo porque, según él, yo se la había ganado con limpieza y nunca la volvió a coger hasta que De Aquila regresó, como voy a contaros en seguida. Durante tres meses, sus hombres y los míos vigilaron el valle hasta que todos los ladrones y merodeadores nocturnos se convencieron de que nada podían obtener de nosotros, excepto una buena paliza o la horca. Luchamos hombro con hombro contra aquellos que nos atacaban (a veces, hasta en tres ocasiones por semana), ya fuesen ladrones o caballeros sin tierra, en busca de buenas propiedades. Después tuvimos algo de paz y me dispuse, con la ayuda de Hugh, a gobernar este valle (todo lo que ahora os pertenece en el valle era de mi propiedad), como debía hacerlo un caballero. Mantuve como estaba el techo del gran vestíbulo y los tejados de bardas del establo y de las cabañas. No obstante, los ingleses son gente osada. Aquellos sajones solían bromear y reír con Hugh, y Hugh con ellos. Pero lo que resultaba aún más sorprendente para mí fue comprobar que, si al más mezquino entre todos ellos se le ocurría decir que tal cosa o tal otra constituía una costumbre de la casa, tanto Hugh como los más viejos hombres del lugar abandonaban lo que estaban haciendo para discutir la cuestión planteada (yo había visto detener el molino en mitad de la molienda del grano), y si la costumbre o uso resultaba tener el fundamento que se pretendía, concluía la discusión, incluso aunque la costumbre o uso perjudicara a Hugh, contrariase sus deseos o a su calidad de jefe. ¡Extraordinario…![39].

—Sí —dijo Puck, interviniendo por primera vez—. La costumbre de la vieja Inglaterra existía ya aquí antes de que llegasen tus caballeros normandos y perduró, a pesar de que luchasteis contra ella ferozmente…

—Yo no —protestó sir Richard—. Yo permití a los sajones seguir con tozudez sus usos. Pero, eso sí, cuando mis propios guerreros normandos que no llevaban en Inglaterra ni seis meses, se me insolentaron y me preguntaron cuáles eran las costumbres de la tierra, monté en cólera. ¡Ah, tiempos felices…! ¡Qué maravilloso pueblo…! ¡Cuánto los amé a todos…!

El caballero levantó los brazos como si quisiera abrazar la totalidad del querido valle, y *Golondrina,* al oír el tintineo de su cota de malla, le miró y relinchó con ternura.

—Al fin —siguió—, después de un año de esfuerzos y de logros, y de alguna incursión sin importancia, apareció De Aquila en el valle, solo y sin previo aviso. Le vi llegar por el vado de abajo, llevando en su silla a un pequeño porquerizo. «No es preciso que me digas nada de tu gestión en estas tierras —exclamó.


H. R. MILLAR. 1906

Ya me ha informado de todo este niño.» Y me explicó cómo el pequeño había obligado a su enorme caballo a detenerse, agitando unas ramas y gritándole que el paso estaba prohibido. «Y si un niño, osado e inerme, es suficiente para vigilar el vado en los tiempos que corremos, es evidente que has trabajado bien.» Pellizcó la mejilla del niño y observó nuestro ganado en la llanada, junto al río. «Todos gordos —dijo, frotándose la nariz—. Ésas son la habilidad y la astucia que a mí me gustan. ¿Qué te dije cuando me marché, muchacho?» «Defiende tu propiedad o te colgarán —contesté—. No lo he olvidado ni un instante.» «Cierto, la has mantenido bien.» Descendió de la silla y, con la punta de su espada, cortó un terrón de tierra herbosa de la orilla del río y me la entregó donde yo estaba arrodillado[40].

Dan miró a Una y Una miró a Dan.

—Eso es aceptar «la toma» —murmuró Puck.

—«Ahora eres el propietario legal de estas tierras, sir Richard», dijo. Era la primera vez que me llamaba así. «Tuya y de tus herederos para siempre. Esta ceremonia es válida, hasta que los registradores del Rey extiendan un pergamino con tu título de propiedad. Inglaterra es nuestra si sabemos mantenerla en nuestro poder.» «¿Qué servicios debo prestar?», pregunté. Y recuerdo que me sentí orgulloso en tal medida que no me fue posible expresarlo en palabras. «Pagar la franquicia al Rey, muchacho, pagar la franquicia al Rey», contestó, saltando a pata coja alrededor de su caballo. (¿He dicho que era de baja estatura y que no podía sufrir que nadie le ayudase a subir a su caballo?) «Tendrás que enviarme seis hombres de a caballo y doce arqueros en cuanto te los pida y… ¿dónde meterás todo ese trigo? —inquirió, pues estábamos ya cerca de la recogida de la cosecha y nuestro trigo estaba bien granado—. Nunca he visto unas espigas tan deslumbrantes. Envíame tres sacos de esa semilla todos los años, y además, en recuerdo de nuestro último encuentro con la soga en tu cuello, deberás invitarme a mí y a mis hombres a comer dos días al año en el gran vestíbulo de tu mansión.» «Por desgracia —dije—, mi mansión está ya confiscada. Tengo prohibida la entrada en el gran vestíbulo.» Y le conté el juramento que había realizado ante lady Aelueva.

—¿No habías vuelto a entrar en el vestíbulo desde entonces? —preguntó Una.

—Nunca —replicó sir Richard, sonriendo—. Me había edificado una pequeña cabaña de madera en la ladera de la colina y allí cumplía con mi función de administrar justicia y dormía. De Aquila dio media vuelta y su

escudo sonó contra su espalda. «No importa, muchacho —dijo—. Aplazaré un año el homenaje.»

—Sir Richard quiere decir que no tenía que darle de comer durante el primer año —aclaró Puck.

—De Aquila vino conmigo a la cabaña y Hugh, que sabía leer, escribir y hacer cuentas, le mostró el inventario de la propiedad, en el que figuraban los nombres de nuestros campos y de nuestros colonos. Preguntó mil cosas acerca de las tierras, cuáles eran bosque, cuáles praderíos de pasto, se interesó por el molino y por las pozas de pesca, así como por la posición social de cada uno de los hombres del valle. Pero no pronunció ni una sola vez el nombre de lady Aelueva ni tampoco se aproximó al gran vestíbulo de la casa. Por la noche, bebió con nosotros en la cabaña. Sí, sentóse sobre la paja como un águila entre sus plumas, y sus ojos amarillentos miraban por encima de su copa, mientras conversaba, tocando un tema y otro, como un águila, sin detenerse en ninguno. Sí, permaneció unos instantes inmóvil, quieto, y después se agitaba en la paja y a veces hablaba como si fuese el mismo rey Guillermo. Hablaba utilizando parábolas y apólogos y, si en alguna ocasión nos comprendíamos lo que quería decir, nos golpeaba en los costados con su espada envainada. «Mirad, muchachos —dijo—. Yo he nacido fuera de mi tiempo. Hace quinientos años, hubiese hecho de Inglaterra un país que ni los daneses ni los sajones ni los normandos habrían conquistado jamás. Quinientos años más tarde hubiese sido un consejero real como el mundo nunca podría haber soñado. Todo está aquí dentro —añadió, golpeando con un dedo su gran cabeza—, pero de nada me sirve en esta época de oscurantismo. La verdad es, Richard, que Hugh es un hombre de mayor valía que tú.» Su voz sonó hueca y dura como la de un cuervo. «Es cierto —dije yo —. Sin la ayuda, la paciencia y la abnegación de Hugh, no hubiera sido capaz de conservar este feudo.» «Ni tampoco tu vida —añadió De Aquila—. Hugh no te la ha salvado una vez, sino cientos de veces. Cállate, Hugh. Richard, ¿sabes por qué Hugh ha dormido y sigue durmiendo entre tus guerreros normandos?» «Para estar cerca de mí», dije en la creencia de que así era. «¡Estúpido! —exclamó De Aquila—. Lo hace porque los sajones le han pedido que se levante contra ti y que barra de este valle a todos los normandos. No importa cómo he llegado a saberlo. Es la verdad. Por lo tanto, Hugh se ha constituido en rehén tuyo, consciente de que cualquier daño que te infligiesen sus sajones supondría para él su inmediato asesinato a manos de tus normandos, ¿no es cierto, Hugh?» «En cierta manera, sí —afirmó tímidamente Hugh—. Al menos así fue hasta hace medio año. Mis sajones no

dañarían hoy a Richard. Creo que ya le conocen. Pero juzgué prudente tomar mis medidas hasta estar seguro de ello.» Fijaos, hijos, de lo que había sido capaz aquel hombre…, y yo sin ni siquiera imaginarlo. Noche tras noche había dormido entre mis guerreros, sabiendo que si un sajón levantaba su puñal contra mí le hubiese costado la cabeza. «Sí —prosiguió De Aquila—. Y es un hombre que no tiene ni espada —señaló al cinto de Hugh, ya que, como os he contado, había renunciado a ella el día en que se le fue de las manos, en Santlache. Llevaba sólo su pequeña daga y un largo arco—. Careces de espada y de tierras, Hugh, y dicen que eres pariente del conde de Godwin[41].» Hugh, en efecto, llevaba en sus venas sangre de los Godwin. «Las propiedades que fueron tuyas han sido entregadas a este muchacho y a sus hijos para siempre. Hugh, levántate y ruégale que no te eche de aquí como a un perro.» Hugh calló, pero yo oí su rechinar de dientes. Ordené a De Aquila, mi propio señor natural, que no sembrase la discordia o le haría tragar sus palabras. Y De Aquila se echó a reír hasta que las lágrimas afloraron a sus ojos y corrieron por sus mejillas. «Advertí al Rey —dijo— lo que ocurriría si nos entregaba Inglaterra a nosotros, a una partida de ladrones normandos. Ahí lo tienes, Richard. Aún no hace dos días que te he confirmado en tus dominios y ya te has rebelado contra tu señor soberano. ¿Qué debemos hacer con él, Hugh?» «Yo no tengo espada —replicó Hugh—. No te burles de mí», añadió ocultando su rostro entre las rodillas y lamentándose. «No sé cuál de los dos es más imbécil —masculló De Aquila, cambiando el tono de su voz —. Hace apenas media hora, he decidido concederte el feudo de Dallington, ahí, en las colinas», y golpeó a Hugh, entre la paja, con la vaina de su espada. «¿A mí? —se extrañó Hugh—. Soy un sajón y aparte de mi amistad con Richard, no he hecho juramento de pleitesía a ningún normando.» «En el tiempo por venir que Dios nos conceda y en el que ya no viviré para verlo, llegará el día que en Inglaterra no habrá ni sajones ni normandos —afirmó De Aquila—. Por lo demás, o yo no conozco a los hombres o tú eres más fiel sin haber prestado vasallaje que una buena cantidad de normandos que ahora mismo podría nombrar. Quédate con Dallington y únete mañana a Richard para luchar contra mí en un torneo, si así te place.» «No —replicó Hugh—, no soy un niño. Cuando acepto un regalo es siempre a cambio de un servicio», y colocó sus manos ante las de De Aquila, le juró lealtad y hasta creo recordar que le besó y De Aquila nos devolvió el beso a ambos. Después nos sentamos a la puerta de la cabaña y De Aquila observó a nuestros siervos que se dirigían a su trabajo en los campos y nos habló de cosas serias, de cómo debíamos gobernar nuestras posesiones en el futuro, de cómo cazar y criar

caballos y de lo que el Rey sabía y de lo que el Rey ignoraba; nos habló como si en todos los aspectos nos considerase como hermanos. De pronto, uno de los servidores se acercó a mí (era uno de los tres a quienes salvé de la horca hacía un año), y me dijo a voz en grito, que es la manera sajona de hablar confidencialmente, que lady Aelueva deseaba verme en el gran vestíbulo. Todos los días salía de casa a dar un paseo y tenía por costumbre mandarme recado de a dónde iba, a fin de que designase la escolta de dos arqueros que marchaban delante de ella y dos que la protegían por detrás. Con frecuencia, yo iba también a los bosques y me encargaba asimismo de su vigilancia. Corrí hacia la casa y, al llegar a la puerta, ésta se abrió hacia adentro y apareció lady Aelueva y me preguntó: «Sir Richard, ¿deseas entrar en el gran vestíbulo?» Después se echó a llorar y nos quedamos solos.

El caballero permaneció en silencio largo rato y sonrió con el rostro vuelto hacia el valle.

—Oh, bien hecho —dijo Una, aplaudiendo débilmente—. Estaba apenada y así lo reconoció.

—Sí, estaba apenada —confirmó sir Richard, volviendo a la realidad con un leve sobresalto—. Muy pronto, aunque él dijo que habían pasado dos horas, De Aquila cabalgó hasta la puerta con su escudo recién limpio (Hugh se lo había abrillantado), pidió entrada y posada y me acusó de caballero falsario, capaz de matar de hambre a su señor. Después, Hugh anunció a gritos que aquel día todos los del valle podían dejar de trabajar y nuestros sajones hicieron sonar sus cuernos y se dieron a la holganza y a la bebida, a las carreras de potros, al baile y a las canciones. De Aquila obligó a Hugh a descolgar su espada de la pared por el honor de la casa de Dallington, y Hugh la volvió a tomar en sus manos con gran alegría. La empuñadura estaba cubierta de polvo y observé que Hugh soplaba sobre ella. Ella y yo nos sentamos aparte para hablar y en un principio creímos que los tañedores de las arpas habían vuelto a la casa, porque todo el gran salón se henchía con un rumor de música. De Aquila se puso en pie de un salto; pero sólo se distinguían


H.R. MILLAR. 1906.

los arabescos de la luz de la luna sobre el suelo. «¡Escuchad! —exclamó Hugh—. Es mi espada.» Y cuando se la ciñó a la cintura, la música cesó. «Por todos los dioses, que nunca tenga que ceñirme una espada como ésa —exclamó De Aquila—. ¿Qué augura esa música?» «Sólo los dioses que la forjaron pueden saberlo. La última vez que habló fue en Hastings, cuando perdí todas mis tierras. Es posible que ahora cante porque tengo nuevas propiedades y soy de nuevo un hombre», replicó Hugh. Extrajo la hoja unos centímetros y volvió a meterla en la vaina con felicidad. La espada le contestó en voz baja y tierna, como… como hubiese hablado una mujer a un hombre, tras reposar la cabeza sobre el hombro amado. Aquella fue la segunda vez en mi vida que oí cantar a esta espada.

—¡Mira! —gritó Una—. Allí viene mamá, descendiendo por la ladera. ¿Qué dirá a sir Richard? No podrá evitar verle.

—Y Puck, esta vez, no puede encantarnos —se lamentó Dan.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Puck.

Se inclinó hacia sir Richard y le murmuró algo al oído. Sir Richard, sonriente, inclinó la cabeza.

—Lo que sucedió con mi espada y mi hermano Hugh, os lo contaré otro día —prometió, levantándose—. ¡Eh, *Golondrina*!

El gran caballo comenzó a trotar desde el otro extremo de la pradera, cerca de donde estaba la madre. Ambos oyeron su voz:

—Niños, el viejo caballo de Gleason ha vuelto a meterse en el herbazal. ¿Por dónde puede haber entrado?

—¡Por el vado de las piedras! —contestó Dan—. ¡Ha arrancado algunos terrones de hierba de la orilla! Volvemos ahora mismo y traemos un montón de truchas. Hemos estado pescando toda la tarde.

Y, en verdad, ellos creían haberlo hecho así. No se dieron cuenta de que Puck había dejado las hojas de roble, de fresno y de espino sobre sus regazos.

LA CANCIÓN DE SIR RICHARD

Seguí a mi duque aún sin tener novia
a buscar a Inglaterra feudo, hacienda,
pero al revés salió la grata historia,
¡pues que mi amor lo conquistó Inglaterra!

Tuve caballo y bandera, escudo
y un corazón henchido de quimeras.
Y ahora canto alegre con el alma,
¡pues que mi amor lo conquistó Inglaterra!

A mi padre que en su castillo espera
noticias de mi andanza marinera
que reverdezca en mí su edad primera
y sepa que mi amor es Inglaterra.

Y a mi madre que en su amplia alcoba
rige a mi padre con tanta destreza,
recordando sus juveniles horas,
decidle que mi amor robó Inglaterra.

A mi hermano que en la Rouen normanda
en alegres jolgorios se desvela,
conociendo dolor y malandanza,
decid que amor me encadenó a Inglaterra.

Y a mi pequeña hermana que en las grandes
huertas de Normandía aún me espera,
decid que arribó el tiempo para amarse
¡y que mi amor lo conquistó Inglaterra!

Y a mis amigos de campo y camino,
de modales esquivos y altaneros,
decid que su sendero no es el mío,
pues de Inglaterra quedo prisionero.

Príncipes, reyes y famosos nobles,
gentes y capitanes de alta escuela,
no me culpéis aunque repita a voces
que es Inglaterra mi señora y dueña.

Ante dos cosas el hombre más fuerte
rinde su lealtad y su entereza;
primero es el amor, luego la muerte:
y mi amor lo he dejado en Inglaterra.

Capítulo III

Los caballeros de la aventura maravillosa

CANCIÓN PARA ARPA DE LAS MUJERES DANESAS

¿Qué será, pues, de mí? Me abandonaste;
las tierras y los leños los cambiaste;
por Muerte que hace viudas me dejaste.

No tendré casa donde alojar a gente;
una gélida cama escasamente,
en la que yace en hielo el sol muriente.

Mis blancos brazos ya no han de abrazarte;
sólo algas de diez dedos han de amarte
y la tierna marea acariciarte.

Cuando el aliento del verano besa
los hielos y el árbol se espesa,
volvéis a casa con nostalgia aviesa.

Es nostalgia de gritos y de risa,
y contempláis el mar cómo se irisa,
vuestras naves en puerto, aves sin brisa.

Mientras reís habláis de amplios espacios;
la vaca y el caballo pastan reacios
y acariciáis sus flancos suaves, lacios.

Luego, de nuevo volvéis a las tormentas
y es la estela de las naves lentas
cuanto dejáis para aliviar afrentas.

¿Qué será, pues, de mí? Me abandonaste.
Las tierras y la casa los cambiaste,
por Muerte que hace viudas me dejaste.

Los caballeros de la aventura maravillosa

Hacía demasiado calor para correr al aire libre y Dan pidió a su amigo, el viejo Hobden, que les llevase la pequeña canoa desde la gran charca al río que discurría en el extremo del jardín. La canoa llevaba pintado el nombre de *Daisy*[42], pero durante las excursiones de exploración la llamaban *Golden Hind*[43] o *Long Serpent*[44] o cualquier otro nombre que les pareciese adecuado.

Dan intentó manejar uno de los remos de la embarcación (el río era demasiado estrecho, incluso para cinglar) y Una impelió la canoa con una pértiga de madera de lúpulo. Cuando llegaron a un remanso de escasa profundidad (el *Golden Hind* tenía un calado de apenas seis centímetros), desembarcaron y tiraron de la embarcación a la sirga sobre la grava del arroyo; al llegar a las frondosas orillas del otro lado del jardín, avanzaron río arriba sobre ramajes caídos. Aquel día se proponían descubrir el cabo Norte, como lo hacía *Othere*, el viejo capitán a vela, en el libro de versos que Una había llevado consigo[45]. Pero, en vista del calor, decidieron cambiar el plan por un viaje Amazonas arriba y por las fuentes del Nilo. Incluso en las aguas sombreadas el bochorno era intenso y el aire, denso, lleno de perfumes adormecedores; en los espacios abiertos, desprovistos de árboles, el sol quemaba los pastos como fuego. El martín-pescador dormía en su rama de centinela y los mirlos apenas se tomaban la molestia de esconderse en el matorral más cercano. Las libélulas, oscilantes, chocaban entre sí y aparecían como los únicos seres activos en el mundo, junto con las gallinas de agua y una gran mariposa rojolienta que aleteaba sobre el río para beber.

Cuando llegaron a la charca de la nutria, el Golden Hind encalló con suavidad en un bajío y quedaron a la sombra de un techo de verdor uniforme, observando cómo las aguas caían por encima de las compuertas de la presa y después se deslizaban sobre los ladrillos mohosos que devolvían al río las aguas del canal del molino. Una enorme trucha —los niños la conocían bien — exhibió la cabeza y el torso sobre la superficie, a la caza de alguna mosca, y desapareció por el recodo; al mismo tiempo, súbitamente, el nivel del río subió unos centímetros sobre los húmedos guijarros del cauce y notaron un lento suspiro y un estremecimiento en el aire que se colaba entre las copas de

los árboles. Después volvieron a oírse las voces delicadas de las aguas, deslizándose río abajo.

—Es como si las sombras hablasen, ¿no te parece? —preguntó Una, que había renunciado ya a leer.

Dan estaba tumbado en la popa de la canoa, con las manos abandonadas en la corriente. Oyeron ruido de pasos sobre el derrubio de cantos que se amontonaba en mitad de la charca y vieron a sir Richard Dalynbridge, que les observaba:

—¿Habéis tenido un viaje peligroso? —preguntó, sonriente.

—Hemos encallado muchas veces, señor. Apenas queda agua este verano —contestó Dan.

—Sí, el río era más profundo y más ancho cuando mis hijos jugaban a los piratas daneses. ¿Sois piratas?

—Oh, no. Hace años que dejamos de serlo —explicó Una—. Ahora somos casi siempre exploradores que navegan alrededor del mundo, ¿comprende?

—¿Alrededor?[46] —preguntó sir Richard, sentándose confortablemente entre dos ramas de un viejo tocón de fresno que había en la orilla.

—¿No se decía eso en tus libros? —preguntó Dan.

Su última lección la habían dedicado a geografía.

—No sé leer ni escribir —replicó el anciano—. ¿Sabes leer, hijo?

—Sí —dijo Dan—, excepto las palabras demasiado largas.

—Estupendo. Entonces lee para que pueda oírlo.

Dan enrojeció, pero abrió el libro e inició su lectura —vacilando un poco —, con El descubridor del polo Norte:

Othere, el viejo capitán
que vivía en Helgoland[47]*,*
al rey Alfredo[48]*, amante de la verdad,*
le regaló un colmillo de morsa
blanco como la nieve,
que llevaba en su encallecida mano.

—Pero…, pero yo conozco esto. Es una vieja canción y la he oído cantar. Es un milagro —le interrumpió sir Richard—. No, no te detengas.

Se inclinó hacia adelante y las sombras de las hojas resbalaron por su cota de malla.

Yo araba los campos con caballos

pero mi corazón estaba inquieto,
porque los viejos hombres de la mar
venían a contarme de vez en cuando,
sus sagas marineras…

Colocó la mano en la empuñadura de su gran espada:

—Es cierto —exclamó—. Es lo que me ocurrió a mí.

Midió la cadencia de los versos con el pie, uno por uno.

Y entonces, la tierra —dijo Othere—,
de repente, se extendió hacia el sur
y yo seguí la costa sinuosa
y proseguí con rumbo al sur,
por los mares sin nombre…

—Mares sin nombre —repitió—. Eso es lo que hicimos Hugh y yo.

—¿A dónde ibais? Cuéntanoslo —pidió Una.

—Esperad. Deja que lo oiga entero.

Dan continuó su lectura hasta concluir el poema.

—Maravilloso —dijo el caballero—. Es el poema de Othere que he oído cantar incluso a los hombres de a bordo en las embarcaciones danesas. No con las mismas palabras heroicas, pero sí con otras muy parecidas.

—¿Has explorado el norte alguna vez? —preguntó Dan, cerrando el libro.

—No. Mi aventura ocurrió en el sur. Más al sur de donde ha llegado jamás un hombre. Hugh y yo partimos con Witta y sus infieles —afirmó, señalando con su larga espada y apoyándose después en ella con ambas manos y la mirada perdida en remotos horizontes.

—Creía que siempre habías vivido aquí —comentó Una, con voz tímida.

—Así fue mientras vivió lady Aelueva. Pero murió cuando mi hijo mayor era ya un hombre, y pedí a De Aquila que cuidase de mi feudo cuando decidí emprender un viaje en peregrinación. Quería olvidar. De Aquila, a quien Guillermo II había hecho señor de Pevensey y conde de Mortain, era ya muy viejo, pero aún cabalgaba sobre sus grandes caballos ruanos, y puesto en su silla parecía un pequeño halcón blanco. Cuando Hugh tuvo noticias en Dallington, al otro lado de las colinas, de lo que me disponía a hacer, mandó buscar a mi segundo hijo, que era todavía soltero y al que siempre había tratado como a su propio hijo, y con la venia de De Aquila le pidió que administrase el feudo de Dallington hasta que él regresase. Hugh vino conmigo.

—¿Cuándo ocurrió todo eso? —preguntó Dan.

—Puedo contestarte a esta pregunta con absoluta exactitud, porque mientras cabalgábamos con De Aquila por las cercanías de Pevensey (ya os he dicho que era *lord* de Pevensey y miembro del Aguila de Honor), para embarcar rumbo a Burdeos en la nave que todos los años le traía vinos desde Francia, un hombre de los pantanos corrió hacia nosotros, gritando que había visto una cabra negra que llevaba en sus lomos el cuerpo del rey y que el animal le había hablado. Aquel mismo día, Guillermo el Rojo, nuestro Rey, el hijo del Conquistador, murió de un flechazo anónimo en el transcurso de una cacería en un bosque. «Es un mal asunto recibir una noticia como ésta, en vísperas de emprender un viaje. Si Guillermo el Rojo ha muerto, es posible que tenga que luchar para defender mis tierras. Esperad unos días», dijo. Fallecida mi mujer, no me preocupaban los augurios ni las premoniciones y tampoco a Hugh. Tomamos la nave para ir a Burdeos, pero cayó el viento cuando estábamos aún a la vista de Pevensey y quedamos envueltos en una espesa niebla. Las corrientes nos llevaron hacia el oeste, a lo largo de los acantilados. Nuestros compañeros de viaje eran, en su mayor parte, comerciantes en vinos que regresaban a Francia y llevábamos también un cargamento de lana. A bordo viajaban tres parejas de grandes perros de caza, encadenados a las amuras. Su propietario era un caballero de Artois[49]. Nunca supe su nombre, pero en su escudo había campos de oro sobre fondo rojo y él padecía una cojera similar a la mía, como consecuencia de una herida que había recibido en su juventud, en el sitio de Nantes[50]. Había luchado con el duque de Burgundia contra los moros de España y en aquel entonces se disponía a volver a la guerra contra el infiel, con aquellos perros. La primera noche nos cantó extrañas canciones moriscas y casi llegó a persuadirnos para que fuésemos con él. Yo iba en peregrinación para olvidar, efecto que no produce ningún peregrinaje, y estuve a punto de aceptar su invitación, pero… Hijos, ved de qué modo cambian la fortuna y la vida de un hombre… La mañana siguiente, una nave danesa de remos silenciosos chocó contra nosotros a causa de la niebla, y sobre la cubierta perdimos todos el equilibrio, y Hugh, que se apoyaba en la amura, cayó al mar. Me lancé para salvarle y ambos tropezamos con la borda de la nave de los daneses, quienes nos cogieron y nos ataron, antes de que pudiésemos ponernos en pie. A nuestro barco se lo había tragado la niebla. Imagino que el caballero del escudo con campos de oro debió cubrir los perros con su gran capa, puesto que de otro modo hubiesen revelado la presencia de una nave cargada de mercaderes. Advertí que su ladrido cesó súbitamente. Permanecimos atados

bajo los bancos de los remeros hasta el amanecer. Fue entonces cuando los daneses nos arrastraron hasta la cubierta superior y nos dejaron junto al timón y ante el capitán de la nave, que se llamaba Witta, quien con el pie nos colocó a ambos boca arriba. Llevaba brazaletes de oro desde el codo hasta el hombro y su pelo rojizo era tan largo como el de una mujer y le caía en mechones trenzados sobre la espalda. Era fuerte, de piernas curvadas y brazos largos. Nos arrebató todo lo que llevábamos encima, pero al coger la espada de Hugh y observar sus inscripciones en la hoja volvió a meterla en la vaina con presteza. Sin embargo, su codicia pudo más que su prudencia y volvió a extraer el acero, hasta que al tercer intento la espada comenzó a cantar con voz tan poderosa e irritada que los remeros se apoyaron en sus remos para escucharla. Comenzaron a hablar todos a la vez, gritando como gaviotas. De pronto, un hombre de piel amarillenta como jamás había visto apareció en la cubierta principal y cortó las cuerdas que nos ataban. Su tono amarillo no era producto del mareo, sino algo natural, un amarillo oscuro como la miel, y sus ojos se recortaban oblicuamente en su cara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Una, con la barbilla apoyada en una mano.

—Esto —dijo sir Richard.



Se llevó un dedo a cada uno de los extremos de sus ojos y los dirigió hacia arriba hasta convertirlos en dos estrechas hendiduras.

—Huy, pareces un chino —exclamó Dan—. ¿Era chino aquel hombre?

—No sé lo que podía ser. Witta lo había encontrado medio muerto entre los hielos de las costas de Moscovia[51]. Pero lo cierto es que creíamos que se trataba del mismísimo diablo. Se arrastró ante nosotros y nos sirvió comida en las bandejas de plata que aquellos lobos de mar habían robado del tesoro de alguna abadía. Witta, con sus propias manos, nos escanció vino. Habló algo en francés y un poco en anglosajón, pero la mayor parte de su discurso lo pronunció en una lengua del norte. Le pedimos que nos llevase a tierra, prometiéndole pagar mejor rescate del que obtendría si nos vendiese a los moros, como ocurrió una vez con un caballero que yo conocía y que fue apresado al zarpar de Flushing. «Ni por la cabeza de mi padre Gunthrum[52] —dijo el danés—. Los dioses os han enviado en señal de buena suerte.» Al oír aquellas palabras, temblé de miedo, porque conocía la costumbre de los daneses de sacrificar a sus prisioneros a sus dioses para implorar buen tiempo. «Malditos sean tus largos huesos —exclamó Hugh—. ¿Qué provecho puedes obtener de dos pobres peregrinos que no saben trabajar ni guerrear?» «Los dioses me prohíben que luche contra vosotros, pobres peregrinos que tenéis la espada que canta —replicó—. Venid con nosotros y dejaréis de ser pobres. Tenéis los dientes muy separados y eso es augurio cierto de que viajaréis y os haréis ricos.» «¿Y si no queremos ir contigo?», preguntó Hugh. «En tal caso nadad hasta Inglaterra o Francia —contestó Witta—. Estamos a mitad de camino de ambas. A menos que prefiráis morir ahogados, os garantizo que mientras estéis a bordo no se os tocará ni un pelo de la cabeza. Estamos seguros de que nos traeréis buena suerte y me consta que las inscripciones de vuestra espada son auténticas.» Se volvió y ordenó que izasen las velas. Después se apartaron todos para que paseásemos por la nave, que estaba repleta de maravillas.

—¿Cómo era? —inquirió Dan.

—Larga de eslora, de poco calado y de escasos metros de manga, con un mástil que sostenía una vela roja y con quince remos a babor y otros quince a estribor —contestó el caballero—. En proa había una toldilla bajo la cual los tripulantes podían dormir, y en popa otro recinto con una puerta pintada de rojo que la separaba de los bancos de los remeros. Ahí dormíamos Hugh y yo, en compañía de Witta y del hombre amarillo, sobre alfombras suaves como la lana. Recuerdo —añadió, riendo para sí— que la primera vez que entramos allí una voz poderosa gritó: «¡Sacad las espadas! ¡Sacad las espadas! ¡Matad,

matad!» Al ver nuestra sorpresa, Witta rió y nos mostró que quien había hablado era un pájaro gris de largo pico y de cola roja. El ave se posó en su hombro, pidió con voz ronca pan y vino y exigió a su propietario que le besara. Sin embargo, se trataba tan sólo de un pájaro poco inteligente. Pero… ¿sabéis una cosa?

Miró los rostros sonrientes de los niños.

—No nos reímos de ti —afirmó Dan—. Debía tratarse de un loro. Es lo que los loritos suelen hacer.

—Sí, nos enteramos de eso un poco más tarde. Pero a bordo había otra maravilla. El hombre amarillo, cuyo nombre era Kitai, llevaba consigo una caja marrón dentro de la cual había un vaso con marcas rojas en los bordes, en cuyo interior pendía de un hilo muy fino un pedazo de hierro no más pesado que un tallo de hierba, pero quizás tan largo como una espuela, aunque totalmente recto. En ese trozo de hierro, según Witta, habitaba el espíritu del mal que Kitai, el hombre amarillo, había traído, por arte de magia, desde su país de origen, que estaba a más de tres años de navegación rumbo sur. El espíritu del mal se esforzaba noche y día por regresar a su país y, en consecuencia, aquella aguja de hierro apuntaba continuamente hacia el sur.

—¿El sur? —preguntó Dan con sorpresa, metiéndose una mano en el bolsillo.

—Lo vi con mis propios ojos. Cada día y a lo largo de todas las horas, aunque la nave se agitase en la mar arbolada, aunque el sol y la luna y las estrellas desapareciesen del cielo, aquel ciego espíritu encarnado en el hierro sabía dónde deseaba ir y señalaba hacia el sur. Wita le llamaba el hierro sabio, porque le mostraba su rumbo en medio de mares remotos y desconocidos.

Sir Richard observó de nuevo a los niños con detenimiento.

—¿Qué opináis? ¿Se trataba de brujería?

—¿Era algo parecido a esto?

Dan extrajo una vieja brújula metálica del bolsillo, donde, por lo general, convivía con su cortaplumas y su llavero.

—El cristal está roto, pero la aguja funciona perfectamente, señor.

El caballero exhaló un murmullo de admiración.

—Sí, sí. El hierro sabio se sacudía y se movía de esta misma manera. Ahora está quieto, ahora señala hacia el sur.

—Hacia el norte —corrigió Dan.

—No, hacia el sur. Allí está el sur —insistió sir Richard.

Se echaron a reír los tres porque, lógicamente, uno de los extremos de la aguja apuntaba al norte y el otro extremo al sur.

—¡Vaya…! —exclamó sir Richard, con un chasquido de la lengua—. No puede tratarse de brujería si un niño puede llevar ese instrumento. ¿Por qué señala siempre al sur…, o al norte?

—Mi padre dice que nadie lo sabe —terció Una.

Sir Richard pareció aliviado.

—Entonces aún es posible que se trate de magia. Para nosotros era magia. Con ella viajamos. Cuando el viento era favorable, alzábamos la vela y nos apoyábamos contra la amura de barlovento con nuestros escudos a la espalda para protegernos de las salpicaduras de la mar. Cuando no había viento utilizaban los remos; el hombre amarillo se sentaba con el hierro mágico y Witta llevaba el timón. Al principio, me asustaban las altas y blanquinosas olas, pero al percibir la maestría con la que Witta navegaba entre ellas fui cobrando confianza. Hugh disfrutó de todo aquello desde el comienzo. Yo nunca he tenido habilidades marineras; y las rocas, las corrientes que encontramos en las islas del oeste de Francia, donde rompimos un remo contra los acantilados, me ponían el corazón en la garganta. Navegamos hacia el sur por un mar tempestuoso, en el que una noche, a la luz de la luna, apareció unos instantes, entre nubarrones, una nave de Flandes que dio una vuelta completa sobre sí misma y se hundió. Una vez más, mientras Hugh trabajaba con Witta la noche entera, yo me puse a cubierto junto al pájaro hablador, y me acosté sin preocuparme de si iba a morir o a continuar viviendo. En la mar hay una especie de mareo que durante tres días produce verdadera sensación de muerte. Cuando volvimos a ver tierra firme, Witta dijo que eran las costas de España y permanecimos en alta mar. La costa estaba repleta de naves que apoyaban la causa del duque contra los moros y temimos que sus hombres nos colgasen o nos vendiesen como esclavos a los infieles. Por lo tanto, decidimos recalar en una pequeña ensenada que Witta conocía. Al anochecer, llegaron a aquel lugar hombres con mulas cargadas y Witta cambió ámbar del norte por pequeñas puntas de hierro y por paquetes de abalorios, metidos en recipientes de cerámica. Colocó los recipientes debajo de cubierta y las puntas de hierro en la bodega de la nave, después de lanzar al mar las piedras y los guijarros que hasta entonces nos habían servido como lastre. También cambió pedazos de ámbar gris perfumado por vino: por un trozo de ámbar del tamaño de la uña de un dedo pulgar, obteníamos un barril de vino… Pero estoy hablando como si fuese un mercader…

—No, no —gritó Dan—. Dinos qué comprasteis para comer.

—Witta compró carne seca al sol, pescado seco y alubias de huerta; y ristras de cierto fruto dulce y sabroso que suelen comer los moros y que

parece pulpa de higo y tiene un hueso alargado y pequeño… Ah, dátiles es su nombre. «Ahora —dijo Witta, cuando la nave estuvo pertrechada— os aconsejo, extranjeros, que recéis a vuestro Dios, porque en adelante nuestro rumbo será el que jamás ha surcado el hombre.» Él y su tripulación ofrecieron una cabra negra como sacrificio, en la popa del barco, y el hombre amarillo sacó una imagen, pequeña y sonriente, de piedra verde oscuro, y quemó incienso ante ella. Hugh y yo nos encomendamos a Dios, a san Barnabás y a Nuestra Señora de la Asunción, de la que fue especialmente devota mi mujer[53]. Ya no éramos jóvenes, pero no me avergüenza confesar que al levar anclas de la ensenada secreta, en pleno amanecer y mar en calma, nos sentimos llenos de entusiasmo y cantamos como lo hicieron los caballeros de antaño cuando siguieron a nuestro gran duque hacia Inglaterra. Y, sin embargo, era ahora nuestro capitán un pirata pagano y toda nuestra altiva flota consistía en una navecilla peligrosamente sobrecargada; por guía teníamos a un hechicero también pagano y nuestro puerto de destino estaba más allá del fin del mundo. Witta nos dijo que Gunthrum, su padre, había navegado una vez por las costas de África para ir a desembarcar a unas tierras donde hombres desnudos cambiaban oro por hierro y abalorios. Allí adquirió mucho oro y no pocos colmillos de elefante. Era allí a donde, con la ayuda del hierro encantado, Witta se disponía a ir. Witta no temía nada, excepto la pobreza. «Mi padre me dijo —explicó Witta— que el gran arrecife se extiende durante tres días de navegación a lo largo de aquellas tierras y que al sur del arrecife existe una selva que crece en el mar. Tanto al sur como al este de aquella selva mi padre encontró un lugar donde los hombres se escondían el oro en sus cabellos; pero también me explicó que todo aquel país estaba lleno de diablos que vivían en los árboles y que despedazaban a la gente, miembro a miembro. ¿Qué os parece?» «Con oro o sin oro —contestó Hugh, acariciando su espada—, es una aventura gloriosa. ¡Al ataque contra esos diablos, Witta!» «Aventura… —murmuró Witta, con amargura—. Soy sólo un pobre ladrón de la mar. Yo no me juego la vida navegando sobre unos maderos ni por la gloria ni por la aventura. Una vez que amarre de nuevo la nave en Stavanger y sienta los brazos de mi mujer alrededor de mi cuello, no buscaré más aventuras. Un barco resulta más caro que una mujer o unas cabezas de ganado.» Saltó al pasillo de la galera e insultó a los remeros por su escaso esfuerzo y sus estómagos insaciables. Sin embargo, Witta era un lobo en la lucha y un verdadero zorro en la astucia de saber tratar a los demás. Fuimos desviados hacia el sur por una tormenta, y durante tres días y tres noches no dejó de empuñar el remo de popa y condujo a aquella nave alargada a través

de los mares. Cuando la mar se alzaba por encima de lo previsto, echaba un tonel de aceite de ballena a las aguas, sujeto con una soga, lo que calmaba al mar de forma inexplicable, y en el remanso que se formaba colocaba la nave proa al viento y lanzaba remos atados a otros cabos para lograr, decía, los efectos de un ancla alrededor de la cual dábamos vueltas penosamente, pero sin mojarnos. Había aprendido ese arte de su padre. Conocía también en su integridad el Libro de las sanguijuelas, de Bald[54], que fue un sabio doctor y, asimismo, el tratado de navegación de la mujer Hlaf[55], que saqueó Egipto. Sabía todo lo preciso para gobernar bien una nave. Después de la tormenta, avistamos una montaña cuya cumbre rasgaba las nubes y estaba cubierta de nieve. Las hierbas de las laderas de aquella montaña, cocidas e ingeridas, eran una excelente cura para la inflamación de las encías y la hinchazón de los tobillos[56]. Permanecimos varados allí ocho días, hasta que aparecieron hombres cubiertos con pieles y nos lanzaron piedras. Cuando el calor se hizo más intenso, Witta extendió una lona sobre los toletes de los remos. No corría brisa alguna entre la isla de la montaña y la costa de África, situada al este. Aquella costa era arenosa y la recorrimos a remo, a una distancia de tres tiros de arco. Allí vimos ballenas y peces con forma de escudos, más largos que nuestra propia nave. Algunos dormían, otros abrían sus fauces al acercarnos a ellos, otros parecían danzar en las aguas cálidas[57]. La mar daba calor al toque de la mano y el cielo estaba cubierto por brumas grises y agobiantes, de las cuales se desprendía un polvillo fino que blanqueaba nuestros cabellos y nuestras barbas, en el transcurso de una mañana. Allí había también peces que volaban en el aire como si de pájaros se tratara. A veces, caían sobre la lona sujeta a los toletes y cuando volvíamos a tierra, los asábamos y los comíamos.

El caballero se interrumpió para comprobar si los niños dudaban de la veracidad de su historia y vio que se limitaban a afirmar con la cabeza y a decirle:

—Sigue.

—La tierra amarilla estaba a nuestra izquierda y el mar gris a nuestra derecha. A pesar de mi condición de caballero, yo empuñaba mi remo entre el resto de la tripulación. Cogí algas, las puse a secar y las coloqué entre las ánforas que contenían los abalorios, para evitar que pudieran romperse. La calidad de caballero sólo puede ejercitarse en tierra. En la mar, os lo aseguro, un hombre no es otra cosa que un jinete sin espuelas sobre un caballo sin riendas. Aprendí a hacer nudos fuertes en los cabos, sí, y a atar dos de ellos por sus extremos, de tal modo que Witta apenas podía distinguir por dónde estaban unidos. Pero Hugh era diez veces más hábil que yo en cuestiones

náuticas. Witta puso a su cargo a los remeros de babor. Thorkild de Borkum[58], un hombre que tenía la nariz rota y se cubría la cabeza con un casco de acero normando, tenía a sus órdenes a los remeros de estribor, y ambos grupos rivalizaban en el remo y en la canción. Se ocupaban de que ningún hombre permaneciese ocioso. La verdad es que, como decía Hugh con el beneplácito y las carcajadas de Witta, una nave requiere más cuidados que un feudo. ¿Por qué? Mirad, había que ir a buscar agua cuando podíamos encontrarla, a la orilla, así como frutas y hierbas, y arena para fregar las cubiertas y los bancos de la nave, a fin de que se mantuviesen suaves. También tuvimos que varar el barco en islas de orillas bajas, sacar de su interior todas sus mercancías, incluidas las puntas de hierro, para quemar con antorchas de enea las algas que se habían adherido a su casco. Y luego, humeamos las bodegas con las mismas antorchas, humedecidas con agua salada, como la mujer Hlaf aconseja que se haga en su libro de navegación. En cierta ocasión, cuando estábamos totalmente indefensos y con la nave varada en tierra firme, el pájaro gritó: «Sacad las espadas», como si hubiese visto a un enemigo. Witta juró que le retorcería el cuello.

—Pobre lorito —se lamentó Una.

—No, no lo hizo. Era el pájaro de la nave y podía llamar por su nombre a todos los remeros. Fueron días felices, al menos para un viudo, los que pasamos en compañía de Witta y sus paganos, más allá del fin del mundo… Tras muchas semanas de navegación llegamos al gran arrecife que, como había anunciado el padre de Witta, se extendía hasta muy lejos. Lo seguimos con la nave que oscilaba y nos mareamos con el rugir de sus acantilados y rompeolas. Y cuando divisamos de nuevo tierra, nos encontramos con un pueblo negro y desnudo que habitaba en la selva y que, por una punta de hierro, nos cargaron de frutas, hierbas y huevos. Witta se rascó la cabeza ante ellos, dando así a entender que quería comprar oro. No lo tenían, pero comprendieron sus gestos (todos los traficantes de oro lo escondían en sus espesas cabelleras), porque señalaron con sus manos a la lejanía de la costa. También se golpearon el pecho con sus puños cerrados, actitud cuyo significado ignorábamos y que constituía señal de mal agüero.

—¿Qué pretendían decir? —preguntó Dan.

—Ten paciencia. Ya te enterarás. Seguimos la costa hacia el este durante dieciséis días (contábamos el tiempo por cortes de espada sobre la amura de madera de olmo), hasta que llegamos a la selva que surgía del mar. Los árboles crecían en el fango, se arqueaban sobre las delgadas y altas raíces, y numerosos canales de agua barrinosa corrían entre aquella masa arbórea. En

ellos perdimos la luz del sol. Seguimos las sinuosas vías de agua entre los árboles y, donde no era posible remar, nos agarrábamos a las raíces e impulsábamos la nave hacia adelante. El agua estaba sucia y moscas enormes y brillantes nos atormentaban. Mañana y tarde, flotaba sobre el lodo una niebla azulenca que producía fiebres. Cuatro de nuestros remeros enfermaron, y los atamos a sus bancos para que no cayesen por la borda y fuesen devorados por los monstruos del barro. El hombre amarillo yacía también enfermo junto a su hierro mágico y meneaba la cabeza y hablaba en la lengua de su país. Solamente el pájaro parecía animado. Posado sobre el hombro de Witta, parloteaba en aquella sonora y a la vez silenciosa oscuridad. Sí, creo que era el silencio lo que más temíamos.

Se detuvo para escuchar el confortante murmullo del río.

—Cuando en aquellas cárcavas y laberintos perdimos la noción del tiempo, nos pareció oír el lejano batir de un tambor y, siguiendo su eco, fuimos a desembocar a un río de ancho cauce y de aguas foscas, en una de cuyas orillas distinguimos una cabaña en un claro del bosque, entre campos de calabazas. Dimos gracias a Dios al ver el sol de nuevo. La gente de aquel poblado nos recibió con parabienes, y Witta comenzó a rascarse la cabeza ante ellos (para obtener oro) y les mostró nuestros hierros y abalorios. Corrieron hacia la orilla (permanecíamos aún en la nave), y señalaron nuestras espadas y nuestros arcos, porque siempre que nos acercábamos a tierra íbamos armados. En seguida fueron a buscar sus reservas de oro, en lingotes y en polvo, que guardaban en sus cabañas, y algunos colmillos de elefante, oscurecidos y de gran tamaño. Lo apilaron todo en la orilla, como si deseasen tentarnos, remedaron ante nuestros ojos algunos movimientos guerreros y señalaron con las manos las copas de los árboles del bosque cercano. Después, su jefe o brujo de la tribu se golpeó el pecho con sus puños y mostró sus dientes rechinando. Thorkild de Borkum preguntó: «¿Pretenden decirnos que tenemos que luchar para obtener esas mercancías?» «No —dijo Hugh—. Creo que nos piden que nos aliemos con ellos para combatir a algún enemigo.» Hugh extrajo a medias su espada. «No me gusta todo esto —terció Witta, de pronto— volvamos al centro del río.» Así lo hicimos y, una vez allí, permanecimos quietos, observando a aquel grupo de negros y el oro amontonado en la orilla. De nuevo oímos el sonido del tambor en el interior de la selva, y aquella gente corrió hacia sus cabañas, dejando el oro abandonado. Fue entonces cuando Hugh, en la proa de la nave, señaló con el dedo sin pronunciar palabra y vimos cómo salía de la selva un gran diablo. Se

colocó una mano sobre la frente para protegerse los ojos y humedeció su lengua rojiza entre sus labios. Así.

—Un diablo —exclamó Dan, con horror entusiasta.

—Sí, más alto que un hombre y cubierto de vello rojo. Cuando vio nuestra nave, se pegó con los puños en el pecho y el sonido semejó el batir de tambores. Se dirigió a la orilla con cuerpo oscilante entre sus largos brazos, y nos mostró los dientes. Hugh disparó una flecha que le atravesó la garganta. Cayó al suelo bramando y otros tres diablos salieron de la selva y lo arrastraron hasta un gran árbol, tras el cual se ocultaron. En seguida, arrojaron sobre la tierra la flecha ensangrentada y comenzaron a lamentarse entre las hojas. Witta observó, una vez más, el oro amontonado en la orilla y no se manifestó partidario de dejarlo allí: «Señores —dijo (nadie había pronunciado antes una sola palabra)—, ahí está lo que hemos venido a buscar desde tan lejos y que nos ha sido tan penoso encontrar. Ahí está, al alcance de nuestras manos. Vamos a remar hacia la orilla mientras esos diablos se lamentan e intentaremos coger lo que podamos.» ¡Witta era osado como un lobo, astuto como un zorro! Situó a cuatro arqueros en la cubierta de proa para atacar a los diablos si reaparecían de detrás del árbol cercano a la orilla. Colocó a diez remeros a cada lado y les advirtió que observasen los movimientos de su mano, indicándoles si debían remar hacia adelante o hacia atrás. De este modo, nos fuimos aproximando a tierra. Pero ninguno quiso saltar, aunque el oro estaba apenas a diez pasos. No hay hombre que muestre prisa alguna ante la inminencia de ser colgado. De pronto, Hugh dijo: «¡Escuchad…!» Al principio, creíamos todos que se trataba del runruneo de las moscas brillantes sobre el agua, pero el rumor se fue haciendo más próximo y más intenso y lo oyeron con claridad todos los hombres.

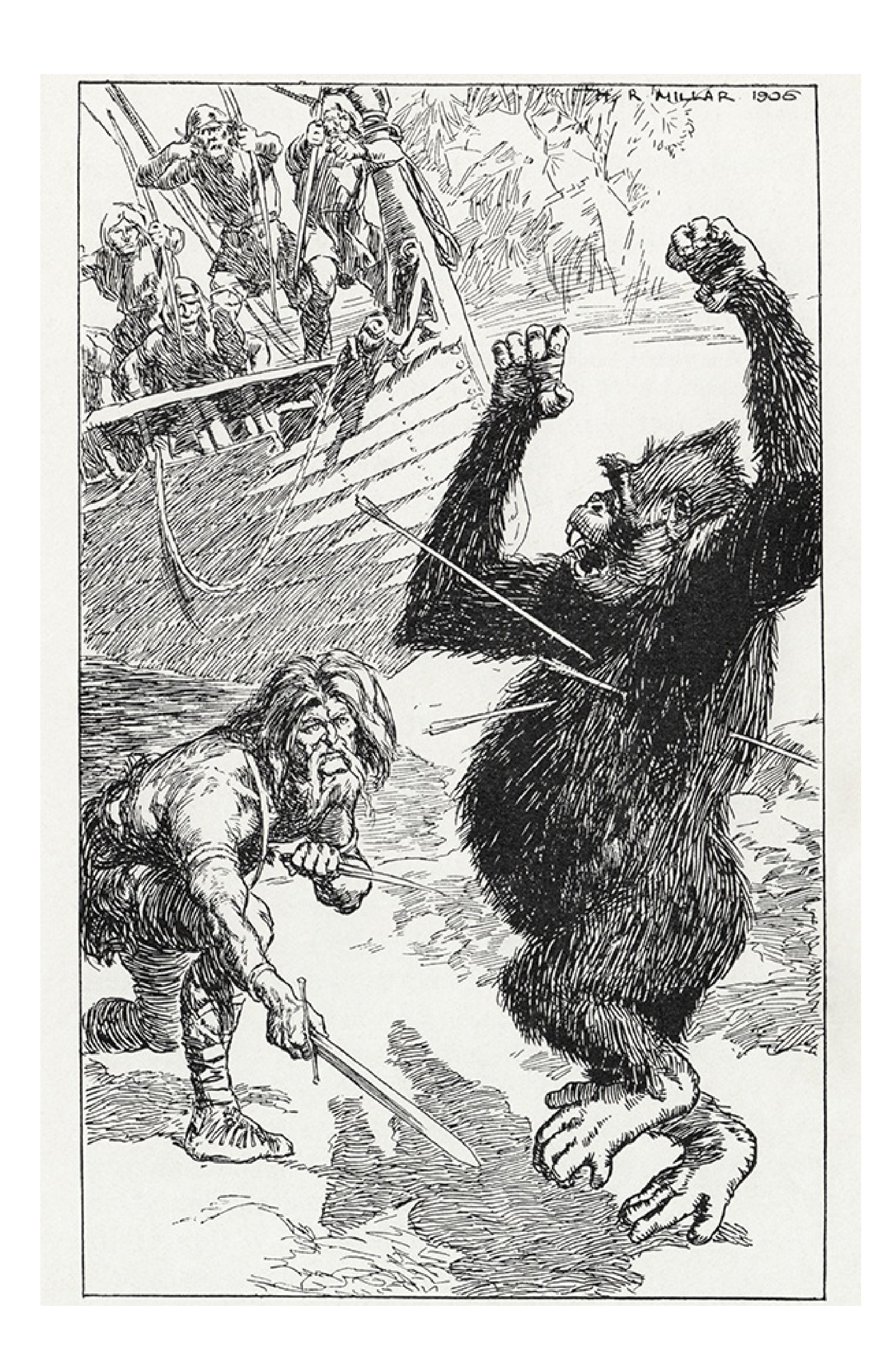
—¿Qué era? —preguntaron al unísono Dan y Una.

—Era la espada —aclaró sir Richard, acariciando su empuñadura—. Cantaba como los daneses solían hacerlo antes de entrar en combate. «Yo iré», dijo Hugh. Y saltó desde la proa para caer junto al oro. Yo estaba asustado hasta la médula de los huesos, pero por simple vergüenza le seguí, y Thorkild de Borkum saltó detrás de mí… No vino nadie más. «¡No me culpéis! —gritó Witta, a nuestra espalda—. ¡No puedo abandonar la nave!» Ninguno de los tres teníamos tiempo para culpar o alabar a nadie. Nos agachamos junto al oro y comenzamos a lanzarlo hacia atrás, por encima de nuestros hombros, con una mano en las espadas y la mirada fija en el árbol que se elevaba muy cerca de nosotros. No sé cómo saltaron al suelo los diablos ni cómo empezó la lucha. Oí a Hugh que gritaba: «¡Atrás, atrás!»,

como si de nuevo estuviese en Santlache; vi cómo el casco de Thorkild salía despedido de su cabeza por una enorme mano peluda y oí el silbido de las flechas disparadas desde el barco, junto a mis oídos. Dijeron más tarde que hasta que Witta no mostró su espada a los remeros, no pudo llevar de nuevo la nave hasta la orilla, y también cada uno de los cuatro arqueros dijo que había sido él quien había atravesado con su flecha al diablo que luchaba conmigo. No lo sé. Yo llevaba puesta mi cota de malla y eso me salvó la piel. Con espada y daga luché por mi vida contra un diablo que utilizaba los pies como si fuesen manos y que me lanzaba por los aires, de un lado a otro, como si fuese una rama seca. Me había cogido por la cintura, inmovilizando mis brazos, cuando la flecha desde la nave le atravesó la espalda y pude desasirme de su abrazo. Le atravesé dos veces con mi espada y se alejó arrastrándose sobre sus largos brazos, tosiendo y quejándose. Recuerdo que después vi a Thorkild de Borkum, sonriente, con la cabeza descubierta y saltando delante de un diablo que también daba brincos y rechinaba los dientes. Luego, vi pasar a Hugh con su espada en la mano izquierda y me extrañé de no haberme dado cuenta antes de que era zurdo; y más tarde no recordé nada, hasta que sentí la espuma de las olas en la cara. Estábamos ya a la luz del sol y navegábamos en alta mar.

—¿Qué había pasado? ¿Murió Hugh? —preguntaron los niños.

—Jamás un cristiano tomó parte en una lucha tan dura —dijo sir Richard.


H. R. MILLAR 1906

Una flecha disparada desde la nave me había salvado la vida y Thorkild de Borkum retrocedió continuamente ante su diablo hasta que los arqueros del barco pudieron dispararle una buena cantidad de flechas desde cerca. Pero el diablo de Hugh fue más astuto y se refugió detrás de los árboles, donde las flechas no podían alcanzarle. Allí, en combate cuerpo a cuerpo, Hugh logró matarle gracias a la fortaleza de su mano y de su espada. Pero, antes de morir, el monstruo agarró entre sus dientes la hoja de la espada. Fijaos la clase de dientes que eran.

Sir Richard dio vuelta a la espada para que los niños pudiesen observar dos grandes hendiduras como hechas a cincel en ambos lados de la hoja.

—Estos dientes se clavaron en el brazo y en el costado de Hugh —continuó sir Richard—. ¿Yo? Oh, yo sólo sufrí la fractura de un pie y padecí fiebres. A Thorkild le mordieron una oreja. Lo grave era que el brazo y el costado de Hugh se descarnaban poco a poco. Le vi donde yacía, postrado, comiendo una fruta que sostenía en su mano izquierda. Sus carnes se le iban despegando de los huesos, en sus cabellos aparecían mechones blancos y en sus manos se distinguían venas azules como en las de una mujer. Colocó su brazo izquierdo alrededor de mi cuello y musitó: «Coge mi espada. Te ha pertenecido desde Hastings[59]. ¡Oh, hermano mío, nunca podré volver a empuñarla…!» Permanecimos en la cubierta superior, hablando de Sant-lache y creo que de todos los días que siguieron a Santlache, hasta quedar ambos dormidos. Yo estaba muy débil y él era poco más que un soplo de hombre. «No os preocupéis —dijo Witta, desde el timón—. El oro es un buen brazo para cualquier hombre. ¡Mirad, mirad, el oro…!» Ordenó a Thorkild que nos mostrase el metal y los colmillos de elefante, como si fuésemos niños. Había embarcado todo el oro que se hallaba en la orilla y la gente del poblado le había obsequiado con más del doble de lo ofrecido al principio por haber matado a los diablos. Nos adoraron como a dioses, según me contó Thorkild, y una de sus mujeres curó el brazo de Hugh.

—¿Cuánto oro obtuvisteis? —preguntó Dan.

—No lo sé. Todo el espacio bajo los pies de los remeros que en el viaje de ida ocupaban las puntas de hierro, estaba ahora lleno de lingotes de oro, bien escondidos bajo cubierta. También llevábamos oro en polvo metido en sacos sobre los que dormíamos y, en las amuras y debajo de los bancos de los remeros, atados con sogas, los colmillos de elefante ennegrecidos. «Preferiría tener mi brazo derecho», opinó Hugh, tras pasar revista al botín. «Lo lamento —se excusó Witta—. Fue culpa mía. Debí haber aceptado vuestro rescate y desembarcaros en Francia hace diez meses, en cuanto subisteis a bordo.» «Es

más que tarde para pensar en eso», dijo Hugh. Witta se acarició la larga melena que le caía sobre el hombro. «Fijaos —comentó—. Si os hubiese dejado marchar (lo que os juro que ahora no haría porque os quiero más que a mis propios hermanos), si os hubiera dejado marchar, a estas horas quizás estaríais muertos a manos de cualquier moro en la campaña del duque de Burgundia, o asesinados por ladrones de tierra adentro o fallecidos en alguna posada, víctimas de alguna peste. Piensa en eso y no me consideres tan culpable como imaginas, Hugh. Mira, sólo me quedaré con la mitad del oro.» «No te culpo en absoluto, Witta —replicó Hugh—. Ha sido una aventura maravillosa, y los treinta y cinco que estamos aquí hemos logrado lo que ningún hombre ha hecho todavía. Si llego vivo a Inglaterra, me construiré un gran castillo en Dallington con la parte del botín que me corresponda.» «Yo compraré ganado, ámbar y un vestido rojo y cálido para mi mujer —dijo Witta—. Además, adquiriré toda la tierra que se extiende al norte del fiordo de Stavanger. Entonces tendré a muchos que me defiendan. Pero primero tenemos que llegar al norte y, con el honesto botín que llevamos a bordo, espero no encontrar ningún barco pirata.» Nos mostrábamos serios y preocupados. Ya no cantábamos y nuestro temor por perder un solo gramo del oro que habíamos ganado luchando contra los diablos, ocupaba nuestros pensamientos. «¿Dónde está el hechicero?», pregunté al ver que Witta estaba observando por sí mismo la caja del hierro encantado y no distinguir a bordo al hombre amarillo. «Ha regresado a su país —contestó Witta—. Se levantó una noche cuando estábamos luchando por salir de la selva de lodo y dijo que podía avizorarlo más allá de los árboles. Saltó al fango y no contestó cuando le llamamos; así que dejamos de gritar. Olvidó el hierro encantado, que es lo único que me importa… Mira, el espíritu todavía señala hacia el sur.» Nos asaltó el temor de que el hierro encantado pudiese fallarnos ahora que el hombre amarillo ya no estaba con nosotros y cuando comprobamos que aquel hechizo aún nos resultaba útil, temimos la presencia de vientos demasiado fuertes, de arrecifes, de peces voladores y desconfiamos de los habitantes de todas las costas que tocamos.

—¿Por qué? —preguntó Dan.

—Por el oro, por nuestro oro. El oro cambia a los hombres de forma radical. Pero Thorkild de Borkum no lo hizo. Se reía de los temores de Witta y de los nuestros, que nos inducían a aconsejarle que recogiese velas, tan pronto como la nave se meneaba un poco. «Mejor ahogarse con las manos libres —decía Thorkild de Borkum— que estar prisionero para siempre en una cubierta cargada de oro en polvo.» Era un hombre sin patria y había sido

esclavo de alguno de los reyes del este. Él hubiese metido el oro en bolsas alargadas, colocadas alrededor de los remos y a lo largo del mascarón de proa. Aunque siempre preocupado por el oro, Witta cuidaba de Hugh con solicitud propia de una mujer, prestándole el apoyo de su hombro cuando la nave se movía y atando cabos entre las amuras para que Hugh pudiera sujetarse a ellos. De no haber sido por Hugh, decía (y la misma opinión compartía la totalidad de sus hombres), jamás habríamos obtenido el oro. Recuerdo que Witta había hecho un pequeño balancín de oro para que el pájaro se columpiara. Durante tres meses, remamos y navegamos. Nos acercábamos a tierra para recoger frutas y para calafatear el barco. Si divisábamos guerreros a caballo, galopando entre dunas de arena y blandiendo lanzas, sabíamos que se trataba de la costa de los moros y manteníamos rumbo norte, hacia España. Un viento atemporalado nos condujo en diez días escasos a una costa de agrestes acantilados rojizos, donde oímos sonar un cuerno de caza entre los escajos amarillentos de tierra firme, y comprendimos que estábamos frente a Inglaterra. «Ahora, buscad Pevensey por vuestra cuenta —dijo Witta—. No me gustan estos mares estrechos, llenos de naves.» Colocó la cabeza disecada en sal del diablo que Hugh había matado en lo alto de la proa, para hacer huir a todas las embarcaciones cercanas. No obstante, a causa de nuestro cargamento de oro, estábamos más asustados nosotros que nadie. Nos deslizamos por la noche a lo largo de la costa, hasta que llegamos a las rocas blancas[60] que se alzan al este de Pevensey. Witta no quiso bajar a tierra con nosotros, aunque Hugh le prometió darle en Dallington vino suficiente para morir ahogado. Deseaba ardientemente volver a ver a su mujer; nos acercó a los lapachares después de la caída del sol, nos dejó allí con nuestro cargamento de oro e, inmediatamente, volvió a hacerse a la mar para aprovechar la marea; no formuló ningún juramento; no esperaba nuestra gratitud; y a pesar de ello y de que Hugh era un hombre con un brazo inútil y yo un viejo lisiado al que hubiese podido tirar al mar, nos entregó, uno por uno, nuestros lingotes, una por una, nuestras bolsas de oro en polvo y sólo puso fin a sus entregas cuando ya no podíamos cargar con nada más. Al inclinarse sobre la amura para despedirnos, se quitó los brazaletes de su brazo derecho y se los puso en el izquierdo de Hugh, y después nos besó en las mejillas. Recuerdo que cuando Thorkild de Borkum ordenó a los remeros ciar hacia alta mar, estábamos los dos a punto de llorar. Es cierto que Witta era un pagano y un pirata; es cierto que nos retuvo a la fuerza en su barco durante muchos meses; pero no es menos cierto que yo quería a aquel hombre de

piernas combadas y de ojos azules por su gran osadía, por su astucia, por su pericia marinera y, sobre todo, por su gran sencillez.

—¿Llegó sin novedad a su tierra? —preguntó Dan.

—Jamás lo supe. Vimos cómo izaba la vela a la luz de la luna y se alejaba.


H.R. MILLAR

Recé para que se encontrase pronto con su mujer y sus hijos.

—¿Y vosotros, qué hicisteis?

—Esperamos en los marjales hasta el amanecer. Después me senté junto a mi oro, que envolvimos en un viejo pedazo de lona, y esperé a que Hugh llegase a Pevensey y De Aquila nos enviase caballos.

Sir Richard se cruzó de manos sobre la empuñadura de su espada y miró río abajo, a través de las suaves y cálidas sombras.

—¡Un barco cargado de oro! —exclamó Una, contemplando el pequeño *Golden Hind*—. Pero no me hubiese gustado ver a los diablos.

—No creo que fuesen diablos —opinó Dan.

—¿Cómo que no? —protestó sir Richard—. El padre de Witta le advirtió que eran diablos, sin la menor duda.

Dan enrojeció:

—Yo creo que… —tartamudeó—. Tengo un libro, titulado *Los cazadores de gorilas* (que es la continuación de *La isla de coral*[61], señor), en el que se dice que los gorilas (que como sabes son monos muy grandes), siempre están masticando hierro.

—Siempre, no —corrigió Una—. Sólo lo mastican dos veces.

Habían estado leyendo *Los cazadores de gorilas* en el huerto.

—Lo que sí es cierto es que se golpean en el pecho cuando se disponen a pelear con los hombres, como ha dicho sir Richard y también que construyen sus casas en los árboles.

—Sí —afirmó sir Richard, abriendo desmesuradamente los ojos—. Nuestros gorilas construían casas que parecían nidos planos, donde yacían sus malos espíritus y nos vigilaban. Yo no los vi (después del combate estuve enfermo), pero me lo contó Witta. Qué, ¿también sabéis eso? Es increíble. Entonces, ¿nuestros diablos no eran más que gorilas constructores de nidos? ¿No quedan ya sortilegios ni magia en el mundo?

—No lo sé —replicó Dan, confuso—. Yo he visto a un hombre sacar conejos de un sombrero, pero nos dijo que podíamos descubrir cómo lo hacía si le mirábamos con atención. Y lo descubrimos.

—No es verdad, no lo descubrimos —corrigió Una—. ¡Oh, aquí está Puck!

El pequeño duende, moreno y sonriente, apareció entre dos ramas de un fresno, saludó con la cabeza, descendió a la orilla del río y se sentó junto a ellos, en el frescor de la sombra.

—¿Que ya no quedan sortilegios ni magia, sir Richard? —rió, mientras deshojaba una flor de diente de león que había cogido.

—Me dicen que el hierro encantado de Witta era un juguete. El chico lleva en el bolsillo un hierro idéntico; me dicen que nuestros diablos eran monos —exclamó sir Richard, con indignación.

—Eso es gracias a los embrujos que hay en los libros —dijo Puck—. Ya te advertí que eran chicos despiertos. Todos pueden adquirir sabiduría, si leen libros.

—¿Pero es verdad lo que dicen los libros? —preguntó sir Richard, con el ceño fruncido—. A mí eso de leer y escribir no me gusta nada.

—De acuerdo —vaciló Puck, sosteniendo la desnuda cabeza del diente de león en su mano extendida hacia adelante—. Pero si tuviésemos que colgar a todos los que escriben cosas falsas, ¿por qué De Aquila no empezó a hacerlo con Gilbert, el amanuense? Él sí que dijo muchas mentiras.

—El pobre y falsario Gilbert… Sin embargo, a su manera, fue un valiente —dijo sir Richard.

—¿Qué hizo? —preguntó Dan.

—Escribir —contestó sir Richard—. ¿Crees que su historia es apropiada para niños? —añadió, dirigiéndose a Puck.

—¡Cuéntalo, cuéntalo! —pidieron al unísono Dan y Una.

LA CANCIÓN DE THORKILD

No sopla el viento sobre la mar en calma.
¡Sacad los remos y vamos a Stavanger[62]*!*
¡Un esfuerzo final con rumbo a Stavanger!

Debemos despertar la blanca brisa.
¡Navegamos con furia hacia Stavanger!
¡Largos golpes de remo rumbo a Stavanger!

Oíd cómo los bancos se distienden.
¡Largos golpes de remo rumbo a Stavanger!
La nave ya respira el olor de la lluvia.
¡Un esfuerzo final con rumbo a Stavanger!

La nave huele la nieve del norte
y se siente feliz como nosotros.

Huele también las escarchas del norte
y las soñadas noches del invierno.

Sus cuadernas enferman de nostalgia
y en nosotros mayor es la añoranza.

Dioses que protegéis los hombres bravos,
mandadnos una brisa favorable,

y devolvednos pronto a nuestras casas,
con vela henchida ved nuestra llegada.

Mas ya no hay viento en la mar en calma.
¡Sacad los remos y vamos a Stavanger!

Debemos despertar la blanca brisa.
¡Un esfuerzo final con rumbo a Stavanger!

Capítulo IV

Los ancianos de Pevensey

—No voy a hablaros de monos ni de diablos —comenzó sir Richard, en voz baja—. Voy a referirme a De Aquila, que fue más osado, más hábil y poderoso que cualquier otro caballero que ha existido. Y recordad que era ya viejo en aquellos tiempos.

—¿Cuándo? —preguntó Dan.

—Cuando regresamos de navegar con Witta.

—¿Qué hicisteis con el oro? —volvió a preguntar Dan.

—Ten paciencia. Eslabón a eslabón se forma la cadena. Lo contaré todo, pero cada cosa en su lugar. Llevamos el oro a Pevensey, a lomo de caballo (tres caballos cargados), y después lo subimos a la habitación orientada al norte, encima del gran vestíbulo del castillo de Pevensey, donde De Aquila pasaba el invierno. Se sentó en su cama como un halcón pequeño y blanco, volviendo la cabeza con rapidez de uno a otro, mientras le explicábamos la aventura. Jehan el Cangrejo, un guerrero veterano, vigilaba la escalera, pero De Aquila le ordenó que esperase al pie de la misma y corrió sobre la puerta los dos cuerpos de una cortina de cuero. De Aquila nos había enviado a Jehan con los caballos y sólo Jehan había cargado el oro. Cuando acabamos nuestra historia, De Aquila nos puso al corriente de lo que había sucedido en Inglaterra. Éramos dos hombres que acabábamos de despertar de un largo sueño que había durado más de un año. El Rey Rojo[63] había muerto (asesinado, ¿os acordáis?, el día que partimos) y Henry[64], su hermano más joven, se había nombrado rey de Inglaterra, anticipándose a Robert de Normandía[65]. Era lo mismo que el propio Rey Rojo había hecho con Robert cuando murió nuestro Guillermo el Grande. Robert de Normandía, muerto de rabia, como dijo De Aquila, por haber perdido este reino en dos ocasiones, había enviado un ejército contra Inglaterra, el cual había sido rechazado y obligado a reembarcar en Portsmouth. De haber ocurrido un poco antes, Witta hubiese navegado entre ellos. «Y ahora —dijo De Aquila—, la mitad de los grandes barones del norte y del oeste están en pie de guerra contra el Rey, entre Salisbury y Shrewsbury, y la mitad de la otra mitad espera a ver por qué bando se decanta la suerte. Dicen que Henry es para su gusto demasiado inglés, porque se ha casado con una inglesa que le ha obligado a devolver a nuestros sajones sus propias leyes. (Mejor es montar un caballo con un

bocado que sea conocido, digo yo.) Pero eso es sólo un argumento para encubrir su falsedad.» Golpeó con un dedo encima de la mesa, manchada de vino y siguió: «William, después de Santlache, nos cedió a todos los barones normandos centenares de hectáreas de magníficas tierras y yo obtuve también mi parte —añadió dando una palmada en el hombro de Hugh—. Pero se lo advertí; se lo advertí antes de que Odo se rebelara. Le aconsejé que obligase a los barones a renunciar a sus tierras y mayorazgos de Normandía, si deseaban convertirse en señores ingleses. Ahora no son nobles ni de Inglaterra ni de Normandía, sino sedientos perros de presa con un pie en una artesa y los ojos en la otra. Robert de Normandía les ha prometido que, si no luchan a su favor en Inglaterra, saqueará y asolará sus tierras normandas. Como resultado, Clare y Fitz Osborne se han levantado en armas, así como Montgomery, a quien nuestro Guillermo I hizo conde inglés. Incluso D'Arcy y sus hombres están dispuestos a la guerra. Yo conocí a su padre cerca de Caen, un caballero que parecía un jilguero de seto. Si Henry gana, los barones tienen aún el recurso de regresar a Normandía, donde serán bien recibidos por Robert. Si Henry pierde, Robert promete darles aún más tierras en Inglaterra. ¡Oh, lástima de peste…, una peste sobre Normandía…, ésa sería la mejor medicina para nuestra Inglaterra, cuyos efectos durarían muchos años!» «Amén —concluyó Hugh—. ¿Crees que la guerra llegará hasta nuestras posesiones?» «No desde el norte —contestó De Aquila—. Pero el mar queda siempre abierto. Si los barones ganan la primera batalla, Robert enviará un nuevo ejército a Inglaterra, eso es seguro; y esta vez creo que desembarcará aquí, donde lo hizo su padre, el Conquistador. ¡Habéis traído a vuestros cerdos a un lucido mercado! La mitad de Inglaterra alzada y suficiente oro en el suelo —pateó el suelo por debajo de la mesa— para incitar a la lucha a todas las espadas de la Cristiandad.» «¿Qué podemos hacer? —inquirió Hugh—. No tengo donde esconderlo en Dallington y, en caso de que lo enterrase, ¿a quién iba a confiar el secreto?» «A mí —dijo De Aquila—. Las murallas de Pevensey son fuertes. Nadie, excepto Jehan que es fiel como un perro, sabe lo que hay dentro de ellas.» Corrió la cortina de una de las troneras y nos mostró la oquedad de un pozo abierto en el espesor del muro. «Lo mandé construir para almacenar agua potable —explicó—. Pero en su fondo encontramos agua salada, cuyo nivel sube y baja con las mareas. ¡Escuchad…! —Oímos el sonido del agua al estrellarse contra el fondo—. ¿Puede servir?» «Qué remedio —contestó Hugh—. Nuestras vidas están en tus manos.» Así pues, hicimos descender todo el oro por la hendidura del pozo, a excepción de un pequeño cofre, lleno del precioso metal, que había junto al lecho de De

Aquila y que mantuvimos en nuestro poder, tanto por lo bello que resultaba por su color y peso, como para atender a nuestras necesidades. Por la mañana, antes de salir hacia nuestros feudos, comentó: «No os digo adiós porque volveréis aquí. No por penas ni amores, sino para estar cerca del oro. Id con cuidado —añadió riendo—, no vaya a ser que yo lo utilice para nombrarme Papa. No os fiéis de mí y volved.»

Sir Richard se interrumpió y dijo con tristeza:

—Al cabo de siete días regresamos de nuestros feudos, de las tierras y las casas que habían sido nuestras.

—¿Y encontraste bien a tus hijos? —preguntó Una.

—Mis hijos eran jóvenes. La administración de posesiones pertenece por derecho a la juventud —sir Richard parecía hablar para sí mismo—. Les hubiésemos partido el corazón si hubiéramos reasumido el mando en nuestras propiedades. Nos prestaron una gran bienvenida, pero tanto Hugh como yo nos dimos cuenta de que nuestra hora se había ya cumplido. Yo era un inválido y él no podía valerse de un brazo. No —añadió, sacudiendo la cabeza —. En consecuencia —concluyó, levantando la voz—, regresamos a Pevensey.

—Lo siento —se lamentó Una, al ver al caballero tan afligido.

—Mi pequeña amiga, todo esto pasó hace mucho tiempo. Ellos eran jóvenes y nosotros viejos. Les dejamos que rigiesen sus feudos. «Ajá —exclamó De Aquila, desde su tronera, cuando desmontamos—. De nuevo estáis aquí, viejos zorros.» Pero al subir al vestíbulo superior, nos abrazó y nos dijo: «Bienvenidos, fantasmas, bienvenidos desdichados fantasmas…» Y nos dimos cuenta de que éramos increíblemente ricos, pero estábamos solos. ¡Solos!

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Dan.

—Esperar la llegada de Robert de Normandía. De Aquila era como Witta. No podía soportar la inactividad. Si hacía buen tiempo, cabalgábamos por los campos abiertos, entre Bexlei, por un lado, y Cuckmere, por el otro; a veces, lo hacíamos con halcones, otras con mastines (había liebres robustas, tanto en las llanuras como en los marjales), pero siempre sin perder de vista el mar, para estar seguros de que no se acercaba flota alguna desde Normandía. Si el tiempo era inhóspito, él solía pasear en lo alto de su torre, desafiando a la lluvia con el ceño fruncido, mirando hacia un lado, señalando hacia el otro. Siempre le molestaba recordar que la nave de Witta había llegado y partido sin que él se enterase. Cuando el viento amainaba y los barcos anclaban, acostumbraba a acercarse al espigón del puerto, apoyándose en su espada

entre los peces malolientes, esparcidos por el suelo, y solicitaba de los marineros noticias de Francia. Su otro ojo lo dirigía hacia tierra, siempre pendiente de la guerra entre Henry y sus barones. Eran muchos los que daban noticias: juglares, arpistas, vendedores ambulantes, curas, cantineros, y gente parecida; y aunque solía ser reservado en lo relativo a pequeños problemas o incidentes, si las noticias que recibía le desagradaban, sin preocuparse del lugar ni de la gente que lo oía, maldecía a nuestro rey Henry y le tildaba de tonto y de infantil. Yo le oí gritar, junto a aquellos barcos de pesca: «Si yo fuese rey de Inglaterra, haría esto o aquello.» Y cuando yo cabalgaba hasta las torres de señales para comprobar que los leños estaban preparados y secos, en más de una ocasión me gritó desde su barbacana: «¡Richard! No imites la ceguera del rey: obsérvalo todo con tus propios ojos y tócalo con tus propias manos.» No era capaz de sentir miedo hacia nadie. Y así, vivimos en Pevensey, en una pequeña habitación encima del vestíbulo. Una noche de temporal deshecho, nos anunciaron que un mensajero del rey nos esperaba abajo. Estábamos helados después de nuestro galope en la niebla hasta Bexlei, que es lugar de fácil desembarco para las naves. De Aquila decidió que el hombre comiese con nosotros o que esperase a que lo hubiésemos hecho. En seguida, Jehan, de guardia en la escalera, nos informó a gritos que el hombre había pedido un caballo y había partido. «Maldito sea —profirió De Aquila —. Tengo otras cosas que hacer antes que temblar de frío en el gran vestíbulo por el primer mamarracho que el rey decida enviarme. ¿Dejó algún recado?» «Ninguno —contestó Jehan—, excepto… —Jehan había estado con De Aquila en Santlache—, excepto que si un perro viejo no fuese capaz de aprender nuevos engaños, llegado el momento habría que eliminarle de la jauría.» «Oh —exclamó De Aquila, frotándose la nariz—. ¿A quién dijo eso?» «A sus propias barbas, cuando yo estaba junto al caballo, apretándole la cincha. Le seguí hasta fuera», contestó Jehan el Cangrejo. «¿Cuáles eran sus armas?» «Herraduras de oro sobre campo negro», informó el Cangrejo. «Se trata de uno de los hombres de Fulke», sentenció De Aquila.

Puck interrumpió con delicadeza:

—Herraduras de oro sobre campo negro no es el escudo de los Fulke. Las armas de Fulke son…

El caballero levantó la mano, con autoridad.

—Tú conoces el verdadero nombre de aquel malvado —dijo—. Pero yo he preferido llamarle Fulke porque le prometí que no contaría la historia de sus rapacerías ni diría nada que permitiese a nadie su identificación. En mi

historia he cambiado todos los apellidos. Los hijos de sus hijos pueden aún vivir…

—Cierto, cierto —sonrió Puck, benevolente—. Es propio de caballeros cumplir su palabra, aunque hayan pasado mil años.

Sir Richard inclinó la cabeza y continuó:

—«¿Herraduras de oro sobre campo negro? —exclamó De Aquila—. He oído decir que Fulke se ha unido a los barones y, si eso es verdad, nuestro rey está de enhorabuena. Todos los Fulke son traidores. De todos modos, no me agrada que el tipo se haya tenido que ir con el estómago vacío.» «Comió —explicó Jehan—. Gilbert, el amanuense, le trajo carne y vino de la cocina. Comió en la mesa de Gilbert.» El tal Gilbert era un copista de Battle Abbey que llevaba las cuentas del feudo de Pevensey. Era alto y pálido de tez y llevaba uno de aquellos conjuntos de agallones ensartados que se habían puesto de moda para contar las oraciones. Estaba formado por grandes nueces que colgaban de su cinto, junto a su pluma y su tintero de cuerno, que chocaban entre sí cuando caminaba. Su lugar de trabajo estaba al lado de la gran chimenea. Allí se encontraba su mesa de amanuense y allí dormía durante la noche. Temía a los mastines del gran vestíbulo que venían siguiendo el rastro de huesos o a descansar cerca de las cálidas brasas, y solía golpearlos con su rosario, como hacen las mujeres. Cuando De Aquila estaba en el vestíbulo administrando justicia[66], imponiendo multas o concediendo tierras, Gilbert lo hacía constar todo por escrito en el gran libro registro del castillo. Pero no era misión suya dar de comer a nuestros huéspedes ni dejarlos marchar sin el conocimiento previo de su señor. Después de que Jehan bajase la escalera, De Aquila preguntó: «Hugh, ¿has dicho alguna vez a Gilbert que sabes leer latín? No importa —siguió De Aquila—. No dejes nunca de hacerle creer que eres incapaz de entender ni una sola letra de lo que escribe y… —nos golpeó los costados con su vaina— vigiladlo los dos. Como habéis dicho, es posible que en África haya diablos, pero por todos los santos, os juro que en Pevensey los hay aún más peligrosos.» Eso fue todo lo que comentó. Poco tiempo después, aconteció que un guerrero normando pidió en matrimonio a una muchacha sajona que servía en el castillo, y Gilbert (le vigilábamos continuamente después de la advertencia de De Aquila) dudaba de si sus familiares eran siervos o ciudadanos libres[67]. Como De Aquila había prometido regalarles unas hectáreas de tierra fértil en caso de no ser siervos, el asunto se llevó ante el propio De Aquila, durante una de las sesiones en las que administraba justicia en el gran vestíbulo. Habló primero el padre de la chica, después la madre y luego todos a la vez, y el vestíbulo se

llenó de vocerío y de ladridos de perro. De Aquila alzó una mano: «Haz constar por escrito que es libre —ordenó a Gilbert que estaba en su escritorio, junto a la chimenea—. ¡Y en nombre de Dios, escribe que es libre antes de que ensordezca! Sí, sí —se dirigió a la muchacha que estaba postrada de rodillas ante él—, eres la hermana de Cedric y prima de la señora de Mercia[68] y te ordeno que te calles. Dentro de cincuenta años no habrá ni sajones ni normandos. Seremos todos ingleses —añadió—, y esos son los hombres que harán realidad esa tarea.» Golpeó con la mano la espalda del guerrero, que era un sobrino de Jehan, besó a la muchacha y frotó con los pies la estera de esparto del suelo para indicar que el asunto había concluido. (El gran vestíbulo era un lugar en extremo frío.) Yo permanecí al lado de De Aquila; Hugh estaba detrás de Gilbert, junto a la chimenea, y jugaba con *Odo*, el inteligente y áspero mastín. Hizo una señal a De Aquila y éste ordenó a Gilbert que fuese a medir la extensión de la tierra que había entregado a la nueva pareja. Nuestro Gilbert se levantó y caminó hasta interponerse entre el guerrero y la muchacha, mientras sonaban los chasquidos del rosario que pendía de su cintura. El vestíbulo quedó vacío y nosotros nos sentamos al lado del gran hogar.


H. R. MILLAR 1905

Hugh, apoyado en una de las grandes piedras de la chimenea, dijo: «He visto que aquella piedra se movía bajo los pies de Gilbert cuando *Odo* se ha acercado a husmearla. Echemos un vistazo.» De Aquila hurgó con la punta de su espada entre las brasas y la piedra se movió; debajo de ella encontraron un pergamino doblado con un titular que decía: *Palabras pronunciadas contra el rey por nuestro señor de Pevensey. Segunda parte*. Allí se hacían constar (Hugh nos lo leyó en un susurro) todas las bromas e ironías que De Aquila había pronunciado acerca del rey; el número de ocasiones que me había llamado desde su tronera y lo que había expuesto todas las veces cuando hablaba de lo que haría si él fuese rey de Inglaterra. Sí, día a día, se recogían en el documento ciertas afirmaciones que él había pronunciado, expuestas por Gilbert, tergiversadas y fuera de su contexto con tal habilidad y astucia que ninguno de los que conocíamos a De Aquila podía negar que las había pronunciado. ¿Os dais cuenta?

Dan y Una afirmaron con la cabeza.

—Sí —dijo Una, con voz grave—. No es tanto lo que uno dice, como lo que uno quiere dar a entender. O sea, como decir en broma que Dan es un bestia. Sólo los mayores no son capaces de comprender.

—«Y lo ha escrito, día a día, en nuestras propias narices», comentó De Aquila. «No, hora a hora —comentó Hugh—. Cuando De Aquila ha hablado, hace unos momento, en este vestíbulo sobre los sajones y los normandos, he visto que Gilbert escribía en un pergamino que tenía junto al libro registro que De Aquila había afirmado que pronto no quedaría ningún normando en Inglaterra si sus guerreros cumplían bien sus órdenes.» «¡Por todos los santos…! —exclamó De Aquila—. ¿Qué defensa tienen el honor o la espada ante una pluma? ¿Dónde escondió Gilbert ese pergamino? Se lo haré comer.» «Cuando ha salido, se lo ha llevado metido en el pecho —respondió Hugh—. Eso me incitó a observar dónde podía esconder lo que ya tenía escrito. Y cuando *Odo* comenzó a rascar con sus pezuñas esa piedra, he visto que su rostro se demudaba. Pensé que era seguro que los guardaba ahí.» «Es un tipo osado —opinó De Aquila—. Hay que hacerle justicia. A su modo, Gilbert es un valiente.» «Algo más que osado —replicó Hugh—. Escuchad esto: "Durante la festividad de santa Ágata, nuestro señor de Pevensey, mientras yacía en su alcoba del piso superior, cubierto con su capa de piel forrada de pelo de conejo…".» «Maldito sea —exclamó De Aquila—. ¿Acaso es mi azafata?…» Hugh y yo reímos. «… "forrada de pelo de conejo, al ver que una espesa niebla cubría los pantanos, despertó a sir Richard Dalynbridge, su compañero de juerga y borracheras —ahora se rieron de mí— y le dijo: Ve

con ojo, viejo zorro. Dios está al lado del duque de Normandía”.» «Sí, eso es lo que dije. Era una niebla negra. Robert podía haber desembarcado sin enterarnos de nada. ¿Explica también que estuvimos todo el día galopando por los pantanos y que estuve a punto de morir en las arenas movedizas, que me hicieron toser durante diez días, como una oveja enferma?», preguntó De Aquila. «No —contestó Hugh—. Pero aquí tenemos la súplica de Gilbert a su señor Fulke.» «Ah —confirmó De Aquila—. Ya sabía yo que se trataba de Fulke. ¿Cuál es el precio de mi sangre?» «Gilbert ruega que cuando nuestro señor de Pevensey sea despojado de sus posesiones por medio del testimonio aportado con miedo y penalidades por Gilbert, recogido…» «Con miedo y penalidades —interrumpió De Aquila, absorbiendo hacia adentro sus mejillas —. ¡Pero qué excelente arma es una pluma! Tengo que aprender a usarla…» «Ruega que Fulke le releve del presente servicio y le conceda el lugar de honor en el seno de la Iglesia que el propio Fulke le prometió. Y para que éste no lo olvide, escribe a continuación: “ser sacristán de Battle”[69].» Al oír aquello De Aquila silbó: «Un hombre que es capaz de traicionar a su señor puede también conspirar contra otro. Y cuando me haya despojado de mis tierras, Fulke puede cortar la cabeza a ese imbécil de Gilbert. No obstante, es cierto que Battle necesita un nuevo sacristán. Me han dicho que el abad Henry es incapaz de mantener la disciplina de ese cargo.» «Dejemos por ahora que el abad espere —contestó Hugh—. Son nuestras cabezas y nuestras tierras lo que está en juego. Este pergamino es sólo la segunda parte de esta intriga. El primero ha llegado ya a Fulke y, en consecuencia, al rey, para quien somos unos traidores.» «Sin duda es como dices —afirmó De Aquila—. El enviado de Fulke debió llevarse la primera parte la noche en que Gilbert le dio de comer y nuestro rey se halla tan acosado por su hermano y sus nobles (pequeña excusa, sin embargo), que debe estar loco de desconfianza. Fulke se ha posesionado de sus oídos y echa veneno en ellos. Ya habrá concedido vuestras tierras y las mías a Fulke. Eso debe ser ya historia.» Se apoyó contra el respaldo de su sillón y bostezó. «¿Piensas entregar Pevensey sin cruzar espadas o palabras? —se extrañó Hugh—. Entonces seremos nosotros, los sajones, quienes pelearemos contra vuestro rey. Voy a Dallington a poner sobre aviso a mi sobrino. Dame un caballo.» «¡Déjate de pedir caballos y boberías! —dijo De Aquila, irritado—. Coloca el pergamino donde estaba y esparce las cenizas por encima. Si a Fulke se le entrega Pevensey, que es la puerta de Inglaterra, ¿qué crees que hará? Es un normando de corazón y su corazón está en Normandía, donde puede matar a campesinos a su antojo. Abrirá las puertas de Inglaterra a nuestro melancólico Robert, como trataron

de hacerlo Odo y Mortain, y entonces tendremos otro desembarco y otro Santlache. Por lo tanto, no pienso entregar Pevensey.» «¡Muy bien!», asentimos los dos. «Ah, esperad un instante… Si el rey, a través del testimonio de Gilbert, desconfía de mí, me mandará sus tropas, y mientras luchemos, la puerta de Inglaterra quedará sin vigilancia. ¿Quién será el primero en cruzarla? Robert de Normandía. En consecuencia, no puedo luchar contra mi rey», concluyó, acariciando su espada con la mano. «Eso es un juego de palabras propio de un buen normando —afirmó Hugh—. ¿Qué ocurrirá con nuestros feudos?» «No estoy pensando en mí —aclaró De Aquila —, ni en nuestro rey ni en vuestras tierras. Pienso en Inglaterra, en la que ni el rey ni la nobleza piensan. Porque yo no soy un normando, sir Richard, ni un sajón, sir Hugh. Soy un inglés.» «Sajones, normandos o ingleses —dijo Hugh —, nuestras vidas penderán de un hilo mientras dure el juego. ¿Cuándo colgamos a Gilbert?» «Nunca —replicó De Aquila—. ¿Quién sabe si llegará a ser algún día sacristán de Battle? En justicia, hay que reconocer que es un buen escritor. Por otra parte, los muertos son testigos mudos. Esperad.» «Pero el rey puede entregar Pevensey a Fulke y nuestros feudos correrán la misma suerte —dije—. ¿Qué vamos a contar a nuestros hijos?» «No, el rey no va a crear un avispero en el sur, al menos hasta que haya logrado dispersar las abejas del norte. Puede considerarme un traidor, pero se da cuenta de que no peleo contra él y que cada día que transcurre sin que lo haga, es un día que gana en su lucha contra los barones. Si fuese prudente esperaría a que aquella guerra acabase, antes de hacerse nuevos enemigos. Pero creo que Fulke le obligará a enviar por mí, y si no obedezco sus órdenes, sería para Henry mi confirmación como traidor. No obstante, pura palabrería, como la que envía Gilbert, no prueba nada. Nosotros, los barones, seguimos la doctrina de la Iglesia, como san Anselmo[70], y creemos en el derecho de decir lo que nos plazca. Vamos a comenzar, pues, nuestro trabajo diario y ni media palabra a Gilbert.» «Entonces, ¿no hacemos nada?», preguntó Hugh. «Esperar —contestó De Aquila—. Soy viejo y esperar me parece aún el peor trabajo que conozco.» A nosotros nos ocurría lo mismo, pero De Aquila tenía razón. Más tarde, ya avanzado el año, aparecieron hombres cabalgando por la colina, con el emblema de las herraduras al viento, tras la bandera del rey. En la ventana de su habitación, De Aquila comentó: «¿Qué os dije? Ahí viene el propio Fulke a espiar las nuevas tierras que le ha prometido el rey, si es capaz de probar mi traición.» «¿Cómo lo sabes?», preguntó Hugh. «Porque es lo que yo haría en el caso de Fulke, aunque hubiese traído más hombres. Apuesto mi caballo ruano contra vuestras botas negras. Fulke me trae la orden del rey de

abandonar Pevensey y de unirme a la guerra», volvió a hundir las mejillas hacia adentro y golpeó el borde del agujero del pozo, en cuyo interior se oía el murmullo del agua. «¿Salimos?», pregunté. «¿Salir? ¿En esta época del año? Sería una locura —contestó—. Si me sacáis de Pevensey para corretear y hacer el loco por helechales y bosques, a los tres días, las naves de Robert estarían ancladas en el barro de Pevensey, con diez mil hombres a bordo. ¿Quién iba a defenderlo entonces? ¿Fulke?» Fuera sonó la trompetería, e inmediatamente después Fulke leyó con voz bronca las órdenes del rey: que De Aquila, con todos sus hombres y caballos, se trasladase al campamento del rey, en Salisbury. «¿Qué os dije? —preguntó De Aquila—. De aquí a Salisbury hay treinta feudos cuyos barones pueden ofrecer un buen servicio al rey Henry, pero Fulke le ha convencido para venir al sur y convocarme a mí, *a mi…*, para que abandone la puerta de Inglaterra cuando sus enemigos están a punto de intentar forzarla. Ocupaos de que los hombres de Fulke descansen en el granero del sur —añadió—. Dadles algo de beber y, cuando Fulke haya comido, beberemos juntos en mi habitación. El gran vestíbulo es demasiado frío para huesos viejos.» Tan pronto como desmontó de su caballo, Fulke se dirigió a la capilla en compañía de Gilbert para dar gracias de su feliz llegada, y cuando hubo comido (era un hombre grueso y ponía los ojos en blanco de pura avidez ante nuestros sabrosos asados de gorriones, al estilo de Sussex) le acompañamos a la pequeña habitación del piso de arriba, a la cual había subido previamente Gilbert, con su libro registro. Recuerdo que cuando Fulke oyó el estallido y el rumor del agua en el fondo del pozo se sobresaltó, y sus largas y curvadas espuelas quedaron apresadas en la estera. Tropezó de tal modo que a Jehan, situado detrás de él, le resultó sencillo lograr que su cabeza chocara contra el muro.

—¿Sabías que iba a suceder eso? —preguntó Dan.

—Naturalmente —replicó sir Richard, con una dulce sonrisa—. Yo puse el pie sobre su espada y le arrebaté el puñal, pero él no se enteró de nada durante un rato. Quedó en el suelo, poniendo los ojos en blanco y emitiendo lamentos, mientras Jehan le ataba como a un ternero. Todo su cuerpo estaba protegido por un nuevo modelo de armadura que llamábamos de piel de lagarto, sin anillas en la cota, como la que yo llevo —sir Richard se golpeó el pecho—. Eran armaduras de pequeñas piezas de acero, a prueba de puñal, que se superponían unas a otras, sobre un fondo de cuero grueso. Se la quitamos. (No había necesidad de estropear una buena armadura, mojándola.) Y en el collarejo De Aquila encontró un trozo de pergamino doblado, idéntico al que habíamos vuelto a esconder bajo la piedra del hogar. Al ver aquello, Gilbert

intentó salir corriendo. Yo coloqué mi mano sobre su hombro y fue suficiente. Comenzó a temblar y a rezar, pasando las cuentas de su rosario. «Gilbert —dijo De Aquila—. Aquí tienes los hechos y dichos más notables del señor de Pevensey, en espera de que los relates. Toma la pluma y el tintero, Gilbert. No todos podemos ser sacristanes de Battle.» «Habéis maniatado a un emisario del rey —dijo Fulke desde el suelo—. Pevensey arderá por ello.» «Es posible. Ya lo he visto sitiado una vez —replicó De Aquila—, pero anímate, Fulke. Te prometo que serás colgado en mitad de las llamas al final del sitio, si tengo que compartir mi último pedazo de pan contigo; y eso es más de lo que hice con Odo y con Mortain cuando les dejamos morir de hambre.» Entonces Fulke se sentó y dirigió a De Aquila una mirada prolongada y llena de astucia: «¡Por los santos del cielo! —dijo—. ¿Por qué no me hiciste saber desde el principio que estabas al lado del duque Robert?» «¿Lo estoy?», preguntó De Aquila. Fulke rió. Añadió: «Nadie que sirva al rey Henry se atreve a tratar así a uno de sus mensajeros. ¿Cuándo te pasaste al bando del duque? Deja que me levante y trataremos juntos de arreglar este asunto.» Y sonrió de nuevo, le guiñó un ojo y meneó la cabeza. «Sí, lo arreglaremos juntos», replicó De Aquila. Hizo a su vez un gesto con la cabeza, y entre Jehan y yo levantamos a Fulke (pesaba mucho) y comenzamos a bajarle por el hueco del pozo, sujeto por una cuerda. Cuidamos de que no llegase hasta donde estaba nuestro oro y lo dejamos colgado por los hombros en el aire, un poco más arriba. Comenzaba la pleamar y el agua le llegaba a las rodillas. No dijo nada, pero comprobamos que temblaba. De pronto, Jehan golpeó la muñeca de Gilbert con su daga envainada: «Quieto —gritó—. Se está tragando las cuentas de su rosario.» «Habrá veneno en ellas —dijo De Aquila—. El veneno es bueno para los hombres que saben demasiado. Yo lo he llevado encima durante treinta años. ¡Dame eso!» Gilbert lloró y gritó. De Aquila pasó entre sus dedos las cuentas del rosario. La última (ya he dicho que eran grandes nueces), se abrió en dos, con la ayuda de un alfiler, y dentro de ella había un pequeño pergamino doblado, en el que se leía: *El viejo perro va a Salisbury para ser derrotado. Yo tengo en mi poder su perrera. Ven cuanto antes*. «Esto es peor que veneno», dijo De Aquila, en voz baja, metiéndose hacia dentro las mejillas. Por fin, Gilbert se tumbó sobre la estera de enea y nos contó todo lo que sabía. Como habíamos adivinado, el mensaje lo dirigía Fulke al duque (y no era el primero que habían cruzado entre sí); Fulke lo había entregado a Gilbert en la capilla, y éste pensaba llevarlos por la mañana a cierto barco de pesca amarrado en el muelle y que navegaba entre Pevensey y la costa francesa. Gilbert era un falsario, pero, entre sus temblores

y estremecimientos halló tiempo para manifestar que el propietario del barco estaba al margen de la conspiración. «Me ha llamado cabeza rapada —manifestó Gilbert—, y me ha lanzado tripas de bacalao, pero no es un traidor.» «No tolero que nadie maltrate o insulte a ninguno de mis amanuenses —dijo De Aquila—. Ese marinero debe ser azotado al pie de su propio mástil. Escríbeme ahora una carta ordenando que sea azotado y se la llevarás mañana al barco.» Al oír aquellas palabras, Gilbert, que no esperaba estar vivo la mañana siguiente, intentó besar la mano de De Aquila, y cuando dejó de temblar escribió una carta simulando que Fulke se la dirigía al duque, diciendo que la perrera (que equivalía a Pevensey) estaba cerrada y que el viejo perro (que era De Aquila) vigilaba sus puertas. Añadía, además, que todos habían sido traicionados. «Si se escribe a cualquier hombre que ha sido traicionado —dijo De Aquila—, dormirá inquieto, aunque se trate del Papa, ¿eh, Jehan? Si alguien te dijese que todo está perdido, ¿qué harías?» «Huiría —contestó Jehan—. Podría ser cierto.» «Bien dicho —aprobó De Aquila—. Escribe, Gilbert, que el poderoso conde Montgomery ha hecho las paces con el rey y que el pequeño d'Arcy, a quien odio, ha sido colgado cuando intentaba huir. Vamos a dar a Robert suficientes temas de meditación. Escribe también que Fulke está a punto de morir de una hidropesía.» «No —protestó Fulke—. Ahogado a sangre fría y no gastes bromas conmigo.» «¿Bromas? —replicó De Aquila—. Estoy tratando de salvar mi vida y mis tierras con una pluma, exactamente de la misma manera que tú me has enseñado, Fulke.» Entonces Fulke gruñó, porque tenía frío y dijo: «Voy a confesarlo todo.» «Nos estamos acercando a lo que es justo —comentó De Aquila, asomándose a la abertura del pozo—. Tú has leído mis hechos y mis dichos (o al menos, parte de ellos), y me parece bien que decidas compensarme con los tuyos. Coge tu pluma y tu tintero de cuerno, Gilbert. Aquí tienes un trabajo que te divertirá.» «Deja marchar a mis hombres sin daño —pidió Fulke—, y confesaré mi traición al rey.» «¿Por qué se muestra de repente tan considerado hacia sus hombres? —me preguntó Hugh—. Fulke ha sido siempre inmisericorde con ellos. Les daba ocasión al saqueo, pero piedad, nunca.» «Bueno, bueno —siguió De Aquila—. Tu traición la ha confesado hace ya rato Gilbert. Es suficiente para colgar incluso al mismísimo Montgomery.» «Sea como sea, no castiguéis a mis hombres…», y le oímos patear como un pez en una charca, porque la marea seguía subiendo. «Cada cosa a su tiempo —replicó De Aquila—. La noche es joven y el vino, viejo. Sólo nos falta una conversación divertida. Comienza la historia de tu vida, a partir de tu infancia en Tours. Vamos, date prisa.» «Me estás avergonzando

hasta el fondo de mi alma», dijo Fulke. «En tal caso, he logrado hacer contigo lo que ni el rey ni el duque han podido —replicó De Aquila—. Comienza y no omitas nada.» «Ordena a tus hombres que se vayan», exigió Fulke. «De acuerdo, eso está en mi mano hacerlo. Pero no olvides que, como el rey danés, no soy capaz de detener la marea.» «¿Durante cuánto tiempo seguirá subiendo?», preguntó Fulke, pateando de nuevo. «Tres horas más —contestó De Aquila—, tiempo suficiente para que me cuentes todas tus buenas acciones. Empieza, y tú, Gilbert (he oído decir que no eres un copista muy escrupuloso), no despojes sus palabras de su sentido verdadero.» Así, con el temor de una muerte en la oscuridad sobre su espíritu, Fulke comenzó su relato y Gilbert, sin saber aún cuál iba a ser su destino, fue escribiendo, palabra tras palabra. He oído contar muchas historias, pero jamás nada que aceptase parangón con lo que contó Fulke durante el relato de su vida tenebrosa, que nos llegaba desde el fondo del pozo con resonancia de vacío.

—¿Fue muy malo? —preguntó Dan, impresionado.

—Hasta lo increíble —respondió sir Richard—. Sin embargo, dijo cosas que indujeron a la risa, incluso a Gilbert. Reímos los tres hasta quedar doloridos. En determinado momento, sus dientes comenzaron a chasquear de tal manera que apenas podíamos entenderle. Le bajamos una copa de vino. Se reconfortó y prosiguió narrando con fluidez todos sus avatares, fechorías, traiciones, su extrema osadía (que llegaba a los límites de la locura); sus cambios de casaca, sus huidas, sus falsedades (era también cobarde hasta lo inconcebible); su falta total de sentido del honor; su desmoralización ante las contrariedades y sus encubiertas malas intenciones. Sí, sacudió los trapos sucios de su vida delante de nosotros, como quien ondea al viento una bandera honorable. Cuando concluyó, vimos, a la luz de las antorchas, que la marea había subido hasta el nivel de sus labios y que respiraba sonoramente por la nariz. Le sacamos del pozo, le frotamos el cuerpo y le envolvimos en una capa. Le dimos a beber más vino y nos inclinamos para observar cómo bebía. Estaba tembloroso, pero no de vergüenza. De repente, oímos la voz de Jehan, que estaba de guardia en la escalera y no pudo evitar que un muchacho, tras eludir su vigilancia, se presentase ante nosotros, con la cabeza llena de pequeños pedazos de junquillo de la estera del vestíbulo y los ojos cargados aún de sueño. «Mi padre…, mi padre. He soñado con una traición», gritó con voz ronca. «Aquí no hay ninguna traición —contestó Fulke—. Vete.» El chico, aún no completamente despierto, dio media vuelta y Jehan le acompañó, cogiéndole de la mano, hasta el vestíbulo. «Tu único hijo —comentó De Aquila—. ¿Por qué lo trajiste aquí?» «Es mi heredero. No me

atreví a confiárselo a mi hermano», confesó Fulke, esta vez un poco avergonzado. De Aquila calló y se entretuvo en pasarse un vaso de vino de una mano a otra: así. A los pocos segundos, Fulke le tocó una rodilla. «Deja que el chico huya a Normandía —pidió— y haz conmigo lo que te plazca. Sí, cuélgame mañana mismo, con la carta a Robert atada a mi cuello, pero deja escapar al chico.» «Cállate —ordenó De Aquila—. Estoy pensando en lo que es mejor para Inglaterra.» Esperamos a que el señor de Pevensey nos informase de sus planes; el sudor corría por la frente de Fulke. Al fin, De Aquila dijo: «Soy demasiado viejo para juzgar y para confiar en nadie. No ambiciono tus tierras como tú has ambicionado las mías; y el hecho de que seas mejor o peor que cualquier otro de los siniestros ladrones angevinos, es asunto que compete a tu rey, Fulke.» «¿No dirás nada de lo que ha pasado?», preguntó Fulke. «¿Para qué iba a hacerlo? Tu hijo se quedará conmigo. Si el rey vuelve a pedirme que abandone Pevensey, que es mi deber guardar contra los enemigos de Inglaterra; si el rey manda a sus hombres contra mí por considerarme traidor, o si oigo que el rey, en el fondo de su corazón, desconfía de mí o de mis dos caballeros, tu hijo será colgado desde esta ventana, Fulke.»

—¿Pero qué tenía que ver el hijo con todo aquello? —preguntó Una, sorprendida.

—¿Y cómo íbamos a colgar a Fulke? —dijo sir Richard—. Le necesitábamos para rehabilitarnos ante el rey. Por su hijo, hubiese sido capaz de traicionar a media Inglaterra. De eso estábamos seguros.

—No lo entiendo —confesó Una—. Creo que fue todo simplemente monstruoso.

—No pensaba lo mismo Fulke. Por el contrario, se mostró muy complacido.

—¿Qué? ¿No iba a morir su hijo?

—No, De Aquila le había mostrado la manera, no sólo de salvar la vida del chico, sino también sus tierras y su honor. «Lo haré —dijo—. Juro que lo haré. Le diré al rey que no le has traicionado, que eres el más valiente, el más digno y el más leal de todos nosotros. Sí, voy a salvarte.» De Aquila seguía mirando el vaso, haciendo oscilar los posos del vino de un lado a otro. «Sí —dijo—. Si yo tuviese un hijo, creo que intentaría salvarlo. Pero no trates de explicarme cómo vas a arreglártelas.» «Desde luego —contestó Fulke—. Ése es mi secreto. Pero queda tranquilo, De Aquila, porque nadie va a tocarte ni un pelo de la cabeza ni un palmo de tus tierras», y dibujó una sonrisa propia de alguien que proyecta realizar una buena obra. «De ahora en adelante —dijo

De Aquila— te aconsejo que sirvas a un solo señor, no a dos.» «¿Por qué? —replicó Fulke—. ¿Puedo acaso hacer un trabajo más digno que el de negociar entre ambos bandos en estos días azarosos?» «Sirve al rey o a Robert, a Inglaterra o a Normandía —insistió De Aquila—. No me importa cuál de los dos sea, pero haz tu elección aquí y ahora.» «El rey, entonces —replicó Fulke—. Compruebo que está mejor servido que Robert. ¿Quieres que lo jure?» «No hace falta —respondió De Aquila, colocando la mano sobre los pergaminos que había escrito Gilbert—. Parte de la condena de Gilbert consistirá en copiar la sabrosa historia de tu vida, hasta que tengamos diez, veinte o quizá cien ejemplares. ¿Cuántas cabezas de ganado crees tú que daría el obispo de Tours a cambio de esa historia? ¿O tu hermano? ¿O los monjes de Blois? Los trovadores la convertirían en canciones que cantarían mis propios siervos sajones cuando empuñasen el arado y los guerreros que cabalgasen por tus ciudades normandas. De aquí a Roma, Fulke, los viajeros se reirían con tu historia y con el medio por el cual la obtuvimos, colgándote en lo más hondo de un pozo, como si fueras un cachorro al que había que ahogar. Éste será tu castigo si vuelvo a descubrirte jugando a dos barajas con tu rey. Mientras tanto, los pergaminos permanecerán aquí, con tu hijo. El chico te lo devolveré cuando hayas obtenido la reconciliación del rey conmigo. Los pergaminos, nunca.» Fulke gruñó, tratando de ocultar el rostro. «¡Por los huesos de todos los santos! —exclamó De Aquila, riendo—. Hay que ver lo profundo que hiere una pluma. Jamás hubiese podido sacar de ti ese gruñido con una espada.» «¿Mi historia quedará inédita, mientras no tengas motivos de queja sobre mi conducta?», preguntó Fulke. «Así es. ¿Te consuela eso, Fulke?», preguntó De Aquila. «¿Acaso me has dejado otros consuelos?», dijo. Y de pronto se echó a llorar desesperadamente, como un niño, inclinando el rostro sobre sus rodillas.

—Pobre Fulke —dijo Una.

—También a mí me dio pena —aseveró sir Richard—. «Después del castigo con las espuelas, el pienso», dijo De Aquila, lanzándole tres lingotes de oro que había extraído de nuestra pequeña arca, junto a las camas. «Si llego a saberlo —confesó Fulke, recobrado el aliento—, jamás habría levantado ni una mano contra Pevensey. Sólo la falta de este mineral amarillo ha hecho fracasar mis planes.» Estaba amaneciendo cuando bajaron al gran vestíbulo. Nosotros recogimos la armadura de Fulke para que la limpiasen, y al montar a su caballo, a eso del mediodía, ondeando su enseña y la del rey, ofrecía un espléndido aspecto. Se acarició la larga barba y ordenó que su hijo se aproximase a la cabalgadura para besarle. De Aquila cabalgó a su lado

tierra adentro, hasta el nuevo molino. Nosotros pensábamos que la noche había sido un sueño.

—¿Fue leal al rey? —preguntó Dan—. Me refiero si le convenció de que vosotros no erais traidores.

Sir Richard sonrió.

—El rey no dictó nuevas medidas contra Pevensey ni preguntó por qué De Aquila no había obedecido la orden que le llevó Fulke. Naturalmente, eso era obra suya. No sé lo que hizo ni cómo lo hizo. Pero actuó con rapidez y acierto.

—Entonces, no hiciste nada a su hijo, ¿verdad? —preguntó Una.

—¿El chico? Oh, era un diablo. Mientras estuvo con nosotros, no cesó de sacar a los centinelas fuera de sus casillas. Cantaba canciones cuartelarias que había aprendido en los campamentos de los barones, el pobre idiota…; soltaba a los mastines para que pelearan en el gran vestíbulo; quemó la estera de enea para matar las pulgas, según él mismo confesó; amenazó a Jehan con su puñal, quien tuvo que defenderse tirándole escaleras abajo; y galopaba con su caballo por los campos ya a punto de recogida y entre los rebaños de ovejas. Pero cuando le escarmentamos y le hicimos comprender que tratábamos de manera diferente a los lobos y a los gamos, nos seguía a nosotros, pobres vejestorios, como un joven y fiero mastín y nos llamaba tíos… Su padre se presentó al final del verano para recogerlo, pero el chico no tenía ganas de marcharse, porque estaba entusiasmado con la caza de nutrias y permaneció allí hasta el día en que comenzamos la caza del zorro. Yo le regalé la garra de una garza para que tuviese suerte en la caza.

—¿Y qué ocurrió con Gilbert? —preguntó Dan.

—Ni siquiera fue azotado. De Aquila opinaba que era mejor tener un amanuense que conociera bien las cuentas del castillo, aunque fuese un falsario, que un tonto a quien tuviese que enseñar su trabajo desde el principio. Además, creo que después de aquella noche, Gilbert apreciaba a De Aquila tanto como le temía. Por fin, no nos dejó ni siquiera cuando Vivian, el oficial de la secretaría del rey, quiso nombrarle sacristán de Battle Abbey. Un tipo falso, pero osado, a su modo.

—¿Logró desembarcar Robert alguna vez? —volvió a preguntar Dan.

—Vigilamos la costa con celo mientras el rey Henry luchaba contra sus nobles. Tres o cuatro años más tarde, la paz se restableció en Inglaterra y Henry pasó a Normandía, y en Tenchebrai dio una buena lección a su hermano, que curó la belicosidad de Robert. Muchos de los hombres de Henry acudieron a aquella guerra desde Pevensey. Recuerdo que entre ellos

vino Fulke, y los cuatro nos reunimos de nuevo en aquella pequeña habitación para beber juntos. Nunca se puede juzgar al prójimo. Fulke se mostró alegre. Sí, muy alegre y hasta con cierto encanto en sus palabras.

—¿Y qué hicisteis después?

—Hablamos de los tiempos pasados. Es lo que suelen hacer todos los hombres cuando envejecen, mi pequeña jovencita.

Sonó la campanilla que anunciaba la hora del té, a través de los prados. Dan se acomodó en la proa del *Golden Hind*; Una en la popa y con el libro de versos abiertos en su regazo, leyó el *Sueño del esclavo*[71]:

> *De nuevo en la sombra y la niebla del sueño, vio su tierra natal…*

—No sé cuánto tiempo hace que empezaste a leer eso

—dijo Dan.

En la banqueta central de la barca, junto al sombrero de Una, encontraron una hoja de roble, una de fresno y otra de espino que debían de haber caído de las copas de los árboles; el riachuelo se deslizaba sonoro, riente, como si alguien hubiese concluido de contarle una historia divertida.

LAS RUNAS DE LA ESPADA DE WELAND

Un herrero me forjó
para abandonar a mi dueño
en mi primera batalla.

Me llevaron
hasta el fin del mundo,
en busca de oro.

El oro que reuní
lo traje a Inglaterra,
desde profundas aguas.

A profundas aguas
volvió a descender
como un pez centelleante.

No fue entregado
a cambio de mercancía alguna,
sino a la Causa.

El oro que traje
un rey lo ambicionaba
para malrotarlo.

El oro que traje
fue extraído
de las aguas profundas.

Y como un pez centelleante,
volvió a descender
a aguas profundas.

No fue entregado
a cambio de mercancía alguna,
sino a la Causa.

Capítulo V

Un centurión de la trigésima

Tronos, ciudades, honores
que en el Tiempo aún son recuerdo.
Casi igual como las flores
que al día siguiente han muerto.
Otros capullos se abren
y alegran al hombre nuevo.
De la tierra devastada
resurgen sus monumentos.

Tal ciclo ignora el narciso
que imaginarlo no puede.
Cambio, estación, nuevos fríos,
lo matan en forma aleve.
Pero con osado empeño
y conocimiento breve,
cree que sus siete días
la eternidad le conceden.

Que todo lo que es sea
el Tiempo no lo permite;
si el ser no es en su ceguera,
altivo cual Roma fuera,
nos arrastra hacia la muerte
y la funeraria estela.
Sombra sois para las sombras,
mas ved cómo mi obra queda.

Un centurión de la trigésima

Dan había tenido dificultades con su latín, y tuvo que quedarse en casa; así que Una fue sola al bosque lejano. La gran catapulta de Dan y los balines de plomo que Hobden les había proporcionado estaban escondidos en un viejo hueco del tronco de una haya, en la parte oeste del bosque. Habían bautizado el lugar de acuerdo con la estrofa de *Canciones de la antigua Roma*[72].

Desde la señorial Volaterrae[73]*,*
cuya altivez es proverbial,
reunidas por manos de gigante
para los reyes-dioses de antaño.

Allí estaban, pues, los reyes-dioses, y cuando el viejo Hobden recogía alguna carga de confortante leña menuda entre las grandes rodillas de los dioses de Volaterrae, le llamaban «manos de gigante». Una se deslizó por el hueco oculto de vallado que utilizaba siempre y permaneció sentada unos instantes más, frunciendo el ceño con la altivez y el despego que sólo ella sabía expresar: porque Volaterrae es una importante torre de vigilancia que se alza más allá del bosque lejano, justo donde el bosque lejano comienza a escalar la colina. La colina de Pook queda ahora por debajo de ella y también los meandros del río en su avance entre los campos de lúpulo que se extienden desde los bosques de Willingford a la herrería, donde se encuentra la casita de Hobden. El viento sudoeste (siempre sopla el viento alrededor de Volaterrae) viene galopando desde la desnuda colina, en la que está emplazado el molino de Cherry Clark.

Ahora el viento que corre por los bosques suena como un heraldo de cosas maravillosas por venir, y esa es la razón por la que los días ventosos uno no puede permanecer indiferente y recita las estrofas de las *Canciones* que resulten más adecuadas a aquel mundo sonoro.

Una tomó la catapulta de Dan de su lugar secreto y se dispuso a hacer frente al ejército de Lars Porsena[74], avanzando con sigilo entre los álamos blanqueados por el viento. Una ráfaga barrió el valle y Una recitó con melancolía:

Llegado Verbenna a Ostia,

asoló el llano entero;
Astur asaltó Janiculum[75]*,*
tras asesinar a sus férreos centinelas.

Pero el viento, que no se dirigía en forma clara hacia el bosque, giró de costado y sacudió el único roble que había en las praderas de Gleason. Allí se hizo juguetón y se arrastró sobre la hierba, y meneó sus tallos como los gatos mueven sus colas antes de que llegue la primavera.

—Bienvenido, bienvenido, Sextus[76] —cantó Una, cargando la catapulta:

¿Por qué vienes, si más tarde partes?
Éste es el camino que va a Roma.

Disparó al mismo rostro de aquel instante de calma para volver a despertar al viento cobarde, y oyó un gruñido detrás de un espino que crecía en la pradera:

—¡Oh, repámpanos…! —exclamó en voz alta, dándose cuenta de que aquella palabra la había aprendido de Dan—. Creo que ha dado a una vaca de Gleason.

—¡Eh, tú, pequeña bestia de colores! —gritó una voz—. Ya te enseñaré yo a apedrear a tus mayores.

Miró hacia abajo con precaución y vio a un joven cubierto con una armadura articulada de bronce que resplandecía entre los piornos marchitos. Pero lo que más admiró a Una fue su gran casco broncíneo, coronado por una cola de caballo castaño que ondeaba al viento. Pudo distinguir con nitidez el roce de las largas crines sobre la brillante coraza de los hombros.

—¿Qué quiso decirme el fauno —preguntó a media voz para sí mismo—, al contarme que los hombres pintarrajeados habían cambiado?[77].

Dirigió la mirada a la rubia cabeza de Una y añadió:

—¿Has visto a algún hondero pintado lanzar plomo?

—No-o… —contestó Una—. Pero si has visto algún proyectil…

—¿Visto? —replicó el hombre—. Ha pasado a un milímetro de mi oreja.

—Bueno, he sido yo. Lo siento enormemente.

—¿No te dijo el fauno que iba a venir por aquí? —preguntó, sonriente.

—Si te refieres a Puck, no. Creí que eras una de las vacas de Gleason. No…, no sabía que fueses un… un… ¿Qué es lo que eres?

El hombre rompió a reír y mostró dos hileras de espléndidos dientes. Su rostro y sus ojos eran oscuros, y sus cejas se unían por encima de su gran nariz, formando una vellosa línea recta.

—Me llaman Parnesius[78]. He sido centurión en la séptima cohorte de la trigésima legión, la *Ulpia Victrix*. ¿Lanzaste tú el plomo?

—Sí, con la catapulta de Dan —confesó Una.

—¡Catapulta! —exclamó el centurión—. Creo saber algo acerca de ellas. Enséñamela.

Saltó el ruinoso vallado con el metálico sonido que producían la lanza, la armadura y el escudo y pasó, rápido como una sombra, a las tierras de Volaterrae.

—Un cuero atado a una horquilla de madera. Comprendo —dijo, estirando la goma—. ¿Pero qué prodigioso animal produjo este pellejo que puede estirarse?

—Es goma elástica. Se pone el proyectil en medio de la goma y se tira hacia atrás con fuerza.

El hombre estiró la goma y al dejarla ir dio de lleno contra la uña de su pulgar.

—Cada cual tiene las armas que más le agradan —dijo con seriedad, devolviendo el tirador—. Yo me quedo con la gran catapulta, con la gran máquina, jovencita. Pero es un juguete bonito, aunque haría reír a un lobo. ¿No te asustan los lobos?

—No hay ninguno —replicó Una.

—No puedo creerlo. Los lobos son como los bárbaros[79]: llegan cuando menos se esperan. ¿No cazan lobos por aquí?

—Nosotros no cazamos —dijo Una, recordando lo que había oído comentar a las personas mayores—. Protegemos a los faisanes. ¿Sabes qué son?

—Desde luego —contestó el joven, sonriendo de nuevo e imitando el graznido del faisán macho con tanta perfección que otro pájaro le contestó desde el bosque.

—¡Qué estúpido y pintarrajeado animal es el faisán! —exclamó—. Es igual que muchos romanos.


H. R. MILLAR . 1906

—Pero tú eres un romano, ¿no?

—Sí y no. Soy uno de los pocos miles que jamás han visto Roma, excepto en dibujos. Mi familia ha vivido en Vectis durante generaciones. Vectis es esa isla del oeste que puede verse desde tan lejos cuando hay tiempo despejado.

—¿Te refieres a la isla de Wright? Se eleva sobre sí misma cuando va a llover y puede verse desde las llanuras.

—Probablemente es así. Nuestra casa está en la orilla sur de la isla, cerca de los agrestes acantilados. La mayor parte de ella tiene más de trescientos años y el establo de las vacas, donde vivió nuestro primer antepasado, debe tener cien años más. Eso como mínimo, porque el fundador de nuestra familia recibió sus tierras de Agrícola[80] durante la colonización. Para su tamaño, la isla es un lugar agradable. En primavera las violetas crecen en la misma playa. Yo mismo he cogido para mi madre algas y violetas infinidad de veces en compañía de mi niñera.

—¿Era también romana tu niñera?

—No, era de Numidia[81]. ¡Los dioses la protejan! Una vieja gruesa y morena, con una lengua como la esquila de una vaca. Era una mujer libre[82]. Y a propósito, ¿tú eres también libre, pequeña?

—Oh, completamente —replicó Una—, al menos hasta la hora del té; y en verano nuestra institutriz no protesta demasiado si llegamos tarde.

El joven sonrió de nuevo con simpatía solidaria.

—Lo comprendo —dijo—. Eso explica que andes ahora por el bosque. Nosotros solíamos escondernos en los acantilados.

—¿También teníais una institutriz?

—Claro que sí. Era una griega. Tenía un modo de subirse las faldas, cuando nos perseguía entre los arbustos de las aliagas, que nos hacía morir de risa. Después nos amenazaba con azotarnos. ¡Jamás lo hizo, la pobre, los dioses la bendigan…! Aglaia, con toda su gran cultura, era una mujer de gran espíritu deportivo.

—¿Y qué asignaturas estudiabas cuando…, cuando eras pequeño?

—Historia antigua, los clásicos, aritmética y cosas por el estilo —respondió—. Mi hermana y yo éramos duros de cabeza, pero a mis otros dos hermanos (yo estoy entre ambos) les gustaba estudiar y desde luego mi madre era con mucho la más inteligente de los seis. Era casi tan alta como yo ahora y se parecía a la nueva estatua de la calzada del Oeste, la Deméter con los cestos, ya sabes. Tenía gran ingenio. ¡Diosa Roma…, cómo nos hacía reír…!

—Reír, ¿de qué?

—Anécdotas y dichos que hay en todas las familias, ya sabes…

—Sé que nosotros los tenemos, pero ignoraba que otros los tuviesen también —dijo Una—. Cuéntame todo lo que sepas de tu familia, por favor.

—Todas las buenas familias son muy parecidas. Madre solía sentarse a hilar por las tardes, mientras Aglaia leía en su rincón y padre repasaba sus cuentas. Nosotros corríamos por los pasillos y cuando hacíamos excesivo ruido, el Pater[83] solía decirnos: «¡Menos tumulto, menos tumulto! ¿Habéis oído hablar de los derechos que tiene el padre sobre sus hijos? Puede incluso matarlos, queridos míos, asesinarlos con la plena conformidad de los dioses.» Entonces madre encogía sus labios queridos sobre la rueca de hilar y contestaba: «Hum, creo que queda en ti muy poco de lo que debe ser un padre romano.» Y el Pater plegaba el rollo de sus cuentas y concluía: «Ya os enseñaré yo.» Y se portaba peor que cualquiera de nosotros.

—Los padres a veces se comportan así —dijo Una, con ojos traviesos.

—Ya te he dicho que todas las buenas familias se parecen mucho.

—¿Qué hacíais durante el verano? —preguntó Una—. ¿Jugabais en el campo como nosotros?

—Sí. Y visitábamos a nuestros amigos. En Vectis no hay lobos. Teníamos muchos amigos y todos los ponis[84] que podíamos desear.

—Debisteis pasarlo maravillosamente —dijo Una—. Espero que tanta felicidad os durase siempre.

—No del todo, pequeña. Cuando tenía dieciséis o diecisiete años, el padre enfermó de gota y nos fuimos todos a tomar las aguas.

—¿Qué aguas?

—Las de Aquae Sulis. Todo el mundo va allí. Tú debieras llevar alguna vez a tu padre para que las tomara.

—Pero ¿dónde? No sé dónde están —confesó Una.

El joven la miró atónito unos instantes.

—Aquae Sulis —repitió—. Los mejores baños de Britania. Según dicen, tan buenos como los de la propia Roma. Los glotones se sientan en el agua caliente y hablan de escándalos y de política. Y los generales pasean por las calles con su guardia detrás de ellos; los magistrados acuden en sus sillas, también seguidos de su guardia; en las calles se puede encontrar a adivinos, herreros, mercaderes, filósofos, vendedores de plumas, britanos ultra-romanos y romanos ultra-britanos, gente tribal que pretende estar civilizada y judíos que imparten clases…, y oh, toda clase de gente interesante. Nosotros, los jóvenes, no mostrábamos interés alguno hacia la política. Ni padecíamos de gota. Y había muchos de nuestra edad que ignorábamos el aspecto triste de la vida. Pero mientras disfrutábamos sin descanso, mi hermana conoció al hijo

de un magistrado del oeste y al cabo de un año se casó con él. Mi hermano pequeño, que se sintió siempre atraído por las plantas y las flores, conoció al médico-jefe de la legión de la ciudad de las legiones[85] y decidió ser médico del ejército. Yo no creo que sea una profesión adecuada para un hijo de buena familia, pero yo no era mi hermano. Marchó a Roma a estudiar medicina y hoy es médico-jefe de la legión de Egipto, con sede en Anatolia[86]. Al menos, eso creo, porque desde hace tiempo no he tenido noticias suyas. Mi hermano mayor hizo amistad con una filósofa griega e hizo saber a mi padre que deseaba instalarse en nuestras tierras como agricultor y filósofo. ¿Te das cuenta? —el muchacho guiñó un ojo a Una—. Su filósofa era una mujer de pelo muy largo.

—Yo creía que todos los filósofos eran calvos —aventuró Una.

—No todos. Era muy hermosa. No culpo a mi hermano. Nada mejor hubiera podido ocurrirme que lo que decidió mi hermano, porque yo siempre había deseado enrolarme en el ejército y siempre había temido que me viese obligado a quedarme en casa para cuidar nuestras tierras, mientras mi hermano empuñaba esto.

Golpeó con la mano el grande y brillante escudo que nunca creyó que iba a encontrar en su camino.

—Toda la gente joven estábamos contentos y regresábamos a Clarentum[87] por la calzada de los bosques, envueltos por el silencio. Pero, al llegar a casa, Aglaia, la institutriz, se dio cuenta de lo que nos había ocurrido. La estoy viendo aún en la puerta, con una antorcha sobre su cabeza, observando cómo ascendíamos por el sendero de los acantilados, desde la barca. «Ay, ay —exclamó—. El hombre y la mujer vuelven y los hijos se van.» Después besó a madre y madre lloró. De este modo, nuestra visita a los baños decidió los destinos de todos los hermanos, jovencita.

De pronto se levantó y escuchó, apoyándose en el borde del escudo.

—Creo que es Dan, mi hermano —dijo Una.

—Sí, y el fauno viene con él —replicó al tiempo que Dan y Puck aparecían entre los árboles.

—Debíamos haber venido antes —explicó Puck—, pero las bellezas de tu lengua nativa, oh Parnesius, han obnubilado a este joven ciudadano.

Parnesius se mostró confuso, incluso después de que Una explicase:

—Dan decía que el plural de *dóminus* era *dominó*, y cuando miss Blake le dijo que no, afirmó que sería *backgammon*[88]; tuvo que escribir su composición dos veces, por carota, ¿comprendes?

Dan llegó a Volaterrae, sudado y sin aliento.

—He venido corriendo casi todo el camino —balbuceó—. Me he encontrado con Puck. ¿Cómo estás, señor?

—Mi salud es buena —contestó Parnesius—. Mira, he intentado tensar el arco de Ulises, pero… —mostró su dedo pulgar.

—Lo siento. Debes de haber soltado la goma demasiado pronto —dijo Dan—. Puck me contó que estabas narrando una historia a Una.

—Prosigue, oh Parnesius —terció Puck, que se había sentado en una rama seca, sobre ellos—. Yo seré el coro. ¿Te ha desconcertado mucho, Una?

—Nada, excepto que no sé dónde está Ak… Ak…, algo que empieza así —contestó.

—Ah, Aquae Sulis. Es Bath, donde se hacen los buñuelos y las galletas. Pero dejemos que nuestro héroe narre su historia.

Parnesius pretendió dar con su lanza en las piernas de Puck y éste se inclinó, cogió las crines castañas de caballo y le arrebató el casco.

—Gracias, bufón —dijo el romano, sacudiendo su cabello oscuro y rizado —. Así me siento más fresco. Por favor, cuélgamelo en algún sitio… Estaba contando a tu hermana cómo me enrolé en el ejército —explicó a Dan.

—¿Tuviste que pasar un examen? —preguntó Dan, con interés.

—No. Fui a ver a mi padre y le dije que me gustaría entrar en la caballería dálmata[89] (había visto a alguno de sus componentes en Aquae Sulis); pero mi padre opinó que sería mejor comenzar mi servicio en alguna de las legiones regulares de Roma. Como a tantos y tantos jóvenes de entonces, no acababan de agradarme las cosas romanas. Los militares y magistrados nativos de Roma nos miraban como si fuésemos bárbaros. Y así se lo dije a mi padre. «Sé que así es —me respondió—. Pero después de todo, recuerda que somos una familia que procede de Roma y que nuestro deber radica en la defensa del Imperio.» «¿Qué Imperio? —le pregunté—. Machacamos y partimos el águila imperial antes de que yo naciera.» «¿Qué clase de idioma patibulario es ése?», preguntó mi padre, que odiaba las expresiones vulgares. «Me refiero, señor —seguí—, a que tenemos un emperador en Roma y no sé cuántos emperadores más que han ido surgiendo en varias de las distintas provincias fronterizas. ¿Con cuál de ellos tengo que quedarme?» «Con Graciano —dijo—. Al menos es un buen deportista.» «Es sólo eso —repliqué —. ¿Acaso no come ahora carne de buey cruda, como los escitas[90]?» «¿Quién te ha contado eso?», preguntó mi padre. «Lo oí en Aquae Sulis», contesté. Y era cierto. Nuestro precioso emperador Graciano llevaba una escolta de escitas que se cubrían con pieles y los tenía en tanto aprecio que se vestía como ellos. ¡Y nada menos que en Roma! Era algo tan desastroso como

si mi padre me hubiese pintado de azul. «No importan las prendas de vestir —arguyó mi padre—. Son sólo una manifestación más de un problema que comenzó antes de que tú y yo naciésemos. Roma ha abandonado a sus dioses y debe ser castigada por ello. La gran guerra contra las gentes pintarrajeadas estalló el mismo año en el que fueron destruidos los templos de nuestros dioses. Derrotamos a los hombres pintados el mismo año en que reconstruimos los templos. El problema viene todavía de mucho más lejos… Se remonta al tiempo de Diocleciano[91].» Y al oírle, uno podía pensar que la eterna Roma se hallaba al borde de la destrucción, por el mero hecho de que un puñado de personas se habían hecho más tolerantes y liberales. Yo no sabía nada de todo aquello. Aglaia nunca nos había enseñado la historia de nuestra propia patria. Estaba, eso sí, llena de la sabiduría de los griegos. «No hay esperanza para Roma —dijo mi padre, para terminar—. Ha abandonado a sus dioses. Sin embargo, si los dioses nos perdonan a los que estamos aquí, podemos salvar aún a Britania. Para ello debemos mantener a raya a esas gentes pintarrajeadas. En consecuencia, y te lo digo en calidad de padre, Parnesius, si tu corazón está en el ejército, tu lugar se encuentra entre los hombres que defienden la muralla y no con las mujeres de las ciudades.»

—¿Qué muralla? —preguntaron Dan y Una.

—Mi padre se refería a la que hoy llamamos muralla de Adriano. Ya os contaré después cosas sobre ella. Fue construida hace mucho tiempo, a través del norte de Inglaterra, para protegernos de los hombres pintados, los pictos, como vosotros los llamáis. Mi padre había tomado parte en la gran guerra contra los pictos que duró más de veinte años y sabía lo que era luchar ferozmente. Teodosio, uno entre los muchos grandes generales[92], obligó a retroceder a aquellas pequeñas alimañas hacia el norte, antes de que yo naciera. En Vectis, como es lógico, no nos preocupábamos de ellos en absoluto. Pero después de hablarme mi padre como lo hizo, le besé la mano y esperé sus órdenes. Nosotros los romanos nativos de Britania sabemos del respeto y la obediencia que merecen nuestros padres.

—Si yo besase la mano a mi padre, se partiría de risa —opinó Dan.

—Las costumbres cambian. Pero si no obedeces a tu padre, los dioses lo toman en cuenta. Puedes estar bien seguro de ello. Después de nuestra conversación, y convencido de que mis propósitos eran serios, Pater me envió a Clausentum para aprender instrucción de a pie en un cuartel lleno de auxiliares extranjeros: una gentuza sucia y sin afeitar constituida por bárbaros de todos los orígenes, que jamás habían tenido ocasión ni de limpiar una coraza. Sólo un palo tazo en el estómago o un golpe de escudo en su rostro

resultaban eficaces para ordenarlos en algo parecido a una formación. Cuando aprendí mi trabajo, el instructor me entregó un puñado (eran ciertamente sólo un puñado) de galos y de iberos para que los puliese antes de ser enviados a sus destinos en el norte. Hice todo lo que pude con ellos. Una noche hubo un incendio en una casa de los suburbios y yo saqué y puse a trabajar a mi puñado de hombres antes que ninguna otra sección de la tropa. Entonces observé la presencia de un hombre que, en mitad de unas praderas, se apoyaba sobre un cayado. Miraba con atención cómo íbamos pasando de uno a otro cubos de agua desde la charca próxima. Al fin, me preguntó: «¿Quién eres?» «Un aspirante a la espera de destino», contesté. Por Deucalión[93], que no tenía ni la más remota idea de quién podía ser… «¿Nacido en Britania?», inquirió. «Tan nacido en Britania como tú en España», repliqué, porque pronunciaba sus palabras con una especie de relincho semejante al de las mulas ibéricas. «¿Y cómo te harías llamar si estuvieses en tu casa?», preguntó riendo. «Eso depende —contesté—. A veces una cosa y a veces otra. Pero ahora estoy ocupado…» No volvió a decir nada más hasta que salvamos los dioses lares[94] de la casa (era una familia respetable) y fue entonces cuando murmuró a través de unas ramas de laurel: «Escucha, joven, unas-veces-una-cosa-y-otras-otra. De ahora en adelante puedes llamarte centurión de la séptima cohorte de la trigésima, la Ulpia Victrix. Eso te ayudará a recordarme. Tu padre y otras gentes, muy pocos, me llaman Maximus[95].» Me lanzó el bastón pulimentado en el que se apoyaba y desapareció. Cualquiera de vosotros hubieseis podido derribarme con él.

—¿Quién era? —preguntó Dan.

—El mismísimo Maximus, nuestro gran general. El general de Britania que en la campaña contra los pictos había sido la mano derecha de Teodosio. No sólo me había entregado personalmente mi bastón de centurión, sino que me había ascendido tres grados en una excelente legión. Por lo general, un novato empieza su carrera en la décima cohorte de su legión y va ascendiendo.

—¿Estabas contento? —preguntó Una.

—Mucho. Pensé que Maximus me había elegido por mi buen aspecto y por mi aire marcial. Pero, al regresar a casa, el Pater me contó que él había combatido en la guerra de los pictos a las órdenes de Maximus y le había pedido que me ayudase.

—Eras un niño por aquel entonces —exclamó Puck desde lo alto.

—Lo era —concedió Parnesius—. No me guardes rencor ni me envidies, fauno. Los dioses saben que poco después abandoné los juegos.

Y Puck asintió con la cabeza, su barbilla morena sobre su oscura mano, sus grandes ojos llenos de serenidad.

—La noche anterior a mi partida, hicimos sacrificios a nuestros antepasados (el pequeño sacrificio familiar habitual), y nunca recuerdo haber rezado con tanta devoción a los buenos espíritus. Después fui en barco, con mi padre, a Regum y a través de las rocas calizas a Anderida.

—¿Regum, Anderida? —Los niños miraron a Puck.

—Regum es Chichester —contestó Puck, señalando hacia Cherry Clarck —. Y Anderida, Pevensey —y señaló al sur, que quedaba a su espalda.

—¿Otra vez Pevensey? —preguntó Dan—. ¿Donde desembarcó Weland?

—Weland y otros muchos —respondió Puck—. Pevensey no es una ciudad joven, ni siquiera comparándola conmigo.

—El cuartel general de la trigésima se instalaba en verano en Anderida, mientras mi cohorte, la séptima, estaba en el norte defendiendo la muralla. Maximus estaba pasando revista a los aspirantes (los de Abulei, creo recordar) en Anderida, y nos alojamos en su casa, porque él y mi padre eran viejos amigos. Cuando apenas llevaba allí diez días, me ordenaron partir hacia el norte con treinta hombres de mi cohorte. —Rió de buena gana y siguió—. Un soldado nunca olvida su primera marcha. Me sentía tan orgulloso como cualquier emperador cuando conduje a aquel puñado de hombres a través de la puerta norte del campamento. Saludamos a la guardia y al altar de la Victoria que había allí instalado.

—¿Cómo, cómo…? —preguntaron Dan y Una.

Parnesius sonrió y se levantó, ceñido por su refulgente coraza.

—Así —dijo. Y procedió a efectuar lentamente los hermosos movimientos del saludo romano, que concluyó con la sonora percusión del escudo al voltearlo sobre sus hombros.

—Caramba —dijo Puck—, esto le hace a uno pensar en muchas cosas.

—Comenzamos la marcha completamente armados —siguió Parnesius, sentándose de nuevo—. Pero tan pronto como la calzada comenzó a atravesar el gran bosque, mis hombres esperaban poder colgar sus escudos en los caballos cargados de pertrechos que nos seguían. «No —les dije—. En Anderida podéis vestir como mujeres, pero mientras estéis bajo mi mando, llevaréis vuestras propias armas y la coraza completa.» «Hace calor —dijo uno de ellos— y no tenemos médico. Supón que cogemos unas fiebres o una insolación.» «Os tocaría morir, lo cual sería un buen alivio para Roma —repliqué—. Escudos y espadas arriba y apretaos con fuerza los cordajes de los coturnos.» «¿Acaso te crees ser ya el emperador de la Britania?», gritó uno de

ellos. Le golpeé con la empuñadura de mi lanza y lo lancé al suelo. Expliqué a aquellos romanos nativos de Roma que si alguno de ellos volvía a plantear más problemas, seguiríamos la marcha con un hombre menos. ¡Y por el sol que nos alumbraba, estaba dispuesto a hacerlo! Mis ignorantes galos de Clausentum jamás se habían comportado así. De pronto, silencioso como una nube, Maximus apareció a caballo entre los helechales (mi padre detrás de él), y se detuve en mitad de la calzada. Vestía la púrpura, como si fuese ya emperador; sus coturnos eran de piel de carnero blanco, con cordaje dorado. Mis hombres quedaron atónitos y algunos hasta cayeron al suelo, como… perdices. Durante unos minutos, Maximus no dijo una palabra; se limitó a mirarnos con los párpados contraídos. Después hizo una señal con su dedo índice y mis hombres caminaron o se arrastraron hacia uno de los lados de la calzada. «Poneos al sol, hijos», ordenó, mientras mis hombres formaban de nuevo sobre las duras losas de la vía. «¿Qué hubieras hecho —me preguntó— si no hubiese aparecido yo por aquí?» «Habría matado a aquel hombre», repliqué. «Mátalo ahora —contestó—. No moverá ni un dedo.» «No. Tú ostentas ahora el mando de mis hombres. Sería un carnicero si lo matase ahora.» ¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó Parnesius a Dan.

—Sí —contestó el niño—; no hubiese sida digno de ti.

—Eso era lo que creía. Pero Maximus frunció el ceño. «Nunca serás emperador —me dijo—. Ni siquiera llegarás a general.» Yo callé, y observé que mi padre padecía complacido. «He venido hasta aquí para ver su final», dijo. «Y lo has visto —confirmó Maximus—. No voy a necesitar a tu hijo nunca más. Vivirá y morirá siendo oficial de una legión. Pudo haber sido prefecto de una de mis provincias. Ahora, ven a comer con nosotros —dijo—. Tus hombres esperarán hasta que acabemos.» Mis desgraciados y sedientos treinta hombres quedaron al sol como pellejos vacíos de vino y Maximus nos condujo hasta el lugar en el que sus servidores nos habían preparado la comida. El mismo Maximus mezcló los vinos. «Dentro de un año, recordaréis que os habéis sentado a la mesa con el emperador de Britania y de… Galia.» «Sí —convino mi padre—. Eres muy capaz de conducir a esas dos mulas, la Galia y la Britania…» «Dentro de cinco años, recordaréis que habéis bebido —me pasó una copa en la que había borraja azul— con el emperador de Roma.» «No, no eres capaz de conducir tres mulas. Te destrozarían», objetó mi padre. «Y tú en la muralla, entre los brezos, llorarás porque tu sentido de la justicia es superior al deseo de complacer al emperador de Roma.» Permanecí en silencio. Uno no podía contestar a un general que viste la púrpura. «No estoy molesto contigo —siguió—. Debo demasiadas cosas a tu

padre…» «Sólo me debes consejos que jamás seguiste», aclaró el Pater, «… para ser injusto con alguien de su familia. Creo de veras que puedes llegar a ser un buen tribuno, pero si ha de cumplirse mi voluntad, vivirás y morirás en la muralla», dijo Maximus. «Es posible que así sea —afirmó mi padre—. Pero temo que muy pronto los pictos y sus amigos nos atacarán. No puedes retirar tropas de Britania para nombrarte emperador y esperar que siga la tranquilidad en el norte.» «Yo seguiré mi destino», sentenció Maximus. «Síguelo entonces —contestó mi padre—. Y muere como murió Teodosio.» «Oh, mi viejo general —dijo Maximus— fue asesinado por servir al Imperio demasiado bien. Yo también podría ser asesinado, pero no por esa razón», y dibujó una sonrisa fría que heló la sangre en mis venas. «Yo también prefiero seguir mi destino —tercié—, y mandar a mis hombres en la muralla.» Me miró largo rato, inclinando la cabeza hacia un lado, como hacen los españoles. «Pues, síguelo, muchacho», concluyó. Eso fue todo. Me alegré de marcharme de allí, aunque tenía muchas cosas que comunicar a mi familia. Encontré a mis hombres en pie y formados como los había dejado (ni siquiera habían movido los pies en el polvo de la calzada) y seguimos la marcha. Sentía aún la terrible sonrisa de Maximus como un viento helado del este contra mi espalda. No nos detuvimos hasta la puesta del sol y —se volvió para mirar la colina de Pook que se elevaba a nuestros pies— acampamos allí.

Señaló el saliente quebrado y recubierto de helechos de la colina de la herrería, detrás de la cabaña del viejo Hobden.

—¿Allí? Si es la herrería donde en otros tiempos forjaban hierro —dijo Dan.

—Y, ciertamente, era una buena forja —confirmó Parnesius, con calma —. Allí me arreglaron tres hebillas de las corazas y soldamos una cabeza de lanza. La herrería estaba alquilada al gobierno por un forjador cartaginés que era tuerto. Recuerdo que le llamábamos Cíclope[96]. Me vendió una alfombra de piel de tejón para la habitación de mi hermana.

—No pudo haber sido ahí —opinó Dan.

—Sí lo fue. Desde el altar de la Victoria de Anderida a la primera forja del bosque, que es ésa, hay doce millas y setecientos pasos. Todo figura en mi libro de vías y calzadas. Un soldado nunca olvida su primera marcha. Creo que podría detallarte cada una de las etapas que cubrimos desde aquí a…

Se inclinó hacia adelante y sus ojos quedaron deslumbrados por el sol poniente. El sol había descendido hasta la cumbre de la colina de Cherry Clack y sus rayos se colgaban ahora de los troncos de los árboles, de modo

que el interior del bosque lejano se llenaba de tintes rojos, dorados y negruzcos; la coraza de Parnesius parecía despedir llamas.

—¡Esperad! —pidió.

Levantó una mano y la luz del sol se reflejó en su brazalete de vidrio. Se incorporó, extendió los brazos hacia el oeste y pronunció con voz profunda unas palabras que sonaron con esplendor en el ocaso.

Puck comenzó también a cantar, imitando un tañido de campanas, y mientras lo hacía se dejó caer de Volaterrae al suelo e hizo un gesto a los niños para que le siguieran. Obedecieron. Parecía como si aquellas dos voces les empujasen despacio hacia adelante; y en medio de aquella luminosidad que convertía en oro viejo las hojas de las hayas, caminaron felices, oyendo cantar a Puck algo parecido a esto:

Cur mundus militat sub vana gloria
Cujus prosperitas est transitoria?
Tam cito labitur ejus potentia
Quam vasa figuli quae sunt fragilia[97].

Se encontraron ante las pequeñas puertas del vallado que cerraban el bosque.

Quo Caesar abiit celsis imperio?
Vel dives splendidus totus in prandio?
Dic ubi Tullius…[98].

Sin dejar de cantar, tomó la mano de Dan y le obligó a volverse para contemplar cómo Una cruzaba la puerta. La cerró tras ella, al tiempo que Puck arrojaba sobre sus cabezas el hechizo de la memoria, las hojas de roble, de fresno y de espino.

—Tardaste un buen rato —dijo Una—. ¿No pudiste largarte antes?

—Salí en seguida, con tiempo de sobra —contestó Dan—. Pero…, pero no sabía que fuese tan tarde. ¿Dónde has estado?

—En Volaterrae, esperándote…

—Lo siento. La culpa es del maldito latín.

CANCIÓN DE LA BRITANIA ROMANA (400 d. C.)

El padre de mi padre no la vio
y es posible que yo tampoco vaya
a contemplar el gran lugar sagrado
de la patria romana.

Coronada de Arte, Poder, Tiempo,
entre hombres y dioses levantada,
ciudad que al pie de sus viejas colinas,
creó una raza.

Pronto trajo a este mundo estirpes nuevas,
irreductibles, que en Roma se abrazan
con la fuerza mil veces adquirida
en mil arduas batallas.

Con firme corazón, fuerte coraza,
con sangre rubricaste tus inicios;
años y años un Imperio eterno,
recibimos tus hijos.

Los que no han visto nunca tus colinas,
tras amarte y sufrirte en el destierro,
piden que guardes de interiores males
la llama del Imperio.

Capítulo VI

En la gran muralla

En la gran muralla

Cuando fui a Roma por causa de Lalage[99]*,*
camino de Rimini por la vía de las legiones,
ella me confesó que conmigo iba su corazón
y que me lo llevase con mi escudo a Rimini.
(¡Y hasta las águilas volaban hacia Rimini!)
He pateado la Britania y también la Galia,
y la orilla del Ponto[100] *donde la nieve cae,*
tan blanca como el cuello de Lalage,
(¡tan fría como el corazón de Lalage!)
(¡Y he perdido Britania y he perdido la Galia!)

(La voz parecía alegrarse de ello.)

¡Y he perdido Roma y, lo que es peor,
he perdido a Lalage!

Cuando oyeron esta canción estaban junto al portón del bosque lejano. Sin pronunciar una palabra, corrieron hacia su agujero particular del vallado, se escurrieron a través del seto y aparecieron exactamente donde Puck estaba dando de comer en su propia mano a un arrendajo.

—No hagáis ruido —dijo Puck—. ¿Qué estáis buscando?

—A Parnesius, naturalmente —contestó Dan—. No hemos recordado nada hasta ayer. Eso no es juego limpio.

Puck sonrió mientras se incorporaba.

—Lo lamento, pero los niños que pasan una tarde conmigo y con un centurión romano necesitan una dosis de hechizo que les calme antes de ir a tomar el té con sus padres. ¡Eh, Parnesius! —gritó.

—Aquí me tienes, fauno —contestó una voz desde Volaterrae.

Distinguieron el resplandor de la coraza de bronce en el ángulo formado por dos ramas de haya y el brillo del gran escudo alzado, a guisa de amistoso saludo.

—He rechazado a los britanos —dijo Parnesius, riendo como un chiquillo—. He ocupado sus posiciones más elevadas. Roma es generosa. Podéis subir a verlas.

Subieron los tres al árbol.

—¿Qué canción estabas cantando hace unos instantes? —preguntó Una, tan pronto como se instaló en el haya.

—¿Canción? Ah, *Rímini*[101]. Es una de las muchas melodías que surgen en algún lugar del Imperio. Se extienden como una peste durante seis meses o un año y luego aparece otra que gusta más a las legiones para marcar el paso en las marchas.

—Cuéntanos cosas sobre las marchas, Parnesius. Son pocos los que hoy caminan de un extremo a otro de este país.

—Ellos se lo pierden. Nada hay mejor que una larga marcha, si se tienen los pies endurecidos. Se comienza cuando aparecen las brumas matinales y se acaba después de ponerse el sol.

—¿Y qué hay que comer? —preguntó Dan, de sopetón.

—Grasa de cerdo, alubias, pan y el vino que puede encontrarse en las posadas. Pero los soldados son protestones natos. El primer día de mi marcha, mis hombres se quejaron del maíz que se tritura en los molinos de agua británicos. Decían que no era tan reconfortante como el áspero producto que se obtiene en Roma con la molienda del grano en molinos impulsados por bueyes. De todos modos, tuvieron que ir a buscarlo y comerlo.

—¿Ir a buscarlo? —preguntó Dan.

—Al molino de agua, recién inventado, más abajo de la herrería.

—Entonces se trata del molino de la herrería, ¡nuestro molino! —exclamó Una, mirando a Puck.

—Sí, el nuestro —concedió Puck—. ¿Cuántos años creías que tenía?

—No lo sé. Sir Richard Dalybridge también habló de él, ¿no es cierto?

—Sí, y en su tiempo ya era viejo —respondió Puck—. Tenía ya centenares de años.

—En mis tiempos era nuevo —dijo Parnesius—. Mis hombres contemplaban su harina en el interior de sus cascos como si se tratase de un nido de víboras. Lo hacían para que perdiera la paciencia. Pero les dirigí la palabra y quedamos amigos. A decir verdad, ellos me enseñaron a llevar el paso a la romana; yo sólo había servido a las órdenes de instructores que abogaban por el paso ligero. Y el paso de una legión es radicalmente distinto. Es una zancada larga y lenta que jamás cambia de ritmo desde el amanecer hasta la noche. *Raza romana, paso romano,* como dice el proverbio. Veinticuatro millas en ocho horas, ni una más ni una menos. La cabeza y la lanza alzadas, el escudo en la espalda, el cuello de la coraza de cuero un palmo abierto; así es como deben traerse las águilas imperiales a Britania.

—¿Tuviste alguna aventura? —inquirió Dan.

—Al sur de la muralla no hay lugar para aventuras —contestó Parnesius —. Lo peor que me ocurrió fue tener que comparecer ante un magistrado del norte cuando un filósofo vagabundo hizo burla de las águilas. Pude demostrar que el viejo nos había cerrado el paso de la calzada deliberadamente y el magistrado, imagino que siguiendo su propio librillo, se limitó a decir que cualesquiera que fuesen los dioses que uno adorase, había que mostrarse siempre respetuoso con el César.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Dan.

—Seguir mi camino. ¿Por qué iba a preocuparme de esas cosas si mi misión era llegar a nuestro destino? Tardamos veinte días. Como es lógico, cuanto más al norte, más vacías están las calzadas. Uno abandona los bosques y comienza a ascender colinas peladas, donde los lobos aúllan entre las ruinas de lo que fueron nuestras ciudades. Ya no se ven chicas guapas ni magistrados bienhumorados que conocieron al padre de uno; ni templos ni posadas y sí animales salvajes en abundancia. Es fácil encontrar a cazadores y tramperos que trabajan para los circos, tirando de osos encadenados y de lobos con bozales. Nuestros *ponies* relinchaban al verlos y mis hombres reían. Las casas dejan de ser villas ajardinadas y se convierten en fuertes cerrados, con torres de observación de piedra grisácea y en apriscos con muros también de piedra para ovejas vigiladas por britanos armados, procedentes de las playas del norte. En los montes desnudos, más allá de las casas aisladas, donde las sombras de las nubes semejan batallones de caballería a la carga, se distinguen humaradas negras producidas por las minas. La dura calzada sigue y sigue, y deja atrás altares dedicados a legiones y a generales olvidados, estatuas rotas de dioses y de héroes y miles de tumbas desde las cuales se asoman los zorros y las liebres de la montaña para echarte un vistazo. Aquel país de brezales y de piedras deshechas se enciende en resplandores rojolientos, en verano, y resulta helador en invierno. Justo cuando uno cree haber llegado al fin del mundo, se ve una cortina continua de humo de este a oeste, en todo el horizonte que puede captar el ojo humano y bajo ella, también en toda la extensión que alcanza la vista, casas y templos, tiendas y teatros, cuadras y graneros, como dados esparcidos detrás, siempre detrás, de una línea de torres fortificadas que asciende y desciende, desaparece y vuelve a aparecer, siguiendo las irregularidades del terreno. Es la muralla.

—¡Oh! —exclamaron los niños.

—Podéis admiraros con razón —convino Parnesius—. Viejos que han seguido las enseñas de las águilas desde su juventud afirman que nada existe

en el Imperio tan maravilloso como la contemplación de la muralla por vez primera.

—¿Y de verdad es una muralla? ¿Como la que tenemos alrededor del patio de la cocina? —preguntó Dan.

—No, no. Es la *muralla*. En lo más alto de ella se ven esparcidas las torres de los centinelas. Incluso en sus tramos más estrechos pueden caminar, codo con codo, tres hombres con sus escudos, de puesto a puesto de guardia. Y un muro atrincherado, no más alto que la cabeza de un hombre, une los distintos bastiones entre sí sobre la maciza estructura de la muralla, de modo que desde cierta distancia, se pueden ver los cascos de los centinelas yendo y viniendo como si se tratase de cuentas ensartadas. La muralla mide diez metros de altura y en el lado que mira hacia la tierra de los pictos, el norte, hay una zanja llena de hojas de espadas viejas y puntas de lanza incrustadas sobre madera y cubiertas metálicas de rueda, unidas con cadenas. Los pequeños pictos acuden allí a robar hierro para sus flechas. Pero la muralla en sí misma no es más asombrosa que la ciudad que hay detrás de ella. En otros tiempos había contrafuertes y zanjas en la parte sur y a nadie se le permitía construir en las cercanías. En la actualidad, los contrafuertes están semiderruidos y sobre ellos, de principio a fin de la muralla, se ha ido edificando hasta crear una ciudad, estrecha y alargada, de más de ochenta millas de extensión. ¡Imaginaos…! Una ciudad ruidosa, alborotada, que organiza peleas de gallos, cacerías de lobos, carreras de caballos y que se extiende desde Ituma, en el oeste, a Segedunum, en las frías playas del este. En un lado, los brezales, los bosques y las ruinas en las que se esconden los pictos, y en el otro una gran ciudad larga y peligrosa como una serpiente. Sí, una serpiente aletargada al calor del gran muro. Como ya os he dicho, mi cohorte estaba acuartelada en Hunno, donde la gran calzada del norte atraviesa la muralla y penetra en la provincia de Valentía. —Parnesius rió con desprecio—. ¡La provincia de Valentía…![102]. Por lo tanto, seguimos la calzada hasta la ciudad de Hunno y quedé asombrado. El lugar era una especie de feria, una feria de gentes de todos los confines del Imperio.


H R. MILLAR 1900

Algunos se dedicaban a las carreras de caballos y otros se limitaban a sentarse en las tabernas; muchos asistían a las luchas entre perros y osos, y casi la totalidad se reunían ante una zanja para presenciar las peleas de gallos. Un joven, no muy mayor que yo, que identifiqué en seguida como un oficial, detuvo su caballo ante mí y me preguntó qué buscaba. «Mi destino», le contesté, mostrándole mi escudo. —Parnesius alzó su amplio escudo con sus tres equis grabadas como sobre un tonel de cerveza—. «Buen augurio —dijo el otro—. Vuestra torre es la siguiente a la nuestra, pero están todos en la pelea de gallos. Éste es un lugar alegre. Ven y beberemos por las águilas.» Intentó ofrecerme una copa. «Cuando haya alojado a mis hombres», respondí. Y me sentí ofendido y avergonzado. «Pronto superarás todas esas tonterías —afirmó—. Pero no quiero echar por tierra tus esperanzas. Sigue hasta encontrar la estatua de la diosa Roma. No hay pérdida posible. Está en la calzada principal que va a Valentía», dijo, riendo, antes de emprender la marcha. Tras recorrer unos quinientos metros, distinguí la estatua y nos acercamos. En tiempos pasados, la gran calzada del norte debió pasar debajo de ella antes de penetrar en Valentía; pero el tramo final había sido cerrado para evitar incursiones de los pictos y sobre el yeso de la estatua alguien había inscrito la palabra «fin». Fue como penetrar en una caverna. Mis treinta pequeños soldados golpearon a la vez el suelo con sus lanzas y el alboroto resonó en las dovelas del arco. Nadie apareció. A uno de los lados había una puerta en la que figuraba pintado el número de nuestra cohorte. Nos metimos por ella y me encontré con un cocinero dormido al que ordené que nos diera de comer. Después subí a lo alto de la muralla y observé el territorio de los pictos. Pensé —añadió Parnesius— que aquel arco de ladrillos, en cuyo yeso se leía «fin», me había impresionado, porque, sin duda, apenas era algo más que un pobre muchacho.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Una—. Espero que te sintieses feliz después de haber tomado una buena… —Dan la interrumpió con un empujón.

—¿Feliz? —se extrañó Parnesius—. ¿Feliz cuando los hombres que iban a estar en la cohorte bajo mi mando regresaron sin cascos de las peleas de gallos, con sus aves debajo del brazo y me preguntaron quién era? No, no me sentí feliz, pero al menos logré también hacer desgraciada a toda la cohorte… Escribí a mi madre diciéndole que me encontraba contento, aunque, amigos míos —extendió los brazos sobre sus desnudas rodillas—, no desearía que mi peor enemigo sufriese como yo lo hice durante mis primeros meses en la muralla. Recordad esto: entre todos los oficiales no había ni uno, a excepción mía (y pensad que yo había perdido el favor de Maximus), que no hubiese

cometido alguna falta o alguna estupidez. Unos habían matado a un hombre; otros, robado dinero o insultado a los magistrados o blasfemado contra los dioses, y por tales razones habían sido destinados a la muralla como refugio de su vergüenza o de sus temores. El resto de los hombres era como sus oficiales. Recordad que, además de todo eso, la guarnición de la muralla estaba formada por hombres de todas las razas y orígenes del Imperio. No había dos torres en las que se hablase el mismo idioma o se adorase a los mismos dioses. Sólo en un punto éramos todos iguales. Sin perjuicio de las armas que hubiésemos usado antes de llegar a la muralla, allí nos convertíamos todos en arqueros como si fuéramos escitas. El picto es incapaz de protegerse contra las flechas o de arrastrarse bajo ellas; él mismo es un arquero nato y lo sabe.

—Imagino que estarías combatiendo contra los pictos todo el tiempo —dijo Dan.

—Los pictos pelean en raras ocasiones. Pasó medio año sin que presenciase ninguna batalla. Nos dijeron que todos los pictos *domesticados* habían marchado hacia el norte.

—¿Qué entiendes por un picto *domesticado?* — preguntó Dan.

—Un picto (había muchos de ellos) que hablara alguna palabra en nuestra lengua y que se infiltrase a través de la muralla para vender ponis y perros mastines. Sin un caballo, un perro y un amigo, el hombre destinado en la muralla estaría condenado a morir. Los dioses me otorgaron las tres cosas y no hay mayor don que la amistad. Recuerda también esto —siguió Parnesius, dirigiéndose a Dan—, cuando seas joven: tu destino será determinado por el primer amigo verdadero que tengas.

—Quiere decir —explicó Puck—, que si quieres ser un tipo decente en tu juventud, tendrás que tener amigos decentes mientras vayas creciendo. Si eres una mala bestia, tendrás amigos igualmente bestias. ¡Tomad nota de la digresión que sobre la amistad os ha hecho el Pío Parnesius![103]

—Yo no me llamo Pío ni tampoco soy piadoso —respondió Parnesius—. Pero sé lo que significa ser bueno y mi amigo, aunque fue un caso perdido, era mil veces mejor que yo. ¡Deja ya de reír, fauno!

—¡Oh, juventud eterna e inocente…! —exclamó Puck, balanceándose en la rama superior del haya—. Cuéntales cosas sobre tu Pertinax.

—Él fue el amigo que los dioses me enviaron, el joven que se dirigió a mí nada más llegar. Era un poco mayor que yo y estaba al mando de la cohorte Augusta Victoria, en la torre siguiente a la que yo me encontraba con mis númidas. Se trataba de un joven mucho más virtuoso que yo.

—Entonces, ¿por qué estaba en la muralla? —preguntó Una, con rapidez —. Todos los demás habían hecho algo malo. Tú mismo lo has dicho.

—Era el sobrino (su padre había muerto), de un rico propietario de la Galia que no siempre había tratado bien a su madre. Al crecer, lo descubrió todo y su tío lo envió con engaño o a la fuerza a la muralla. Nos conocimos en la oscuridad, durante una ceremonia en nuestro templo. Se trataba del rito en el que se sacrificaba el toro —explicó Parnesius a Puck.

—Está claro —dijo éste, dirigiéndose a los niños—. Es algo que, probablemente, no acabaréis de comprender. Parnesius quiere decir que conoció a Pertinax en la iglesia.

—Sí, nos encontramos por primera vez en la cueva y, luego, fuimos ascendiendo hasta alcanzar juntos el grado de grifones[104]. —Parnesius alzó la mano un instante en dirección a su cuello—. Llevaba ya dos años en la muralla y conocía bien a los pictos. Lo primero que me enseñó fue a «coger el brezo».

—¿Qué es eso? —preguntó Dan.

—Salir de caza en territorio picto, en compañía de un *domesticado*. Se está completamente a salvo, mientras uno sea su huésped y se lleve una rama de brezo en cualquier lugar donde pueda ser vista. Si uno sale solo, te asesinan con total seguridad, siempre que no te ahogues antes en las turberas. Solamente los pictos conocen los caminos practicables en aquellos oscuros y ocultos pantanos. El viejo y tuerto Allo, el pequeño y arrugado picto al cual comprábamos nuestros ponis, era nuestro particular amigo. Al principio, íbamos a verle para escapar de aquella horrible ciudad y para hablar solos acerca de nuestras familias. Después nos enseñó a cazar lobos y aquellos enormes venados con cornamentas como candelabros judíos. Los oficiales nativos de Roma nos miraban casi con desprecio, pero nosotros preferíamos los brezales a sus diversiones. Créeme —Parnesius se volvió hacia Dan—, un muchacho queda a salvo de cualquier peligro que pueda amenazarle cuando está montando un poni o persiguiendo a un venado. ¿Te acuerdas, oh fauno[105] —añadió dirigiéndose a Puck—, del pequeño altar que erigí a Pan Silvano[106], junto al bosque de pinos de más allá del arroyo?

—¿Cuál? ¿El de piedra con la inscripción de una frase de Jenofonte[107]? —preguntó Puck, en un tono de voz desconocido hasta entonces.

—No. ¡Qué voy a saber yo de Jenofonte…! Ése fue el de Pertinax, después de matar su primera liebre de monte de un flechazo…, pura casualidad. El mío lo hice con guijarros pulimentados, en recuerdo de mi primer oso. Pasé un día muy feliz erigiéndolo.

Parnesius dirigió una mirada rápida a los niños.

—Así fue como vivimos en la muralla durante dos años; alguna escaramuza contra los pictos y mucha caza en compañía del viejo Allo, en territorio enemigo. Algunas veces nos llamaba hijos y nosotros le queríamos, tanto a él como a sus bárbaros, aunque jamás permitimos que nos pintase a la manera picta. Las marcas duran hasta la muerte.

—¿Cómo lo hacían? —preguntó Dan—. ¿Era algo parecido a los tatuajes?

—Se apretaban la piel hasta que sangraba y la frotaban con zumos de colores. Allo estaba pintado de azul, verde y rojo, desde la frente a los tobillos. Decía que aquello era parte de su religión. Nos explicó en qué consistían sus creencias (a Pertinax le interesaban mucho esas cosas) y, cuando llegamos a conocerle bien, nos puso al corriente de lo que estaba ocurriendo en Britania, más allá de la muralla. Eran muchas las cosas que estaban sucediendo en aquellos días a espaldas nuestras. ¡Y por la luz del sol…! —siguió Parnesius, con gesto preocupado—, no era mucho lo que aquellas pequeñas gentes ignoraban. Me contó que Maximus había marchado a la Galia, después de nombrarse emperador de Britania y que se había llevado con él gran número de tropas y de emigrantes. En la muralla no recibimos la noticia hasta quince días más tarde. Me detalló la cantidad de tropas que Maximus retiraba de Britania cada mes para ayudar a conquistar la Galia y sus cálculos siempre resultaban exactos. ¡Increíble! Os voy a contar otra cosa extraña.

Parnesius juntó las manos alrededor de sus rodillas e inclinó la cabeza sobre el borde curvilíneo del escudo que llevaba a la espalda.

—Al final del verano, cuando comienzan las primeras heladas y los pictos matan a sus abejas, salimos a caballo los tres a la caza del lobo con algunos mastines nuevos. Rutilanus, nuestro general, nos había concedido diez días de permiso y habíamos sobrepasado la segunda muralla[108] (más allá de la provincia de Valentía) hasta llegar a montes más altos, donde ni siquiera quedaban ruinas romanas. Matamos una loba antes del mediodía y, mientras Allo la despellejaba, me miró y me dijo: «Cuando seas jefe supremo de la muralla ya no podrás hacer cosas como ésta.» Igual podía esperar ser nombrado prefecto de la Baja Galia, pongamos por caso, y reí de buena gana. Dije: «Espera a que me nombren jefe supremo.» «No, no es bueno esperar —contestó Allo—. Seguid los dos mi consejo y regresad a casa.» «No tenemos casa —terció Pertinax—. Lo sabes tan bien como nosotros: somos hombres acabados, para nosotros los pulgares señalan el suelo[109]. Sólo hombres sin esperanza alguna arriesgarían el cuello sobre tus ponis.» El viejo rió con una

carcajada breve, característica de los pictos, que sonó como el aullido de un zorro en una noche de helada. «Os tengo afecto a los dos —dijo—. Además, os he enseñado lo poco que sabéis en materia de caza. Seguid mi consejo y volved a casa.» «No podemos —dije—. Yo he caído en desgracia con un general y Pertinax con su tío.» «Ignoro lo ocurrido con el tío de Pertinax —replicó Allo—. Pero tu problema, Parnesius, es que tu general te tiene en alta estima.» «¡Por la diosa Roma…! —exclamó Pertinax, sentándose—. ¿Cómo puede saber un viejo tratante de caballos lo que piensa Maximus?» Justo entonces (todos sabemos cómo los animales se acercan a uno cuando se está comiendo), un gran lobo saltó a nuestra espalda y los nuevos y descansados mastines salieron en su persecución y nosotros detrás de ellos. Nos obligó a penetrar más allá de cualquier territorio del que habíamos oído hablar, corriendo como flechas hacia donde el sol se ponía, hacia el oeste. Al final, llegamos a un alto promontorio que penetraba en un mar agitado, en una de cuyas playas distinguimos barcos anclados. Contamos hasta cuarenta y siete. No se trataba de galeras romanas sino de naves piratas procedentes del Norte, donde Roma no ha llegado nunca. Las tripulaciones se movían en las naves y el sol poniente brillaba en sus cascos, en los cascos con alas de aquellos hombres de cabello rojo que venían de lugares en los que no se conoce el nombre de Roma[110]. Observamos, contamos y quedamos admirados, porque aun cuando habíamos oído rumores acerca de aquellas cabezas aladas, como los pictos los llamaban, nunca habíamos tenido ocasión de verlos. «Vámonos, vámonos de aquí —dijo Allo—. Mi brazo no os protegerá en estas tierras. Nos matarán a todos.» Sus piernas y su voz temblaban. Nos retiramos a lo largo de los brezales, bajo la claridad de la luna y casi al amanecer nuestros caballos tropezaron con unas ruinas. Al despertarnos, estábamos entumecidos y llenos de frío. Allo estaba mezclando ya la comida con agua. En territorio picto no es posible encender fuegos, excepto en las cercanías de los poblados. Aquellos hombrecillos se comunicaban entre sí por señales de humo y una fogata no identificada los atrae a ella, zumbando como abejas, y también pegando aguijonazos. «Lo que vimos anoche es un centro comercial —dijo Allo—. Nada más que una estación de intercambio comercial.» «No creo en mentiras cuando tengo el estómago vacío —contestó Pertinax—. Imagino —tenía unos ojos penetrantes, como los de un águila—, imagino que aquello también debe ser un centro comercial.» Y señaló a una columna de humo que se elevaba desde la cumbre de una colina lejana, en la forma en que los pictos se convocan entre sí. Humarada, doble humarada, doble humarada, humarada. Hacen estas señales dejando caer sobre el fuego un cuero humedecido. «No

—dijo Allo, metiendo su plato en el morral—. Esa llamada va dirigida a nosotros. Vuestro destino está ya echado. Vamos.» Le seguimos. Cuando uno marcha a los brezales debe obedecer a su picto; pero aquel maldito humo estaba a más de veinte millas de distancia, cerca de la costa este y el día era tan cálido como un baño termal. «Sea cual sea vuestra suerte —dijo Allo, mientras nuestros pequeños caballos avanzaban de mala gana—, quiero que me recordéis con afecto.» «Yo no olvidaré —aseguró Pertinax— que me has dejado sin desayunar.» «¿Qué importancia tiene un puñado de avena para un romano? —preguntó el viejo; y rió con su risita súbita que semejaba otra cosa —. ¿Qué haríais si de pronto os convirtiesen en un puñado de arena machacado entre las piedras superior e inferior de un molino?» «Yo soy Pertinax, no un adivino.» «Lo que eres es un estúpido —dijo Allo—. Mis dioses y tus dioses están amenazados por otros dioses extraños y todo lo que se te ocurre hacer es reír.» «La gente amenazada vive mucho tiempo», dije. «Quieran los dioses que eso sea cierto —replicó Allo—. Pero os pido de nuevo que no me olvidéis.» Ascendimos, en pleno calor, la última de las colinas y distinguimos el mar del este tres o cuatro millas más allá. Vimos anclada una pequeña galera a vela, de las características de la Galia del norte, con su escalerilla de desembarque colocada y su vela a medio izar; y debajo de nosotros, solo en una oquedad, sosteniendo a su poni por las riendas, estaba sentado Maximus, el emperador de Britania. Vestía como un cazador y se apoyaba sobre su pequeño bastón; yo reconocí inmediatamente la silueta de su espalda y se lo dije a Pertinax: «Estás más loco que Allo —exclamó—. Será efecto del sol.» Maximus no se movió hasta que nos presentamos ante él. Entonces me miró de arriba abajo y me preguntó: «¿De nuevo hambriento? Parece como si mi destino fuese darte de comer siempre que nos encontramos. Aquí traigo comida. Allo puede cocinarla.» «No —protestó Allo—. Un príncipe, en su propia tierra, no sirve a emperadores errantes. Yo alimentaré a estos dos hijos sin necesidad de pedirte permiso.» Y comenzó a soplar sobre las cenizas. «Me equivoqué —corrigió Pertinax—. Estamos todos locos. Habla, oh loco, llamado emperador.» Maximus estiró los labios y dibujó su terrible sonrisa; pero dos años de permanencia en la muralla hacen perder el miedo ante cualquier gesto. Así, pues, no me sentí atemorizado. «Me había propuesto, Parnesius, que vivieses y murieses en la muralla, como simple centurión —dijo Maximus—. Pero por lo que demuestras aquí —hurgó con la mano en el bolsillo del pecho—, piensas tan bien como dibujas.» Extrajo varios rollos de cartas que yo había escrito a mi familia, llenas de dibujos de pictos, de osos y de hombres que estaban conmigo en la muralla.

Mi madre y mi hermana siempre gustaron de mis dibujos. Me enseñó uno que yo había titulado *Los soldados de Maximus*, en el que se veía una serie de cueros llenos de vino que eran atendidos solícitamente por el médico del hospital de Hunno. Cada vez que Maximus retiraba tropas de Britania para que le ayudasen a conquistar la Galia, solía enviar a las guarniciones más vino, imagino que para mantenerlas tranquilas. En la muralla llamábamos a un pellejo de vino «un maximus». Sí, los había dibujados hasta en los cascos imperiales. «Hasta hace poco —siguió Maximus—, se enviaban al César los nombres de las personas que osaban hacer chistes menos graves que éste.» «Es cierto, César —convino Pertinax—, pero olvidas que aquello sucedía antes que yo, el amigo de tu amigo, se convirtiese en un buen tirador de lanza.» No llegó a apuntarle con su lanza de caza, pero la balanceó en su mano, así. «Hablaba de tiempos pasados —replicó Maximus, sin mover los párpados—. Hoy se conforma uno con encontrarse con jóvenes que piensan por su cuenta y por la de sus amigos —meneó la cabeza hacia Pertinax—. Tu padre me entregó tus cartas, Parnesius, de modo que no corres ningún riesgo.» «Ninguno en absoluto», confirmó Pertinax, frotando con la manga la punta de su lanza. «Me he visto forzado a reducir las guarniciones de Britania, porque necesito más tropas en la Galia. Ahora me propongo retirar efectivos de la propia muralla», dijo. «Espero que te diviertas con nosotros —aventuró Pertinax—. Somos la última hez del Imperio, los hombres que ya hemos perdido la esperanza. Personalmente, me fiaría más de criminales convictos.» «¿Tú crees? —preguntó Maximus, con seriedad—. Eso sólo será hasta que yo conquiste la Galia. Uno siempre tiene que arriesgar su vida, su alma, su paz o cualquier otra cosa sin importancia.» Allo se acercó desde el fuego con la chirriante carne de venado. Nos sirvió a nosotros primero. «¡Ah! —exclamó Maximus, en espera de su turno—. Me doy cuenta de que estáis en vuestra tierra. Bueno, os lo merecéis. Me han dicho que gozas de gran prestigio entre los pictos, Parnesius.» «Suelo cazar con ellos —repliqué—. Es posible que tenga algunos amigos en los brezales.» «Es el único hombre armado entre todos vosotros que nos entiende», afirmó Allo. Y comenzó un largo discurso acerca de nuestras virtudes y de cómo habíamos salvado a uno de sus nietos de ser devorado por un lobo, el año anterior.

—¿De verdad, lo hicisteis? —preguntó Una.

—Sí, pero eso ahora no viene a cuento. El hombrecillo verde hablaba como… un nuevo Cicerón[111]. Nos convirtió en dos seres maravillosos. Maximus no apartaba sus ojos de nuestros rostros. «Ya es suficiente —interrumpió, al fin—. Hemos oído hablar a Allo acerca de vosotros. Ahora

quiero que vosotros me habléis de los pictos.» Con la ayuda de Pertinax le contó todo lo que sabía acerca de ellos. Nunca hay maldad en un picto si uno se toma la molestia de averiguar lo que quiere. Su rencor hacia nosotros procedía del hecho de quemarles los brezales. Dos veces al año, la totalidad de la guarnición de la muralla abrasaba, con solemnidad y rigor, los campos de brezo que crecían hasta diez millas al norte. Rutilanus, nuestro general, llamaba a aquello limpieza del país. Los pictos, como es lógico, tenían tiempo de huir y todo lo que lográbamos era destruir los capullos en los que las abejas libaban en verano y arruinar los pastos de primavera de sus ovejas. «Cierto, cierto —confirmó Allo—. ¿Cómo vamos a destilar nuestro vino sagrado si quemáis las flores de nuestras abejas?» Hablamos largo rato. Maximus hacía observaciones que demostraban que conocía bien y que había pensado mucho acerca de los pictos. De pronto, me preguntó: «Si te doy el gobierno de la provincia de Valentía, ¿podemos tener a los pictos contentos hasta que yo gane la Galia? Vuélvete para no verle la cara a Allo y responde con toda sinceridad.» «No —contesté—. No se puede reorganizar esa provincia. Los pictos han permanecido libres demasiado tiempo.» «Se podría respetar sus concejos locales y permitirles el reclutamiento de sus propios soldados —dijo—. Estoy seguro de que sabrías mantener las riendas flojas.» «Incluso así, no —respondí—. Al menos por ahora. Los hemos castigado demasiado tiempo y no confiarán en nada que lleve la etiqueta de Roma, durante años y años.» Oí la voz de Allo, murmurando a mis espaldas: «¡Buen chico…!» «Entonces, ¿qué me recomiendas? —preguntó Maximus—. ¿Dejar las cosas como están en el norte hasta que conquiste la Galia?» «Deja a los pictos tranquilos —contesté—. Deja inmediatamente de quemar sus brezales, son gente que carece de recursos, y envíales uno o dos barcos con grano, de vez en cuando.» «Y que lo distribuyan ellos mismos, no algún contable griego que sea un estafador», añadió Pertinax. «Eso es. Y permíteles que vengan a nuestro hospital cuando estén enfermos», dije. «Estoy seguro de que antes preferirían morir», opinó Maximus. «Si Parnesius los llevase, no —terció Allo—. Podría mostrarte más de veinte pictos mordidos por lobos y desgarrados por osos, apenas a veinticinco millas de aquí. Pero Parnesius tendría que estar con ellos en el hospital; de otro modo, enloquecerían de miedo.» «Comprendo —convino Maximus—. Como tantas otras cosas, ésta está basada en el trabajo de un solo hombre. Y creo que tú eres ese hombre.» «Pertinax y yo somos uno», afirmé. «Como quieras, con tal que trabajes con eficacia. Ahora, Allo, sabes que no deseo ningún mal a tu pueblo. Déjanos hablar a solas», dijo Maximus. «No es necesario —contestó Allo—. Yo soy el

grano entre las dos ruedas del molino y debo saber qué papel desempeña la de abajo. Estos chicos han dicho la verdad, al menos hasta el punto en que ellos la conocen. Yo, como príncipe, quiero contar el resto. Estoy preocupado con los hombres que vienen del Norte.» Se sentó como una liebre entre los brezos y miró por encima de su hombro. «Yo también —afirmó Maximus—. De otro modo, no estaría aquí.» «Escucha —siguió Allo—. Hace tiempo, mucho tiempo, las cabezas aladas —se refería a los hombres del Norte—, llegaron a nuestras playas y dijeron: “Roma caerá, debéis empujarla”. Luchamos contra vosotros, enviasteis ejércitos, nos derrotasteis. Después de la derrota, contestamos a las cabezas aladas: “Nos mentisteis. Devolved la vida a los que Roma nos mató y creeremos en vuestra palabra”. Se fueron avergonzados. Ahora regresan con osadía y nos cuentan la vieja historia que nosotros ya empezamos a creer: “Roma caerá”.» «Dadme tres años de paz en la muralla —exclamó Maximus—, y os demostraremos a vosotros y demás canalla cómo os mintieron.» «Así lo espero —respondió Allo—. Quiero salvar el poco grano que aún queda entre las ruedas del molino. Vosotros nos hostilizáis cuando vamos a recoger un poco de hierro a la gran zanja; vosotros quemáis nuestros brezales, que es toda nuestra riqueza, y nos creáis problemas con vuestras grandes catapultas. Después os escondéis tras la muralla y nos consumís con falsas promesas. ¿Cómo puedo lograr que mi gente joven no preste atención a las cabezas aladas, en especial en invierno, cuando están hambrientos? Mis jóvenes dicen: “Roma ni sabe luchar ni sabe gobernar. Está retirando sus tropas de Britania. Las cabezas aladas nos ayudarán a derribar la muralla. Vamos a enseñarles los caminos secretos a través de las turberas”. ¿Deseo que todo eso ocurra? No —escupió como una víbora—. Yo guardaría los secretos de mi pueblo aunque me quemasen vivo. Estos dos hijos míos han dicho la verdad. Dejad a los pictos en paz. Confortadnos, cuidad de nosotros, alimentadnos desde una distancia prudencial y con las manos cogidas por la espalda. Parnesius nos comprende. Dale el mando de la muralla y mantendré en calma a mi gente joven —contó con los dedos—, durante un año con facilidad; el año siguiente ya no será tan sencillo; el tercero podría también lograrse. Mira, te doy tres años. Si una vez transcurridos, no nos habéis demostrado que Roma es poderosa en recursos humanos y terrible en la batalla, las cabezas aladas, te lo aseguro, barrerán la muralla de costa a costa, hasta encontrarse en mitad de ellas y tendréis que marcharos. Y no lo sentiré por vosotros, ciertamente, sino porque me consta que una tribu no ayuda a otra si no es a cambio de un precio. También los pictos desapareceremos. Las cabezas aladas nos reducirán a esto», dijo, lanzando al

aire un puñado de polvo. «¡Oh, diosa Roma! —se lamentó Maximus, a media vez—. Todo depende del trabajo de un hombre, siempre y en todo lugar.» «Y de la vida de un hombre —añadió Allo—. Tú eres el emperador, pero no un dios. En consecuencia, puedes morir.» «También he pensado en eso —contestó Maximus—. Bien, si se mantiene este viento, estaré en el extremo este de la muralla al amanecer. Mañana os veré a los dos durante la revista y te nombraré comandante de la muralla para que cumplas con la misión de la que hemos hablado.» «Un momento, César —interrumpió Pertinax—. Todo hombre tiene su precio y yo aún no he recibido el mío.» «¿No empiezas a negociar demasiado pronto? —se extrañó Maximus—. Tú dirás…» «Hazme justicia frente a mi tío Icenus, el duunviro de Divio, en la Galia», dijo. «¿Sólo me pides una vida? Creí que ibas a exigirme dinero o algún cargo. Por descontado, lo pondré a tu disposición. Escribe su nombre en esas tablillas… En la cara roja, la otra es para los vivos.» Maximus le ofreció sus tablillas. «Muerto no me serviría para nada —objetó Pertinax—. Mi madre es viuda. Yo estoy lejos y no sé si le ha pagado su dote.» «No importa. Mi brazo es lo suficientemente largo y a su debido tiempo examinaremos la contabilidad de tu tío. Y ahora, adiós y hasta mañana, oh comandantes de la muralla.» Le vimos alejarse por los brezales, dirigiéndose hacia la galera. Había pictos a docenas, a cada lado de él, escondidos detrás de las piedras. Pero no miró ni a un lado ni a otro. Zarpó con rumbo al sur, aprovechando con eficacia la brisa del atardecer y, cuando la galera desapareció en el horizonte, permanecimos en silencio. Comprendimos que la tierra producía pocos hombres como aquél. Allo trajo los caballos y nos ayudó a montarlos, un detalle que nunca había tenido anteriormente. «Esperad un instante», dijo Pertinax. Elevó un pequeño altar de turba cortada sobre el terreno, coronado por ramas florecidas de brezo, y colocó sobre ellas la carta de una muchacha que vivía en la Galia. «¿Qué estás haciendo, amigo mío?», pregunté. «Un sacrificio a mi juventud muerta», replicó. Y cuando las llamas consumieron la carta, pisoteó sus cenizas con los talones. Después, cabalgamos hacia la muralla de la que habíamos sido nombrados comandantes.

Parnesius se detuvo. Los niños continuaron sentados, sin atreverse a preguntar siquiera si la historia había concluido. Puck les hizo un gesto con la cabeza y señaló el camino que conducía fuera del bosque.

—Lo siento —murmuró—, pero tenéis que marcharos.

—No le habremos molestado por algo, ¿verdad? —preguntó Una—. Parece tan lejano y tan pensativo…

—Dios te bendiga, no. Esperad hasta mañana. No es mucho tiempo. Recordad que habéis estado recitando las *Canciones de la antigua Roma*.

Y tan pronto como se deslizaron a través de su hueco particular del vallado, junto al cual crecía el roble, el fresno y el espino, aquello fue lo único que recordaron.

UNA CANCIÓN PARA MITRA[112]

¡Mitra, dios del Día, nuestras trompetas despiertan la muralla!
¡Roma domina las naciones, pero tú reinas sobre tierra y aguas!
Ahora que, pasada lista, los centinelas marchan a sus puestos,
Mitra, también soldado, en este día daños aún más esfuerzo…

¡Mitra, dios de las Mareas, el brazo se alza en infernal bochorno,
y los cascos la frente nos abrasan, los pies nos duelen como hirviente plomo!
¡Ahora, en el incierto instante en el que el párpado se rinde al sueño,
Mitra, también soldado, manténnos leales a nuestro juramento!

¡Mitra, dios del Ocaso, del sol yacente sobre el tibio mar,
tú que inmortal te acuestas para alzarte en luz de eternidad,
ahora, al concluir la guardia, al beber y disfrutar del vino,
Mitra, también soldado, manténnos siempre de la culpa limpios!

¡Mitra, dios de la Noche, en este mundo en el que hasta el toro muere[113]*,*
mira a tus hijos en lo oscuro y di si nuestro sacrificio te conmueve!
¡Muchos caminos nos has abierto y todos a la luz llevan,
Mitra, también soldado, enséñanos a morir con entereza…!

Capítulo VII

Los de los cascos alados

Los de los cascos alados

La tarde del día siguiente fue lo que ellos solían tildar de caótica. El padre y la madre salieron a hacer visitas; la señorita Blake fue a dar un paseo en bicicleta y los niños se quedaron solos hasta las ocho.

Después de despedirse cortésmente de sus queridos padres y de la institutriz en la puerta exterior de la casa, el jardinero les dio una hoja de col llena de frambuesas y Ellen una merienda improvisada. Se comieron todas las frambuesas para evitar que se aplastaran y decidieron repartir la hoja de col entre las tres vacas que pastaban junto al teatro. Pero se encontraron con un erizo muerto al cual creyeron que debían enterrar, y la hoja de col les resultó demasiado útil para ser malgastada en otras cosas.

Más tarde se acercaron a la herrería y encontraron en casa al viejo Hobden, el podador de setos, en compañía de su hijo, el chico de las colmenas, que nunca había estado muy bien de la cabeza, pero que era capaz de mantener en sus manos desnudas enjambres de abejas; el chico de las colmenas les recitó unos versos acerca de la anfisbena:

Si tuviera ojos para ver,
a ningún mortal crearía problemas…[114]

Merendaron todos juntos a las colmenas y Hobden aseguró que el pedazo de bizcocho que Ellen les había preparado era casi tan bueno como los que su mujer solía hacer, y luego les enseñó a qué altura se debe colocar un alambre para cazar liebres; la técnica para cazar conejos ya la sabían.

Después subieron por la gran charca a la parte inferior del bosque lejano. Aquel lugar era más oscuro y más triste que las alturas en que se hallaba Volaterrae, a causa de un marjal que producía un musgo piloso y llorón que se aferraba a los troncos de los sauces y de los alisos. Sin embargo, los pájaros iban allí a posarse en las ramas muertas, y Hobden decía que las aguas amargas de las saucedas eran una especie de medicina para los animales enfermos.

Se sentaron en el tronco de un roble cortado, a la sombra que proyectaban las hayas sobre la maleza y, cuando se disponían a desenrollar los alambres que Hobden les había entregado, vieron a Parnesius.

—Qué silenciosamente has venido —dijo Una—. ¿Dónde está Puck?

—El fauno y yo hemos discutido si sería conveniente que os cuente toda mi historia o no —replicó.

—Yo sólo he dicho que si la cuenta tal y como sucedió, vosotros no la entenderíais —explicó Puck, saltando como una rana desde detrás del tronco.

—Yo no acabo de entenderla —contestó Una—. Pero me gusta oír cosas de los pequeños pictos.

—Lo único que yo no entiendo —opinó Dan—, es cómo Maximus se enteraba de todo lo que ocurría con los pictos, mientras estaba en la Galia.

—Aquel que se hace a sí mismo emperador debe conocer todo lo que ocurre en cualquier lugar que se encuentre —contestó Parnesius—. El propio Maximus nos lo dijo después de los juegos.

—¿Qué juegos? —inquirió Dan.

Parnesius estiró el brazo con rigidez y apuntó hacia el suelo con el pulgar.

—Gladiadores —dijo—, y cosas similares. Tuvimos dos días de juegos en su honor cuando desembarcó inesperadamente en Segedunum, en el extremo oriental de la muralla. Sí, el día que siguió a nuestro encuentro, comenzaron los dos días de juegos y creo que el que corrió más peligro no fue ninguno de los infelices que se batían en la arena, sino el propio Maximus. En tiempos pasados, las legiones guardaban silencio ante un emperador. Y eso fue, precisamente, lo que no logramos. Se oyó un rumor de protesta, casi sólido, avanzando hacia el oeste de la muralla, en los momentos en que era llevado en su silla, oscilante entre la multitud. La guarnición se apiñaba a su alrededor: gritaban, gastaban bromas, exigían la paga, solicitaban cambios de alojamiento o cualquier otra cosa que les viniese a sus exaltadas cabezas. La silla parecía una diminuta nave entre las olas, elevándose y hundiéndose, reapareciendo siempre, cuando uno ya había cerrado los ojos y pensaba lo peor —dijo Parnesius tembloroso aún por el recuerdo.

—¿Estaban enfadados con él? —preguntó Dan.

—Igual que lobos rabiosos metidos en una jaula cuando ven entrar al domador en su recinto. Si por un instante hubiese vuelto la espalda, si por un momento hubiese distraído su mirada, a aquellas horas hubiésemos tenido a otro emperador muerto en la muralla[115]. ¿No opinas lo mismo, fauno?

—Así habría sido, y siempre será así —sentenció Puck.

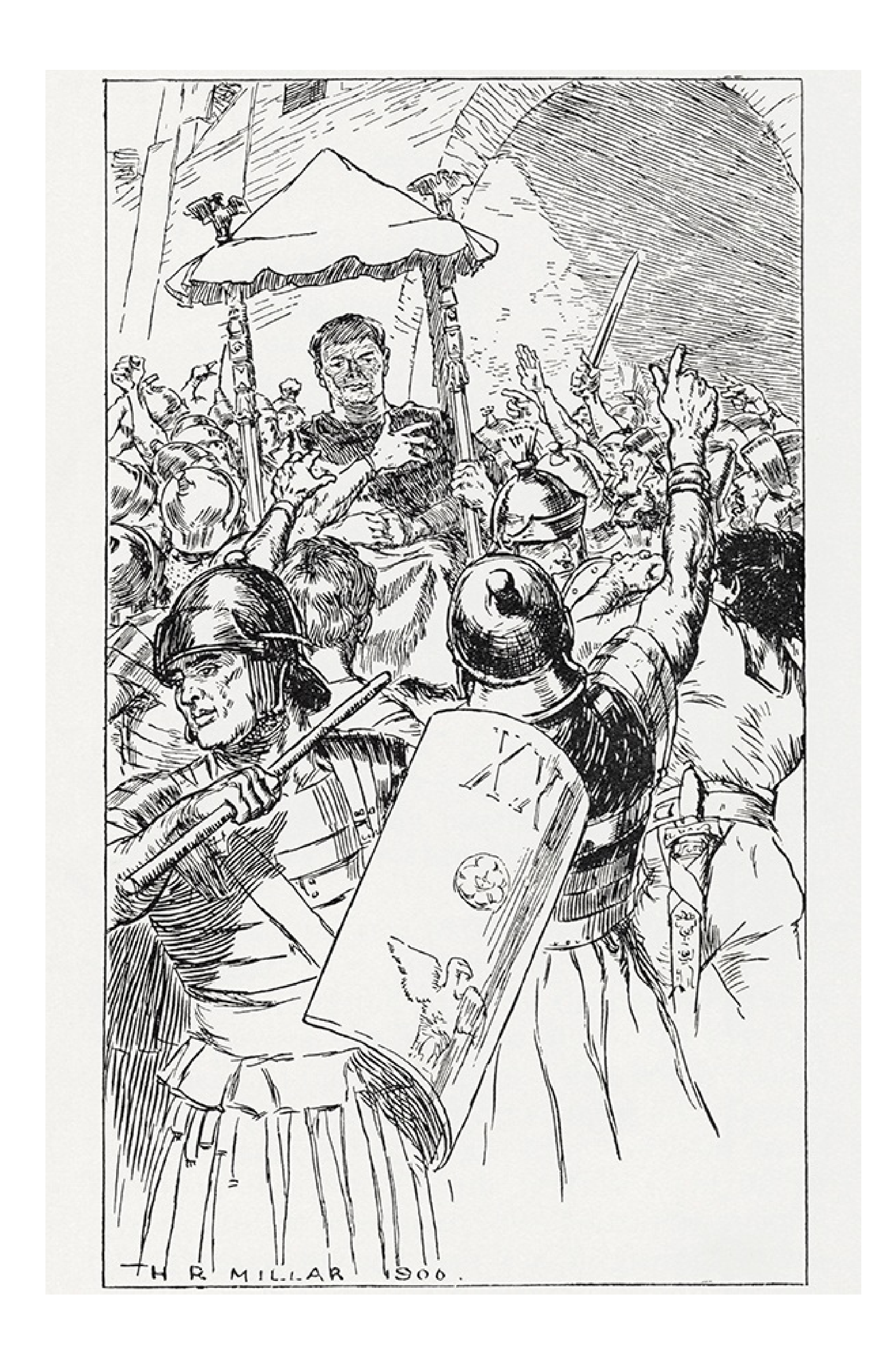
—A última hora de la tarde, su mensajero vino a buscarnos y le seguimos hasta el templo de la Victoria[116], donde él se alojaba en compañía de Rutilanus, el general de la muralla. Apenas había visto antes al general, pero siempre me había concedido permiso cuando deseaba penetrar en los brezales. Era un gran glotón, tenía a su servicio a cinco cocineros asiáticos y procedía

de una familia que creía en los oráculos[117]. Al entrar, olimos el aroma de su exquisita comida, aunque las mesas estaban ya vacías. Él yacía refunfuñando sobre un catre. Maximus se sentaba al otro extremo de la habitación entre largos rollos de contabilidad. Las puertas se cerraron tras nosotros: «Éstos son tus hombres», dijo Maximus al general, quien abrió los ojos con ayuda de sus dedos gotosos sobre los párpados y nos miró con la expresión de un pez. «No es la primera vez que los veo, César», contestó Rutilanus. «Muy bien —siguió Maximus—. Ahora escucha. No moverás ni un hombre ni un escudo en la muralla mientras no te lo digan estos muchachos. No harás absolutamente nada sin su permiso, excepto comer. Ellos son la cabeza y los brazos. Tú, el estómago.» «Como el César ordene —aceptó Rutilanus—. Con tal que mi paga y mis beneficios se mantengan como están, puedes hacer mi jefe al oráculo de mis antepasados. ¡Roma se ha acabado! ¡Roma está hundida!» Y dio media vuelta para intentar dormir. «Tienen lo que necesito —dijo Maximus—. Vamos a examinar sus estadillos.» Desenrolló varios documentos en los que constaba el número de hombres, cantidad de suministros que había en la muralla y el número de enfermos ingresados en el hospital de Hunno en aquella misma fecha. ¡Oh, cómo me lamenté y gruñí al ver que su pluma iba tachando destacamento tras destacamento de nuestras mejores unidades e incluso de aquellos que apenas servían para nada! Se proponía llevarse las guarniciones escitas de dos torres, dos más de nuestros auxiliares britanos, dos cohortes númidas, todas las tropas de Dacia y la mitad de los belgas. Era como un águila picoteando una carroña. «Ahora veamos cuántas catapultas tenéis», añadió, tomando una nueva lista, sobre la que Pertinax, de pronto, colocó su mano derecha. «No, César —dijo—. No se puede tentar en tal medida a los dioses. Llévate hombres o máquinas, pero no ambas cosas; si lo haces, renunciaremos a nuestro cargo.»

—¿Máquinas? —preguntó Una.

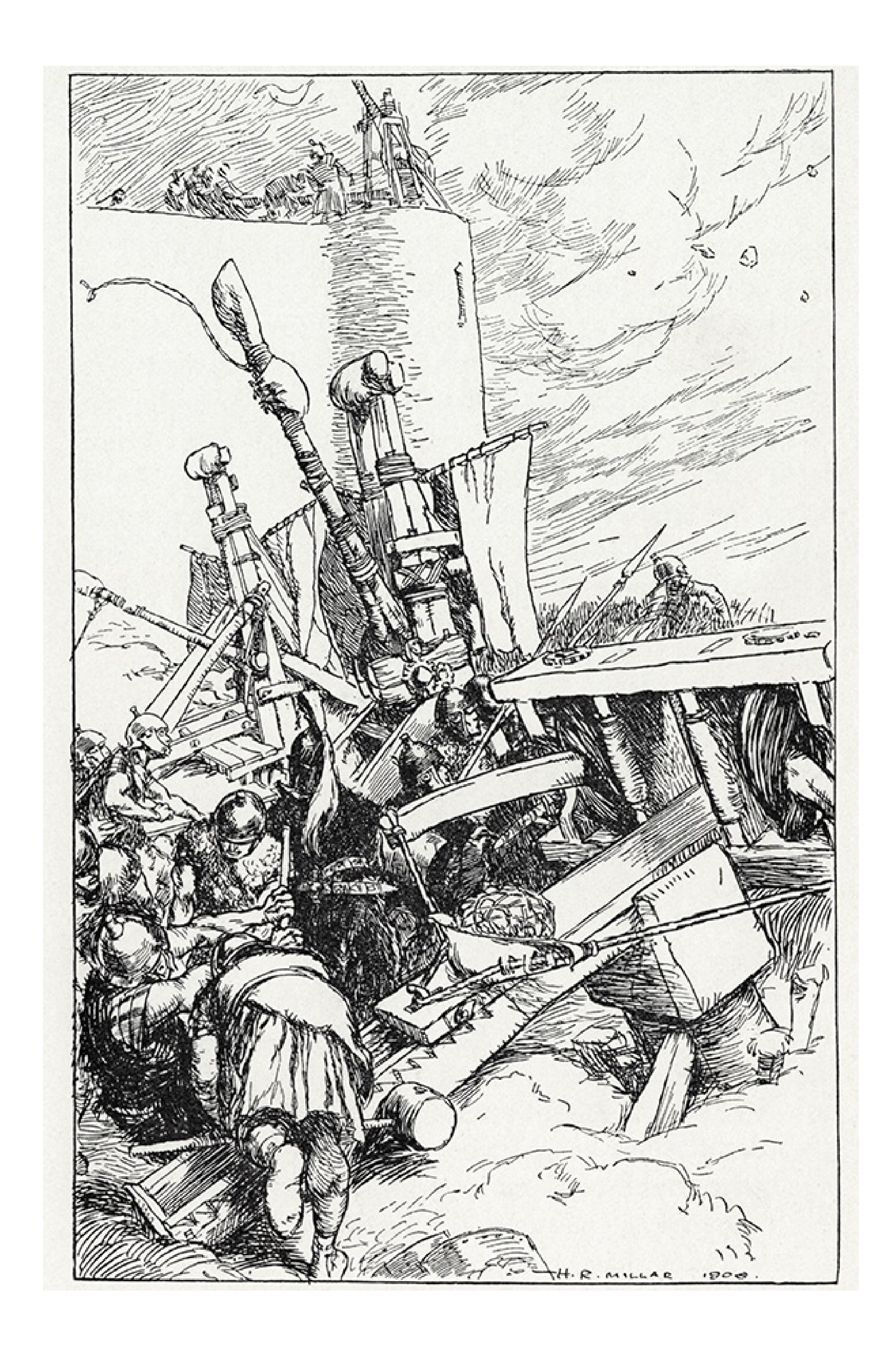
—Las catapultas de la muralla, artefactos pesados de más de doce metros de altura que lanzaban sacos con piedras o proyectiles de hierro forjado. Nadie podía ofrecer resistencia ante ellas. Por fin, accedió a dejarnos las catapultas, pero se llevó sin piedad la mitad de nuestros hombres. Cuando enrolló de nuevo las listas, éramos una cáscara vacía. «¡Ave, César, los que van a morir te saludan! —dijo Pertinax, riendo—. Si algún enemigo se apoya en la muralla con el hombro, la demolerá.» «Dadme los tres años de los que me habló Allo —contestó—, y tendréis aquí veinte mil hombres elegidos por vosotros mismos. Pero ahora hay que arriesgar un juego, un juego contra los dioses y la apuesta es Britania, Galia y quizás, Roma. ¿Queréis jugar

conmigo?» «Jugaremos, César», dije, porque jamás había visto un hombre como aquél. «Bien, mañana —dijo—, os proclamaré ante la tropa comandantes en jefe de la muralla.» Salimos, y al resplandor de la luna vimos que estaban limpiando el terreno en el que se habían celebrado los juegos. Distinguimos a la diosa Roma en lo alto de la muralla, la escarcha sobre su casco y su lanza dirigida hacia la estrella Polar. Contemplamos el llamear de los fuegos nocturnos a lo largo de las torres de guardia y el perfil oscuro de las catapultas que iban disminuyendo de tamaño en la distancia. Conocíamos todas aquellas cosas hasta la saciedad, pero aquella noche nos parecieron extrañas porque sabíamos que al día siguiente ya no nos pertenecerían. Los hombres tomaron bien la noticia; no obstante, después de marchar Maximus con la mitad de nuestras fuerzas, tuvimos que repartir la guarnición entre las torres que quedaron vacías y la gente de la ciudad se quejó de que el comercio se arruinaría.


XV
TH R MILLAR 1900.

Comenzaron, por otra parte, los temporales de otoño y fueron aquellos unos días negros para los dos. En este aspecto, Pertinax supuso para mí algo más que la mano derecha. Nacido y educado en las grandes villas rurales de la Galia, sabía dirigir a todo el mundo las palabras más adecuadas, desde los centuriones nativos de Roma, a aquellos perros de la Tercera, los libios. Hablaba a todos como si su interlocutor fuese tan inteligente como él. Y entonces me di cuenta de lo que era preciso hacer con tal meridiana claridad, que llegué hasta a olvidar que las cosas sólo pueden realizarse por medio de hombres. Ése fue mi error. No temía nada por parte de los pictos, al menos durante lo que restaba de año; sin embargo, Allo me previno de que las cabezas aladas llegarían pronto por mar a ambos extremos de la muralla para poner de manifiesto a los pictos su propia debilidad. Me preparé con rapidez, pero sin precipitarme. Desplacé a nuestros mejores hombres a los dos límites de la muralla y emplacé catapultas disimuladas en las playas. Las cabezas aladas tenían que llegar antes de que comenzasen las tormentas de nieve, en expediciones de diez o doce naves, a Segedunum o a Ituna, según soplase el viento. Cuando una nave llega a tierra, su tripulación tiene que recoger el trapo y, si se espera a que sus hombres se reúnan al pie de la vela, es posible lanzarles una buena red de piedras sueltas (un proyectil de hierro se limitaría a agujerear la lona), para que se alojen en el gran pliegue que forma la misma. La nave vuelca y el mar lo engulle todo. Algunos hombres pueden tocar tierra, muy pocos… No era un trabajo difícil, si bien la espera en las playas, entre tormentas de arena y nieve, era dura. Y fue así como tratamos aquel invierno a las cabezas aladas. Al inicio de la primavera, cuando el viento del este sopla como un cuchillo de despellejar reses, aparecieron de nuevo con varias naves en aguas de Segedunum. Allo me advirtió de que no descansarían hasta ocupar una de nuestras torres en lucha abierta. Y lo cierto es que pelearon abiertamente; la batalla duró un largo día y, al concluir todo, un hombre saltó de su nave destrozada y nadó hacia la orilla. Le esperé y una ola lo arrastró hasta mis pies. Al inclinarme sobre él, vi que llevaba esta misma medalla que yo llevo —Parnesius levantó su mano hasta el cuello—. Por lo tanto, en cuanto pudo hablar, le dirigí cierta pregunta que sólo puede ser contestada de un modo concreto. Me respondió con la palabra correcta, la palabra que pertenece al grado de los grifones, según la ciencia oculta de Mitra, mi dios. Le protegí con mi escudo hasta que pudo mantenerse en pie. Podéis ver que no soy bajo; él me sobrepasaba en una cabeza. Dijo: «Y ahora, ¿qué?» «Hermano, eres libre de quedarte o de irte», respondí. Miró por encima de las olas rompientes en la playa. Fuera del alcance de las catapultas,

quedaba una nave que no había sufrido daño alguno. Detuve la acción de las catapultas y él hizo señales a la nave con el brazo para que se aproximara. Vino a toda prisa, como corre un perro al ver a su dueño. Cuando estaba a unos trescientos metros de la playa, se apartó los cabellos que le cubrían el rostro y nadó hacia ella. Los de la nave le subieron a bordo y desapareció. Sabía que los que adoran a Mitra son muchos y de distintas razas y, en consecuencia, no di demasiada importancia al hecho. Un mes más tarde vi a Allo con su caballo, junto al templo de Pan[118], oh fauno, y me entregó un gran collar de oro con incrustaciones de coral. Al principio pensé que se trataba de un intento de soborno por parte de algún comerciante de la ciudad, dirigido al viejo Rutilanus. «No —dijo Allo—. Es un regalo de aquel cabeza alada que salvaste en la playa. Dice que eres un hombre.» «Él también se comportó como un hombre. Dile que llevaré su regalo con orgullo», contesté. «Oh, Amal es un joven loco; sin embargo, las cabezas aladas son sensatos y tu emperador está realizando tales hazañas en la Galia que anhelan convertirse en sus amigos o, mejor aún, en amigos de sus servidores. Creen que tú y Pertinax les podéis llevar a la victoria.» Allo me miró como un cuervo tuerto. «Allo, tú eres el grano entre las dos ruedas del molino. Conténtate con que muelan con uniformidad y no metas las manos entre ellas.» «¿Yo? —exclamó Allo—. Odio a Roma con la misma intensidad que a las cabezas aladas;


H. R. MILLAR 1908.

pero si las cabezas aladas piensan que algún día tú y Pertinax podéis aliaros con ellos contra Maximus, te dejarán en paz mientras consideras el asunto. Y lo que tú, yo y Maximus necesitamos es tiempo. Deja que lleve a las cabezas aladas un mensaje esperanzador, algo que les obligue a convocar un conciliábulo. Nosotros, los bárbaros, somos todos iguales. Nos pasamos sentados más de la mitad de la noche para discutir lo que ha dicho un romano. Eh, ¿qué dices?» «No tenemos hombres y hay que ganar batallas con palabras —dijo Pertinax—. Déjalo en mis manos y en las de Allo.» Así que Allo contestó a las cabezas aladas que no les atacaríamos si ellos no nos atacaban (creo que estaban hartos de perder hombres en el mar), y acordamos una especie de tregua. Allo (que como buen tratante de caballos gustaba de la mentira), les contó que era posible que algún día también nosotros nos alzásemos contra Maximus, del mismo modo que Maximus se había rebelado contra Roma. Lo cierto es que permitieron el paso hacia el norte, y sin el menor daño, a los barcos cargados de grano que envié a los pictos durante aquella estación. Los pictos estuvieron, pues, bien alimentados todo el invierno y como, en cierto modo, los consideraba como hijos míos, me alegré de ello. Solamente disponíamos de dos mil hombres para defender la muralla y escribí varias veces a Maximus, rogándole, suplicándole, que al menos me enviase mi antigua cohorte de tropas del norte britano. Pero no: Maximus no podía prescindir de ella. Necesitaba a aquellos hombres para obtener más triunfos en la Galia. Más tarde, llegó la noticia de que había derrotado y asesinado al emperador Graciano y, pensando que ahora se encontraría más seguro y confortado, volví a escribirle, pidiéndole hombres. Me contestó lo siguiente: *Ya te llegará la noticia de que al fin he ajustado cuentas con el cachorro Graciano. No había necesidad de que hubiese muerto, pero se aturdió y perdió la cabeza, cosa poco recomendable en un emperador. Comunica a tu padre que conduzco mis dos mulas con gran satisfacción y que por el momento, me conformo con ellas; porque a menos que el hijo de mi viejo general considere que su destino es destruirme, seré pronto emperador de Britania y de Galia; y entonces, vosotros, hijos míos, tendréis todos los hombres que os sean necesarios. Por ahora no puedo prescindir de ninguno*.

—¿Qué quería decir con eso del hijo de su general? —preguntó Dan.

—Se refería a Teodosio**[119]**, emperador de Roma, que era hijo de Teodosio, el general a cuyas órdenes había luchado Maximus en la guerra contra los pictos. Nunca hubo simpatía entre ambos, y cuando Graciano nombró al joven Teodosio emperador de Oriente**[120]** (al menos eso fue lo que

oí decir), Maximus decidió extender su malquerencia a la segunda generación. Fue su destino y también su fracaso. Teodosio, el emperador, fue un gran hombre, al menos ésta es mi opinión.

Parnesius permaneció en silencio unos instantes y siguió:

—Escribí a Maximus que a pesar de que teníamos paz en la muralla, me sentiría más tranquilo si dispusiese de unos pocos hombres más y de algunas catapultas nuevas. Me contestó: *Tienes que vivir algún tiempo más a la sombra de mis victorias, hasta que pueda ver qué intenta el joven Teodosio. Puede darme la bienvenida como a un emperador hermano o puede estar preparando un ejército. En cualquier caso, me es imposible ahora prescindir de mis hombres*.

—Pero siempre decía lo mismo —protestó Una.

—Es cierto, no inventaba excusas; pero como él decía, gracias a las noticias de sus victorias, no tuvimos problemas en la muralla durante mucho, mucho tiempo. Los pictos engordaban en sus brezales, al igual que sus ovejas; y todos los hombres que me quedaban estaban bien instruidos en el manejo de las armas. Sí, la muralla parecía inexpugnable, aunque yo conocía bien su debilidad. Sabía incluso que, si se esparciese el rumor de alguna derrota de Maximus, las cabezas aladas podían atacarnos en serio, y en tal caso, la muralla caería en sus manos. Los pictos, por el contrario, no me preocupaban. En aquellos años aprendí algo acerca del poderío de las cabezas aladas. Incrementaban su fuerza día a día, mientras yo me veía incapaz de aumentar el número de mis hombres. Maximus había dejado vacía a nuestra espalda toda la Britania y me había abandonado a mí solo, con un palo podrido en la mano para impedir la salida de unos toros por un vallado roto… Así que, amigos míos, vivíamos en la muralla a la espera (a la espera, a la espera…) de los hombres que Maximus nunca nos envió. Poco después, nos llegó una carta en la que anunciaba que estaba preparando un ejército para luchar contra Teodosio. Escribió (Pertinax la leyó por encima de mi hombro, en nuestro alojamiento): *Di a tu padre que el destino me obliga a conducir las tres mulas o a ser despedazado por ellas. Espero acabar en el plazo de un año con Teodosio, de una vez por todas. Después tú tendrás que gobernar Britania, y Pertinax, si así lo desea, la Galia. Quisiera ardientemente teneros hoy a mi lado para que pusieseis en forma a mis auxiliares. Os pido que no hagáis caso alguno a los rumores que corren acerca de mi enfermedad. Un pequeño malestar se ha apoderado de mi viejo cuerpo, al que pienso curar con rapidez, galopando hacia Roma*. Pertinax dijo: «Maximus es un hombre acabado. Escribe como si careciese de esperanza. Un hombre como yo, que

tampoco la tiene, puede constatarlo plenamente. ¿Qué añade al final del rollo?» *Di a Pertinax que me he entrevistado con su tío, el duunviro de Divio, y me ha rendido cuentas con escrupulosa exactitud del dinero de su madre. A ella la he enviado con la correspondiente escolta, puesto que es la madre de un héroe, a Nicaea, donde el clima es benigno*. «Esto lo prueba —dijo Pertinax—. Nicaea, por mar, no está lejos de Roma. En caso de guerra, desde allí una mujer puede tomar una nave y trasladarse a la ciudad. Sí, Maximus presiente su muerte y trata de cumplir, una por una, sus promesas. Me alegro de que mi tío se entrevistara con él.» «Hoy lo ves todo negro, ¿no?», pregunté. «Creo que veo la verdad. Los dioses se han cansado del juego que hemos practicado con ellos. Teodosio destrozará a Maximus. Está acabado.» «¿Por qué no le escribes eso?», propuse. «Ahora verás lo que voy a escribirle», respondió, y tomó papel y pluma para escribir una carta diáfana y alegre como la luz del día, tierna como la de una mujer y plagada de bromas. Incluso yo, que la leía por encima de su hombro, me sentí confortado, hasta que vi…, su rostro. «Y ahora, hermano —dijo, cerrándola—, somos dos hombres muertos. Vamos al templo.» Rezamos durante un rato a Mitra, en el mismo lugar donde habíamos orado tantas veces. Después vivimos días y más días entre rumores de calamidades, y de nuevo llegó el invierno. Sucedió una mañana que cabalgamos a la orilla este. Encontramos en la playa a un hombre rubio, medio helado, atado a algunos maderos partidos. Le pusimos boca arriba y comprobamos por la hebilla de su cinto que se trataba de un godo de la legión del este. De pronto, aquel hombre abrió los ojos y gritó con fuerza: «Ha muerto. Yo traía las cartas, pero los cabezas aladas hundieron la nave», y tras pronunciar estas palabras, murió en mis brazos. No indagamos acerca de quién había muerto. Lo sabíamos. Galopamos, adelantándonos al temporal de nieve, hacia Hunno, pensando que quizás Allo podía encontrarse allí. Lo hallamos en nuestros establos, y al ver nuestras caras adivinó lo que íbamos a decirle. «Fue en una tienda de campaña, junto al mar —tartamudeó Allo—. Teodosio le cortó la cabeza. Mientras esperaba ser ejecutado, os escribió una carta y os la envió, pero los cabezas aladas abordaron la nave y se apoderaron de ella. La noticia corre ya por los brezales como el fuego. No me culpéis. Ya no puedo mantener sujetos a mis hombres jóvenes.» «Me gustaría poder decir lo mismo de los nuestros —comentó Pertinax, riendo—. ¡Demos gracias a los dioses de que no pueden huir!» «¿Qué os proponéis hacer? —preguntó Allo —. Aquí tengo una orden…, un mensaje de los cabezas aladas para que os unáis a ellos con vuestros hombres para marchar hacia el sur y saquear Britania.» «Lo lamento mucho —replicó Pertinax—. Pero estamos destinados

aquí, precisamente, para evitar eso.» «Si les llevo esa respuesta, me matarán —alegó Allo—. Yo prometí a los cabezas aladas que os rebelaríais cuando Maximus cayese. Nunca creí que…, llegase a caer.» «Pues ya lo ves, pobre bárbaro —contestó Pertinax riendo—. Y lo cierto es que nos has vendido demasiados ponis de raza para que te devolvamos a tus amigos. Te haremos prisionero, aunque en realidad seas un embajador.» «Sí, supongo que será lo mejor», convino Allo, sosteniendo una cabezada de caballo. Le atamos sin apretarle las cuerdas, porque era un viejo. «Ahora los cabezas aladas vendrán a buscarte, y eso nos proporcionará un poco más de tiempo. Fijaos hasta qué punto condiciona a un hombre la táctica de ganar tiempo», comentó Pertinax, mientras le ataba con las sogas. «No —discrepé—. El tiempo juega a nuestro favor. Si Maximus nos escribió una carta cuando estaba prisionero, Teodosio debió enviar la nave para que nos la trajera. Y si puede enviar barcos, también puede enviar hombres.» «¿Y qué obtendríamos con ello? —inquirió Pertinax —. Servimos a Maximus, no a Teodosio. Aun suponiendo que, por un milagro de los dioses, Teodosio nos enviase ayuda desde el sur y se salvase la muralla, no podemos esperar nada mejor que la misma muerte que tuvo Maximus.» «Nuestro deber es defender la muralla —afirmé—, sin que importe qué emperador haya muerto o qué emperador haya matado.» «Eso es propio de tu hermano, el filósofo —dijo Pertinax—. Por lo que a mí respecta, carezco de toda esperanza y me abstengo de decir frases solemnes y estúpidas. Pon a la muralla en pie de guerra.» Pusimos en armas a la muralla de un extremo a otro; explicamos a los oficiales que corría el rumor de que Maximus había muerto, lo que podría provocar un ataque de los cabezas aladas y añadimos que, aun cuando la noticia fuese cierta, estábamos seguros de que Teodosio nos mandaría ayuda para salvar a Britania. Por lo tanto, teníamos que resistir a toda costa. Amigos míos…, es inauditamente raro cómo los hombres reciben las malas noticias… Con frecuencia, los más fuertes se convierten en los más débiles y los más débiles parecen elevar el ánimo y apoderarse de la fortaleza de los mismos dioses. Así sucedió con nuestros hombres. No obstante, las bromas de Pertinax, su deferencia y su trabajo, habían instilado durante los últimos años valor y destreza en nuestros pobres soldados, en medida muy superior a lo que yo hubiese creído posible. Incluso la cohorte libia (la Tercera), formó con sus corazas acolchadas sin que se oyese un lloriqueo. A los tres días, vinieron a parlamentar siete jefes y ancianos de los cabezas aladas. Entre ellos acudió aquel hombre joven y alto, Amal, a quien había encontrado en la playa, y me sonrió al ver el collar. Fueron bien recibidos, como exigía su condición de embajadores. Les

mostramos a Allo, vivo, pero bien atado. Creían que lo habíamos matado y me di cuenta de que no les habría importado mucho de haberlo hecho así. Allo también lo percibió y se sintió vejado. Después, en nuestro cuartel de Hunno, celebramos una asamblea. Nos dijeron que Roma estaba acabada y que debíamos unirnos a ellos. A mí me ofrecieron todo el sur de Britania para que lo gobernase, después de haberles pagado el correspondiente tributo. Repliqué: «Un poco de paciencia… Esta muralla no es susceptible de valoración tributaria. Dadme pruebas de que mi general ha muerto.» «No —dijo uno de los ancianos—. Pruébanos tú que vive.» Y otro añadió con astucia: «¿Qué estás dispuesto a darnos si te leemos sus últimas palabras?» «No somos comerciantes ni estamos en un mercado —gritó Amal—. Además, yo debo mi vida a este hombre. Tiene derecho a la prueba que solicita.» Y me lanzó una carta (cuyo sello conocía demasiado bien) de Maximus. «La cogimos del barco que hundimos —añadió—. No sé leer, pero sí soy capaz de reconocer una señal que me haga creer en lo que digo». Y me mostró una mancha oscura en el exterior del rollo en la que mi corazón, apesadumbrado, reconoció la sangre valiente de Maximus. «Lee —exigió Amal—. Lee y después haznos saber de quién sois servidores.» Pertinax observó la carta con atención y dijo con voz suave: «La leeré de arriba abajo. Escuchad, bárbaros», y leyó aquello que desde aquel momento he llevado siempre muy cerca del corazón. Parnesius extrajo de su pecho un pergamino, sucio y arrugado, y comenzó a leer, con voz queda: *A Parnesius y a Pertinax, los meritísimos comandantes en jefe de la muralla, de Maximus, emperador que fue de la Galia y de Britania, hoy prisionero a la espera de la muerte en el campamento de Teodosio, junto al mar. ¡Saludos y adiós…!* «Es suficiente —interrumpió Amal—. Ahí tenéis nuestra prueba. ¡Aliaos con nosotros!» Pertinax le miró en silencio largo rato, hasta que aquel hombre rubio enrojeció como una doncella. Después, Pertinax siguió leyendo: *En mi vida he hecho con complacencia mucho daño a todos aquellos que me han deseado mal, pero si alguna vez os he perjudicado a alguno de vosotros dos, me arrepiento de ello y os pido perdón… Las tres mulas que he intentado conducir me han destrozado, como tu padre profetizó. Las espadas desnudas me esperan en la puerta de la tienda para darme la muerte que yo di a Graciano. Por lo tanto, yo, vuestro general y emperador, os concedo la libertad y la honorable dimisión en vuestros cargos a mi servicio que aceptasteis, no por dinero ni por obligación, sino (y esto me consuela al pensarlo) por amor hacia mí…* «¡Por la luz del sol! —interrumpió Amal—. Era un hombre de categoría. Es posible que también nos hayamos equivocado

con sus subordinados.» Pertinax siguió leyendo: *Vosotros me disteis el tiempo que os pedí. Si he fracasado en emplearlo, no lo lamento. Hemos jugado una espléndida partida contra los dioses, sin recordar que ellos tienen los dados trucados, y debo pagar mi apuesta. Yo muero y Roma continúa, y siempre existirá. Que sepa Pertinax que su madre está a salvo en Nicaea y su fortuna queda a cargo del prefecto de Antípolis. Saluda de mi parte a tu padre y a tu madre, Parnesius, cuya amistad fue tan valiosa para mí. Dad también mi afecto a mis pictos y a los cabezas aladas y decidles de mi parte todo aquello que creáis que pueda entrar en sus duras cabezas. Hoy mismo os habría enviado tres legiones si todo hubiese salido bien. No me olvidéis, hemos trabajado juntos. ¡Adiós, adiós, adiós…!* Aquélla fue la última carta que escribió mi emperador. —Los niños distinguieron el sonido del pergamino cuando Parnesius volvió a colocarlo en su sitio—. «Estaba equivocado —dijo Amal—. Los subordinados de semejante hombre jamás cederán nada, si no es a golpe de espada. Y eso me alegra.» Me ofreció su mano. «Pero Maximus les ha relevado de sus obligaciones —dijo uno de los ancianos—. Sois perfectamente libres de servir o de gobernar a quien queráis. Uníos a nosotros. No os digo seguidnos, sino uníos.» «Te damos las gracias —replicó Pertinax—. Pero Maximus nos ha pedido que os dirigiéramos todas aquellas palabras (perdonadme que vuelva a usar las que él ha utilizado) que puedan ser comprendidas por vuestras duras cabezas.» Señaló, más allá de la puerta abierta, a una de las catapultas dispuesta a disparar. «Te comprendemos —siguió el anciano—. La muralla tiene que comprarse a un determinado precio.» «Lo lamento —replicó Pertinax, sonriendo—: la muralla debe ser ganada.» Y les ofreció a todos una copa de nuestro mejor vino del sur. Bebieron, se limpiaron las barbas amarillas en silencio y se levantaron para marcharse. Amal, estirándose, con los brazos en alto (por algo eran bárbaros), dijo: «Formamos un hermoso grupo. Me pregunto qué harán los cuervos y las lijas con algunos de los que estamos aquí, antes de que esta nieve se derrita.» «Yo prefiero pensar en lo que Teodosio puede enviarnos», contesté. Y aunque ellos rieron, me di cuenta de que mi casual observación les preocupó. Sólo el viejo Allo permaneció un rato más entre nosotros. «¿Os dais cuenta? —dijo, parpadeando y guiñando los ojos—. No soy más que su perro. Tan pronto como les haya enseñado los atajos secretos que atraviesan las turberas, me darán un patada como a un perro cualquiera.» «En tal caso, no debieras darte prisa en enseñarles esos caminos —dijo Pertinax—, al menos hasta que tengas la seguridad de que Roma no puede salvar la muralla.» «¿Tú crees? Estoy atemorizado —dijo el viejo—. Yo sólo quiero la paz para mi pueblo.»

Y salió tropezando en la nieve, detrás de los gigantescos cabezas aladas. De este modo, poco a poco, un rato cada día, que es un mal sistema para tropas sin confianza en el triunfo, se inició la guerra. Al principio, los cabezas aladas atacaron desde el mar, como antes habían hecho y donde antes nos habían encontrado con nuestras catapultas; pero pronto se cansaron. Después, y durante mucho tiempo, parecieron dudar de sus patas de ganso en tierra firme y, en mi opinión, al llegar el momento de descubrir los secretos de la tribu, los pictos se mostraron temerosos o avergonzados de mostrarles los caminos ocultos entre la turba. Me enteré de ello por medio de un prisionero picto. Los pictos eran a la vez nuestros espías y nuestros enemigos, porque los cabezas aladas los oprimían y se apoderaban de sus provisiones de invierno.


H·R·MILLAR

¡Ah, estúpida y diminuta gentecilla…! Más adelante, los cabezas aladas comenzaron a presionar desde los dos extremos a la muralla y yo envié correos hacia el sur para comprobar en qué situación se encontraba Britania, pero los lobos se mostraron aquel invierno muy osados y dominaban las tierras que se extendían entre los acuartelamientos abandonados, en los que antes se habían alojado tropas. Ninguno de mis emisarios regresó. También tuvimos problemas con el pienso de nuestros ponis en toda la extensión de la muralla. Yo tenía diez ponis y Pertinax otros tantos. Vivíamos y dormíamos en la silla, cabalgando de este a oeste y nos comíamos aquellos que caían agotados. También nos inquietaron los habitantes de la ciudad y tuve que concentrarlos a todos en un barrio del sur de Hunno. Demolimos la muralla en cada uno de sus extremos para hacer de ella una especie de ciudadela. Nuestros hombres luchaban mejor en un orden de batalla cerrado. Hacia el final del segundo mes, estábamos metidos en guerra abierta, como un hombre puede hundirse hasta la cintura en la nieve de un ventisquero o en un sueño. Creo que hasta peleábamos dormidos. A mí me consta haber ido y vuelto a la muralla sin recordar nada de lo que allí había sucedido, a pesar de que mi garganta se resentía de tanto gritar órdenes, y de que mi espada (estaba a la vista) había sido utilizada. Los cabezas aladas luchaban como los lobos: todos en grupo. Allí donde habían sufrido mayor número de bajas, volvían a la carga con enorme furor. Aquella táctica resultaba incómoda para los defensores, pero evitaba que entrasen en Britania y tener que expulsarlos de nuevo. En aquellos días Pertinax y yo anotábamos en el yeso del arco de ladrillos de Valentía los nombres de las torres y los días en que, una por una, habían ido cayendo. Necesitábamos llevar un registro-diario de la guerra. ¿Y la guerra? La lucha era especialmente dura a la derecha y a la izquierda de la diosa Roma, en las cercanías de la casa de Rutilanus. ¡Por la luz del sol…! Aquel hombre gordo y viejo, a quien nadie respetaba, rejuveneció entre el sonido de las trompetas. Decía que su espada era un oráculo.


H. R. MILLAR · 1906

«Vamos a consultar al oráculo», decía, colocando la empuñadura junto a su oído y sacudiendo la cabeza con convencimiento. «A Rutilanus le es permitido vivir todo el día de hoy», afirmaba, y después se envolvía en su capa, jadeaba, tosía y peleaba con bravura. Oh, por toda la muralla corrían chistes en abundancia que reemplazaban la escasez de comida. Resistimos dos meses y dieciséis días, cada vez más presionados por tres flancos y reducidos a menor espacio. Allo nos mandó nuevas en varias ocasiones de que los refuerzos estaban a punto de llegar. Nosotros no lo creíamos, pero la noticia animó a nuestras tropas. El final llegó, más que con gritos de alegría, con la impresión de que al igual que todo lo demás, se trataba de un sueño. Repentinamente, los cabezas aladas nos dejaron en paz durante una noche y un día completos, plazo demasiado largo para hombres exhaustos. Al principio, conciliamos un sueño ligero, a la espera de ser nuevamente despertados; sin embargo, más tarde, dormíamos como leños, cada uno en el lugar donde se hallaba. ¡Ojalá no lleguéis nunca a necesitar esa clase de sueño! Cuando desperté, nuestras torres estaban ocupadas por gente armada y desconocida que observaban cómo roncábamos. Desperté a Pertinax y nos incorporamos los dos. «¿Qué hay? —saludó un hombre joven que ostentaba una coraza en extremo limpia—. ¿Lucháis contra Tedosio? ¡Mirad!» Miramos hacia el norte, sobre la nieve enrojecida, y no distinguimos a ningún cabeza alada. Después volvimos los ojos hacia el sur y vimos las águilas de dos poderosas legiones, acampadas en las cercanías. Al este y al oeste, pudimos contemplar aún llamaradas y combates, pero en las proximidades de Hunno todo estaba en calma. «Se acabaron vuestros problemas —dijo el joven—. El brazo de Roma es largo. ¿Dónde están los que comandan la muralla?» «Esos hombres somos nosotros.» «Pero vosotros sois viejos y tenéis el pelo gris —exclamó—. Maximus nos dijo que erais dos muchachos.» «Sí, eso era cierto hace unos años —contestó Pertinax—. ¿Qué va a ser ahora de nosotros, bello y bien alimentado jovenzuelo?» «Mi nombre es Ambrosius, uno de los secretarios del emperador —respondió—. Mostradme cierta carta que Maximus escribió en una tienda de Aquileia y quizás pueda creeros.» La extraje de mi pecho y, tras leerla, nos saludó diciendo: «Vuestro destino está en vuestras propias manos. Si decidís servir a Teodosio, os pondrá al mando de una legión; si preferís regresar a vuestras casas, os concederá los laureles del primer triunfo[121].» «Preferiría tomar un baño —dijo Pertinax, riendo—. Y después que me proporcionaseis vino, algo de comer, una navaja de afeitar, jabones, aceites y perfumes.» «¡Oh! Ahora me doy cuenta de que eres un muchacho —sonrió Ambrosius—. ¿Y tú?», preguntó, volviéndose hacia mí.

«No albergamos ningún mal deseo contra Teodosio, pero en la guerra…», comencé. «En la guerra ocurre lo mismo que en el amor —sentenció Pertinax—. Para bien o para mal, uno da lo mejor de sí mismo, todo cuanto puede dar. Y una vez se ha entregado todo, ya no queda nada que merezca la pena de ser recibido o de entregar de nuevo.» «Es cierto —convino Ambrosius—. Yo estuve con Maximus antes de que muriese. Advirtió a Teodosio que jamás le serviríais y os digo con franqueza que lo lamento por mi emperador.» «Tiene a toda Roma para consolarse —respondió Pertinax—. Abusando de tu gentileza, te ruego que nos dejes regresar a nuestras casas para que desaparezca de nuestro olfato este horrible hedor.» Y a pesar de ello, nos concedieron los laureles del triunfo.

—Los ganasteis muy meritoriamente —dijo Puck, lanzando algunas hojas sobre las aguas tranquilas de la ciénaga. Los oscuros y oleosos círculos concéntricos se extendieron oscilantes sobre su superficie y los niños los observaron.

—Me gustaría saber…, oh, tantas y tantas cosas —dijo Dan—. ¿Qué ocurrió con el viejo Allo? ¿Volvieron alguna otra vez los cabezas aladas? ¿Qué hizo Amal?

—¿Y qué fue del gordo y viejo general de los cinco cocineros? —siguió Una—. ¿Y qué te dijo tu madre al regresar a casa?

—Yo diría que lleváis mucho tiempo junto a esta ciénaga y que ya es muy tarde —sonó la voz de Hobden a sus espaldas.

—Ptss… —añadió.

Quedó inmóvil al distinguir, a veinte pasos escasos de donde estábamos, un magnífico ejemplar de zorro sentado sobre sus posaderas que miraba a los niños, como si fuesen viejos amigos.

—Oh, señor Reynolds, señor Reynolds[122] —musitó Hobden en un susurro—. Si yo conociese todo lo que tienes en la cabeza, me enteraría de muchas cosas y sería un sabio. Señoritos Dan y Una, acompáñenme a cerrar la puerta de mi precioso gallinero.

UNA CANCIÓN DE LOS PICTOS

En lo que pisa Roma nunca es tierra;
siempre deja caer su gran pezuña
sobre un estómago, corazón, cabeza.
Y Roma nunca atiende a mis lamentos,
sus centinelas pasan como el viento.
Nos reunimos en grupos a su espalda
para recuperar nuestra muralla,
con sólo nuestra lengua y nuestra espada.

Somos gentes menudas, triste oprobio,
demasiado pequeñas para el amor o el odio…
¡Pero dejadnos solos y veréis con tristeza
lo bien que socavamos las grandezas!
¡Gusanos somos en bosque y colina,
en la raíz enfermedad malsana,
bacterias navegando en sangre humana,
en los pies que caminan honda espina!

¡Muérdagos somos que matamos robles,
ratas que roen sogas en pedazos,
polillas que atraviesan mil capotes
con gran ardor en su manual trabajo!
¡Somos, si, la gente diminuta,
en caminos secretos emboscada
y lo que hacemos en quehacer discreto,
esperad verlo en la hora señalada!

No somos de robusta complexión
mas conocemos a otros que lo son,
y los llevamos hasta la batalla
para recuperar nuestra muralla.
¿Que aun así tendremos otros amos?
Hasta hoy hemos sido siempre esclavos,
mas no hemos muerto de vergüenza nunca
y en la tumba del amo aún bailamos…

Capítulo VIII

Hal, el dibujante

La tierra entera honra a los profetas,
a excepción del lugar en que nacieron;
donde los que su infancia conocieron,
es lógico, los miran con desprecio.

Si son traviesos, jóvenes y vanos,
se quejan de ellos en todo momento
(en sus escritos constan sus lamentos),
aunque a un profeta sea miel tal trato.

La vieja Nínive nada puede darnos[123]
(ni ser tragados por una ballena[124]
que mejore el lugar en que habitamos,
donde no importa lo que un hombre sea.
Puede haber hecho una cosa u otra
y le aman u odian por lo que es ahora.

Hal, el dibujante

Una tarde lluviosa indujo a Dan y a Una a jugar a los piratas en el molino pequeño. Si a uno no le importan las ratas en las vigas ni los granos de avena en el interior de los zapatos, el desván de un molino, con sus trampillas y sus inscripciones de novios y de inundaciones en las maderas, es un lugar ideal. El desván del molino pequeño se alumbra por un ventanuco de un palmo cuadrado, llamado también la ventanilla del ganso, que da a la granja de Lindens y al lugar donde Jack Cade[125] resultó muerto.

Después de subir por la escalerilla (la conocían por el tronco del palo mayor, según la balada de sir Andrew Barton[126], a la que Dan se aferraba «con fortaleza y ánimo»), se encontraron con un hombre sentado en el alféizar de la ventanilla del ganso. Vestía un jubón color ciruela y unas calzas estrechas del mismo color, y parecía absorto en un cuaderno de bordes rojos.

—Mirad, mirad —exclamó Puck, desde una de las vigas superiores—. ¡Fijaos en lo hermoso que soy! Sir Harry Dawe[127] (perdón, Hal) dice que soy la imagen viviente de la cabeza de una gárgola.

El hombre rió y saludó con su gorro de terciopelo oscuro a los niños, y su corto cabello gris se desbordó en un alborotado flequillo. Era un hombre mayor —cuarenta años, por lo menos—, pero su mirada era joven y sus ojos estaban rodeados por pequeñas arrugas. Un estuche de cuero repujado que parecía sumamente atractivo colgaba de su amplio cinturón.

—¿Podemos mirar? —preguntó Una, aproximándose.

—Desde luego, desde luego —contestó levantándose del alféizar y volviendo a su trabajo realizado con un lápiz de punta plateada.

Puck permanecía sentado como si su amplia sonrisa hubiese quedado fija para siempre en su rostro redondo, mientras observaba los rápidos y seguros dedos que le estaban retratando. Ahora el hombre extrajo de su estuche una pluma de junco y la afiló con su pequeño cuchillo de empuñadura de marfil, tallado en la forma de un pez.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Dan.

—Cuidado con los dedos, la hoja está peligrosamente afilada. La hice con el mejor acero para fabricar ballestas de los Países Bajos. Y lo mismo el pez. Cuando se dirige a sus aletas traseras hacia la cola, se traga la hoja, así; igual que se tragaba la ballena al viejo Jonás… Sí, y éste es mi cuerno de tinta. Yo

mismo grabé a su alrededor los cuatro santos de plata. Apretad la cabeza de san Bernabé[128]. Se abre…

Hundió la pluma recién cortada en el tintero y con cuidadosa seguridad comenzó a trazar las líneas esenciales de la tosca cara de Puck, que sólo había sido débilmente diseñada sobre el papel por el lápiz de la punta de plata.

Los niños quedaron boquiabiertos, porque la figura parecía querer saltar de la página. Mientras él trabajaba y la lluvia caía sobre las tejas, hablaba a veces con claridad, a veces con murmullos, en ocasiones observando su trabajo con el ceño fruncido y en otras sonriendo. Les explicó que había nacido en la pequeña granja de Lindens y que su padre solía dedicarle más a dibujar cosas que a hacerlas, hasta que un viejo párroco, llamado padre Rogers, que iluminaba con colores las letras mayúsculas de los libros de la gente rica, obligó a sus padres a que le pusiesen a su servicio en calidad de aprendiz de pintor. Después marchó a Oxford con el propio padre Rogers, donde limpiaba bandejas y arreglaba capas y zapatos a los estudiantes del llamado colegio Merton[129].

—¿Y no odiabas hacer estos trabajos? —preguntó Dan, entre otras muchas cosas.

—Nunca pensé en ello. La mitad de la población de Oxford estaba construyendo nuevos colegios o embelleciendo los antiguos, y allí estaban todos los grandes artistas de la Cristiandad, reyes en su trabajo y honrados por los mismos reyes. Les conocí a todos. Trabajaba para ellos y con eso tenía suficiente. No es raro… —se interrumpió y rió.

—Te convertiste en un gran hombre, Hal —dijo Puck.

—Eso era lo que decían, gnomo. Hasta Bramante lo decía[130].

—¿Por qué? ¿Qué hacías? —preguntó Dan.

El artista le miró con extrañeza.

—Tallar piedra y cosas por el estilo por toda Inglaterra. No debes haber oído hablar de ellas. Después, para estar más cerca de casa, reconstruí nuestra pequeña iglesia de san Bernabé. Me produjo más problemas y me causó más esfuerzo que ninguna otra cosa que hiciera anteriormente, pero constituyó para mí una buena lección.

—Hum… —murmuró Dan—. Nosotros hemos tomado lecciones esta mañana.

—Pues no quiero aburrirte más, hijo —dijo Hal, mientras Puck rompía en carcajadas—. Sólo pretendo decir que resulta extraño pensar cómo esta pequeña iglesia fue reconstruida, retechada y convertida en una obra de arte, gracias a unos pocos forjadores de Sussex, a un joven marinero de Bristol y a

un asno engreído, llamado Hal, el dibujante, porque (ya lo ves) estaba siempre dibujando y haciendo bocetos; y… —Hal arrastró las palabras con lentitud— y también gracias a un pirata escocés.

—¿Un pirata? —se extrañó Dan, estremecido como un pez en el anzuelo.

—Sí, gracias también a ese Andrew Barton, cuyas baladas cantabais en la escalera hace un momento.

Volvió a hundir la pluma en su tintero y retuvo el aliento antes de trazar una línea difusa. Parecía haber olvidado todo lo demás.

—Los piratas no suelen construir iglesias, ¿verdad? —preguntó Dan—. ¿O sí lo hacen?

—Pueden ayudar a hacerlo con gran eficacia —rió Hal—. Pero ya has tenido tus clases esta mañana, joven estudiante.

—Oh, hablar de piratas no es tomar una lección. Hoy sólo hemos dado lo de Bruce y su vieja y estúpida araña[131] —terció Una—. ¿Por qué sir Andrew Barton te ayudó?

—Dudo de que se diese cuenta de que lo hacía —contestó Hal, parpadeando—. Gnomo, dame un adjetivo denigrante que se derive del hecho de tener un orgullo satánico.

—Oh, nosotros sabemos de eso —dijo Una, con desenvoltura—. Si eres impertinente, es decir, si tienes mucha cara, te la cargas luego.

Hal consideró unos instantes estas palabras con la pluma en alto y Puck añadió a ellas su breve comentario.

—Exacto, ese fue mi caso —exclamó Hal—. Impertinente, dices…, lo cierto es que no me comporté bien. Me sentía orgulloso de cosas tan peregrinas como pórticos: de mi diseño del pórtico galileo en Lincoln, por ejemplo; orgulloso de que surgiese de mi hombro un brazo propio de un Torrigiano[132]; orgulloso del título de nobleza que obtuve al proyectar el casco dorado de la nave de su Majestad, el *Sovereign*. Pero el padre Roger, sentado en la biblioteca del colegio Merton, no se olvidó de mí. Cuanto mayor era mi orgullo y más convencido estaba de que nadie más que yo podía construir el pórtico de Lincoln, me indicó con su terrible dedo índice que volviese a mis arcillas de Sussex y reconstruyera a mis expensas mi propia iglesia, donde a los Dawes se nos venía enterrando desde hacía seis generaciones. «Escúchame, hijo de mi mismo arte —me dijo—. Lucha contra el diablo en la tierra que te vio nacer, antes de creerte un hombre y un artista.» Y mis piernas temblaron y vine. ¿Qué te parece, gnomo?

El rey inglés Enrique VIII. al igual que su gran rival Francisco I, de Francia, admiró el nuevo arte del Renacimiento italiano e hizo lo máximo que

le fue posible para atraer hacia Inglaterra a los grandes artistas de Italia. Uno de ellos fue Pietro Torrigiano, que diseñó la

Mostró a Puck el dibujo ya concluido.

—¡Soy yo, sin duda alguna, soy yo! —exclamó Puck, como un hombre que se mira en un espejo—. Pero, fijaos, ha dejado de llover. Odio quedarme en casa de día.

—De acuerdo, vamos a tomar un día de vacaciones —convino Hal, dando un salto—. ¿Quién viene a mi pequeño Lindens? Allí podremos hablar.

Bajaron las escaleras y atravesaron el saucedal, que aún goteaba, hasta llegar a la soleada represa del molino.

—Por mi vida —exclamó Hal, contemplando el campo de lúpulo que estaba ya a punto de florecer—. ¿Qué es eso? ¿Viñedos? No, no son viñedos y se enroscan en dirección contraria a las judías…

Sacó su cuaderno de apuntes y comenzó a dibujar.

—Lúpulo, algo que en tu tiempo no existía —explicó Puck—. Se trata de una planta de Marte[133], y sus flores secas se utilizan para aromar la cerveza. Aquí decimos:

Pavos, herejes, lúpulo y cerveza,
llegaron el mismo año a Inglaterra…[134]

—Sé lo que es la herejía. El lúpulo lo estoy viendo y Dios sea alabado por lo bello que es. Pero, ¿qué es un pavo?

Los niños rieron. Conocían los pavos de Lindens, y tan pronto como llegaron al huerto de la granja, en la colina, la manada entera les atacó. El cuaderno de Hal voló por los aires.

—Por todos los diablos —exclamó—. He aquí el orgullo personificado en plumas de púrpura, he aquí el desprecio iracundo y las pompas de la carne. ¿Cómo los llamáis?

—¡Pavos, pavos! —gritaron los niños, mientras el viejo macho de la manada se ensañaba rabioso con los calzones de color ciruela de Hal.

—Dios salve a vuestra magnificencia —dijo—. Hoy dibujaré dos modelos desconocidos.

Caminaron por la hierba hacia el promontorio en el que se alza el pequeño Lindens. La antigua granja, protegida por sus tejas hasta el suelo, adquiría a la luz de la tarde la tonalidad de un rubí. Las palomas picoteaban el cemento de la chimenea; Las abejas, que habían habitado bajo las tejas desde que la casa fue construida, inundaban con su rumor el aire cálido de agosto; y el perfume de los espinos que crecían junto a la ventana de la vaquería se mezclaba con

los aromas de la tierra mojada, del pan recién cocido y de la pequeña columna de humo que surgía de la leña quemada.

La mujer del granjero apareció en la puerta con un niño en los brazos, se protegió los ojos contra el sol, se agachó para recoger un tallo de romero y se dirigió hacia el huerto. El viejo perro de aguas ladró en su perrera una o dos veces, para demostrar que quedaba al cuidado de la casa vacía. Puck hizo sonar la cerradura de la puerta del jardín.

—¿Os extraña que la ame? —preguntó Hal—. ¿Qué puede saber la gente de la ciudad acerca de la naturaleza o de una casa o de la tierra…?

Se sentaron, uno junto al otro, en el agrietado banco de roble del jardín de Lindens, desde el que se distinguía el valle del río entre los oscilantes helechales y quebradas de la herrería, detrás de la cabaña de Hobden. El viejo estaba cortando leña menuda en las cercanías de las colmenas y no pasó un segundo antes de que el tronco seco que estaba talando cayese al suelo y su chasquido llegara a sus oídos adormilados.

—Eh, caramba —exclamó Hal—. Creo que donde está ahora ese viejo patán fue la herrería que llamábamos de abajo, la forja del artesano John Collins. Muchas noches el sonido de su martillo me hacía saltar de la cama en la que aquí dormía. *¡Bum-bit-bum-bit…*. / Si el viento soplaba en dirección favorable podía oír también la herrería que Tom Collins tenía en Stokens, contestando a su hermano. *¡Bum-hop-bum-hop…!* Y entre ambas se mezclaba el batir de la mandarria de sir John Pelham, en Brightling, que sonaba como un coro de estudiantes que recitase el *hic, haec, hoc*[135] y oía ese *hic, haec, hoc*, hasta que me dormía. Sí, el valle estaba repleto de herrerías y de forjas que sonaban como los cuclillos en las arboledas de mayo.

—¿Y qué hacían? —preguntó Dan.

—Armas para las naves reales…, o para otras. Y sobre todo, falconetes y cañones. Cuando el arma estaba ya forjada, venían los oficiales del rey y se la llevaban a la costa, tirada por nuestros bueyes de labranza. Aquí tenéis a uno de los primeros y más destacados pioneros del arte de la navegación.

Buscó en una de las primeras páginas de su cuaderno y mostró la cabeza de un hombre y debajo de ella una inscripción que decía: «Sebastianus».

—Vino aquí por orden del rey a encargar al artesano John Collins veinte falconetes (son pequeños y terribles cañones) para pertrechar a naves dedicadas a empresas de gran riesgo. Lo retraté así, sentado junto a nuestro hogar mientras hablaba con mi madre acerca de las nuevas tierras que iba a descubrir en los confines del mundo. Y las descubrió, desde luego. Se llamaba

Cabot[136], un muchacho de Bristol, casi extranjero. Esperaba mucho de él. Me ayudó a reconstruir la iglesia.

—Creí que quien te ayudó fue sir Andrew Barton —dijo Dan.

—Cuidado —advirtió—. No hay que empezar la casa por el tejado. El primero que me animó y ayudó a hacerlo fue Sebastian. Yo vine aquí, no a servir a Dios como un buen artesano, sino a demostrar a mi gente que era un gran artista. No les importé nada y merecí su indiferencia. Nadie dio un céntimo por mi trabajo ni por mi fama. ¿Qué enfermedad podía padecer, comentaban, que me indujese a molestar al viejo san Bernabé? La iglesia había estado en ruinas desde la epidemia de peste negra y era normal que en ruinas permaneciera. Y yo podía colgarme desde mis propios andamios y con mis propias cuerdas. Cultos e incultos, ricos y pobres (los Hayes, los Fowles, los Fanners, los Collins) se confabularon contra mí. Tan sólo sir John Pelham, allá arriba, en Brightling, me animó a seguir. Pero ¿qué podía hacer? Si pedía al maestro Collins su remolque para arrastrar maderas, resultaba que los bueyes habían ido a Lewes a buscar cal; si prometía proporcionarme bridas y ángulos de hierro para el tejado, el material nunca acababa de llegar a mis manos, y si me lo daba, resultaba estar agrietado o defectuoso. Y así con todo. Ni hacían ni decían nada a mi favor y todo lo que intentaba realizar salía mal. Llegué a pensar que toda la región estaba embrujada.

—Y seguro que lo estaba —dijo Puck, apoyando su mentón en las rodillas—. ¿Sospechabas de alguien en concreto?

—No hasta que Sebastian vino a buscar sus armas y John Collins le gastó las mismas jugadas perrunas que me dedicó a mí con las piezas de hierro. Cada semana se le agrietaban dos o tres falconetes que sólo aceptaban como único arreglo un nuevo proceso de fundición. Por toda excusa, John Collins alegaba que él jamás había entregado al rey ningún cañón que no fuese perfecto. ¡Por todos los santos, lo que le contestó Sebastian…! Sólo yo sé por qué estuvimos los dos sentados en este banco, compartiendo nuestros problemas. Cuando Sebastian llevaba ya seis semanas en Lindens y tan sólo había logrado obtener seis falconetes, Dick Brezzet, el capitán de la cáraba *Cygnet*, me envió recado de que el bloque de piedra que me traía de Francia para nuestra nueva fuente bautismal había tenido que lanzarlo al mar para aligerar su nave, perseguido por sir Andrew Barton, en Rye Port[137].

—¡Ah, el muy pirata…! —dijo Dan.

—Sí, mientras yo me tiraba de los pelos, Ticehurst Will, mi mejor albañil, vino a decirme tembloroso que el mismísimo diablo con sus cuernos, su cola y sus cadenas había aparecido en la torre de la iglesia de san Bernabé y que

los hombres no querían trabajar más allí. Así pues, los retiré de los cimientos que estábamos reforzando y los llevé a la taberna de *La Campana* para invitarles a un vaso de cerveza. Allí el maestro Collins me dijo: «Haz lo que te venga en gana, muchacho, pero yo en tu lugar tomaría en cuenta el significado de esa aparición y dejaría en paz a la iglesia.» Todos los demás afirmaron con sus cabezas pecaminosas y le dieron la razón. Más tarde me di cuenta de que me temían más a mí que al diablo. Cuando llevé a Lindens estas gratas noticias, Sebastian estaba blanqueando con cal la cocina de mi madre, a la que quería como un hijo. «No te desanimes, amigo —me dijo—. Dios está sobre todos nosotros. Sólo tú y yo nos hemos comportado como verdaderos asnos. Nos hemos dejado engañar, especialmente yo. Es imperdonable que siendo un marino no lo haya imaginado antes. Deja ese campanario porque, en efecto, el diablo habita en él. Y yo no puedo obtener más falconetes porque John Collins no sabe forjarlos adecuadamente. Mientras tanto, Andrew Barton saquea Port Rye. ¿Por qué? Muy sencillo: para lograr esos falconetes por los cuales el pobre Cabot está suspirando. Estos falconetes, y apuesto en ello la parte de los nuevos continentes que me pueda corresponder, están escondidos en el campanario de san Bernabé. Eso está tan claro como la costa de Irlanda a la luz del sol.» «No creo que hayan intentado una cosa como ésta —contesté—. Vender armas a los enemigos del rey es alta traición: horca y confiscación de bienes.» «Pero también es un buen negocio por el que muchos hombres correrían el riesgo de ir al patíbulo. Yo he sido también un comerciante —dijo—. Por el honor de Bristol tenemos que desenmascarar a los culpables.» Sentado en el cubo de cal, comenzó a idear un plan. Inventamos un viaje a Londres para el martes siguiente y nos despedimos públicamente de los amigos y de modo especial de John Collins. Al llegar a los bosques de Wadhurst, dimos la vuelta; regresamos cabalgando por las praderas encharcadas, escondimos los caballos bajo un grupo de sauces, junto al ejido, y al caer la noche, ascendimos de puntillas hasta la iglesia de san Bernabé. Había una espesa niebla que la luz de la luna intentaba atravesar. Aún no había cerrado detrás de mí la puerta de la torre cuando Sebastian cayó al suelo tan largo como era. «¡Diablos! —exclamó—. He levantado mucho el pie y al bajarlo me hundo, Hal. He andado entre armas más de una vez.» Pateé a tientas (la torre estaba en la más profunda oscuridad) y conté uno por uno los cañones de veinte falconetes, extendidos sobre paja desmenuzada. ¡Ni siquiera estaban escondidos! «Aquí hay dos cañones pequeños —dijo Sebastian, golpeando el metal—. Deben ser para la cubierta inferior de Andrew Barton. ¡Honrado, muy honrado John Collins…!

Éste es su almacén, su arsenal, su armería. ¿Te das cuenta cómo tus pesquisas y gestiones han puesto al descubierto al mismo diablo, en Sussex? Has interrumpido el legal negocio de John por unos meses», rió mientras hablaba. Una gélida torre de adobe no resulta tan cómoda ni tan grata como una chimenea a medianoche y nos dispusimos a subir al campanario. Al comenzar a ascender las escaleras, Sebastian pisó la piel de una vaca, con su cornamenta y cola incluidas. «Ah, tu diablo ha olvidado aquí su disfraz. ¿Qué tal me sienta, Hal?» Se lo puso y comenzó a saltar en los huecos de las ventanas, iluminados por la luna. Parecía un verdadero demonio. Después, se sentó en las escaleras, golpeando un escalón con la cola, y visto de espalda su aspecto era aún más terrible que de frente; un pequeño mochuelo se aproximó a la ventana y graznó al ver su cornamenta. «Si no quieres que entre el diablo, cierra la puerta —murmuró—. Un proverbio más que es falso, Hal, porque en este instante estoy oyendo que alguien está abriendo la puerta de tu torre.» «La cerré con llave. ¿Quién diablos puede tener otra?», pregunté. «Todo el vecindario, a juzgar por el número de personas que entra —contestó, escudriñando en la oscuridad—. Quieto, quieto, Hal, escucha sus gruñidos. Se trata de algo más que de mis falconetes, estoy seguro. Uno, dos, tres, cuatro…, están cargando con ellos. Dios mío… Andrew se equipa mejor que un almirante. Veinticuatro falconetes en total.» Oímos la voz de John Collins como si se tratase de un eco subiendo por el vacío. «Veinticuatro falconetes y dos cañones de pequeño calibre. Es el pedido completo de Andrew Barton.» «No cuesta nada ser cortés —susurró Sebastian—. ¿Dejo caer mi daga sobre su cabeza?» «El jueves saldrán hacia Rye en los carros de lana, escondidos bajo las balas. Dirk Brenzett recibirá la mercancía en Udimore, como ha hecho otras veces», dijo la voz de John. «¡Dios mío! —exclamó Sebastian—. Qué antiguo y qué manido negocio es éste. Apuesto que somos los dos únicos ingenuos del pueblo que no cobran la parte que les corresponde en los beneficios.» Había casi una docena de personas abajo, hablando como si estuviesen en el mercado de Robertsbridge. Los contamos por las voces. «Las culebrinas para la carraca francesa deben estar aquí el mes próximo —dijo el maestro John Collins—. Will, ¿ha regresado tu estúpido joven —por mí, con agradecimiento— de Lunnon[138]?» «No es probable —*oí* contestar a Ticehurst Will—. Déjalos donde te imaginas que están, Collins. Todos tenemos demasiado miedo del diablo para acercarnos a la torre», rió el muy canalla. «No sería mucho esfuerzo para ti disfrazarte de diablo, Will», comentó otro, Ralph Hobden, el de la herrería. «¡Aaaaah, hombres…!», gritó, de pronto, Sebastian. Y antes de que pudiese detenerlo, comenzó a saltar

escaleras abajo de forma verdaderamente diabólica y vociferando como un loco. Apenas tuvo tiempo de golpear al más cercano. Echaron todos a correr. ¡Santo cielo, cómo corrían…! Les oímos golpear contra la puerta de la taberna *La Campana* y después corrimos también nosotros. «Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Sebastian, recogiendo con la mano la cola de su piel para saltar unas zarzamoras—. He partido la cara al honesto John.» «Vamos a ver a sir John Pelham —propuse—. Es la única persona que me ha apoyado siempre.» Cabalgamos hasta Brightling y pasamos de largo sus aposentos, porque los guardianes habrían disparado, creyéndonos ladrones de venados. Por fin, logramos que sir John se sentase en su silla de juez y tras contarle nuestra historia y mostrarle la piel de vaca que Sebastian llevaba aún arrollada a su cintura, comenzó a reír hasta aflorarle las lágrimas. «Bien, bien —dijo—. Se hará justicia antes de que amanezca. ¿Cuál es vuestra acusación? El maestro Collins es un viejo amigo mío.» «Pero no mío —exclamé—. Cuando pienso en lo mucho que él y sus cómplices me han vejado, engañado y burlado cada vez que les hablaba de la iglesia…», concluí casi sin aliento, ahogado de indignación. «Bueno, ahora comprenderás que la tenían dedicada a otros fines», contestó con tranquilidad sir John. «Sí, y también mis falconetes —gritó Sebastian—. Estaría navegando ya por la mitad del océano occidental si mis cañones estuviesen listos. Pero su buen amigo los ha vendido a un pirata escocés.» «¿Dónde están las pruebas?», preguntó sir John, acariciándose la barba. «Me he destrozado las espinillas contra ellos apenas hace una hora y he oído a John dar órdenes para que se los lleven», dijo Sebastian. «Palabras, sólo palabras —replicó sir John—. El maestro Collins es un consumado mentiroso.» Se tomaba las cosas con tal calma que por un momento llegué a creer que también él estaba metido en aquel tráfico secreto y que no había un sólo forjador honesto en todo Susex. «¡En nombre de la razón! —gritó Sebastian, golpeando con la cola de la vaca encima de la mesa —. ¿De quién son entonces esas armas?» «Tuyas, naturalmente —contestó sir John—. Viniste a encargarlas en nombre del rey y el maestro Collins te las hizo en su fundición. Si después prefirió llevarlas hasta la herrería de abajo y guardarlas en la torre de la iglesia, magnífico. Están más cerca del camino principal y te has ahorrado un día de transporte. Buen lío has hecho de un nuevo y elogiable acto de cortesía vecinal, muchacho.» «Temo habérselo pagado con creces —contestó Sebastian, mirándose los nudillos de una mano —. ¿Y qué ocurre con los pequeños cañones? Me vendrían muy bien, pero no figuraban en la orden del rey.» «Amabilidad, encantadora amabilidad — comentó sir John—. No cabe duda de que en su celo por servir al rey y por

afecto a ti, John ha añadido como regalo esos dos cañones. Eso está tan claro como que pronto va a amanecer, pareja de besugos.» «Así será entonces —dijo Sebastian—. Oh, sir John, sir John, ¿por qué no utiliza el mar alguna vez? En tierra se nos pierde…», y le dirigió una mirada de profundo amor. «Estoy mejor ejercitando mi cargo —replicó sir John, acariciándose de nuevo la barba y buscando el tono grave y demoledor de su voz judicial—. Dios me asista… Ante mí comparecen dos jovenzuelos para contarme que encima de sus correrías nocturnas, que desapruebo, consistentes en ir de taberna en taberna, sorprenden al maestro Collins en la… —se interrumpió un instante—… en la realización de sus buenas obras practicadas en secreto. Me atrevo a decir que le sorprendéis cruelmente en la práctica de sus buenas acciones.» «¡Cierto, sir John! Si le hubiese visto correr…», comentó Sebastian. «Después de eso, venís a galope tendido para contarme una historia de piratas, de carros cargados de lana y de cueros de vaca, lo que si bien me ha divertido como hombre que soy, ha ofendido a mi razón como magistrado. No obstante, estoy dispuesto a acompañaros a la torre con algunos de mis hombres y tres carromatos de cuatro caballos para garantizar la libre entrega por parte de John Collins de las armas y de los pequeños cañones al joven Sebastian. —Volvió a adoptar su voz normal—. Advertí a ese viejo borrachín y a sus vecinos, hace ya tiempo, que iban a tener problemas con esas ventas bajo mano y esos tratos al margen de la ley. Pero tampoco podemos colgar a la mitad de los habitantes de Sussex por organizar un pequeño mercado de compra-venta de armas. ¿Os satisface esto, hijos?» «Sería capaz de cualquier traición por obtener los dos cañones», dijo Sebastian frotándose las manos. «Pues ya has incurrido en delito consumado de traición al formularme este cohecho —concluyó sir John—. Ahora a los caballos y a buscar las armas.»

—Pero el maestro Collins había destinado las armas a Andrew Barton, ¿no es así? —preguntó Dan.

—Sin duda alguna, así era —respondió Hal—. Pero las perdió. Entramos en el pueblo con el rojoliento esplendor del amanecer. Sir John montaba su caballo, vestía media armadura y hacía flotar su pendón al viento; a su retaguardia marchaban treinta corpulentos bribones de Brightling en fila de a cinco, y detrás de ellos, cuatro carros para transportar lana. Cerraban la comitiva cuatro trompeteros que completaban la bufonada interpretando *Nuestro rey marchó a Normandía*. Cuando nos detuvimos y sacamos las armas de la torre, la escena recordaba el cuadro del sitio francés, del fraile Roger, que decora el misal de la reina[139].

—¿Y qué hicisteis vosotros? Bueno, ¿qué hizo vuestro pueblo? —preguntó Dan.

—Oh, lo soportó todo con nobleza y buen ánimo —respondió Hal—. Aunque me habían engañado, me sentí orgulloso de todos ellos. Salieron de sus casas, observaron a aquel pequeño ejército como si fuese una caravana postal y siguieron su camino, sin abrir la boca. ¡Ni una palabra, ni un gesto! Hubiesen preferido morir antes que quedar en evidencia frente a los de Brightling. Incluso aquel villano que era Ticehurst Will, al salir de *La Campana*, después de tomar su cerveza matinal, estuvo a punto de meterse debajo de las patas del caballo de sir John. «Cuidado, hijo del diablo», gritó sir John, haciendo retroceder al animal. «¡Oh! —contestó Will—. Día de mercado, ¿no? Ya veo que han traído a todos los bueyes de Brightling.» Evité que le azotasen por aquello…, el descarado sinvergüenza… Pero John Collins era la mala pieza que perseguíamos. Apareció caminando por la calle (con un parche en el mentón, donde Sebastian le había pegado), cuando estábamos sacando el primer cañón por la puerta de la iglesia. «Creo que es excesivo peso para vosotros. Si no tenéis inconveniente en pagar, os dejaré mi aguilón para arrastrarlo. No será fácil llevarlo hasta un carro.» Aquella fue la única vez que vi a Sebastian desconcertado. Abría y cerraba la boca como un pez. «No pretendo molestar —añadió el maestro John—. La mercancía les ha salido muy barata y pienso que no me regatearán una nimiedad por ayudar a moverla.» Ah, era un tipo único. Dijeron que nuestra intervención en aquella mañana le costó a John más de doscientas libras y a pesar de ello ni pestañeó una sola vez al ver cómo las armas partían en los carros hacia Lewes.

—¿Ni tampoco después? —preguntó Puck.

—Sólo en una ocasión, después de donar el nuevo juego de campanas para san Bernabé. (Oh, no había nada que los Collins o los Hayes o los Fowles o los Fenners no estuviesen dispuestos a entregar a la iglesia. Su lema era: «pedid y se os dará».) Las había hecho sonar y estaba en la torre con Black Nick Fowle, que nos había regalado la celosía que separaba la nave del coro. El viejo tomó la cuerda de la campana con una mano y se acarició el gaznate con la otra. «Más vale tirar de la campana que colgar del cuello», dijo. Eso fue todo. Así es Sussex y así será siempre.



—¿Qué ocurrió después? —preguntó Dan;

—Volví a viajar por Inglaterra —comenzó Hal, lentamente—. Había aprendido mi lección contra el orgullo. Afirmaban que había convertido la iglesia de san Bernabé en una joya, en una joya inapreciable, perfecta. Había concluido el trabajo entre mi gente y (el padre Roger tenía razón) nunca he vuelto a tener tantos problemas ni tanto éxito. Es lo normal en esta querida, muy querida tierra.

Inclinó la cabeza sobre su pecho.

—Veo a vuestro padre en la herrería. ¿De qué estará hablando con el viejo Hobden? —preguntó Puck, mostrando en su mano las tres hojas.

Dan miró hacia la cabaña.

—Oh, yo lo sé. De ese roble caído en mitad del riachuelo. Padre siempre ha deseado quitarlo.

En el silencio del valle se oyeron los tonos bajos de la voz del viejo Hobden:

—Ya sé que siempre ha tenido la intención de quitarlo —decía—. Pero los filamentos de sus raíces mantienen las dos orillas unidas. Si lo quitásemos, la orilla se despedazaría y en la próxima crecida del río se inundaría todo. A la señora le agrada mucho ver crecer los heléchos en su tronco.

—Ya. Lo pensaré entonces… —dijo padre.

Una hizo explotar su risa burbujeante.

—¿Qué diablo escondéis en ese *campanario?* — preguntó Hal, con sonrisa perezosa. Por el sonido de su voz podía haber sido un Hobden.

—Tiene razón. El roble es el puente natural que utilizan los conejos para pasar desde el bosque a nuestros prados. El mejor lugar de la granja para colocar trampas de alambre, según Hobden. Ahora tiene dos instaladas. Nunca quitará el árbol.

—Ah, Sussex, el Sussex eterno, el de siempre —murmuró Hal.

Y en el instante siguiente, sonó en la granja de los Lindens la voz del padre llamándoles. Y el encanto se rompió cuando en el pequeño reloj de san Bernabé dieron las cinco.

UNA CANCIÓN DE CONTRABANDISTAS

Si a medianoche oyes los cascos de un caballo y te despiertas, no corras los postigos ni mires a la calle; ten en cuenta que a quien no se pregunta, mentiras no contesta.
Mira hacia la pared, amor mío, cuando los caballeros aparezcan.

Veinticinco ponis
en la noche oscura;
dad coñac al cura,
cerdo al alguacil,
blondas a la dama,
y al espía cartas.

Y mira a la pared, amor mío, cuando los hombres aparezcan.

Si en un montón de leña hallas con casual tino pequeños barriles, atados y embreados, llenos de añejo vino, no grites para que otros los vean ni te los lleves para aliviar tu sino.
Vuelve a esconderlos bajo los leños, que mañana se habrán ido.

Si ves la puerta de un establo de par en par abierta, y dentro un caballo cansado sobre la paja y hierba; si tu madre remienda una prenda destrozada y muy vieja, no pidas nada más, mientras tus forros caliente te mantengan.

Si tropiezas con tropa del rey Jorge, vestida en rojo y azul, sé cauta en lo que digan y en lo que digas tú; si te llaman «hermosa» y acarician tu rostro con su mano de tul, no digas dónde hay nadie y menos si sigue allí aún.

Silbidos en la noche, llamadas, pasos cerca de casa, no salgas de ella cuando los perros se agitan y ladran.
El ladrón está ahí y el honrado también; observa cómo callan; no se molestan en seguir a los caballeros que por la calle pasan.

Si haces lo que te digo oportunidad tendrás de recibir una linda muñeca que de Francia te llegará, con encajes de Valenciennes y en terciopelo encapuchada. Será el regalo de los caballeros por portarte bien cuando pasaban…

Veinticinco ponis
en la noche oscura;

en la noche oscura;
dad coñac al cura,
cerdo al alguacil,
blondas a la dama,
y al espía cartas.

A quien no se pregunta, mentiras no contesta.
Mira hacia la pared, amor mío, cuando los caballeros pasan…

Capítulo IX

Los emigrantes de Dymchurch

LA CANCIÓN DEL CHICO DE LAS COLMENAS

¡Las abejas, las abejas…! Escuchad a las abejas.
Escondeos del vecino lo máximo que os plazca
y así todo lo ocurrido nos lo podréis contar;
de otro modo, no haremos miel en el panal.

Una muchacha en la gloria
    en el día de su boda,
a las abejas debe contar su historia,
    o bien se alejarán,
    se alejarán, se morirán,
    desaparecerán, te abandonarán.
Mas si no engañas a tus abejas,
    tus abejas no te engañarán.

Bodas, bautizos, muertes
    y noticias del ultramar,
    estés triste o alegre,
    a las abejas debes dar.
Cuéntales todo al salir o al entrar,
    mientras las señoras se abanican,
porque las abejas bien se aplican,
    como los hombres en la curiosidad.

No te detengas donde árboles haya
    cuando el relámpago empiece a jugar;
no odies a las abejas por estar donde están
    o de otro modo, se entristecerán,
    se entristecerán, desaparecerán
    con tal de alejarse de ti.
Si nunca molestas a las abejas,
    ellas no te molestarán.

Los emigrantes de Dymchurch[140]

En el atardecer del día, comenzó a caer sobre los recolectores de lúpulo la lluvia suave de septiembre. Las madres retiraron de los jardines los coches de niños de altos muelles; se extendieron los toldos y se cerraron los libros que registraban la cosecha. Las parejas jóvenes caminaron hacia sus casas, bajo el mismo paraguas, y los hombres solos marcharon tras ellos, sonriendo. Dan y Una, que habían participado en la recogida, concluidas sus clases, fueron a asar patatas a la casita del horno, donde el viejo Hobden, en compañía de Bess, su perro de media casta y ojos azules, pasaba el mes entero secando el lúpulo.

Se instalaron los dos, como de costumbre, sobre la estera de sacos cosidos, frente al fuego, y cuando Hobden abrió el horno observó como siempre el lecho de carbones incandescentes, sin llamas, que despedían su calor por el oscuro tubo de la anticuada caldera. Partió con calma nuevos trozos de carbón y los colocó con dedos firmes, exactamente, donde podían ser más útiles, y también con lentitud alargó el brazo hasta Dan y éste depositó las patatas en su mano, que parecía una pala de hierro; las dispuso cuidadosamente alrededor del fuego y se detuvo unos instantes para contemplar su chisporroteo. Al cerrar de nuevo la trampilla, el horno oscureció antes que el día y el viejo Hobden encendiera la vela de su fanal. A los niños les gustaban todas aquellas cosas porque las conocían muy bien.

El chico de las colmenas, el hijo de Hobden, que nunca había estado demasiado bien de la cabeza aunque era capaz de hacer lo que ningún otro en materia de abejas, entró como una sombra. Los niños sólo percibieron su presencia cuando la cola cortada de Bess les golpeó. Una voz profunda comenzó a cantar fuera, bajo la lluvia fina:

La vieja abuela Laidinwoll lleva cerca de doce meses muerta.
Supo que la cosecha de lúpulo era buena e inclinó la cabeza.

—No hay dos personas capaces de lograr tonos tan bajos —exclamó Hobden, dando media vuelta.

Pues —decía— los chicos que me gustaban siendo joven y bella
deben estar en la recolección y yo…

Apareció un hombre en la puerta.

—Vaya, vaya… Dicen que la cosecha de lúpulo se perderá íntegra y ahora les creo. ¿O sea que eres Tom, Tom Shoesmith?

Hobden le acercó su fanal.

—Has tardado un buen rato en reconocerme, Ralph.

El recién llegado entró; era con mucho un palmo más alto que Hobden, una especie de gigante de claros ojos azules, patillas grises y rostro moreno. Se estrecharon las manos y los niños oyeron el roce de las ásperas palmas estrujándose entre sí.

—No has perdido nada de tu fuerza —dijo Hobden—. ¿Hace treinta o cuarenta años desde que me rompiste la cabeza en la feria de Peasmarch?

—Sólo hará unos treinta y en cuestión de cabezas estamos en paz. Me devolviste el golpe con una vara de recoger lúpulo. ¿Cómo llegaste a casa aquella noche? ¿Nadando?

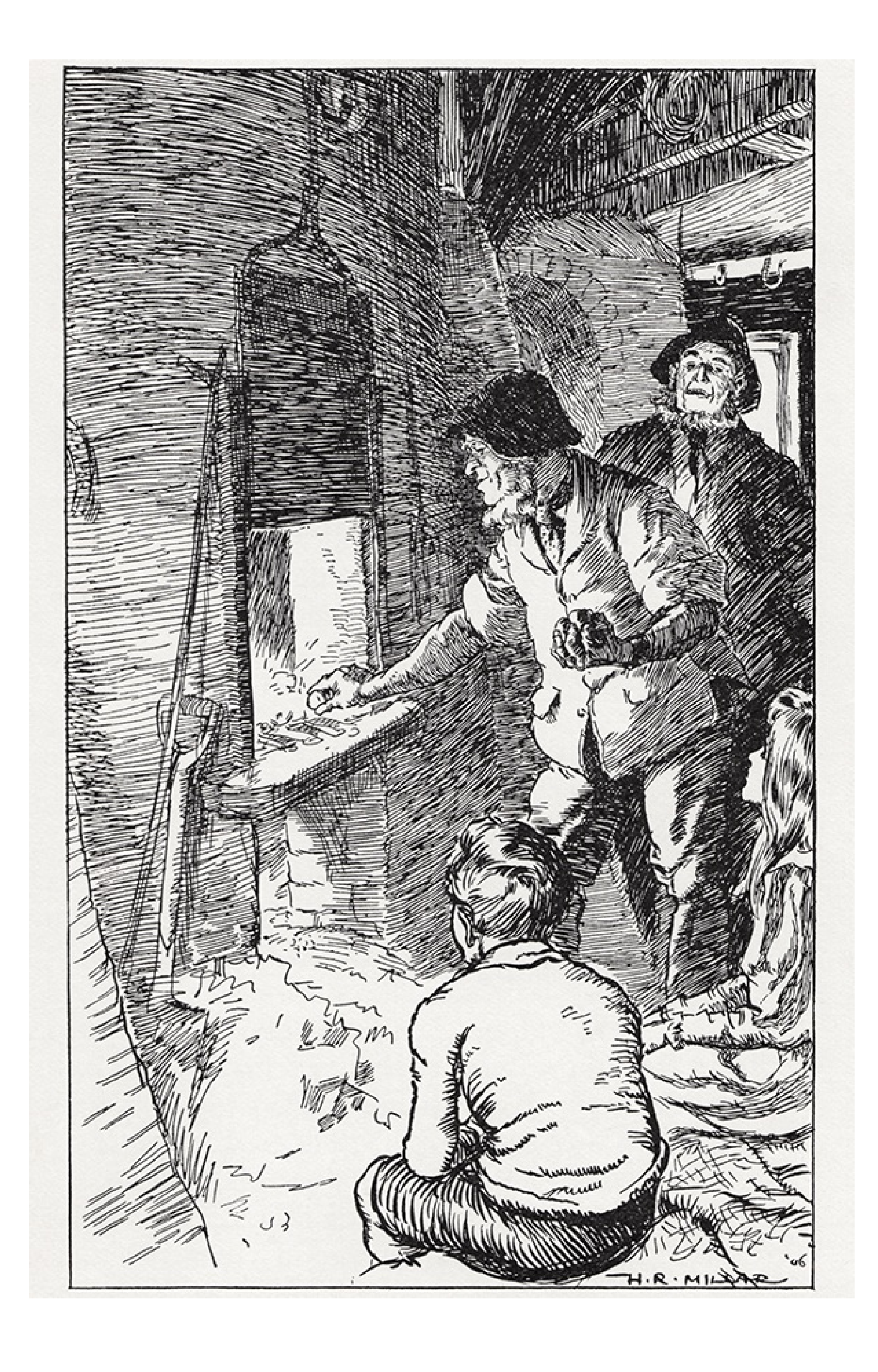
—Del mismo modo que el faisán se metió en el bolsillo de Gubb, con un poco de suerte y una buena dosis de magia.

Hobden rió con un murmullo que le brotaba del pecho.

—Ya veo que no has olvidado seguir el buen camino por los bosques. ¿Aún usas *eso* para algo?

El desconocido echó una mirada a la escopeta y Hobden respondió con un movimiento rápido de la mano, a pesar de tenerla ocupada en estaquillar una trampa de alambre para los conejos.

—No, ahora es *esto* todo lo que me queda. Los años son los años y hay que aceptar la vejez. ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?


H.R. MILLAR '06

—Oh, he estado en Plymouth, he estado en Dover, he ido de aquí a allá, por todo el mundo, amigo…[141]

—contestó el hombre alegremente—. Creo que conozco Inglaterra tanto como el que más —añadió, volviéndose a los niños y guiñándoles un ojo con desenvoltura.

—Entonces estoy seguro de que te habrán contado un montón de mentiras. Yo viajé una vez por Inglaterra y llegué hasta Wiltshire. Allí me estafaron al comprar unos guantes para podar —contestó Hobden.

—Siempre hay fantasmas en todos los sitios. Te has aferrado bien al meollo mismo de tu tierra, Ralph.

—Nadie puede desarraigar a un árbol viejo, aunque se esté muriendo —sonrió Hobden—. Y yo tengo tantas ganas de morirme como tú de ayudarme esta noche con el lúpulo.

Aquel hombre corpulento se apoyó contra la estructura de ladrillos del horno y abrió los brazos.

—Contrátame.

Fue todo lo que dijo; y ambos subieron escaleras arriba, riéndose.

Los niños oyeron sonar las palas sobre la lona en la que se amontonaba el lúpulo amarillo que estaba secándose encima del fuego y la casa se llenó entera de un aroma dulzón y adormilante que emanaba del fruto removido.

—¿Quién es? —preguntó Una al chico de las colmenas.

—No lo sé. Sé tanto como vosotros, si es que sabéis algo —contestó sonriendo.

Las voces en el secadero hablaban y reían a la vez, y los pasos lentos y pesados iban de un lado a otro. De pronto, un brazado de lúpulo cayó en el agujero de la máquina prensadora, instalada sobre sus cabezas, y los hombres lo fueron comprimiendo y alisando con sus palas, hasta que la prensadora emitió un «clank» y devolvió el lúpulo suelto convertido en un terrón compacto.

—Cuidado —dijo Hobden—. Vas a estropearle la tripa si la llenas tanto. Eres más descuidado que el toro de Gleason, Tom. Vamos a descansar junto al fuego. Así está bien extendido.

Bajaron y mientras Hobden abría el horno para ver si las patatas estaban ya asadas, Tom Shoesmith dijo a los niños:

—Ponedles mucha sal. Así comprenderéis qué clase de hombre soy.

Les guiñó el ojo de nuevo, el chico de las colmenas rió y Una miró a Dan.

—Yo sé la clase de hombre que eres —gruñó el viejo Hobden, palpando dentro del horno, en busca de las patatas, colocadas alrededor del fuego.

—¿De verdad? —preguntó Tom, a sus espaldas—. Algunos de nosotros no podemos aguantar la presencia de herraduras ni de campanas de iglesia ni de agua corriente —se acercó a Hobden que retrocedía desde el horno—. ¿Te acuerdas de las grandes inundaciones de Robertsbridge que ahogaron a aquel marinero en la mitad de una calle?

—Lo recuerdo muy bien.

Hobden se sentó sobre los carbones que yacían junto a la trampilla del horno.

—Vaya, si me acuerdo —añadió—. Aquel año estaba cortejando a mi mujer en los pantanos. Para *miss* Plum, yo era entonces Carter y cobraba diez chelines semanales. Mi mujer era oriunda de los pantanos.

—Maravilloso lugar los pantanos de Romney…, muy apropiado para todo lo extraño —dijo Tom Shoesmith—. He oído decir que el mundo se divide en Europa, *Aisia*, África, América, Australia**[142]** y los pantanos de Romney.

—La gente de los pantanos así lo cree —afirmó Hobden—. Me costó lo indecible conseguir que mi mujer se aviniese a dejarlos.

—¿De dónde la sacaste? Lo he olvidado, Ralph.

—De debajo de la muralla de Dymchurch —contestó Hobden con una patata en la mano.

—Entonces, ¿tenía el don de la magia negra o el de la magia blanca?

—El de la magia blanca —replicó Hobden, abriendo la patata y comiéndosela con el cuidado de los hombres acostumbrados a tomar sus comidas al viento y al aire libre—. Después de vivir una temporada en el Weald**[143]** comenzó a mostrarse razonable. Pero durante nuestros primeros veinte o veintidós años se comportó con una rareza sin límites. Tenía una habilidad prodigiosa para tratar con las abejas.

Cortó otro pequeño pedazo de patata y lo lanzó fuera, más allá de la puerta.

—Ya. He oído decir que los que poseen dotes para la magia blanca pueden ver más cosas que nadie en una rueda de molino —dijo Shoesmith—. ¿Ella podía?

—No. Carecía del más mínimo atisbo de nigromancia —respondió Hobden—. Sólo podía leer el futuro, deducir significaciones en el vuelo de los pájaros, premoniciones en las estrellas fugaces, en las colmenas de las abejas y cosas por el estilo. Ah, y permanecía despierta en la cama, en espera de llamadas… Eso decía.

—Eso no prueba nada —aseguró Tom—. Toda la gente de los pantanos se ha dedicado al contrabando desde que existe. Llevaría en la sangre ese anhelo de escuchar las confidencias de la noche.

—Naturalmente —replicó el viejo Hobden—. Recuerdo aún cuando había contrabando en lugares más cercanos a nosotros que los pantanos. Pero eso no era problema para mi mujer. Lo grave fueron unas palabras estúpidas que pronunció contra… —bajó el tono de su voz—, contra los fariseos.

—Sí, ya he oído decir que los habitantes de los pantanos creen en ellos.

Tom miró abiertamente a los ojos atónitos de los niños, sentados junto a Bess.

—¿Fariseos? —exclamó Una—. ¿Hadas…? Oh, comprendo[144].

—Gentes de las colinas —terció el chico de las colmenas, lanzando la mitad de su patata por la puerta.

—Ahí le tienes —dijo Hobden, señalándole con el dedo—. El chico tiene sus mismos ojos, su sentido de la «exterioridad». Así era como ella lo llamaba.

—¿Y qué te parecía a ti todo eso?

—Hum…, hum… —murmuró Hobden—. Un hombre como yo, tan familiarizado con los campos y los árboles en plena noche, no se desvía nunca de su camino, a menos que le obliguen a ello los guardabosques.

—Pero, dejando eso aparte —preguntó Tom, con adulación—, ¿crees o acaso…? Acabo de verte tirar el mejor pedazo fuera.

—En aquel trozo de patata había una gran mancha negra —contestó Hobden, molesto.

—Mis ojos no la vieron, entonces. Parecía como si quisieras dar a entender que alguien podía necesitarla. Pero dejemos también eso a un lado. ¿Crees o acaso…?

—No digo nada, porque jamás he visto ni he oído nada. Pero si quieres decir que en la noche hay algo más que hombres, pieles de animal, plumas de ave o aletas de pez, bajo las arboledas, dudo de que me atreviese a llamarte mentiroso. Ahora puedes seguir insistiendo, si quieres. Tom, ¿tú qué dices?

—Lo mismo que tú, no digo nada. Pero voy a contarte una historia que puedes interpretar como mejor te plazca.

—Alguna otra tontería —gruñó Hobden, llenando su pipa.

—La gente de los pantanos la titula *Los emigrados de Dymchurch* —respondió Tom, lentamente—. Quizás la hayas oído ya.

—Mi mujer me la contó docenas de veces. No sé si al final acabé por creérmela…, es posible…, a veces.

Hobden caminó por la habitación mientras hablaba y encendió su pipa en la llama amarilla del fanal. Tom permaneció sentado donde estaba, entre el carbón, con uno de sus enormes codos apoyado en una de sus poderosas rodillas.

—¿Has estado alguna vez en los pantanos? —preguntó a Dan.

—No he pasado de Rye.

—Ah, eso es donde apenas comienzan. Más allá de esa población hay espadañas que se elevan al cielo en las iglesias y mujeres videntes sentadas a sus puertas y el mar invade la tierra y bandadas de patos salvajes ocupan los diques —quería decir, las charcas—. Todo el pantano está lleno de diques y de presas y de aliviaderos y de compuertas para graduar las mareas y se las oye regurgitar y crujir cuando la pleamar da contra ellas y se distingue el rumor del mar a izquierda y a derecha y a todo lo largo de la muralla. ¿Os habéis fijado lo llano que es el marjal? Parece que tiene que resultar fácil atravesarlo de punta a punta. Ah, pero los diques y los aliviaderos tuercen y contorsionan los caminos, enmarañándolos como un hilo en la rueca de una bruja, de modo que uno se pierde en pleno día.

—Eso sucede porque drenan el agua de los diques —observó Hobden—. Cuando yo cortejaba a mi mujer, verdeaban los juncos. ¡Ya lo creo! Verdecían los juncos y el gran verdugo de los pantanos cabalgaba arriba y abajo, con mayor libertad que una rana.

—¿Quién era? —preguntó Dan.

—La fiebre, la peste de los pantanos. Una o dos veces me agarró por el hombro y me hizo temblar durante una temporada. Pero ahora, con el drenaje de las aguas, las fiebres han desaparecido. Por allí cuentan ahora el chiste de que el verdugo de los pantanos se ha roto el cuello contra un dique. También es un lugar excelente para las abejas y los patos.

—Y viejo —añadió Tom—. Carne y sangre lo han poblado desde los tiempos anteriores a la eternidad. Cuando los hombres de los pantanos hablan entre sí, afirman que desde tiempos anteriores a la eternidad los fariseos favorecieron a aquella región antes que al resto de Inglaterra. Y no creo que nadie lo sepa mejor que ellos. Han estado saliendo de padres a hijos por la noche, contrabandeando esto y aquello, desde que empezó a crecer la lana en los lomos de las ovejas. Dicen que aún se pueden ver en los pantanos a algunos fariseos despistados. Eran rápidos como conejos. Bailaban en los caminos desnudos, a la huérfana luz del día, y sus pequeños farolillos lanzaban resplandores verdes sobre los diques, mientras iban y venían en ejercicio de su noble profesión de contrabandistas. Sí, a veces llegaban hasta a

cerrar la puerta de la iglesia en las mismas narices del cura y del alguacil de los domingos.

—Yo siempre dije a mi mujer que en los pantanos seguirá habiendo contrabandistas de encajes y de coñac, hasta que puedan ejercitar su profesión fuera de ellos —dijo Hobden.

—Por aquel entonces apuesto que no debió creerte, aunque estuviese dotada para la magia blanca. Los pantanos fueron un lugar maravillosamente elegido por los fariseos, hasta que el padre de la reina Bess[145] subió al poder con su reformatismo[146].

—Eso debió ser algo similar a una ley parlamentaria, ¿no? —observó Hobden.

—Desde luego. En la vieja Inglaterra no se puede hacer nada sin una ley parlamentaria, sin fianzas y sin citaciones. Al tener la ley que lo amparaba, dicen, el padre de la reina Bess hizo un uso vergonzoso de las iglesias de la parroquia. Realizó limpieza de sus interiores a no sé cuántas de ellas[147]. Algunos ingleses le apoyaron; pero otros veían la cuestión de distinta manera y acabaron por tomar partido y comenzaron a quemarse las tierras unos a otros, en defensa de la idea que prevalecía con mayor fuerza en cada momento. Eso horrorizó a los fariseos, porque la buena armonía entre los de carne y sangre es comida y bebida para ellos y la malquerencia es veneno[148].

—Igual que las abejas —dijo el chico de las colmenas—. Las abejas no se detienen nunca donde hay odio.

—Cierto —siguió Tom—. Los reformatistas aterrorizaron a los fariseos, como los segadores que recogen el último brazado de trigo aterrorizan a los conejos. Acudieron a una reunión desde todos los confines de los pantanos y dijeron: «Sea bueno o malo, tenemos que emigrar de aquí, porque la madre Inglaterra ha acabado con nosotros y supone que somos imágenes.»

—¿Compartían todos la misma opinión? —inquirió Hobden.

—Todos menos un pájaro petirrojo. No sé si habrás oído hablar de él. ¿De qué te ríes? —Tom se dirigió a Dan—. Los fariseos no eran partidarios de confiar nada al petirrojo, porque gustaba de mezclarse demasiado con la gente. Pero sabían que no abandonaría nunca jamás la vieja Inglaterra, por descontado. Así pues, fue enviado como mensajero a pedir ayuda a los de carne y sangre. Pero éstos sólo pensaban en sus propios intereses y el petirrojo nada pudo obtener de ellos. Creían que era un simple eco de las mareas en los pantanos.

—¿Qué querían…, qué querían las had…, los fariseos? —preguntó Una.

—Una nave, sin duda. Sus pequeñas alas se cansaban como las de las mariposas y no podían cruzar el Canal. Y ellos lo que deseaban era una nave con su tripulación que pudiera llevarlos a Francia, donde, al menos por aquel entonces, no habían destruido las imágenes. No pudieron evitar oír las crueles campanas de Canterbury, pidiendo a Bulverhite[149] más hombres y mujeres desgraciados para ser quemados en la hoguera ni la presencia del altivo mensajero del rey que cabalgaba por todo el territorio ordenando que se destrozasen las imágenes. Tampoco les fue posible obtener el barco y su tripulación para emigrar sin la autorización y los buenos deseos de los de carne y sangre. Y los de carne y sangre iban y venían por el reino ocupados en sus asuntos, mientras los pantanos se llenaban y llenaban de fariseos, procedentes de toda Inglaterra, que deseaban por todos los medios una aproximación a los de carne y sangre para que comprendiesen sus perentorias necesidades… Ignoro si habéis oído decir que los fariseos son como las gallinas.

—Sí, mi mujer solía decirlo —observó Hobden, cruzando sus brazos tostados por el sol.

—Lo son. Si se persigue a muchas gallinas juntas, la tierra se marea, uno cae sentado sobre sus talones y ellas pueden perderse y morir. Del mismo modo, si se reúne a una multitud de fariseos en el mismo lugar, no es que puedan morir, pero los de carne y sangre que anden entre ellos pueden enfermar y morir, consumidos en su paciencia. Los fariseos no pretenden que tal cosa ocurra y los de carne y sangre lo ignoran, pero tal fue la verdad, según he oído. Los fariseos, asustados y malolientes, no cejaban en su intento de que sus súplicas fuesen atendidas y naturalmente cambiaron de actitud frente a los de carne y sangre, mostrándose menos activos. Cayeron sobre los pantanos como un trueno. Desde sus ventanas, los hombres vieron en la noche a sus iglesias envueltas en las llamas del fogonazo; vieron cómo se esparcía su ganado, cegado por el terror; a sus ovejas desmandarse sin que nadie las condujera; a sus caballos recubiertos de espuma sudorosa sin que nadie los montara; y distinguieron con más nitidez que nunca las pequeñas luces verdes colocadas sobre los diques; oyeron con impensada intensidad el rumor de pies arrastrándose alrededor de sus casas; y noche y día, día y noche, se sentían espiados y seguidos por alguien o algo que en su terror no acertaban a dar forma. ¡Oh, con qué angustia sudaban! Hombre y muchacha, mujer y niño, se mostraban incapaces de actuar conforme a su condición de seres humanos, mientras los pantanos se llenaban de fariseos. Pero ellos eran los de carne y sangre y, sobre todo, hombres de los pantanos. Comprendieron que aquellos

signos misteriosos significaban una maldición para sus lugares. Temieron que el mar chocase con violencia contra la muralla de Dymchurch y que muriesen todos ahogados, como había ocurrido en el antiguo Winchelsea. Pensaron que estaba llegando una peste. Intentaron averiguar en los mares, en las nubes (y aun más arriba) la significación de lo que sucedía, pero nunca se les ocurrió mirar a su alrededor, a ras de suelo, precisamente donde nada parecía suceder. En Dymchurch, junto a la muralla, vivía una viuda pobre que a falta de marido y de bienes disponía de más tiempo para sentir y predecir; y presintió que más allá de la puerta de su casa se estaba produciendo un hecho de mayor trascendencia y gravedad que todo lo que ella había padecido antes; tenía dos hijos, uno ciego de nacimiento y el otro mudo por haber caído desde lo alto de la muralla cuando era pequeño. Ambos eran ya hombres hechos y derechos, pero no ganaban ni un céntimo. Ella trabajaba para ambos cuidando de una colmena y contestaba a preguntas.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirió Dan.

—Por ejemplo, dónde se habían perdido o se podían encontrar las cosas; o cómo había que tratar a un cuello de niño torcido; o cómo reconciliar a unos novios enfadados. Presintió la catástrofe sobre los pantanos, como las águilas sienten los truenos. Era una mujer adivina.

—Mi mujer también tenía una maravillosa facultad para predecir el tiempo —dijo Hobden—. Yo vi con frecuencia cómo sus cabellos chispeaban cuando estaba una tempestad, como un yunque golpeado. Pero nunca se dedicó a contestar preguntas.

—Esta mujer era una buscadora y con frecuencia el que busca encuentra. Una noche, cuando estaba ya acostada, con fiebre y dolorida, la asaltó un sueño, que llamó a su ventana, y le dijo: «Viuda Whitgift[150], viuda Whitgift.» Al principio, debido a la presencia de las alas y a los trinos del sueño, creyó que se trataba de magia negra; pero en seguida se levantó, se vistió, abrió la puerta que daba al pantano y pudo sentir en su alma la calamidad y los lamentos que la rodeaban, tan fuertes como una peste o una fiebre. Exclamó: «¿Quién es? ¿Qué ocurre?» Primero fue como si todas las ranas de los pantanos la mirasen furtivamente; después, como si los carrizos de los diques se golpeasen entre sí; por fin, como si la gran ola de la marea se estrellase contra la muralla, impidiéndole oír normalmente. Conjuró tres veces a la gran ola y la marea la ignoró. Pero aprovechó un silencio instantáneo entre el estruendo y gritó con fuerza: «¿Qué calamidad que he venido sintiendo en lo más hondo del corazón y que se erguía dentro de mí con mi cuerpo durante este último mes ha caído sobre los pantanos?» Sintió que una

pequeña mano le tocaba el borde del vestido y se agachó para cogerla. —Tom Shoesmith abrió su pesado puño ante el fuego y sonrió antes de continuar—: «¿Ahogará el mar a los pantanos?», preguntó ella, porque ante todo era una mujer de aquellas tierras. «No —replicó la tímida voz—. Duerme profundamente y no te preocupes.» Dio media vuelta, dispuesta a entrar de nuevo en casa, cuando las delicadas voces alzaron de nuevo el penoso alarido. Se volvió y dijo: «Si no se trata de una calamidad para la carne y la sangre, ¿qué puedo hacer?» Los fariseos comenzaron a gritar desde todas partes que les proporcionara una nave para ir a Francia y no regresar nunca más. «Hay un barco en la muralla —dijo ella—. Pero no puedo arrastrarlo hasta el mar ni hacerlo navegar cuando esté allí.» «Déjanos a tus hijos —pidieron los fariseos, a coro—. Dales permiso y tu bendición para que nos gobiernen la nave, madre, oh madre.» «Uno es mudo y el otro ciego —contestó ella—. Aunque no por eso menos queridos por mí. Los perdería en un mar agitado.» Las voces parecieron atravesarle en aquel momento y distinguió entre ellas las de los niños. Se resistió todo lo que le fue posible, pero no pudo aguantar aquella presión. Dijo: «Si podéis llevar a mis hijos a vuestro trabajo, yo no lo impediré. No podéis pedir más a una madre.» Ella vio bailar y agitarse a las pequeñas luces verdes hasta sentirse mareada; oyó cómo miles y miles de ellos arrastraban sus diminutos pies; distinguió el sonido de las crueles campanas de Canterbury, llamando a Bulverhithe, y el rugir de la ola de la marea contra la muralla. Todo esto sucedía mientras los fariseos le preparaban un sueño en el que sus hijos despertaban; ella se mordisqueaba los dedos, y de pronto vio a los dos hijos que había llevado en las entrañas pasar junto a ella y salir sin decir palabra. Los siguió llorando amargamente hasta la vieja nave que había en la muralla y contempló cómo la cogían entre todos y la arrastraban hasta el mar. Cuando colocaron el palo y la vela, el hijo ciego habló: «Madre, estamos esperando tu permiso y tu bendición para llevarlos a su destino.»

Tom Shoesmith inclinó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos:

—¡Dios mío…! —dijo—. Qué valiente y decidida era aquella viuda Whitgift… Permaneció en silencio, arrollándose en los dedos las puntas de sus largos cabellos, temblando de vez en vez como un álamo mientras tomaba su decisión final. Los fariseos que la rodeaban hicieron callar a su hijo y esperaron inmóviles y en silencio. No podían prescindir de su autorización y de su bendición, porque era la madre. La viuda Whitgift se estremeció como si fuese un áspid: «Marchad —dijo—, idos todos con mi autorización y mis buenos deseos». Entonces miré (dicen que tuvo que retroceder y ofrecer

resistencia como si estuviese caminando sobre un mar con resaca, porque la totalidad de los fariseos se le adelantaron) hacia la playa y yo vi el barco y no sé cuántos y cuántos de ellos, con sus mujeres, sus hijos y sus equipajes, disponiéndose a huir de la cruel Inglaterra. Se podía oír el sonido de plata en los pequeños bultos que se amontonaban sobre las cuadernas de la bodega y el de las diminutas espadas y escudos que chocaban entre sí y el arañar de uñas y dedos contra el casco de la nave en su intento por subir a bordo, cuando, súbitamente, los dos hijos levaron anclas e hicieron navegar a la nave, hundida hasta su línea de flotación. La viuda sólo pudo distinguir a sus hijos moviéndose con dificultad entre aquella multitud para coger una polea. Izaron la vela y desaparecieron con la mar lamiendo las amuras, como si se tratara de una barcaza de Rye, más allá de las brumas de la costa. Entonces la viuda Withgift se sentó y alivió con llanto su pena hasta el amanecer.

—Nunca había oído decir que se había quedado completamente sola —dijo Hobden.

—Ahora recuerdo… El petirrojo se quedó con ella, según dicen. Pero estaba demasiado dolorida para oír sus promesas.

—Ah, debió haber calculado los riesgos de antemano. Siempre se lo dije así a mi mujer —exclamó Hobden.

—No, ella dejó ir a sus hijos en ofrenda de amor, al darse cuenta de que la calamidad se cernía sobre los pantanos y con la desinteresada intención de paliarla en lo posible —Tom rió con dulzura—. Eso es lo que hizo. ¡Sí, lo hizo! Desde Hithe a Bulverhithe, todo hombre y muchacha acongojados, toda mujer o niña desconsolados se beneficiaron de aquel súbito cambio de aires que se produjo tan pronto como los fariseos emigraron. La gente reapareció fresca y alegre en toda la extensión del pantano, como lo hacen los caracoles después de la lluvia. Y todo ello mientras la viuda Withgift permanecía sentada en la muralla, lamentándose. Podía habernos creído, podía haber confiado en que sus hijos volverían. Se volvió loca de alegría cuando, a los tres días, la nave regresó.

—Con sus dos hijos completamente curados, ¿no? —aventuró Una.

—No-o, eso hubiese sido antinatural. Llegaron a casa como se habían ido. El ciego no había visto nada de lo sucedido y el mudo, como es lógico, no pudo contar nada de lo que había visto. Imagino que fue por eso por lo que los fariseos les eligieron para realizar la travesía.

—Pero…, ¿qué dijiste…? ¿Qué le prometió el petirrojo a la viuda? —preguntó Dan.

—¿Qué le prometió? —Tom fingió pensar—. ¿No era tu mujer una Whitgift, Ralph? ¿No te lo dijo nunca?

—Me contó un montón de tonterías cuando éste nació. —Hobden señaló a su hijo—. Siempre tiene que haber alguien que pueda ver más cosas en una rueda de molino que el resto de los mortales.

—Yo, ése soy yo —dijo el chico de las colmenas, entre las risas de los demás.

—Ya lo tengo —exclamó Tom, golpeándose la rodilla—. El petirrojo prometió que mientras perdure la sangre de los Whitgift, siempre habrá alguien en la familia contra el cual las calamidades no prevalecerán, ni se verá jamás acosado por las penas ni por los miedos nocturnales, ni dañado por el terror, ni inducido al pecado por la desgracia, ni engañado por ninguna mujer.

—Estupendo, ¿no es exactamente ése mi retrato? —preguntó el chico de las colmenas, desde el lugar en que se sentaba, un rectángulo plateado por la luna de septiembre que penetraba por la puerta del horno.

—Esas mismas palabras fueron las que mi mujer dijo al descubrir que él no era como los otros —aceptó Hobden.

—¡Ah…! ¿Crees que en mi cabeza no hay más que pelo? —preguntó Tom, riendo y estirándose de nuevo—. Después de que lleve a estos dos jovencitos a su casa, pasaremos la noche contando historias, como en los viejos tiempos, ¿de acuerdo, Ralph? ¿Dónde vivís? —preguntó a Dan, con seriedad—. ¿Crees que tu padre me invitará a una copa por acompañaros hasta allí, señorita?

Los niños se echaron a reír de tal modo que creyeron conveniente salir fuera. Tom los levantó a los dos, sentó a cada uno de ellos en un hombro y caminaron a través de los prados y los helechos en los que las tres vacas exhalaban su aliento lechoso a la luz de la luna.

—Oh, Puck, Puck, te comprendí perfectamente cuando nos hablaste acerca de la sal. ¿Cómo pudieste hacerlo? —exclamó Una con alegría, oscilando sobre el hombro de Tom.

—Hacer, ¿qué? —preguntó Puck, subido en el portillo del vallado, junto al esbelto roble.

—Pretender parecerte a Tom Shoesmith —terció Dan.

Y ambos tuvieron que agacharse para eludir el ramaje de los dos pequeños alisos que crecían junto al puente que cruzaba el río.

—Sí, ése es mi nombre, señorito Dan —afirmó el hombre, mientras corría por el silencioso y rutilante prado en el que se podía distinguir a un conejo sentado en las cercanías del campo de «croquet»[151].

—Ya hemos llegado.

Penetró en el jardín de la cocina y los bajó de sus hombros, al tiempo que Ellen comenzaba a formular preguntas.

—Estoy ayudando en el horno de la señora Spay —le dijo—. No, no soy un forastero. Conozco estas tierras desde antes de que su madre naciera; y… sí, trabajar en el horno reseca la garganta, señorita. Muchas gracias.

Ellen fue a buscar un vaso y los niños entraron, una vez más bajo el hechizo del roble, del fresno y del espino.

UNA CANCIÓN PARA TRES LUGARES

Estoy enamorado de los tres:
el Weald, el Marsh y del Down con sus prados[152].
¿Cuál de los tres es mi preferido?
Oh, Weald, oh Marsh, oh, blanco acantilado…

Yace mi corazón en verde altura,
entre las frondas de un pequeño hondero.
Oh, lúpulo amarillo, humo, espesura,
guardádmelo leal y verdadero.

A la yerba del Down prometo amar,
donde el águila quiebra eternal calma.
¡Velas de Firle y Ditchling[153]*, bravo mar,*
que seáis vosotras guardas de mi alma!

Capítulo X

El tesoro y la ley

LA CANCIÓN DEL RIO QUINTO[154]

Cuando los cuatro grandes ríos[155]
manaron junto al árbol del Edén,
cada cual se le asignó a un hombre
para que lo administrara bien.

Pero después que fueron designados
(así lo cuenta la vieja leyenda),
surgió en la noche un Israel airado,
pidiendo un río en que aliviar su tierra.

Y dijo Aquél que es justo sobre todo:
«Lanzad sobre los campos y desiertos
un buen puñado de amarillo polvo
y un quinto río surgirá al momento,
como los otros y aún más caudaloso
que guarda hoy la tierra hecho secreto.
Y ese secreto eterno y rumoroso,
será por siempre tuyo y de tu pueblo».

Y así fue dicho y hecha la promesa
y de las venas mismas de la tierra,
alimentado por miles de arroyos
que hacen posibles mercados y fiestas
y minan el rigor del poderoso,
nacía el quinto río silencioso:
y fue, como se había ya anunciado,
río escondido por el sol dorado.

De su cetro se despojó Israel
y sin corona sentóse a contemplar
en las orillas de aquel mismo mar,
de hondos abismos y lustrosa piel,
que oculto así entre montaña y tierra
pasó enterrado una estación entera,
por razones que nadie comprendiera,
a excepción del pueblo de Israel.

Del postrer río es señor y dueño,

el quinto, de muy preciosa orilla,
que hace bajar sus aguas con estruendo
y en la sangre su voz lleva metida.
Y puede predecir si habrá sequía,
pues sabe cuántas fuentes del desierto,
tres mil leguas al sur, quedan sin vida;
y puede predecir que habrá crecida,
que también sabe de nieves eternas
sobre las extendidas cordilleras
del norte, a mucho más de dos mil leguas.
De las sequías el rastro olfatea
y, de igual modo, el temporal deshecho
y sabe bien cómo sacar provecho
del rigor que a tal extremo llega.

Un príncipe sin espada,
un emperador sin trono,
Israel sigue su marcha;
exiliado en muchas tierras
y en otros sitios, señor,
mas en ninguno aborigen.

Pero el quinto río, fiel,
el secreto de su origen,
guarda sólo para Israel,
como las leyes exigen.

El Tesoro y la ley

Era la tercera semana de noviembre y los bosques se llenaban con el estruendo de los disparos contra los faisanes. Nadie solía cazar en aquellos escarpados y angostos contornos, excepto los sabuesos del pueblo que, con gran frecuencia, escapaban de sus perreras para tomarse un día libre. Dan y Una encontraron un par de ellos persiguiendo por el jardín de la cocina al gato del lavadero. Pero aquellas pequeñas bestias disfrutaban aún más con la caza del conejo y los niños los obligaron a correr a lo largo de las praderas del riachuelo, hasta llegar al patio de la pequeña granja de los Lindens; allí la vieja cochina les rechazó y les hizo huir hacia la hondonada de la cantera, donde levantaron a una zorra. El acosado animal se dirigió hacia el bosque lejano y allí sembraron la alarma entre los faisanes que se refugiaban de la gran batida de ojeadores que atravesaba el valle.

—Por nada del mundo me gustaría ser un faisán durante el mes de noviembre —dijo Dan, falto de aliento, mientras agarraba a *Folly* por el cuello—. ¿Por qué te ríes de ese modo tan horrible?

—No me reía —contestó Una, sentándose sobre la maternal y gruesa *Flora*—. Fíjate, esos estúpidos pájaros regresan a sus bosques en vez de dirigirse a los nuestros, donde estarían a salvo.

—A salvo, hasta que te apeteciese a ti matarlos a tiros.

Un hombre tan alto que parecía un gigante avanzó hacia ellos desde detrás de unos matojos de acebo, junto a Volaterrae. Los niños se sobresaltaron y los animales se agacharon para olisquear, en actitud de perros cazadores. El hombre llevaba una larga toga que arrastraba a sus espaldas, de tejido oscuro y grueso, ribeteada y forrada con una piel amarillenta. Dirigió a los niños un saludo, doblando la cintura e inclinando la cabeza, que les hizo sentirse, a un tiempo, divertidos y avergonzados. Después los observó con fijeza y ellos le sostuvieron la mirada sin vacilación y sin miedo.

—¿No estáis asustados? —preguntó, llevándose una mano a su espléndida barba gris—. ¿No teméis a los hombres de allá abajo? —indicó con la cabeza hacia el incesante pop-pop de las escopetas en los bosques—. Pueden haceros daño.

—Bue… no… —a Dan le gustaba expresarse con exactitud, sobre todo, cuando sentía timidez—. El viejo Hobden, un amigo mío, me dijo que uno de

los ojeadores recibió la semana pasada una perdigonada, le dieron en una pierna, quiero decir. El señor Meyer disparó a un conejo, ¿comprende? Después entregó a Waxy Garnett un talego (un soberano de oro, quiero decir), y Waxy le contó a Hobden que por la mitad hubiese aceptado recibir la carga de los dos cañones.

—No te ha entendido —dijo Una, al observar el rostro pálido y preocupado del hombre—. Oh, quisiera…

Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando Puck apareció entre las matas del acebo y se puso a hablar rápidamente con el hombre en un idioma extranjero. Puck llevaba también una larga capa —la tarde anterior había caído ya una helada—, que cambiaba totalmente su aspecto.

—No, no —dijo, al fin—. No has entendido al chico. Un campesino resultó herido sin importancia durante la cacería. Fue un simple accidente.

—Conozco esa clase de accidentes. ¿Qué hizo su señor? ¿Reírse y pisotearle con su caballo? —preguntó el hombre con desprecio.

—Fue uno de los tuyos quien lo hirió, Kadmiel —los ojos de Puck brillaron con malicia—. Así que dio al campesino una moneda de oro y no se habló más del asunto.

—¿Un judío derrama sangre de un cristiano y no se habla más del asunto? —exclamó Kadmiel—. No es posible. ¿Cuándo le torturaron?

—Nadie puede ser encarcelado ni multado ni condenado a muerte, si no ha sido juzgado por los pares**[156]** del reino —insistió Puck—. Sólo hay una ley en la vieja Inglaterra que se aplica tanto a judíos como a cristianos; es la ley que se firmó en Runny mede**[157]**.

—¡Toma…! Ésa fue la Carta Magna —murmuró Dan. Era una de las pocas fechas históricas que podía recordar.

Kadmiel se volvió hacia él con un giro sonoro de la gran toga que olía a extrañas especias.

—¿Qué sabes tú de eso, pequeño? —preguntó, levantando sus manos con sorpresa.

—Sí —replicó Dan con firmeza:

> *La Carta Magna fue firmada por John*
> *sobre la que Henry III puso su talón…***[158]**

y el viejo Hobden afirma que si no hubiese sido por *ella* (a todo el mundo llama ella, ¿comprendes?) los guardianes le hubiesen tenido encerrado todo el año en la cárcel de Lewes.

Puck tradujo estas palabras para Kadmiel, en su extraño y solemne idioma. Al final, Kadmiel rió.

—A veces, aprendemos por boca de los niños —dijo—. Pero ahora cuéntame, y si lo haces no te llamaré niño sino rabino, por qué el rey firmó el pergamino de la nueva ley, en Runnymede, teniendo en cuenta que el rey era él.

Dan volvió la mirada hacia su hermana. Era su turno.

—Porque no tenía otro remedio —dijo Una, con voz queda—. Los barones le obligaron.

—No —replicó Kadmiel—. Vosotros, los cristianos, siempre olvidáis que el oro es más eficaz que la espada. Nuestro buen rey firmó porque ya no podía obtener más dinero de nosotros, los malditos judíos —se encogió de hombros mientras hablaba—. Un rey sin oro es como una serpiente con el espinazo roto —su nariz se elevó con desdén y frunció el ceño—, y es una buena acción destrozar el espinazo a una serpiente. Ése fue mi trabajo —exclamó con satisfacción, mirando a Puck—. ¡El alma de este mundo es testigo de que fue obra mía!

Alzó como una torre su cuerpo gigantesco y sus palabras sonaron como trompetazos. Su voz cambiaba de tono como un ópalo cambia de color, y, a veces, era profunda y atronadora y en otras ocasiones, quejumbrosa y tenue. Pero siempre inducía a escuchar con atención.

—Hay mucha gente que puede testimoniar lo que dices —contestó Puck —. Explica a estos niños cómo lo hiciste. Pero ten presente que ellos no saben aún qué es la duda y el miedo.

—Me di cuenta de ello con sólo mirarles a la cara —contestó Kadmiel—. Sin embargo, estoy seguro de que les han enseñado a escupir a los judíos.

—¿De verdad? —preguntó Dan, que parecía muy interesado en el tema—. ¿Dónde?

Puck retrocedió un paso y rió.

—Kadmiel se refiere a los tiempos del rey John —explicó—. Entonces se trataba mal a la gente de su raza.

—Oh, eso ya lo sabemos —contestaron los niños.

Fue una falta de educación por su parte que no pudieron evitar: miraron con descaro a la boca de Kadmiel para comprobar si sus dientes estaban completos. En su memoria había quedado grabada la lección sobre el rey John y su costumbre de arrancar los dientes a los judíos para obligarlos a que le prestasen dinero.

Kadmiel interpretó aquella mirada y sonrió con amargura.

—No, vuestro rey no llegó a arrancarme los dientes. Creo, por el contrario, que fui yo quien se los arrancó a él. Escuchad, yo no nací entre cristianos, sino entre moros (en España), en un pueblo pequeño y blanco, al pie de una montaña. Sí, los moros son crueles pero, al menos los que son sabios, se atreven a pensar. Al nacer me profetizaron que sería un legislador de un pueblo de idioma desconocido y difícil. Nosotros, los judíos, siempre estamos esperando la llegada de príncipes y de legisladores. ¿Por qué no? Mis conciudadanos (éramos muy pocos), me consideraron, ya de niño, como un ser aparte, como un futuro profeta, el elegido entre los elegidos. Los judíos soñamos tantos sueños… Jamás hubieseis podido creerlo después de ver cómo rebuscábamos entre los montones de basura de nuestro barrio; pero al caer el día (ya en casa y con las velas encendidas), oh, entonces volvíamos a ser los elegidos.

Paseó arriba y abajo por el bosque mientras hablaba. El estruendo de las escopetas no cesaba y los perros, de vez en cuando, gimoteaban un poco, sin dejar de yacer sobre las hojas secas.

—Yo era un príncipe. Sí, pensad en un pequeño príncipe que nunca había oído una mala palabra en su casa, en manos de unos rabinos barbudos y gritones que le tiraban de las orejas y le pellizcaban la nariz para que aprendiera…, aprendiera…, aprendiera a ser rey. Él, aquel pequeño príncipe, rey… Con un ojo observaba la perfección con que los niños mozos tiraban piedras y con el otro escudriñaba las calles, en busca de mi reino. Sí, y le enseñaron a llorar en silencio cuando le perseguían arriba y abajo por aquellas calles. Se acostumbró a hacerlo todo silenciosamente. Cuando la gran vela era encendida, jugaba debajo de la mesa de su padre y escuchaba, como suelen hacer todos los niños, lo que hablaban los amigos de su progenitor, que le acompañaban en la velada. Venían de más allá de las montañas, desde los confines del mundo, porque mi padre era su consejero.



Hasta mi casa llegaban hombres que estaban peleando en el ejército de Sala-ud-Din[159]; desde Roma, desde Venecia, desde Inglaterra. Se deslizaban por nuestra callejuela, golpeaban nuestra puerta con la señal convenida, se despojaban de sus ropas destrozadas, se arreglaban y comenzaban a hablar con mi padre, ante una jarra de vino. En todo el mundo los paganos luchaban entre sí. Traían noticias de aquellas guerras y mientras jugaba debajo de la mesa, mi pequeño príncipe oía a aquellos hombres harapientos decidir, por su cuenta y riesgo, cómo, cuándo y durante cuánto tiempo un rey declararía la guerra a otro, y qué pueblo se levantaría en armas contra otro pueblo. ¿Por qué no? No puede haber guerras sin oro y los judíos sabemos siempre que el dinero de la tierra cambia y varía como las estaciones, con las cosechas y con los vientos, en ciclos y curvas, en subidas y descensos, igual que un río subterráneo y maravilloso. ¿Qué podían saber de todo aquello reyes estúpidos que sólo se dedicaban a luchar, a robar y a matar?

La expresión de los niños demostraba que tampoco ellos sabían nada. Seguían con los ojos abiertos de par en par las idas y venidas de aquel anciano de gran zancada. Kadmiel se acomodó la toga sobre sus hombros y, por unos instantes, les cegó el brillo de una placa de oro con joyas engastadas que llevaba en el forro de piel, como si se tratara de un resplandor de estrellas sobre nieve caída y volandera.

—No importa —dijo—. Pero creedme. Mi príncipe se dio cuenta de que no sólo una vez, sino muchas, una paz o una guerra se decidían a cambio de una entrega de dinero por parte de un judío de Bury[160] o de una judía de Alejandría, en la propia casa de mi padre cuando se encendía la gran vela. Tal era el poder que ejercíamos los judíos sobre los gentiles. ¡Ah, mi pobre príncipe…! ¿Es acaso extraño que aprendiese con rapidez tales técnicas? ¿Por qué no iba a hacerlo? —murmuró para sí mismo, sin dejar de pasear.

—Mi oficio era el de medico. Cuando acabé mi aprendizaje en España, marché hacia el Este, a la busca de un reino. ¿Por qué no? Los judíos somos libres como los gorriones o como los perros. El judío suele ir allí donde le persiguen. En el Este encontré bibliotecas frecuentadas por hombres que se atreven a pensar y escuelas de medicina en las que se atreven a aprender. Fui diligente en mis asuntos. En consecuencia, conocí a reyes, fui amigo de príncipes y compañero de mendigos y caminé también entre los ricos y los muertos. Pero no obtuve provecho alguno de todo ello ni tampoco encontré mi reino. Así, pues, en el décimo año de mis viajes, cuando había llegado hasta el mar del lejano oriente, decidí regresar a casa de mi padre. Dios había guardado a mi gente de forma maravillosa. Ninguno de ellos había sido

asesinado ni siquiera herido y sólo unos pocos azotados. Me convertí de nuevo en un hijo en casa de su padre. De nuevo la gran vela estaba encendida; de nuevo gentes mal vestidas llamaban a nuestra puerta, una vez caída la noche; y de nuevo les oí negociar la guerra o la paz, a la vez que consideraban como suficiente o insuficiente el oro que reposaba en la mesa. Yo no era rico, al menos no todo lo que era necesario serlo. Por eso, cuando los que discutían ostentaban el poder o disponían de dinero a título personal, yo me sentaba en la sombra. ¿Por qué no? Sin embargo, durante mis viajes había aprendido una cosa incuestionable: que un rey sin dinero es como una lanza sin punta. No puede hacer mucho daño. En consecuencia, pregunté a Elias de Bury, un gran hombre entre nuestro pueblo: «¿Por qué tenemos que asumir la obligación de prestar más dinero a un rey que nos oprime?» «Porque —contestó Elías— si nos negamos a hacerlo levantará a su pueblo contra nosotros y el pueblo es diez veces más cruel que un rey. Si lo dudas, ven conmigo a Bury, en Inglaterra, y vive como yo vivo.» Vi el rostro de mi madre al resplandor de la llama de la vela y contesté: «Iré contigo a Bury. Quizás esté ahí mi reino.» Así, pues, navegué con Elías hacia la negra crueldad de Bury, en Inglaterra, donde apenas había hombres ilustrados. ¿Cómo puede ser sabio el que odia? En Bury llevaba las cuentas a Elías y vi cómo los ingleses mataban a judíos, junto a la torre[161]. No, nadie osaba poner las manos sobre Elías. Prestaba dinero al rey y gozaba de la protección real. Un rey nunca quita la vida a nadie que tenga aún un poco de dinero. Ese rey, sí, el tal John, oprimía brutalmente a su pueblo porque éste no quería pagar más tributos. Sin embargo, sus tierras eran buenas y fértiles. Y si se hubiese preocupado tan sólo de darles un descanso, habría podido obtener cosechas tan abundosas con la misma facilidad que un cristiano se afeita la barba. Pero ni siquiera estaba al corriente de este elemental principio, porque Dios le había privado de todo conocimiento y había sembrado la peste, el hambre y la desesperanza entre su pueblo. En consecuencia el pueblo se revolvió contra nosotros, los judíos, porque somos los perros de todas las naciones. ¿Por qué no? Poco tiempo antes, los barones se habían levantado unánimemente contra él, en protesta por sus crueldades. No, no, los barones no amaban al pueblo, pero creían que si el rey podía castigar y destruir a la plebe, también podía acabar con ellos. Se aliaron como pueden hacerlo gatos y cerdos para matar a una serpiente. Yo llevaba las cuentas, observaba todas estas cosas y recordaba la profecía. Un numeroso grupo de barones (a la mayoría de los cuales habíamos prestado dinero), vino a vernos a Bury y, después de mucho hablar, redactaron con prisa un pergamino en el que se hacían constar las nuevas leyes que

pretendían arrancar al rey. Si juraba guardarlas, le darían a cambio algo de dinero. Era el llamado dinero de Dios que se concedía para los gastos del rey[162]. Nos mostraron el pergamino que contenían aquellas leyes recién nacidas. ¿Por qué no? Les habíamos prestado dinero. Estábamos al corriente de todas sus deliberaciones y nosotros, los judíos, nos echamos a temblar en el interior de nuestras casas de Bury —dijo levantando repetidamente las manos—. Nosotros no queríamos que nos pagasen solamente en dinero: ¡Buscábamos el poder, el poder, el poder…! Ése es nuestro Dios en la cautividad: ¡Poder para ser utilizado, ejercido! Dije a Elías: «Esas nuevas leyes son buenas. No prestes más dinero al rey. Mientras tenga medios para ello, seguirá matando a la gente.» «No —replicó Elías—. Conozco al pueblo. He prestado un poco de dinero a los barones porque, de negárselo, nos habrían torturado. Pero lo que aún me queda (que es la mayor parte), se lo daré al rey. Me ha prometido un puesto a su lado, en la corte, donde mi mujer y yo podemos estar a salvo.» «Pero si al rey le obligan a firmar las nuevas leyes —dije— habrá paz en esta tierra y nuestro comercio prosperará. Si le dejamos dinero proseguirá la lucha.» «¿Quién te ha hecho a ti legislador en Inglaterra? —preguntó Elías—. Conozco a este pueblo. ¡Deja que los perros se devoren entre sí! Prestaré al rey diez mil monedas de oro para que pueda pelear contra los barones como mejor le plazca.» «Este verano no existen en toda Inglaterra diez mil monedas de oro», dije. Yo llevaba las cuentas y conocía el movimiento de todo el oro de la tierra, ese maravilloso río subterráneo. Elías cerró las ventanas de la casa y, con las manos pegadas a su boca, me explicó que estando en cierta ocasión traficando pequeñas mercancías con un barco francés, había llegado al castillo de Pevensey…

—¡Oh! —exclamó Dan—. ¡Otra vez Pevensey! —y miró a Una que asintió con la cabeza y dio un brinco.

—Una vez allí, después de haber esparcido su mercancía a lo largo y ancho del gran vestíbulo, unos caballeros jóvenes le llevaron a una habitación del piso superior y le arrojaron al interior de un pozo abierto en uno de los muros, a cuyo fondo llegaban las mareas. Le llamaron Joseph[163] y le arrojaron antorchas encendidas sobre su húmeda cabeza. ¿Por qué?

—Claro —interrumpió Dan—. ¿No sabías que era…? —Puck alzó la mano para detenerle y Kadmiel, que no se había dado cuenta de nada, siguió:

—Cuando bajó la marea, pensó que estaba pisando una vieja armadura, pero escarbó con los pies y logró extraer varias barras de oro. Probablemente, el tesoro de algún canalla de tiempos pasados, allí escondido con el secreto garantizado por medio del puñal. Había tenido noticias antes de otros casos.

—Nosotros también —dijo Una—. Pero no era de un canalla ni mucho menos.

—Elías se llevó parte de lo encontrado y tres veces al año volvía a Pevensey, haciéndose pasar por un vendedor que daba su mercancía a bajo precio y sin obtener apenas beneficio, hasta lograr que le permitieran dormir en la habitación desocupada desde la cual, tras medir la altura del agua, descendía a tientas por el pozo para robar algunas barras. La mayor parte del tesoro estaba aún allí y, tras tanto pensar en él, llegó a considerarlo como suyo propio. Sin embargo, cuando hablamos de cómo subirlo y trasladarlo, no pudimos encontrar una solución viable. Todo eso ocurrió antes de que me llegase la palabra del Señor. Una fortaleza amurallada erigida por los normandos; en medio de ella un pozo de más de doce metros de profundidad, en cuyo fondo subía la marea y del que habían de extraerse varias cargas de oro… Un asunto desesperado. Elías lloraba. Adah, su mujer, también. Había soñado con verse entre las aburridas damas de honor en la corte de la reina cristiana, cuando el rey les concediese el puesto que les había prometido. ¿Por qué no? Había nacido en Inglaterra: era una mujer odiosa. El problema más inmediato para nosotros era que Elías, en su acendrada locura, había garantizado al rey con toda clase de seguridades que le proporcionaría más oro. De ahí que el rey en su campamento cerrase sus oídos a los barones y al pueblo; de ahí que diariamente siguiesen muriendo hombres. Adah deseaba de tal manera un lugar en la corte, que suplicó a Elías que comunicase al rey dónde estaba el tesoro para que el monarca pudiese apoderarse de él por la fuerza, quedando ellos a la expectativa de su gratitud. ¿Por qué no? Elías rehusó hacerlo porque consideraba aquel oro como suyo. Se pelearon y lloraron durante la cena y más tarde, en plena noche, llegó un tal Langton (un sacerdote apenas letrado), a pedir más dinero para los nobles. Elías y Adah se encerraron en su habitación.

Kadmiel sonrió para sí con desprecio. Los disparos cesaron en el valle y los cazadores cambiaron de lugar para su último ojeo.

—Así que fui yo y no Elías —siguió diciendo en voz tenue—, quien discutió con Langton acerca del pacto cuarenta de las nuevas leyes.

—¿En qué términos? —preguntó Puck, con rapidez—. El pacto cuarenta de la *Carta Magna* dice lo siguiente: «A nadie venderemos, rehusaremos o atrasaremos su derecho a que le sea hecha justicia».

—Es cierto. Los barones habían hecho constar, antes de esa frase, las palabras «*a ningún hombre libre*». Me costó doscientas valiosas monedas de oro eliminarlas. Langton, el cura, me comprendió: «Aunque seas judío —dijo

—, esa supresión me parece justa y, si alguna vez judíos y cristianos llegan a gozar de igualdad ante la ley en Inglaterra, tu pueblo deberá agradecértelo.» Después, se marchó furtivamente como suelen hacer los hombres que de noche tratan con Israel. Espero que emplease mi regalo en hacer mejoras en su altar. ¿Por qué no? Yo había hablado con Langton y era la clase de hombre que yo hubiese sido, si los judíos… constituyésemos un pueblo. Y sin embargo, en muchos aspectos era un niño. Oí la discusión de Elías y Adah en la habitación de arriba, convencido de que la mujer era más fuerte y que Elías acabaría contando al rey dónde estaba el oro, lo que consolidaría aún más los puntos de vista del monarca. Por lo tanto, estaba claro que el oro tenía que ser cambiado de lugar y colocado fuera del alcance de cualquier hombre. De pronto, llegó a mí la palabra del Señor, diciéndome: «La mañana ha llegado, oh, tú, que habitas en la tierra».

Kadmiel se detuvo como una sombra proyectada contra la palidez verdosa del cielo de más allá del bosque; aquella figura poderosa, envuelta en su toga, semejaba la de un Moisés en un grabado bíblico.

—Me levanté, salí y al cerrar la puerta de aquella casa en la que moraba la estupidez, la mujer se asomó a la ventana y murmuró; «He logrado que mi marido diga la verdad al rey.» Y respondí: «No es necesario que lo haga; el Señor está conmigo.» En aquel instante, el Señor me hizo comprender con lucidez lo que debía hacer y de nuevo me protegió en mi camino. Fui primero a Londres, a ver a un médico de nuestra raza que me vendió ciertas drogas que necesitaba. Ya veréis para qué. De allí marché, con la mayor rapidez posible, a Pevensey. La gente luchaba entre sí, porque en aquella abominable tierra no había ni gobernantes ni jueces. Cuando pasé por aquellos lugares, les dio a todos por decir que yo era un tal Ahasuerus, un judío condenado, según creían ellos, a vivir eternamente y huían de mí en todos los sitios. Pero el Señor me protegió para que realizase mi trabajo y ya en Pevensey compré un pequeño bote y lo varé en el barro, debajo de la puerta del castillo que da al pantano. También en esto Dios me guió.

Se mostraba tranquilo como si estuviese hablando de algún extraño y su voz musical llenaba el reducido y desnudo espacio entre los bosques.

—Eché —se llevó la mano al pecho y de nuevo brilló la peculiar joya de su toga—, eché la droga que había preparado en el pozo comunal del castillo. No, no producía daño alguno. Cuanto más sabemos los médicos, menos cosas nos atrevemos a hacer. Sólo los torpes dicen: «Me atrevo a hacerlo.» Aquella droga produjo inflamaciones y eritemas en la piel de los que la ingirieron, pero yo sabía que aquellos síntomas desaparecerían pasados quince días. No

alcé, pues, el brazo para atentar contra sus vidas. Sin embargo, los del castillo creyeron que se trataba de la peste y huyeron, llevando consigo a sus perros. Un médico cristiano, al comprobar que yo era un judío desconocido, me acusó de haber llevado el mal desde Londres. Aquella fue la primera vez en la que oí a un físico cristiano describir correctamente una enfermedad. La gente se revolvió contra mí y me golpearon, hasta que una mujer piadosa dijo: «No le maltratéis. Metedlo en el castillo con su peste y si, como dice, el mal desaparece en quince días, podremos matarlo después.» ¿Por qué no? Me hicieron entrar por el puente levadizo en el castillo y volvieron a sus cabañas. Así que me encontré a solas con el tesoro.

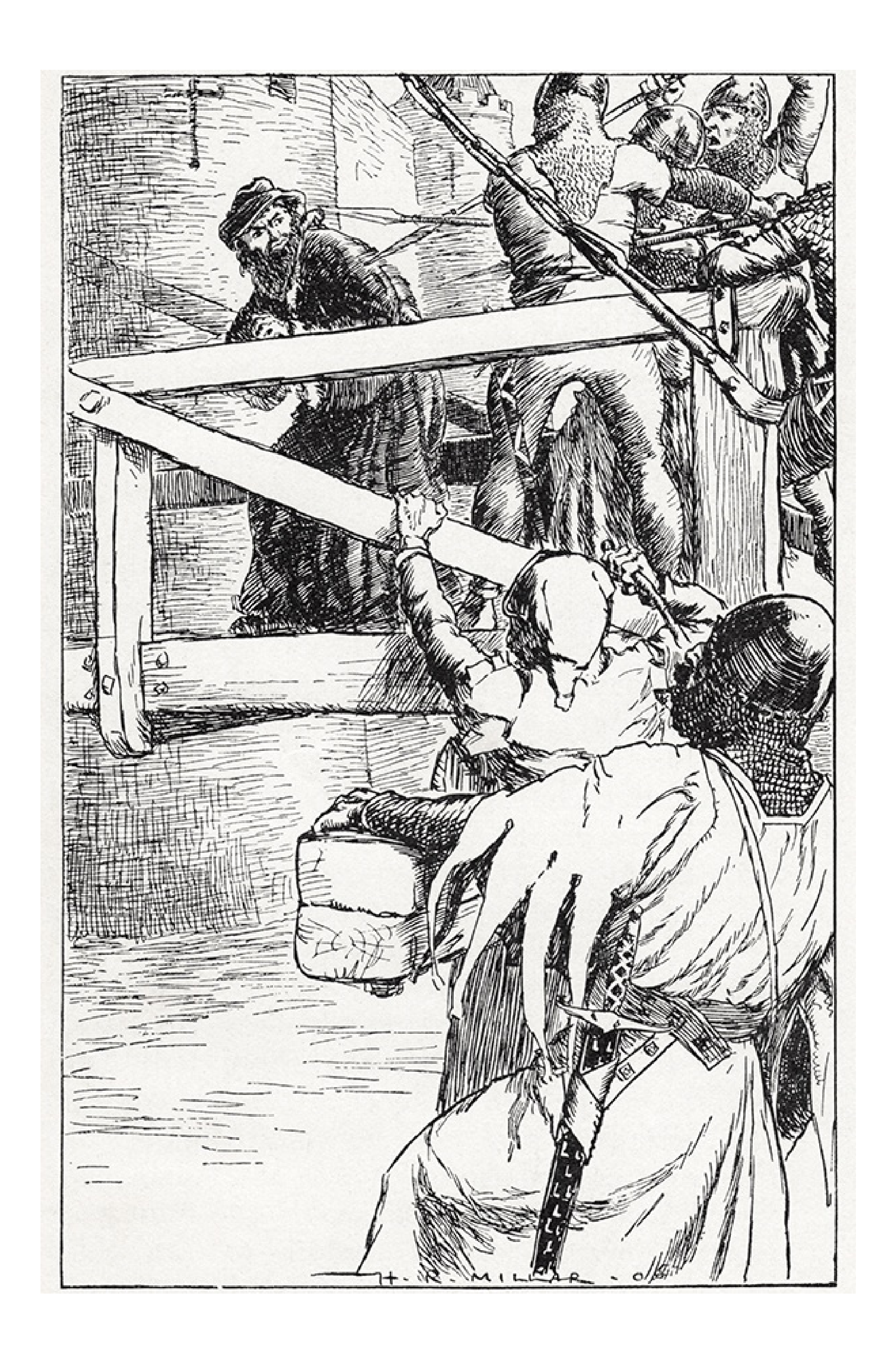
—¿Sabías de antemano que todo iba a salir bien? —preguntó Una.

—Se me había profetizado que yo sería el legislador de un pueblo en tierra extraña y de lengua difícil. Sabía que no podía morir. Me limpié las heridas, encontré el pozo en el muro y, de sábado a sábado, anduve descendiendo al pozo y cavando en el interior de aquella fortaleza que olía aún a cristiano. ¡Oh, fue como expoliar a los egipcios! ¡Si ellos lo hubiesen sabido![164] Extraje varias cargas de oro precioso que cada noche iba depositando en mi pequeña embarcación. Allí se habían ocultado también bolsas de oro en polvo, pero las mareas se lo habían llevado.

—¿Nunca te preguntaste quién lo depositó allí? —preguntó Dan, lanzando una mirada a Puck, cuyo rostro moreno se mostraba tranquilo bajo la caperuza de su capa. Puck meneó la cabeza y contrajo los labios.

—Con frecuencia lo hice, porque aquel oro resultaba nuevo para mí —contestó Kadmiel—. Conozco toda clase de oro. Puedo incluso distinguirlos en la oscuridad; pero aquél era más pesado y de color más encendido que cualquier otro de los que había tenido antes en las manos. Quizás se trataba de oro genuino de Parvaim…[165]. Eh, ¿por qué no? Lamenté mucho tener que llevarlo hasta el barrizal, pero estaba convencido de que si la causa del mal permanecía allí o subsistía la esperanza de encontrarlo fuese donde fuese, el rey no firmaría las nuevas leyes y el país perecería.

—¡Maravilloso! —exclamó Puck con un suspiro; se movió e hizo sonar las hojas muertas sobre las que se sentaba.


H. R. MILLAR

—Cuando acabé de cargar el bote, me lavé las manos siete veces y me corté las uñas porque no quería que un solo grano quedase en mi poder. Salí por la puerta pequeña del castillo, por donde arrojan las basuras, y no me atreví a izar la vela por temor a que me vieran. Y el Señor ordenó a los mares que me condujeran con cuidado; antes de que amaneciera estaba ya lejos de tierra.

—¿Y no tenías miedo? —inquirió Una.

—¿Por qué? No había ningún cristiano a bordo. Al salir el sol recité mis oraciones y arrojé el oro (todo, todo el oro) en las profundidades del mar. El rescate de un rey, o mejor, el rescate de un pueblo. Cuando dejé caer el último lingote, el Señor ordenó a las mareas que me condujesen a un puerto en la desembocadura de un río y desde allí caminé por la tierra virgen hasta Lewes, donde tenía hermanos de raza. Me abrieron sus puertas y me dijeron más tarde (llevaba dos días sin comer) que me había desmayado en el umbral de su casa, diciendo: «He hundido a un ejército con su caballería en el mar.»

—Pero no lo hiciste —protestó Una—. ¡Oh, sí…! ¡Ya entiendo! Quieres decir que el rey John lo habría gastado en eso.

—Exacto —confirmó Kadmiel.

Los disparos comenzaron a sonar de nuevo. Los faisanes cayeron sobre un círculo de altas higueras. Distinguieron al joven señor Meyer con sus nuevas polainas amarillas, excitado e inmerso en su tarea. Se oyó el ruido sordo de las aves chocando contra el suelo.

—¿Y qué hizo Elias de Bury? —preguntó Puck—. Había prometido el dinero al rey.

Kadmiel sonrió con el ceño fruncido:

—Le escribí desde Londres, diciéndole que el Señor estaba conmigo. Cuando se enteró de que se había declarado la peste en Pevensey y que un judío había sido encerrado en el castillo para que la eliminara, comprendió la verdad que contenían mis palabras. Él y Adah corrieron a Lewes y me pidieron que les rindiese cuentas. Seguía pensando que aquel oro le pertenecía. Les dije dónde lo había depositado y les concedí pleno permiso para que fuesen a recogerlo… Ah, bueno…, las maldiciones de un estúpido y el polvo de un viaje son dos cosas a las que uno no puede escapar. Pero compadecí a Elías. El rey estaba indignado con él porque no podía prestarle más dinero; los barones estaban igualmente molestos porque habían oído decir que dejaría dinero al rey; y también Adah se mostraba irritada contra él por la sencilla razón de que era una mujer insoportable. Tomaron un barco en Lewes, rumbo a España. Fue lo más prudente.

—¿Y tú? ¿Presenciaste la firma de la ley, en Runnymede? —preguntó Puck, mientras Kadmiel reía sonoramente.

—No. ¿Quién soy yo para meterme en cosas demasiado importantes? Regresé a Bury y me dediqué a hacer préstamos a cuenta de las cosechas venideras. ¿Por qué no?

Sonó un chasquido sobre sus cabezas. Un faisán macho que volaba de ala después de haber sido herido, cayó junto a ellos levantando una nube de hojas secas, como una bomba. *Flora* y *Folly* se lanzaron contra él, perseguidos por los niños, y cuando lograron hacerlos retroceder y acariciaban y ordenaban el plumaje del ave, Kadmiel había desaparecido.

—Bien —dijo Puck, con calma—. ¿Qué pensáis de esto? Weland forjó la espada. La espada proporcionó un tesoro y el tesoro hizo posible una ley. Todo tan natural como el crecimiento de un roble.

—No lo entiendo —replicó Dan—. ¿No sabía que el tesoro pertenecía a sir Richard? ¿Por qué sir Richard y el hermano Hugh lo dejaron abandonado? Y…, y…

—Eso no importa ahora —dijo Una—. Ya se ocupará él de hacernos ir y venir, de ver y de comprender en otra ocasión, ¿verdad, Puck?

—Quizás, en otra ocasión, sí —contestó Puck—. ¡Brrr!…, hace frío. Os acompañaré corriendo a vuestra casa.

Descendieron por el estrecho valle. El sol casi se había ocultado tras Cherry Clack, los bordes del suelo pisoteado, cercano a los vallados del ganado, comenzaba a helarse y el viento del norte, que por primera vez hacía acto de presencia, parecía enviar sobre ellos las sombras de la noche desde las colinas. Aligeraron el paso, volaron sobre las praderas y, cuando se detuvieron jadeantes junto al riachuelo, la hojarasca se arremolinaba detrás de ellos. En aquel chaparrón de hojas de las postrimerías del año, las había de robles, fresnos y espinos para hechizar a miles de memorias.

Atravesaron el arroyo por el final de los prados, preguntándose cómo era posible que *Flora* y *Folly* no hubiesen encontrado la madriguera del zorro de la cantera.

El viejo Hobden estaba concluyendo su trabajo en un seto. Vieron su mandil blanco, reluciente a la luz del atardecer, mientras amontonaba los desperdicios.

—Creo que llega el invierno, señorito Dan —gritó—. Serán tiempos difíciles desde ahora hasta la feria del cuclillo, en Heffle. Sí, me alegrará ver cómo la más vieja del lugar suelta el cuclillo de la cesta para celebrar el inicio de la verdadera primavera inglesa.

Oyeron un golpe seco, pasos y chapoteos en el agua, como si una pesada vaca estuviese cruzando el río en sus propias narices. Hobden corrió malhumorado hacia el vado.

—Otra vez el toro de Gleason, haciendo travesuras por toda la granja. Oh, fíjese, señorito Dan, sus enormes huellas son grandes como trincheras. Su atrevimiento no tiene límites. No le saldría a cuenta ser un hombre… o cualquier otra cosa.

Desde el otro lado del río sonó una voz:

> *Me pregunto quién en su capa se esconderá, después de que Puck le haya llevado a dar una vuelta allí donde aún siguen vivos los fuegos fatuos…*[166].

Fue entonces cuando los niños comenzaron a cantar con todas sus fuerzas *Adiós, recompensas y hechizos*. Se olvidaron de que incluso no habían dado las buenas noches a Puck.

LA CANCIÓN DE LOS NIÑOS

Tierra de nuestros lares, nuestro amor y trabajo,
de nuestro porvenir que a ti hoy consagramos;
cuando mayores seamos un puesto ocuparemos
como hombres y mujeres que ya entonces seremos.

Padre que en el cielo estás y amas todas las cosas,
ayuda a tus hijos cuando tu nombre invocan,
que puedan ir creando al paso de los días
un legado sin mancha de límpida alegría.

Haznos llevar conformes los juveniles yugos
y evita que seamos de la verdad verdugos.
Que en nuestro tiempo tu gracia nos conceda
la verdad a la que aspiran los pueblos de la tierra.

Enséñanos a ser dueños de nuestro sino,
día a día fieles y en intenciones limpios;
que seamos capaces, si es así preciso,
de entregar cuanto somos en leal sacrificio.

Muéstranos la valía del fin que perseguimos
y de ello sé testigo, que no nuestros amigos;
y nosotros contigo, sin miedos ni inquietudes,
depondremos honores de torpes multitudes.

Enséñanos la fuerza que jamás hará daño,
por hecho o dicho, al enfermo, al extraño
y que bajo tu amparo tengamos bien presente,
el temple que requiere consolar al doliente.

Enséñanos el gozo en las cosas menudas,
la alegría que emana de las conciencias puras.
Perdónanos el mal que a otros hemos hecho
y que el amor al hombre brote de nuestro pecho.

Tierra de nuestro orgullo, nuestra fe, nuestros lares
que por tu causa amada murieron nuestros padres.
Oh, vieja madre patria, a ti hoy te consagramos
pensamientos, latidos y el sudor de las manos.

Apéndice

Vida y obra de Rudyard Kipling

El hombre y la época

Los padres

Rudyard Kipling nace en Bombay, en 1865; hijo de John Lockwood Kipling y de Alice Macdonald, ambos interesados en el mundo intelectual, el padre como profesor de arte indostánico y la madre apasionada por la literatura, que cultivó durante toda su vida. John Lockwood llevaba residiendo en la India desde su infancia y, en consecuencia, puede ser considerado como un genuino anglo-indio, nueva clase social que aparece en el curso de la colonización del más extenso territorio del Imperio.

Infancia

Rudyard pasa su primera infancia en Bombay y a los tres años marcha a Inglaterra en compañía de su madre, donde apenas llegados, nace su hermana Alice, su querida e inseparable «Trix». Al cumplir «Trix» los dos años, Alice Macdonald regresó a la India y los pequeños Kipling fueron dejados en custodia de un matrimonio de Southsea que ofrecía tal oportunidad a través de un anuncio en un periódico. El matrimonio, compuesto por los llamados «tío Harry» y «tía Rose», no debió portarse con excesiva delicadeza con los dos hermanos, si nos atenemos a las páginas que casi al final de su vida escribiría sobre ellos Kipling en Something of Myself *(«Algo acerca de mí»).*

Un niño precoz

Rudyard Kipling fue, sin duda, un niño precoz. Aprendió a leer y a escribir sin ayuda de nadie y a los trece años dejó a sus improvisados «tíos» para ingresar en el United Services College, Westward Ho!, cercano a las playas del condado de Devon. Sus aventuras de colegial se hallan narradas en una de las más famosas obras de nuestro autor, *Stalky & Co.*, que vio la luz poco tiempo más tarde que otro clásico de la literatura juvenil, el *Tom Sawyer*, de Mark Twain.

Kipling, alumno de Westward Ho!

Como era de esperar, Kipling resultó ser un admirable estudiante. De escasa estatura, faz redonda y armado siempre con sus gafas de gruesos cristales, físicamente poco atractivo, había algo en su personalidad que cautivaba a alumnos y profesores. Kipling profundiza en el estudio de los grandes maestros de la literatura universal, preferentemente Horacio y Shakespeare y en sus ratos de ocio dirige la revista del colegio, *The College*

Chronicle, en la que publica varios poemas que su madre, en la India, admira, colecciona y publica en un breve volumen con el título de *Schoolboy Lyrica* sin que Rudyard se entere de ello.

Vuelta a la India

En 1882, concluida su etapa escolar, Kipling regresa a la India y se instala con sus padres y con «Trix» en Lahore, capital del romántico Punjab cercano a la frontera afgana, donde los regimientos bengalíes velan por la paz, desde la gran Insurrección de 1856. Los Kipling viven cómodamente, gozan de la estima de la colonia anglo-india y pasan los meses cálidos del año en la estación estival de Simla. Rudyard, que apenas ha cumplido los diecisiete años, ingresa como redactor en la *Civil and Military Gazette*, uno de los más importantes periódicos de la Colonia.

Periodista

Tal trabajo le ofrece ocasión de viajar para cubrir reportajes y, sobre todo, le relaciona con los profesionales del periodismo y de las letras de toda la India. Trabaja con ardor, a las órdenes de un director que no se esfuerza por comprenderle y que prefiere ignorar su excepcional talento. Año tras año, los deliciosos veranos en Simia desaparecen del horizonte del joven periodista que se ve obligado a pasar la cálida estación de cinco meses en las llanuras de Lahore. Desde Simia recibe las cartas animosas de sus padres, quienes le dicen que «Simia está llena de muchachas hermosas y de regimientos de matronas deportivas de todas las edades». Simia era reputada por más de un Victoriano mojigato como una ciudad mundana y pervertida, una especie de Capua de las Montañas, en la que abundaban seres excéntricos y aventureros, como nuestra Lola Montes, por ejemplo, que comenzó allí su carrera. El propio Kipling nos habla de un tal A. M. Jacobs y de su extrañísima profesión de «médico de perlas enfermas».

No obstante, en los primeros años de su segunda estancia en la India, Rudyard no tuvo ocasión de visitar Simia con frecuencia. Sus escapadas desde Lahore son escasas y de breve duración. Los largos veranos en la capital resultan muy duros para el joven y abnegado periodista, que antepone su trabajo a cualquier otra cosa, incluida su persona, según el lema tradicional de los cuatro miembros de la familia Kipling:

> *El juego es más importante que los que juegan; el barco es más importante que la tripulación…*

El ambiente

Rudyard, además de atender a sus obligaciones en el periódico, aprende cosas, vive entre las gentes más exóticas

que puedan imaginarse y a fuerza de voluntad se adiestra en el baile, en montar a caballo, en hablar sin discutir, en fumar cigarrillos con buen estilo y en jugar a las cartas, lamentables pero imprescindibles ocupaciones para un anglo-indio que busca la noticia y la relación social que la facilita. Vive intensamente el ambiente de la Colonia y, producto de esa participación en lo colectivo, nace su primera obra, en 1886, *Departmental Ditties*, breve recopilación de poemas satíricos, en los que se vieron retratados buena parte de las personalidades anglo-indias que el joven escritor había conocido durante sus breves estancias en Simia.

de la Colonia

Apenas medio año más tarde, iban a aparecer sus primeros *Plain Tales from the Hills* («Cuentos de las Colinas»), cuya segunda narración causó verdadero impacto y es aún considerada como una de las mejores obras escritas por Kipling. El relato trataba sobre la picaresca de la vida cuartelera, interpretada por tres inolvidables soldados profesionales, llamados Mulvaney, Ortheris y Learoyd. Era la primera vez que en la literatura inglesa, tan abundante en el elogio, la idealización y la estima del marino de guerra, se ensalzaba la labor abnegada de los soldados profesionales (*private soldiers*) como cooperadores en la formación y mantenimiento del Imperio, no obstante su proverbial bellaquería, su excesiva afición al alcohol y su calidad de eficaces transmisores de enfermedades inconfesables. Para encontrar un precedente a esta famosa narración de Kipling, los atónitos lectores victorianos tenían que remontarse al bellísimo soliloquio shakespeariano de *La Vida del rey Enrique V* (Acto IV, escena 1), en la que el propio rey exalta la abnegación, la disciplina y el valor del soldado de a pie.

Primeros cuentos

Primera visita a Estados Unidos y regreso a Inglaterra

Con Mrs. Hill y su marido, el profesor S. A. Hill, meteorólogo destinado por el gobierno británico a Allahabad, con quienes Kipling había entablado íntima amistad en sus frecuentes viajes por la India, nuestro escritor decide regresar a Inglaterra por el camino más largo. Junto al matrimonio Hill —con la excepcional Edmonia Hill, «Ted», tuvo Rudyard un profundo y duradero amor platónico—, zarpa de Calcuta hacia Burma, visita durante dos meses China y Japón y, al fin, llega a la costa del Pacífico de los Estados Unidos, donde Ted Hill, para no perder su compañía, intenta casarlo con su hermana Caroline.

Kipling arriba a los Estados Unidos con cierto prestigio de escritor. Sus *Tales from the Hills*, publicados en la India en edición completa aunque muy limitada con el título de *Indian Railways Tales*, llegaron a los círculos

intelectuales americanos. Rudyard permanece en América aproximadamente medio año, recorre buena parte del inmenso país y entra en contacto con los medios periodísticos que acogieron sus colaboraciones con artículos y cuentos. Pero Kipling hizo muy poco para ganarse la simpatía de los americanos. El mismo confiesa que le ponían enfermo los políticos y la política de los Estados Unidos y que la única diferencia que encontraba entre un demócrata y un republicano era que los primeros «bebían más que los otros y que cuando estaban borrachos siempre se ponían a hablar de los impuestos, según unos columna vertebral del país y, según otros, su único peligro de destrucción. Los demócratas siempre estaban afirmando algo con rotundidad para retractarse de ello y defender lo contrario, con el único fin de contradecir a los republicanos quienes, a su vez, no hacían más que contradecirse a sí mismos».

Es lógico que a la vista de lo transcrito, Kipling no gozase del afecto del pueblo americano, que le consideró desde su llegada como un jovenzuelo descarado que, según afirmó un periodista de San Francisco que le entrevistó, «era sólo un extranjero que hacía preguntas rarísimas».

Segunda estancia en Inglaterra

A su llegada a Londres, en octubre de 1889, Rudyard se instala en un pequeño piso de Embankment Chambers y toma contacto con los escritores más importantes de Inglaterra. Kipling es recibido, en principio, con cierta reticencia. Hasta entonces las colonias del Imperio habían dado buenos generales, excelentes gobernantes y administradores, pero el hecho de que la India hubiese producido un escritor de la talla que se le atribuía, desconcertaba al tradicionalismo literario inglés.

En más de una ocasión, Rudyard se encuentra aislado y se ve inducido por las adversas circunstancias a aplicarse sobre su propia piel una de las estrofas contenidas en sus *Departmental Ditties*:

Prefiero estar sin camisa y descalzo
horro de amigos, de tabaco y pan,
antes de perder un solo instante
el don mental de separar problemas.

A pesar de todas las incomprensiones, sigue escribiendo con verdadero entusiasmo. Por fin, es acogido en el seno del famoso *Savile Club*, patrocinado por los grandes de la época, Lang, Walter Besant, Rider Haggard, James Bryce. No obstante, su añoranza por la India es cada vez más intensa. En cierta ocasión, al salir de su entidad bancaria *Oriental Banking Co.*, se

cruza en la puerta con un viejo amigo anglo-indio que había servido en un regimiento de caballería, en Bombay. Este pequeño detalle que carece de mayor importancia, es magnificado y narrado entusiásticamente por Kipling en una carta a Mrs. Hill.

Poco a poco, Rudyard conoce a Sidney Colvin, a Pollock, a George Meredith y los encuentra a todos afectados, pedantes e intratables.

Un editorial del «Times»

La soledad de Rudyard va en aumento y la situación se hace casi desesperada para el joven anglo-indio hasta que, el día 25 de marzo de 1889, *The Times* publica en primera página un largo editorial dedicado a su persona y a su obra: «Mr. Kipling posee el extraordinario mérito de hacer un nuevo tipo de literatura, lleno de frescura y de originalidad. Es todavía un hombre joven que ha publicado ya siete u ocho volúmenes; de hecho, creemos que aún no ha cumplido los veinticinco años.»

El extenso artículo analiza de modo detallado sus famosos *Cuentos de las colinas*, en los que se describe de manera preferente la vida exótica de la estación estival de Simia y se le compara con Maupassant por su agudeza literaria al trazar personajes y al urdir sorprendentes acciones novelescas.

No se sabe quién fue el autor del artículo que abrió a Kipling las puertas del mundo literario inglés y despertó interés profundo por su obra entre el público lector. Se cree que debió ser obra de algún miembro del *Savile Club*, pero aún no ha sido posible determinar de quién.

Colaborador del «Scots Observer»

El artículo de *The Times* llama la atención del gran William Ernest Henley, el poeta más preciado de las letras inglesas de su tiempo, que acababa de crear una revista, *Scots Observer*, en la que junto a él, colaboraban Oscar Wilde, Bernard Shaw, Yeats, Barrie, Wells y Conrad. El paralítico Henley incorpora a Kipling en su excepcional nómina de colaboradores y publica en su revista sus *Barrack-Room Ballads*, que obtienen un éxito sin precedentes. La fama de Kipling queda ya establecida sobre bases firmes. Se multiplican en Inglaterra las ediciones de su obra y en América comienza a aparecer una serie ininterrumpida de ediciones piratas que comprende toda la obra del escritor, incluidos los últimos relatos que siguieron a *Las baladas de cuartel*: «Cabeza de Distrito», «Dinah Shadd», «El hombre que fue», «Greenhow Green», «La señal de la bestia», «Sin el beneplácito de la clerecía», «Al final del corredor». Todas estas obras, reunidas en uno o más volúmenes, son pirateadas por editores americanos de prestigio, entre ellos

por Harper & Co., que escasos años antes había rechazado la obra de Kipling por considerarla de difícil venta.

A esta serie de narraciones cortas sigue, en 1891, *The light that failed*, novela larga, con numerosas connotaciones autobiográficas y sin duda, la más discutida entre todas las obras de Kipling. Publicada en folletón en los Estados Unidos, obtuvo un éxito apoteósico, que se convirtió en desaforada crítica al aparecer en forma de libro y con su final feliz convertido en tragedia «tal y como lo había concebido su autor», según palabras del propio Kipling. La obra, dedicada a su madre, quizás albergue un resentimiento de raíz infantil por haber sido abandonado con su hermana, en manos de la insoportable «tía Rose», en Southsea.

El matrimonio de Kipling

Tras la mala acogida de *The light that failed*, Kipling traba estrecha amistad con el agente literario americano Wolcott Balestier, con cuya colaboración escribe su siguiente libro, *The Naulahka*. Esta amistad da lugar a que Rudyard conozca íntimamente a la familia de Balestier, en especial, a su hermana, «Carrie». Antes de concluir esta obra, aconsejado por amigos y médicos, Kipling emprende un largo viaje alrededor del mundo y se dirige, siempre por mar, a África del Sur, a Tasmania y Australia, a Nueva Zelanda para concluir su periplo en Lahore, donde se encuentran sus padres. Allí recibe la noticia de la muerte de su amigo Wolcott y decide regresar a Londres. El 18 de enero de 1892, Kipling contrae matrimonio con «Carrie» Balestier.

Quizás por su timidez de hombre poco agraciado o por el amargo sabor de su experiencia infantil con «tía Rose», lo cierto es que Rudyard no pareció nunca muy partidario de la santa institución matrimonial. En boca de sus inolvidables personajes de *The Three Musketeers*, los ya citados Mulvaney, Ortheris y Leadroy se repiten, en más de una ocasión, las palabras de Parolles en la comedia de Shakespeare «A buen fin no hay mal principio»: *A young man married is a young man marred* (Act. II, esc. Ill), equivalente a nuestro refrán: «hombre casado, mulo estropeado». Con tanta convicción exponen los tres soldados profesionales tal axioma que hace pensar que también su padre literario compartía sus puntos de vista acerca de este delicado tema.

Sea como fuere, Kipling se casó a los veintisiete años, en plenitud de su fama y de su talento creativo, y se trasladó a Vermont, Estados Unidos, donde se instala durante cuatro años en una casa campestre que llama *The Naulahka*, en memoria de su difunto cuñado y coautor.

A Kipling

El matrimonio parece sentar bien a Rudyard. Viaja con su mujer por el Japón, las Bermudas, Canadá y trabaja intensamente en su obra literaria. En el cuatrienio 1892-96, Kipling publica *El libro de la selva, El segundo libro de la selva, Los siete mares* y *Capitanes intrépidos*, lo cual parece confirmar la regla: por una vez la institución matrimonial no echó a perder a un hombre.

le sienta bien el matrimonio

Pero Rudyard siguió sintiéndose en los Estados Unidos fuera de su lugar. Es cierto que mostró gran afecto hacia *The Naulahka*, que trabó muy sinceras amistades y que llegó hasta compartir opiniones con el presidente Theodore Roosevelt, aunque no ocurrió lo mismo con su sucesor Stephen Cleveland, antibritánico y crítico del imperialismo Victoriano.

Volver a casa

Kipling decidió, sencillamente, volver a casa. Inglaterra le acogió con clamor nacional. Son los años en los que Kipling se encuentra en el pináculo de su gloria. Se instala en Torquay (Devon), para trasladarse más tarde a Rottingdean, donde muere su hija Josephine, a los siete años de edad. Son tiempos difíciles para el matrimonio Kipling, pero la entereza de «Carrie» sostiene al escritor, que publica el mismo año del fallecimiento de la niña su archifamoso *Stalky & Co*. Entre 1901 y 1908, Kipling cubre periodísticamente los graves acontecimientos de África del Sur que siguen a la guerra de los Boers. Viaja a Sudáfrica en los meses de enero y regresa a Inglaterra cuando los benditos colores de la primavera comienzan a engalanar sus Downs. *The Times, The Daily Mail, The Daily Telegraph*, recogen sus crónicas, sus opiniones sobre el conflicto y, sobre todo, sus poemas que exaltan la necesidad ineludible de conseguir una paz en el territorio sudafricano, garantizada por la enseña del Imperio.

En 1908, Kipling tiene la satisfacción de ver editada su mejor novela, *Kim*, que obtiene un éxito clamoroso y que es aún hoy considerada como la obra más completa e interesante escrita sobre la India, junto a *Passage to India*, de E. M. Forster.

En Batesman's

Por fin, en 1902, Kipling recala en su amado Sussex, en su *Batesman's*, hoy interesantísimo museo sobre la vida y la obra del escritor. En *Batesman's* escribe sus últimos libros, *Viajes y descubrimientos, Actos y reacciones, Cartas de viaje, Cuentos de tierra y mar, Un servidor llamado perro, Algo acerca de mí…*. y el que tiene el lector entre sus manos.

La vida de Kipling no se hace sedentaria en las puertas de su vejez. Sigue siendo el viajero vocacional de siempre. En 1907 marcha a Estocolmo, a

recoger su premio Nobel de Literatura; poco después visita Canadá; más tarde, se traslada a Egipto y a otro país que le intrigó siempre por su magnetismo y su policromía: Brasil; en 1930, lo encontramos en las Indias Orientales.

Muerte de Rudyard Kipling

El día 18 de enero de 1936, a los setenta años de edad, Rudyard Kipling, el escritor que ha acompañado y ha hecho soñar a tantos jóvenes, muere a causa de una hemorragia interna, tras cinco largos días de debatirse en lucha desigual. Precisamente, el día de su fallecimiento los periódicos daban noticia de la gravísima enfermedad que aquejaba al que fue su buen amigo y admirador, el rey Jorge V. Y antes de que las exequias del escritor fuesen cumplimentadas, fallecía el monarca. Ambos fueron enterrados en el mismo lugar, Westminster Abbey, el buen rey en el Panteón Real y Rudyard Kipling en el llamado *Rincón de los Poetas*.

El escritor

La muerte unió en la historia a dos ejemplares humanos que marcaron los epígonos del imperialismo británico: Rudyard Kipling y el rey Jorge V, penúltimo emperador de la India, si salvamos el turno de su hijo Eduardo, que prefirió el amor al trono del Imperio.

Es, sin embargo, una realidad que el gran hallazgo socio-político de la Commonwealth siguió vigente tras la pérdida de títulos imperiales, al concluir la II Guerra Mundial. La comunidad de pueblos de habla y cultura inglesa se mantiene, aún hoy, unida por el vínculo común de la Corona, fenómeno político e histórico no lo suficientemente ponderado y que sólo puede producirse en un país en el que la Monarquía gozó y goza de un prestigio y de un respeto compartido en idéntica medida por metrópoli y antiguos dominios.

El escritor del Imperio

Kipling es el escritor de ese Imperio, aun cuando lo verdaderamente importante en su caso venga determinado, antes que por tal calidad, por el hecho indiscutible de ser un gran escritor. Su devoción imperialista no desvirtúa su talento, sino, más bien, lo acentúa y lo ensalza. Hay quien afirma que su conservadurismo de escuela y su fe ciega en los destinos del Imperio condicionaron, en mayor o menor grado, la concepción y el tratamiento literario de su obra. Según su contemporáneo Francis Adams, es fácil ver en la obra kipliniana rastros de un providencialismo que resulta inaceptable y que hace pensar «si la bondad de Dios en relación con los ingleses y los indios y negros no consiste en la habilidad con la que dota a los primeros para hacer la vida imposible a los segundos».

Juicios críticos

Richard Le Galliene, director del *Star*, por el contrario, le critica desde otro punto de vista y le reprocha el presunto empeño de encubrir sus sentimientos hacia los nativos de las colonias «de modo que el lector inglés adicto a la lectura de Kipling acaba amando la violencia. Como escritor es auténticamente prodigioso, pero su influencia moral es peligrosa».

Unas palabras de Wells

Otros le descalifican por razones aún más pueriles y gratuitas, como puede ser apego a la tradición y al conservadurismo, tema sobre el que habría mucho que discutir, puesto que en toda la obra de Kipling existe un anhelo de sano reformismo a todas luces progresista, fácil de detectar en sus libros cuartelarios y en los que la acción discurre en los bajos ambientes «cockneys». Quizás quien —al menos, por una vez— acertase en describir la realidad del fenómeno literario que se dio en Kipling, fue H. G. Wells, cuando publicó las siguientes palabras: «La ideología que prevaleció durante mis años escolares no fue el socialismo sino el *kiplinismo*. Resulta ahora difícil volver a revivir aquellos tiempos, y desde entonces Kipling ha sido una y mil veces ridiculizado sin piedad, fustigado hasta el intento de destruir su obra. Reconozcamos que alguna —o mucha— calidad debe encerrar la obra de un escritor que pasa con tanta rapidez de la máxima exaltación al más vil de los desprecios.»

Al margen de todas estas respetables opiniones, la verdad es que, a los cincuenta años de su muerte, la obra de Kipling sigue viva, sus ediciones se agotan y sus lectores jóvenes y adultos leen y se deleitan con sus páginas.

Defensa de los valores tradicionales

Kipling defendió siempre los valores de una sociedad «tradicional», de los que comenzó a dudarse tras la II Guerra Mundial y que permanecen hasta hoy en baja: la fe y la confianza en un Dios; la familia como núcleo esencial de convivencia y realización humana; la patria como suma de pueblos que hablan un mismo idioma; la historia que nos une con lazos de inquebrantable solidaridad con quienes la hicieron y nos obligan a caminar hombro con hombro con aquellos con los que la estamos aún haciendo. Posiblemente, es Kipling suma y compendio de las hoy desacreditadas —y quizás con razón— virtudes burguesas, frente a una sociedad tan crítica como incapaz de sustituirlas por otras ya no mejores sino, en puridad, por «otras».

Un escritor de raza

Pero tales acusaciones, en el caso de un gran escritor como fue sin duda Kipling, son pura anécdota. Si con ánimo limpio de prejuicios el lector de hoy se introduce en la obra kipliniana, quedará absolutamente maravillado —si tiene la honradez de

ser sincero—, por un impar artista de la palabra, un extraordinario creador de mundos fabulosos y de tipos humanos inolvidables, un escritor de raza capaz de transmitirnos con su poderosa imaginación nuevas y enriquecedoras experiencias de singular belleza.

Envidias

Como hace constar William Somerset Maugham —mediocre novelista, excelente cuentista y buen crítico—, la razón que determinó la aparición de los muchos detractores que tuvo y sigue teniendo Rudyard Kipling, dada la condición del hombre, es clara como la luz del día. Siempre ha habido y habrá honestos y esforzados escritores que, tras largos años de trabajo, logran apenas un modesto lugar en la historia de la literatura. Para esta clase de artistas resulta casi ofensivo que de pronto, como surgidos de la nada, aparezcan en el horizonte literario hombres como Kipling, desprovistos hasta de gracia personal, que con poco esfuerzo aparente obtienen un clamoroso éxito. Es lógico que el mundo de la literatura inglesa profetizase a Kipling (como en su día lo hizo con Dickens), tras su ascenso meteórico, una caída de tal dureza que reduciría a polvo su efímera y pasajera gloria.

El poeta

Confieso que hasta hace escasos años no he sido un entusiasta de la poesía de Kipling. Un día, paseaba por la londinense Oxford St., penetré en la librería Foyle’s y solicité una antología de sus poemas. Lleno de sorpresa tomé el libro que me entregaba la atenta y culta dependienta y leí su título: *A choice of Kipling’s verse made by T. S. Eliot, with an essay on Rudyard Kipling* [Faber & Faber] («Versos de Rudyard Kipling, escogidos por T. S. Eliot, con un ensayo sobre Rudyard Kipling»). Había creído, en mi radical y acostumbrada ignorancia, en el mito de que Kipling era ya poeta pasado a la historia y que no despertaba interés alguno entre los lectores. Y al volver las páginas iniciales del volumen pude observar que Eliot había publicado la primera edición de su antología kipliniana en 1951 y que el ejemplar que iba a adquirir pertenecía a la decimoprimera edición, impresa en mayo de 1968. Kipling era, por lo tanto, un poeta vivo, leído, estudiado y antologado por uno de los tres grandes poetas ingleses del presente siglo.

La acusación de popularidad

Kipling ha sido acusado con asiduidad de ser poeta fácil que busca entretener y lograr popularidad y, en efecto, su gran virtud —y a la vez problema para sus detractores—, es que entretiene y alcanza la popularidad que se propone. También H. G. Wells —¿cómo no?—, le tacha de poeta «imperialista» con su peculiar falta de rigor crítico. Como hace notar el propio Eliot, Kipling

no fue jamás un doctrinario ni un hombre sujeto a un programa político, mientras Wells sí lo estuvo y padeció por ello el tremendo problema que asalta a todo creador literario comprometido. Las ideas de un hombre pueden y suelen variar a lo largo del tiempo, pero, en general, los programas políticos permanecen en su esencia inamovibles.

La universalidad de sus contenidos poéticos

Para mí, al margen de consideraciones políticas, que no vienen al caso por carecer de fundamento en el pensamiento kipliniano, la dificultad que la poesía de nuestro autor puede originar frente a lectores no anglosajones consiste en que aparentemente se muestra en ella *demasiado inglés*, espejismo en el que ha caído más de un comentarista y que queda invalidado por la universalidad de sus contenidos poéticos, tales como ofrecer testimonio de la temporalidad humana, dotar a nuestra existencia de un sentido histórico de continuidad o, si se prefiere, mostrarnos la sorprendente cercanía con todo lo que consideramos pasado.

En Puck de la colina de Pook, Kipling da buena muestra de su extraordinario sentido poético de evocación de tiempos y escenarios perdidos para nosotros en la oscuridad de los tiempos pretéritos, de los que, sin embargo, participamos por comunión íntima con generaciones y gentes que, como cualquiera de nuestros antepasados, trabajaron en las diversas artes humanas y con los que nos une un sentimiento de universal contemporaneidad. Kipling, tras haber acotado un espacio e introducido en él a Inglaterra, delimita para nosotros un ámbito temporal cuyo presente es resultado de un totalitario pasado en retención. Quizás, para comprender lo expuesto con mayor precisión, habría que relacionar los relatos históricos que nos cuenta *Puck* con aquellos otros cuya acción se desarrolla en nuestros días y que transcurren también en Sussex, en especial, con esa breve joya de la narrativa inglesa que es el cuento titulado *They*.

La obra

Un genuino producto del talento literario inglés

Puck de la colina de Pook es antes que otra cosa un bello libro, dirigido a lectores juveniles —lo juvenil es un estado de ánimo que poco tiene que ver con la edad—, deseosos de ampliar su experiencia literaria, de conocer a un escritor en la madurez de su talento, de experimentar el goce estético que supone llegar a la raíz de esa aventura humana que es el ensueño, la recreación imaginada y todo aquello que, por ser profundamente verdadero,

resulta difícil de definir. *Puck de la colina de Pook* es una obra de arte de interés universal sobre un tema muy específico que, en manos de su bienaventurado autor, Rudyard Kipling, interesa a todos los que han pasado, pasan y pasarán por este mundo, cada día más alejado de la ilusionada tarea de ornar la realidad sensible con lo imaginativo. *Puck* es un genuino producto del talento literario inglés, serio y burlón, enternecedor y frío, profundo y distanciado, particular en su forma y ecuménico en sus contenidos.

Los pétalos de una margarita adolescente

Hace años, muchos años, que conozco a Kipling y, en consecuencia, a toda su obra. Hace ya más de cinco décadas, decidí destetarme literariamente de la servidumbre bienintencionada a la que me sometían mis progenitores y fui a dar con un libro que había dado ya un par o tres de vueltas al mundo y que para los españoles —no era ni es nada extraño—, resultaba aún una novedad. Llevaba por título *El libro de la selva* y su autor era un inglés eduardino, más bien de baja estatura, de mirada profunda y bonancible y de amplios bigotes, más propios de los años en que vivió la reina Victoria que de los arranques técnico-progresistas que caracterizaron el breve reinado de su hijo Eduardo. Poco a poco fui deshojando la engañosa margarita de mi adolescencia en la grata compañía de ese señor Kipling que escribía para mí sus libros desde las lejanas, brumosas y verdes tierras de Inglaterra, como lo hiciera antes desde los exóticos paisajes de la India o desde los no menos atractivos escenarios de los Estados Unidos de América. Los pétalos de mi margarita adolescente están aún ahí: *Kim*, *Stalky & Co.*, *Cuentos de las colinas, Baladas de cuartel, El segundo libro de la selva, Los siete mares, Capitanes intrépidos*, cuentos breves, poemas, más historias, hasta arribar en buena hora a este *Puck* que tiene hoy el lector entre sus manos.

La historia de Inglaterra y de los ingleses

Decíamos que este libro posee un contenido muy específico y así es. Esta pequeña obra maestra de la literatura universal trata nada más y nada menos que de la historia real de Inglaterra y de los ingleses. Y tras esa afirmación, que he intentado retrasar hasta donde me ha sido posible, debe seguir una nota aclaratoria para todos aquellos que, como hace constar la escritora inglesa contemporánea, Una Pope-Hennesey, tienen sobrados motivos para llevarse las manos a la cabeza cuando se les habla de un novelista inglés que escribe *manuales* de historia, en especial, si tales libros van dirigidos a los niños. ¿Quién no recuerda el horror de la *Child’s History of England*, de aquel admirado y extraordinario escritor que fue Charles Dickens? ¿Quién puede olvidar las tonterías históricas recogidas por el también excelente novelista

americano Nathaniel Hawthorne? ¿Quién no se irrita aún ante los despropósitos y los delirios, contenidos en el *Outline of History*, del más cercano a nosotros y también inglés Wells? Con tan amargos precedentes quizás más de uno frunza el ceño al saber de otro gran escritor británico convertido en historiador.

Los intentos fallidos

Pero permanezcamos tranquilos. No cabe aquí aplicar ninguno de los juicios que entre los propios ingleses levantaron las obras citadas, por la simple razón de que *Puck de la colina de Pook* nada tiene que ver con ellas. Kipling es ante todo un escritor, un fabulador artista, y los elementos y situaciones que aparecen en sus obras —especialmente en aquellos que versan en forma directa sobre la historia de su pueblo, como es el caso de sus dos libros de Puck, el presente y su hermano gemelo *Rewards and Fairies*, ambos protagonizados por los niños Dan y Una—, son tratadas con absoluta objetividad y con delicadeza de la mejor ley, siguiendo la tradición de la escuela histórica británica que en los grandes centros universitarios del país lleva a cabo sistemáticas y rigurosas investigaciones que le han valido ser considerada como una de las fuentes más fidedignas de la historiografía del mundo contemporáneo.

A Kipling jamás podrá aplicarse aquellas tristes palabras que el crítico Forster dirigió a Dickens, a raíz de la publicación de su *Historia de Inglaterra para niños*: «Dickens hubiese hecho mejor en dejar la enseñanza de la historia en manos de profesores competentes, antes que atreverse a desfigurarla de forma tan lamentable.»

Recreación de ambientes, épocas y personajes

Kipling, por el contrario, en lugar de desfigurar hechos históricos, contribuye eficazmente a la re-creación de ambientes, personajes e incluso épocas de la historia de su país, siempre atemperado por su gran sentido artístico y por su responsabilidad de escritor. Entrañablemente unido a su pueblo, como se verá más adelante, Kipling es artista privilegiado, hombre en posesión de esa humildad enaltecedora que debe asistir a quienes aspiran a aprehender con precisión la esencia de los hechos, usos, costumbres, estados de ánimo, conductas humanas y hasta significados de simples palabras.

Kipling buscó y halló un gran maestro en el arte de escribir la historia de sus gentes. Para su bien, fue a dar con el artista literario que, junto a nuestro Miguel de Cervantes y Saavedra, ocupa el lugar de honor en la cúspide de la gloria literaria a la que se llega por ásperos caminos de difícil escalada para enanos ensoberbecidos y por cuyas quebradas y tajos se han despeñado más

de ciento. Kipling tuvo la genial intuición de acercarse a beber savia creadora en el acogedor y rumoroso caudal de William Shakespeare.

El feliz legado del arte shakespeariano

En toda la obra de Kipling se advierten reminiscencias del gran autor de Stratford, incluso en aquellas que transcurren en lejanos lugares, inhóspitos, quizás impermeables, ¿quién sabe?, a nuestra cultura de Occidente. Y si en sus obras selváticas, en sus narraciones indias, en sus relatos de mar adentro y hasta en sus baladas cuartelarias parece distinguirse el feliz legado del arte shakespeariano, ¿cómo no iba a ser Shakespeare uno de los grandes intérpretes de las obras más genuinamente inglesas que escribió un Kipling dispuesto a narrar la historia de su tierra natal y de su pueblo amigo? Nadie mejor que Shakespeare supo hablar al oído de Kipling de sus remotos antepasados britanos por boca de *Cimbelino*, el rey nativo de Gales asentado en su corte, entre los cárdenos montes de su país natal, pronto a defender palmo a palmo su tierra ante el peligro de los invasores romanos; nadie mejor que Shakespeare pudo infundir en Kipling el espíritu de anglicanidad que vivifica sus diez dramas históricos de otros tantos monarcas de la Inglaterra medieval, desde *La vida y muerte del rey Juan I*, a la más completa y perfecta de sus biografías escenificadas, la que tituló *La famosa historia de la vida del rey Enrique VIII*; sólo su deliciosa comedia *Sueño de una noche de verano* pudo proporcionar a Kipling un introductor ideal de antañones embajadores de la historia inglesa, como el inolvidable Puck; y sólo una joya de la literatura universal como *La Tempestad*, máximo y postrer exponente de un hombre en esencia literario, es digna de poner broche final al ciclo de ensoñamiento ilusionado abierto ante nuestros ojos por los dos libros de Kipling que evocan el pasado de Inglaterra. En definitiva, todo aquello que conforma el meollo del arte shakespeariano se da cita en la pequeña obra *Puck de la colina de Pook*.

Objetividad e imparcialidad

Al margen de sus méritos artísticos —si es que alguien puede prescindir de ellos, en algún modo, al analizar la obra shakespeariana—, el comediante de Stratford es un paradigma de la objetividad y de la imparcialidad histórica, adelantado en su tiempo a las modernas teorías que postulan como condición previa a la tarea de historiar, la necesidad de trasladarse en mente y en espíritu a los esquemas culturales y formales del tiempo en el que se investiga. Así lo intuyeron los dos grandes escritores ingleses a los que aunamos en la eternidad de un tiempo histórico que es en sí despreciable,

equivalente apenas a dos o tres minutos en la esfera del reloj que se puso en marcha al aparecer el primer hombre en nuestra hermosa tierra.

Y mientras los citados Dickens —a quien todo se le perdona por las horas agridulces con las que tuvo a bien esmaltar nuestros primeros años de lectores —, Hawthorne y Wells, no pierden oportunidad de echar mano a vocabularios tabernarios y abundan en los más lamentables vicios de la antihistoria, vertiendo insultos a los enemigos, ciertos o presuntos, de su país natal, entre los que figura, ¿cómo no?, España, nuestros reyes, nuestras instituciones y nuestro pueblo, en Shakespeare y en Kipling la decoración cambia radicalmente.

Shakespeare y España

Es curioso observar en el conjunto de la obra de Shakespeare —y tengamos en cuenta que William estaba vivo y bien vivo, en plena juventud en 1588, cuando nuestra Armada Vencible, y tan vencible, erizó los cabellos del pueblo inglés— hay un aroma gratificante de simpatía y de respeto hacia España. Su inolvidable Falstaff prefiere antes que cualquier otro vino, el nuestro de Canarias y, en su defecto, el de Jerez. Eran los caldos que llegaban a Inglaterra desde el puerto irlandés de Galway, fin de trayecto del comercio marítimo de vinos españoles en la costa atlántica, donde existe aún un barrio español (*The Spanish quarter*), muy cercano a los muelles, en el que se conservan algunas casas de los siglos XVI y XVII y el conocido *Spanish Arch*, de delicada ojiva.

Los aires y las músicas de baile que más complacen a la juventud que aparece en las comedias shakespearianas suelen ser también españoles, con marcadas preferencias de nuevo hacia los procedentes de nuestras Islas Afortunadas. Y hasta en el pleito matrimonial de su rey Enrique VIII con nuestra princesa Catalina de Aragón, Shakespeare no sólo opta por las razones de ésta, sino que la recrea e idealiza hasta el punto de convertirla en uno de los personajes femeninos más atractivos y limpios de su extenso repertorio teatral, comparable acaso con la fiel Cordelia de *El rey Lear* o con la tierna Imogda, de *Cimbelino*.

Hace observar nuestro gran traductor y comentarista de Shakespeare, don Luis Astrana Marín, que no solamente en la obra de este autor, sino en toda Inglaterra, se percibe un cambio radical de opinión acerca de España durante los últimos años del reinado de Isabel I y los primeros de Jaime I, que inaugura la dinastía de los Estuardo. España, simplemente, estaba de moda en la nación inglesa y el propio rey Jaime encargó a Shakespeare que’ presidiese la comisión de recepción a nuestro embajador recién nombrado en aquel

entonces, don Juan Fernández de Velasco, duque de Frías, escritor también y amigo del gran dramaturgo inglés durante los años que permaneció en su cargo diplomático.

De todo ello, deduzco —presunción personal que a nadie compromete, sino a mí mismo— que la tan cacareada «enemistad histórica» entre el país de Kipling y el nuestro es un monstruo creado por el antihistoricismo de los, por otra parte admirados, Dickens, Wells y hasta si me lo permiten decirlo, ¿por qué no?, de los Belloc y Chesterton.

Un extraordinario retablo de personajes

Puck de la colina de Pook es un extraordinario retablo de personajes de la historia real inglesa, en sus distintas épocas. Tan reales e históricos son la mayoría de los protagonistas que en este libro aparecen, que me he visto obligado a añadir al original una considerable cantidad de notas al texto para desvelar su personalidad, no siempre clara para nosotros. Este libro es, pues, un compendio muy completo de lo que fue Inglaterra desde la aparición del hombre en sus espesos bosques hasta el reinado de Enrique VIII, fallecido el 28 de enero de 1547. Pero no es tan sólo un epítome de la historia inglesa.

Un libro de amor

Yo diría que por encima de ello, la obra que el lector tiene ahora en sus manos es un libro de amor. Y no de un juvenil y primerizo amor, sino de un viejo amor reencontrado. Kipling nace en Bombay; se educa en su infancia en Inglaterra; viaja por vocación o por obligación por buena parte del mundo; pasa dos estancias más o menos largas en los Estados Unidos y regresa ya en su madurez a una Inglaterra tan bien conocida por información testimonial y libresca como por propia experiencia. Se afinca —no podía ser de otro modo— en uno de los llamados «home counties» que forman el corazón de la Inglaterra que rodea a Londres. Sussex es el lugar elegido por Kipling para permanecer ya para siempre en su país. Instalado en su finca *Batesman's*, en Burwash, escribe aún buena parte de su obra que constituye un capítulo más —muy importante—, del acto de amor literario del que hablábamos antes, y que parece encontrar su inicio en 1906 cuando publica, con su espíritu abierto al hondo lirismo shakespeariano y el recuerdo vertido sobre su añorado paisaje de Sussex y de los South Downs, la historia de este Puck, el duendecillo del *Sueño de una noche de verano* que, como se lee en el texto de esa obra, es un alegre rondador nocturno:

¿Ouién es Puck?

Yo divierto a Oberón y le hago sonreír cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de habas imitando el relincho de una yegua joven. Y a veces me acurruco en el tazón de una

comadre, en forma de pero cocido y cuando va a beber choco contra sus labios y hago derramarse la cerveza sobre su marchita papada. La prudente tía, refiriendo un cuento triste, suele equivocarme con su banqueta de tres pies; entonces resbalo por entre su nalgatorio, ella da de bruces y grita: «¡Sastre!» y cae en un acceso de tos. Y al punto la concurrencia apretándose los costados, ríe y estornuda y jura que nunca ha pasado allí unas horas más alegres…

Un duende introductor de embajadores

Puck es, pues —el texto shakespeariano lo deja bien claro—, un apropiadísimo introductor de embajadores históricos, un ser maravilloso tan travieso como buen chico que, en definitiva, se aviene a presentar ante los ojos desorbitados de Dan y Una —deliciosa Una…, *Pharisees… or fairies?… Oh, I see…*—, realidades que sucedían en tiempos en que los hombres y mujeres eran distintos de lo que son hoy, a quienes los niños aceptan con absoluta naturalidad, sin imaginar un solo instante que aquellos aparecidos de ultratumba son locos furiosos ni sospechar tampoco que los que han perdido la razón son quizás ellos mismos. Esta atmósfera de real irrealidad es uno de los rasgos más destacables y bellos de la obra de Kipling, a mi modo de ver irrepetible, aunque su autor decidirá darle continuidad en *Rewards and Fairies*. Sea como sea, en estas dos narraciones de Puck se abre y se consume el ciclo de literatura fantástica que Kipling dirigió a niños y a adolescentes. El resto de sus intentos —que los hubo—, es simple añadidura, siempre digna de tenerse en cuenta, pues no en vano salió de su prodigiosa pluma, aunque realmente no aporta nuevos hallazgos.

Diez historias insuperables

Las diez historias contenidas en este volumen se me antojan auténticamente insuperables; sus personajes, tanto imaginarios como históricos, poseen una consistencia literaria al alcance tan sólo de un gran escritor. Todos ellos están dotados de una difícil capacidad para expresarse con escasísimas palabras, como es el caso, por ejemplo, de los padres de Dan y Una e incluso, sin aparecer *físicamente* en todo el libro, el de la señorita Baker, la maestra-institutriz.

Diez historias insuperables

Pero, extrañamente, si con alguno de esa numerosa galería de personajes tuviera yo que quedarme, elegiría, para metérmelo muy adentro, al viejo Hobden, podador de setos, no sólo porque tal profesión evoca en mi ánimo íntimos y reprimidos impulsos vocacionales, sino porque representa como ningún otro a la misma tierra que le vio nacer, en la que se halla irrevocablemente

enraizado. Hobden sabe incluso ver en el alma un tanto deficitaria de su hijo, «el chico de las colmenas», la continuación de una especie humana que está muy al corriente de lo que tiene que saber, es decir, de los secretos inapreciables de una realidad que se crea y se destruye en nosotros mismos y que, en consecuencia, es autosuficiente para hacernos sentir la pulpa de la vida, siempre en contacto con el mundo de la naturaleza y con la experiencia de un pasado remoto que, sin duda alguna, fue mejor porque aceptaba saludables vectores de otra realidad en los que la magia y el ensueño eran, más que posibles, necesarios. Yo creo que es Hobden el único que comulga alma con alma con el espíritu burlón de Puck, el ser privilegiado capaz de valorar adecuadamente la tragedia que supone para el hombre el final decisorio de la pérdida de una concepción mistérica de un aspecto existencial basada en conceptos no menos operantes que aquellos que encuentran su origen en procesos empíricos sensoriales. Como afirma el biógrafo de Kipling, Charles Carrington, Hobden es consciente de ser quien puede comprender en toda su extensión las preguntas que se formuló Kipling al iniciar este libro: «¿Qué debiéramos conocer de todo aquello que sólo Inglaterra conoce? ¿Qué podemos saber de la actual Inglaterra si previamente no experimentamos un sentimiento de continuidad con la Inglaterra del pasado?» En su genuina rusticidad, Hobden se nos presenta como personaje que comparte y lamenta el elegiaco final de *La Tempestad*, cuando —como hace observar Astrana Marín—, Próspero se despide de una concepción vital que emana de la validez suprema de la ilusión, de la fantasía y del arte (cf. *La Tempestad*, acto V, escena única).

La despedida de Próspero y la despedida de Puck

Nos parece que en *Puck de la colina de Pook* hay mucho de despedida al mundo del encantamiento y también una vena de indudable dolor por la pérdida del sentir poético. Pero, al igual que en *La Tempestad*, la renuncia al ensueño no se traduce en la obra de Kipling en aceptación resignada y mansueta. Kipling es un adalid de la poesía y en modo alguno depone su calidad de gran soñador. Los espíritus de su vieja Inglaterra le incitan a proseguir la inefable labor de poetizar la existencia humana. Nuestro escritor no abdica, como el Próspero de Shakespeare, su condición de legatario de la fantasía, no rompe su varita de mando ni la hunde a muchas brazas bajo tierra. Y menos aún se lamenta de sentirse huérfano de ingenio para cumplir sus designios ni horro de arte para encantar, tanto más cuanto al otro lado del ensoñamiento espera la desesperación de la que sólo salva la plegaria.

Encanto

Por el contrario, Kipling parece empeñado en hacer suyos los versos iniciales de la *Mascarada* de la gran comedia shakespeariana y decide permanecer inmerso en el mundo del encanto y de la naturaleza:

y naturaleza

… de los fértiles campos de candeal, de centeno,
de cebada, de avena y de guisantes,
de montes encrespados, donde pastan corderos,
de amplias praderas de mala hierba
donde tienen su aprisco,
de bancales bordeados de peonías y lirios
que el esponjoso abril hace brotar…

Kipling se mantiene fiel a un mundo en el que no es posible la vida de los hombres de no mediar la magia de la fantasía y de la ilusión, un mundo conformado con idéntico pálpito que posee el de la propia isla de La Tempestad, *lleno de rumores, de sonidos, de dulces aires que deleitan y no hacen daño. A veces un millar de instrumentos bulliciosos resuenan en mis oídos y a instantes son voces que, si a la sazón me han despertado después de un largo sueño, me hacen dormir nuevamente. Y entonces, soñando, diría que se entreabren las nubes y despliegan a mi vista magnificencias prontas a llover sobre mí; a tal punto que cuando despierto, ¡lloro por no soñar todavía!*

Creo que estas bellísimas palabras del esclavo, salvaje y deforme Caliban, contienen espíritu de trascendencia lírica que informa a los dos libros que protagoniza Puck y, a su vez, compendian un principio didáctico que podría resumirse en estas sencillas palabras: quien no sueña, no vive; quien no alienta en la poesía se convierte en simple sombra sin significación real.

La primera vez que visité Inglaterra me propuse recorrer el escenario de la batalla de Hastings. Invité a ello a una joven escocesa con la que compartía estudios y hospedería y se negó a hacerlo, fingiendo extrañeza:

—*What are we two supposed to do in silly Sussex?* —preguntó.[167].

El condado de Sussex

Poco después caí en la cuenta de que buena parte de los ingleses otorgan al condado de Sussex el epíteto de bobalicón o tontaina, no obstante ser uno de los «home counties», y en consecuencia, el corazón de Inglaterra. El adjetivo «silly» no resulta en este caso peyorativo; más bien trata de encubrir una debilidad afectiva, desprovista de malicia y pletórica de comprensiva

tolerancia. Marcus Crouch, buen conocedor de los «home counties», afirma que la palabra «silly», referida a Sussex, jamás se ha utilizado como sinónimo de tontería o estupidez. Tal epíteto es una más entre las muchas palabras que en todos los idiomas van perdiendo su primitiva significación para adquirir nuevos matices. Al parecer, «silly» proviene de la raíz sajona *selig*, que en el idioma de la Inglaterra pre-normanda se empleaba para designar a lo «sagrado» o «bendito».

El vocablo «bendito», lo mismo en inglés que en castellano, ha adquirido con el tiempo una acepción muy distinta de la original y resulta término de usual aplicación a todas aquellas criaturas humanas que por una razón u otra acusan tardanza en reaccionar a estímulos externos o muestran un exceso de confianza en situaciones que exigen pronta acción para evitar males mayores. Lo cierto es que en opinión de los propios ingleses, Sussex es tierra productora de «benditos», quizás —como apunta el citado Crouch— por falta de suficiente comunicación con el resto del país inglés que lo circunda. Durante siglos la frondosidad de los bosques del Weald, situados entre una costa difícilmente accesible y el norte del condado, redujo el contacto humano hasta el punto —según se dice—, de obligar a los nativos a incurrir en la endogamia.

Personalmente, debo decir que viajes posteriores a «silly Sussex», me han obligado en conciencia a rechazar de plano tal acusación y a rehabilitar la fama de los oriundos de aquel bello condado. Entre los muchos personajes nacidos en Sussex que nos presenta Kipling en *Puck*, no creo que exista ninguno —ni siquiera el hijo de Hobden— que merezca el calificativo con el que los distingue el resto del pueblo inglés. Se trata, en el peor de los casos, de gente reservada, de carácter cazurro y escasa expresividad, parcos en palabras, excelentes encajadores de infortunios y no carentes de sentido del humor, como bien lo demuestra el tipo irrepetible de John Collins, el forjador de hierros del capítulo «Hal, el delineante», de este libro.

Síntesis de historia, arte y paisaje

Sussex, además del atractivo humano que ofrecen sus hombres y sus mujeres, es también síntesis de historia, de arte y, sobre todo, de paisaje. Por algo lo eligió Kipling para recalar en él tras sus últimas singladuras de viajero… Los suaves y verdes Downs; el Weald, frondoso aún de bosque; el Marsh, en el que hoy nadie asegura que no habiten espíritus y duendes; sus llamados «cinco puertos» normandos; las huellas dejadas por el hombre primitivo en la tierra que habitó, consistentes en sus propios huesos y utensilios de piedra; la inquietante y popularísima silueta del *Long Man* prehistórico; el yacimiento

de la Edad de Bronce de Bow Hill, con sus tumbas en corredor, algunas de ellas lamentablemente lesionadas por el rejón del arado; los cursos pausados de sus ríos, el Arun, el Ouse, el Rother, que a lo largo de siglos han logrado robar tierra al mar con sus depósitos de deyección y sus aluviones, hoy fértiles en pastos; las ruinas de antiguas abadías; los rastros indelebles de familias ilustres, como la de los Godwin; el testimonio de sajones y normandos en lo que resta de sus obras arquitectónicas e ingenieriles; la mansión de los Parham, el más bello de los edificios de la época de los Tudor que existe en el sur de Inglaterra; el anillo de Chanctonbury, en las cercanías de Steyning, que ofrece una de las vistas más familiares y abiertas del condado; los santos de Sussex —¿cómo no iba a darlos un condado bendito?— en especial, san Cuthman, tan vivo aún en el recuerdo de todos, que nuestro contemporáneo Christopher Fry lo eligió como protagonista de su mejor pieza teatral; las pequeñas iglesias abandonadas que tan deleitables resultaban para Kipling, como Clayton Church, obra de albañiles pre-normandos; las playas de Ditchling y de Firle y tantas otras…; el castillo de Arundel, propiedad de los duques de Norfolk, o el de Lewes, con su doble foso, que preside aún la vieja y hospitalaria ciudad… Todos ellos son lugares que tras la lectura de *Puck de la colina de Pook* suenan con grato aliento familiar en los oídos del lector.

Una tierra, unas historias, un paisaje…

«Puck», el sempiterno duendecillo travieso, utilizando quizás el poder de rememoranza y de olvido de sus tres hojas —el roble, el fresno y el espino—, nos ha arrebatado de la realidad del mundo para mostrarnos la ternura nutricia de su magia blanca, y hacernos ver con la mirada del amor y del arte, una tierra, unas historias y un paisaje…

JORGE FERRER-VIDAL

Bibliografía[168]

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1881	*Schoolboy Lyrics*[169]	Rimas escolares
1886	*Departmental Ditties*	Sátiras provinciales
1888	*Plain Tales from the Hills*[170]	Cuentos de las montañas (1900)
1889	*From Sea to Sea*	De mar a mar
1890	*Three Soldiers*	Tres soldados (1948)
1890	*We Willie Winkie*	Nosotros, los Willie Winkie
1890	*The Light that Failed*	En tinieblas (1956)
1891	*Life's Handicap*	Inconvenientes de la vida
1892	*The Naulahka*	The Naulahka
1892	*Barrack-Room Ballads*	*Gunga Din* (1946)
1893	*Many Inventions*.	Figuraciones varias
1894	*The Jungle Book*.	*El libro de la selva* (1944)
1895	*The Second Jungle Book*.	*El segundo libro de la selva* (1948)
1896	*The Seven Seas*.	Los siete mares
1897	*Captains Courageous*.	*Capitanes intrépidos* (1940)
1898	*The Day's Work*	El trabajo diario
1899	*Stalky & Co*.	*Stalky & Co*. (1968)
1901	*Kim*.	*Kim* (1941)
1902	*Just So Stories*	*Precisamente así* (1983)
1903	*The Five Nations*	Las cinco naciones
1904	*Traffic and Discoveries*	Singladuras y descubrimientos
1906	*Puck of Book's Hill*	*Puck* (1945)
1909	*Actions and Reactions*	Hechos y reacciones
1910	*Rewards and Fairies*	*Prodigios y recompensas* (1982)
1913	*Letters of Travel*	Cartas de viaje
1913	*Songs from Books*	Poemas de libros
1917	*A Diversity of Creatures*	Distintos personajes
1919	*The Years Between*	Los años intermedios
1923	*Land and Sea Tales*	*Mar y Tierra* (1958)
1923	*The Irish Guard in the Great War*	La Guardia Irlandesa en la Gran Guerra
1926	*Debits and Credits*	Activos y pasivos
1927	*Brazilian Sketches*	Escenas brasileñas
1928	*A Book of Words*	El libro de las palabras

1930	*Thy Servant a Dog*	Tu servidor el perro
1932	*Limits and Renewals*	*Límites y horizontes* (1958)
1937	*Something of Myself* (obra póstuma)	*Algo sobre mí mismo* (1945)

Notas

[1] Se refiere el rey Felipe II de España y a la Armada Invencible que el monarca español envió contra la reina Isabel I de Inglaterra, en 1588. La Armada, al mando del inexperto duque de Medina-Sidonia, constituida por grandes galeones y pesados navíos de carga, no pudo competir con la flota inglesa, más ligera y de gran capacidad de maniobra. La Armada, tras ser derrotada, emprendió una trágica singladura de regreso a España por el norte de la Gran Bretaña y el oeste de Irlanda, donde los temporales la destruyeron casi en su totalidad. <<

[2] *Domesday Book* o *Libro del Juicio Final*. Una de las primeras medidas tomadas por los normandos después de su invasión de Inglaterra, en 1066, consistió en determinar la distribución de la riqueza en el reino recién conquistado. Para ello, el rey Guillermo el Conquistador ordenó la redacción de un gran libro-catastro en el que se recogieron con singular detalle las propiedades y bienes de la población sajona. <<

[3] Ultimo rey inglés de la dinastía sajona, sucesor de Eduardo el Confesor, que murió sin descendencia. Harold II fue derrotado en Hastings por los invasores normandos de Guillermo I el Conquistador. <<

[4] La romanización de Britania comenzó en el año 57 (a. de C.), con la llegada de Julio César a su costa del sur. <<

[5] Se refiere a los escasos aunque muy importantes restos arqueológicos que perduran en Inglaterra de distintas épocas prehistóricas. <<

[6] Isla imaginaria y fantástica en la que, según la leyenda, nació Merlin, el mago de la corte del Rey Arturo y de sus caballeros de la Tabla Redonda. <<

[7] Comedia del gran dramaturgo inglés William Shakespeare (1564-1616) de la que —como se verá en el apéndice dedicado al estudio de *Puck de la colina de Pook*— Kipling tomó como punto de partida para la creación de este libro.

«Puck» es el duendecillo del entremés que se desarrolla en la comedia shakesperiana, en la que aparecen también otros personajes en este primer capítulo. Para orientación del lector, se transcribe a continuación el texto original de Shakespeare, acerca del carácter y la personalidad de Puck, el duende:

Dice el Hada: «O me engaña en absoluto vuestro exterior o sois ese duende maligno y desenfadado que llaman Robin, el Buen-Chico. ¿No sois aquel que asusta a las mozas aldeanas, espuma la leche, enreda en el molino de mano, y haciendo inútiles todos los esfuerzos del ama de casa, impide que la manteca cuaje y otras veces que fermente la cerveza? ¿No extraviáis a los que viajan de noche y os reís de su mal? A los que os llaman Aparición y dulce Puck les adelantáis el trabajo y les dais buena ventura. ¿No sois vos ése?» (*Sueño de una noche de verano*, acto II, escena 1.a).

Por considerarla insuperable, damos a todos los textos shakesperianos que aparecen en este volumen la traducción de Luis Astrana Marín. <<

[8] «El tejedor» o «Lanzadera», en la versión española del *Sueño de una noche de verano*, del citado Luis Astrana Marín. Personaje de la citada comedia. La acción que describe Kipling corresponde a la escena 1.ª del acto IV de la obra. <<

[9] *El Sueño de una noche de verano* se concibió para ser representada en *Midsummernight*, es decir, la noche del 24 de junio, solsticio de verano, día que también en España se celebran los ritos de la hoguera y de la pólvora, de origen tan remoto como las ceremonias esotéricas con las que los ingleses conmemoran la llegada del solsticio. <<

[10] Especie de galletas inglesas duras u generalmente sin sal. <<

[11] Personajes de la tragedia clásica que se convierte en entremés en el *Sueño de una noche de verano*. El drama de estos enamorados que concluye en el original con la muerte de Piramo por su propia mano, se transforma en sainete en la obra de Shakespeare, con final feliz para no atemorizar a aquellos que la presencian. Nick Bottom hace constar claramente tal intención, con las siguientes palabras: «Escribidme un prólogo y en ese prólogo se dará a entender que no hacemos daño a nadie con nuestras espadas y que Piramo sólo se mata en broma» (acto III, escena 1.ª). <<

[12] *Obra cit.*, act. III, esc. 1.ª. <<

[13] *Obra cit.*, act. III, esc. 1.ª. <<

[14] Amplia zona de pequeñas colinas cubiertas por herbazales que no exceden los 300 metros de altitud. Se extiende por los condados de Sussex y Kent, y concluye en los acantilados blancos de Dover. <<

[15] El título completo de esta conocida balada, escrita por Richard Cobert (1582-1635), es el siguiente: *A proper new ballad, intituled The Fairies Farewell or a God-a-Merry Will*. El texto transcrito pertenece a la primera estrofa. <<

[16] Cuarta estrofa de la balada citada en la nota anterior. **<<**

[17] Voz de capricho que, como *chichirimoche*, se usa como equivalente de *nada*. **<<**

[18] Yacimiento neolítico inglés, hallado en el condado de Sussex, al norte de las ruinas de las murallas de Cissbury Ring.

Dentro de las culturas neolíticas hay que destacar los grandes santuarios megalíticos de Avebury y de Stonehenge, coexistentes con la cultura del vaso campaniforme (4.000-2.500 a. de C.) y adaptados más tarde (año 1000 a 50 a. de C.) al culto de los celtas. <<

[19] Desayuno habitual en Inglaterra, incluso en nuestros días. Consiste en avena molida mezclada en leche. Según los ingleses tal alimento resulta en extremo nutritivo y aporta valiosas reservas calóricas. Se sirve muy caliente, puesto que el brebaje solidifica a temperatura inferior a 40 grados. No es raro, por lo tanto, que el *porridge* haya dado lugar al siguiente proverbio inglés: «Keep your breath to cool your *porridge*» («Guarda el aliento para enfriar tu porridge»), que utiliza la población adulta inglesa para imponer silencio a los niños, sufridos consumidores preferenciales de tan extremado manjar. <<

[20] Literalmente, tomar posesión. Como se verá en el capítulo siguiente, se trata del acto simbólico mediante el cual un hombre libre accede a la propiedad de determinadas tierras concedidas por el rey o representante autorizado por la Corona, en pago de servicios prestados. Se trata, por lo tanto, de un uso o costumbre de acusado matiz feudal. El feudalismo como sistema social aparece en Europa con la caída del Imperio carolingio y constituye la forma de gobierno más frecuente en nuestro viejo continente desde el siglo X al XIII. En Inglaterra se establece el feudalismo a partir de la invasión normanda (1066). <<

[21] Kipling hace referencia a sir Huon de Bordeaux, protagonista de un poema francés, escrito en métrica épica, que data de la primera mitad del siglo XIII. El poema narra diversas aventuras de este caballero y marca la transición entre el poema épico y la novela de caballería. En Inglaterra tuvo gran resonancia su traducción en prosa realizada por John Bouchier. Sin duda, Kipling —gran conocedor y amante de Shakespeare— hace aparecer a este extraño personaje por constituir un precedente remoto de la escena única del acto V de *La tempestad*, en el que Miranda y Fernando aparecen en escena, jugando al ajedrez. Tal hecho pareció tan insólito al crítico inglés Steevens que le indujo a buscar antecedente literario a la escena shakesperiana y fue a hallarlo, nada menos, que en la novela *Sir Huon de Bordeaux*, publicada en 1601, uno de cuyos capítulos se intitula «De como el rey Ivoryn hizo a su hija jugar al ajedrez con sir Huon». Astrana Marín califica de «pueril» el inaudito precedente aportado por Steevens. <<

[22] Se refiere a las características de los sacrificios que el pueblo celta ofrecía a sus dioses. Plinio, Estrabón y Diodoro mencionan la ofrenda cruenta de toda clase de animales y Julio César habla del sacrificio de seres humanos. Describe figuras humanas gigantescas y huecas (*immane magnitudine simulacra*), de mimbre o de madera seca, en cuyo interior eran introducidos buen número de hombres y mujeres para ser quemados a continuación en enormes piras. <<

[23] Asgard es la residencia de los dioses escandinavos, concretamente, el «Olimpo» de la mitología noruega. Está dividido en doce amplias salas que ocupan los dioses más importantes, entre ellos, Thor. Él Asgard incluye la morada de los héroes de Odín, conocida por el nombre de Valhalla. Thor, dios de barba roja, hijo de Odín y de la Tierra, gobierna el tiempo y las cosechas. Viaja en un carro de guerra, tirado por machos cabríos, cuyas pisadas producen el trueno. Thor mantuvo desigual y heroica lucha para desalojar del Asgard a los malignos gigantes.

Hay en la literatura inglesa varios libros que narran la lucha de Thor contra los gigantes; quizá, el más conocido sea el del poeta Victor Gustave Plarr (1863-1929). Sin embargo, el libro al que se refiere Una es la leyenda anónima de *Los héroes de Asgard Thor*, traducida al inglés en 1899 por Mrs. Boult. El lector español interesado en temas de la mitología vikinga puede leer el interesante libro de Brian Branston, *Dioses y héroes de la mitología vikinga*, E. G. Anaya, Madrid, 1985. <<

[24] Pirata, probablemente de origen juto que asoló las costas inglesas durante el siglo VIII. <<

[25] Andover es una pequeña localidad del condado de Wiltshire, rico en yacimientos arqueológicos. Dada su cercanía a Avebury y a Stonehenge, no parece aventurado suponer que en Andover y sus alrededores hayan existido templos celtas o de cualquier otra cultura arraigada en tierra inglesa. <<

[26] El astuto herrero, héroe de la leyenda germánica y escandinava. Su historia se narra en las más viejas canciones de los Eddas. Wayland era señor de los duendes, lo que le aproxima a las figuras de la metalurgia mitológica de la Europa occidental. Como Vulcano, era cojo, y los motivos de su huida, volando por el espacio celeste, recuerdan la aventura del Dédalo de la mitología griega. **<<**

[27] Versos 24, 38 y 39 de la extensa y famosa balada escocesa *Kilmeny*, que trata del ensoñamiento de una hermosa muchacha.

El poema es original de James Hogg (1770-1839). Probablemente, Kipling debía transcribir de memoria los versos de otros autores que intercala en su texto. Como otras veces en este mismo libro, hay una inexactitud en el segundo verso de esta balada, concretamente, el 38 del original: *For Kilmeny had been she knew not where* («Pues Kilmeny no sabía dónde había estado»). <<

[28] Héroe troyano de la mitología greco-romana, hijo de Afrodita y de Anquises. Virgilio glosó en la Eneida su huida de Troya y sus largos viajes, aventuras y amores por el Mediterráneo. Eneas abandonó a Dido, reina de Cartago, que se quitó la vida de dolor. Otras fuentes indican que Eneas creó la estirpe de Rómulo, fundador de Roma. <<

[29] Marco Junio Bruto (85-42 a. de C.). Fue con Casio jefe de la conspiración que acabó con la vida de Julio César. Muerto éste, Bruto tomó el mando de la guerra contra Antonio y Octavio, al frente de las tropas senatoriales de los Balcanes. Después de su derrota en Fillipo, puso fin a su vida. <<

[30] Famosa ciudad de Asia Menor, de muy avanzada cultura, que floreció alrededor del año 1500 a. de C. El rey de Troya, Príamo, en el transcurso del primer milenio antes de Cristo, envió a su hijo Paris a Grecia, en viaje de recreo. Una vez allí, Paris raptó a Helena, esposa de Menelao, rey de Mesenia y Lacedemonia, y hermano de Agamenón, rey de Micenas. Ante tal hecho siguió una larga guerra entre aqueos y troyanos que relató para la posteridad el gran Homero en la *Ilíada*. **<<**

[31] Literalmente, *bahía o cala pedregosa*. Recodo con fondo de piedras que debe formar el río que atraviesa la finca de Dan y Una. <<

[32] Personaje legendario perteneciente al ciclo artúrico y a los caballeros de la Tabla Redonda y del Santo Grial.

Hay un grabado que lo representa llevando a dos niños, mientras su caballo abreva en un arroyuelo. Tal representación es tan tópica como el dibujo en el que aparece el rey Robert Bruce, de Escocia, contemplando la araña que una y otra vez intenta construir su tela, o el retrato de Enrique VIII, de Holbein. <<

[33] Pequeña localidad y posible feudo, en su tiempo, situado en el oeste de Sussex. <<

[34] Primer rey inglés de la dinastía normanda, hijo ilegítimo de Robert I de Normandía y de una tal Arietta, hija de un curtidor de Falaise. Vencedor en la batalla de Hastings, fue coronado rey de Inglaterra el día de Navidad de 1066. Hombre ecuánime y justo, sufrió numerosos atentados por parte de los sajones vencidos. Tras un intento generalizado de rebelión, que incluía la matanza de todos los normandos de Inglaterra, actuó como un verdadero tirano. Asoló el país y despojó a los sajones de sus propiedades para entregarlas a la nobleza normanda que le había ayudado a ganar la invasión y a reprimir a los rebeldes. Fue el monarca que ordenó la redacción del *Domesday Book*. Reinó veintiún años. <<

[35] Engenulf es un nombre de raíz germánica, mientras que De Aquila es un topónimo italiano. Con ello, Kipling pretende divulgar la enorme extensión que ocuparon los normandos en la Europa de los siglos X y XI, que se extendía desde los Pirineos hasta las orillas del Elba, incluyendo el norte de Italia. Aquila es una ciudad del ducado de Benevento, conquistado por los normandos al Papa León XI, en 1053. El caballero De Aquila, de Puck, posee una viveza de ingenio y un sentido práctico de la vida que, además de ganarse la simpatía del lector, responde a una mentalidad más mediterránea que nórdica. Probablemente, Kipling pretendió ofrecernos la figura de un caballero normando asentado en Italia y convocado por su rey para proceder a la conquista de Inglaterra. Hay que hacer notar la gran imparcialidad de De Aquila en el momento de dirimir diferencias entre sajones y normandos y su interés en crear un nuevo país y un nuevo pueblo: Inglaterra y los ingleses. <<

[36] Pequeña localidad de Sussex. <<

[37] Con esta breve frase se refiere Una a 1066, año de la invasión normanda. Los escolares ingleses están tan familiarizados con esa eventualidad histórica que la designan familiarmente como el «sesenta y seis». <<

[38] Región del norte de Francia, cuya capital es Amiens. <<

[39] Para comprender la sorpresa de sir Richard ante la inexplicable actitud por parte de sus nuevos siervos sajones de detener sus trabajos e incluso parar el molino, tan pronto como alguien alega que algo podría ser contrario a las costumbres o usos del feudo, hay que formular ciertas precisiones. Britania, ocupada por Roma desde el año 55 a. de C., no experimentó, sin embargo, un proceso de romanización tan intenso como otras provincias del Imperio (Galia, Italia, Hispania). La escasa penetración cultural de Roma en Britania se manifiesta, entre otros aspectos, en la no asimilación de la normativa jurídica del Imperio romano, cuya característica más acusada fue la primacía del derecho escrito sobre cualquier otra consideración de uso o costumbre que, en los países romanizados, han pasado a ser fuentes jurídicas supletorias. El derecho inglés es, por el contrario, fundamentalmente consuetudinario y la norma jurídica está constituida, en primera instancia, por la práctica usual y la costumbre. <<

[40] Vemos cómo De Aquila materializa aquí esta institución de «toma en propiedad» de unas tierras que entrega, en nombre del rey, a Sir Richard, por medio de la transmisión física de un pedazo de la misma. <<

[41] Título nobiliario de origen sajón y de muy considerable prestigio histórico. Se conservan testamentos de algunos personajes que ostentaron tal título, en los siglos IX y X, que demuestran que la familia Godwin poseía extensísimas posesiones y que sus riquezas eran incalculables.

Los Godwin o Godwine se adaptaron con facilidad al sistema feudal impuesto por los normandos y su papel político fue relevante en la historia inglesa de la Edad Media e inicios de la Moderna.

Hugh era, pues, un joven de noble origen. <<

[42] Nombre de la barca de Dan y Una. En botánica, margarita. Daisy es también el nombre familiar de Margarita y su inclusión en el libro quizá sea debido a la enorme difusión que tuvo durante la última década del siglo XIX la canción que lleva ese título y que es recordada, entre otros, por los políticos Sir Winston Churchill y Harold MacMillan en sus *Memorias*:

Daisy, Daisy / Give me your answer do. / I'm half crazy / All for the love of you…

(Daisy, Daisy / contéstame, por favor. / Estoy medio loco / y todo por tu amor…) <<

[43] *Cierva dorada*. Otro nombre que los niños dan a su pequeña embarcación. Es el nombre del barco con el que Drake dio la vuelta al mundo. <<

[44] *Serpiente larga*. Tercer nombre que a veces se da a la barca citada. **<<**

[45] Nombre inglés de Ottar de Helgoland, cuyas hazañas marineras fueron narradas por el rey de Wessex, Alfredo el Grande. Narra el rey cómo el propio Ottar le informó de las rutas marítimas comerciales más utilizadas en el norte de Noruega. Ottar proporcionó también al rey datos acerca de su propia casa en el remoto norte, de sus rebaños de alces y de los tributos que recaudaba de los finlandeses, así como del largo viaje que emprendió desde el mar Báltico al cabo Norte, que logró doblar. A partir de entonces a esta ruta se la llamó «la singladura del norte», que comenzaba en Helgoland y concluía en Skiringssal.

Por boca de Ottar y Othere, el rey Alfredo lleva a cabo una perfecta descripción de los países e islas escandinavos, proporcionándonos datos geográficos del norte de Noruega que corresponden fielmente a la realidad de aquellos tiempos. <<

[46] Sir Richard se extraña de que Dan y Una le hablan con absoluta naturalidad de un viaje alrededor de la Tierra, cuando en su tiempo se consideraba que nuestro planeta era plano, de acuerdo con los conceptos cosmológicos de los clásicos griegos.

Precisamente sobre este tema, Kipling escribió un hilarante cuento, titulado *The village that voted that the Earth was flat* («El pueblo que votó que la Tierra era plana»). La sociedad inglesa ha sido siempre una genuina defensora del asociacionismo y su entusiasmo por tal actividad le ha llevado hasta el punto de que aún hoy subsista en Gran Bretaña *La Asociación de los Amigos de la Tierra plana*. El novelista Henry Fielding (1707-1754), en su gran novela *Joseph Andrews*, nos da noticia de la *Asociación de los amigos del bistec*, de cuya existencia actual el traductor y anotador de este libro no puede, por desgracia, dar testimonio. <<

[47] Pequeña isla situada en el golfo del mismo nombre y que es punto medio entre las islas Frisias septentrionales y las orientales. <<

[48] Rey de Wessex, uno de los siete reinos de la heptarquía anglosajona. Dada la gran importancia de su reinado (881-899), se le considera como el primer rey inglés. <<

[49] Artois es una región de Francia, al norte de Picardía, y que linda con Flandes. <<

[50] Localidad francesa que fue plaza fuerte en la Edad Media. Se halla al norte de París, en la orilla derecha del Sena. <<

[51] Gran ducado que comprendía la zona central de Rusia europea, cuya capital era ya Moscú. <<

[52] Rey noruego y gran rival de Alfredo el Grande. Al mando de su llamado «ejército de verano» inició una terrible ofensiva contra el rey anglosajón, en el año 871. «El ejército de verano» (*aestious exercitus*), se enfrentó en Wilton a las tropas de Alfredo, que fue derrotado. El rey de Wessex se vio obligado «a comprar la paz», a cambio de fuertes tributos. Witta se atribuye, pues, la calidad de hijo de rey. <<

[53] Se refiere sir Richard a la Asunción de la Virgen María, quien al llegar al final de su vida terrena subió a la gloria en cuerpo y alma. La definición de este dogma por el Papa Pío XII, en 1950, vino a confirmar una presunción que sostuvo siempre la Iglesia, implícita o explícitamente. Desde los primeros tiempos del cristianismo, abundan testimonios casi universales de esta creencia.

La Asunción de la Virgen María se celebraba ya mucho antes de que el emperador de Bizancio Mauricio (582-602) la declarase fiesta oficial en todo su Imperio. <<

[54] Bald, Baldr o Baldur, dios de la mitología nórdica, hijo de Odín y Frigg. El más sabio y rubio de los dioses. Murió asesinado involuntariamente por el dios ciego Hód, merced a una artimaña de Loki, dios del Mal.

Por deseo de su madre, Frigg, Bald era invulnerable y sólo podía ser muerto utilizando contra él una flecha de acebo. Tal invulnerabilidad a la enfermedad y al dolor hizo que le fuera atribuida la autoría de varios tratados médicos.

Desde nuestra perspectiva actual causa asombro comprobar lo avanzado de los conocimientos médicos de daneses y noruegos, de los que encontramos información en las «sagas» históricas de estos pueblos. <<

[55] Como hace notar Elsie Kipling, hija del autor de este libro, cuando ella y su hermano contaban con pocos años, su padre solía entrar todos los días en su cuarto de juegos y pasaba con ellos largos ratos entretenido con la recitación o lectura de varias obras de la literatura inglesa, adecuada a la edad de los niños. Elsie cuenta que se familiarizó desde su primera infancia con los poemas de Wordsworth y Longfellow, con la saga del rey Olaf, con las *Canciones de la antigua Roma*, de Macaulay, y con las *Reliquias*, de Percy.

Es, precisamente, en la saga del rey Olaf donde se hace mención a Hlaf, la mujer navegante, a la que se atribuyen sin fundamento histórico suficiente notables hazañas marineras y la autoría de un tratado de navegación. <<

[56] Ambos desórdenes físicos eran frecuentes en las largas singladuras marinas de antaño y constituyen claros síntomas de escorbuto, enfermedad originada por dietas deficitarias en alimentos frescos y en especial, en frutas y verduras. <<

[57] Parece lógico identificar a los monstruosos animales que se describen en estas líneas con los cocodrilos que habitan en los ríos africanos. <<

[58] Personaje histórico anglo-danés. La *Crónica Anglosajona* nos lo presenta como comandante de una fuerza militar danesa que en el año 1012 ocupó Canterbury y asesinó a su obispo Aelfheah. <<

[59] Localidad de Sussex en cuyas cercanías se libró la batalla entre el rey sajón Harold y el normando Guillermo. La victoria de este último abrió las puertas de Inglaterra a la ocupación normanda. <<

[60] Se trata de los acantilados de Dover, distinguibles desde la lejanía en los días claros por su naturaleza caliza. <<

[61] Obras del escritor escocés Robert Michael Ballantyne (1825-1894), que llegó a publicar unas cien novelas de aventuras para la juventud. *La isla de coral* es de 1857, y cabe recordar también *Los mercaderes de pieles* (1856), *El mundo del hielo* (1859), etc. <<

[62] Puerto del sur de Noruega, situado en un profundo y bellísimo fiordo. <<

[63] Se trata de Guillermo II, segundo monarca normando de Inglaterra, hijo de Guillermo I el Conquistador. Durante los trece años de su reinado mostró una falta total de aptitud política, hasta el punto de provocar una rebelión entre sus nobles, que intentaron destronarle y ofrecer el trono de Inglaterra a su hermano Robert, duque de Normandía. Ambos hermanos entraron en guerra y Guillermo conquistó parte del ducado de su hermano (1091). Poco más tarde, Robert pidió un importante préstamo a su hermano para financiar una Cruzada a Tierra Santa, ofreciendo el resto de sus dominios en garantía. Como en 1099 Robert no había devuelto el dinero prestado, Guillermo se apoderó de la totalidad de Normandía. Fue asesinado el año 1100. Se le conoce por el epíteto de «el rojo» porque era de complexión fuerte y apoplética. <<

[64] El más joven de los hijos del Conquistador. Reinó treinta y cinco años (1100-1135). Llamado «Beauclerc», galicismo que viene a significar «buen estudioso». Fue hombre de indudable cultura. Entró también en guerra con su hermano mayor, Robert, que a su regreso de Tierra Santa pretendió recuperar su ducado de Normandía. Robert fue hecho prisionero por Enrique y trasladado al castillo de Cardiff, donde murió, tras veintiocho años de prisión. Se dice que para evitarle el dolor de contemplar su propia desgracia, Enrique ordenó que sus ojos fuesen quemados con dos agujas al rojo vivo. <<

[65] Primogénito del Conquistador, organizó una rebelión contra su padre en Francia, en 1081. Guillermo I se trasladó a Normandía para luchar contra su hijo y en plena batalla se estableció un duelo singular entre ambos. Ignorante de la identidad de su rival, Robert derribó de su caballo a su oponente, quien en su caída perdió el yelmo. Al ver que aquel gran guerrero era el rey inglés, Robert se arrodilló ante él para implorarle su perdón paterno.

El buen Robert, rebelde, devoto y visionario, encarna el ideal caballeresco de la época. Como se ha dicho en las notas anteriores, lo perdió todo a manos de sus hermanos menores: su ducado, su libertad, su vista y, en última instancia, su vida, tras larga pena de prisión. <<

[66] En su castillo de Pevensey, De Aquila ejerce una de las tres funciones esenciales del feudalismo. En nombre del rey, administra justicia en su feudo. Aunque en el texto de Kipling no se haga constar expresamente, debió ejercitar, asimismo, los otros dos derechos inherentes al señorío feudal: reclutar tropas para servicio propio y de la Corona, e imponer y recaudar impuestos en nombre del rey. <<

[67] Las dos clases sociales básicas sobre las que se fundamentaba el sistema feudal. A los hombres libres se les reconocían determinados derechos, como los de propiedad y libertad de asentamiento. Los siervos —que eran los más—, trabajaban para su señor a cambio de una retribución en especie que apenas les permitía subsistir y estaban adscritos a la tierra; es decir, en caso de que un propietario vendiese su feudo a otro hombre libre, los siervos cambiaban de dueño como si de un bien se tratara. <<

[68] Mercia. Uno de los siete reinos de la heptarquía anglosajona. <<

[69] Battle es una pequeña localidad del condado de Sussex, cercana a Hastings. Apenas se conserva algún resto de la abadía normanda. <<

[70] San Anselmo de Canterbury (1033-1109). Nació en Italia, estudió en Francia e ingresó en la Orden benedictina. En 1093 fue nombrado arzobispo de Canterbury. Es autor de varios tratados teológicos y ha pasado a la historia de la filosofía por su «argumento ontológico», con el que pretende demostrar la existencia de Dios al afirmar que la idea que el hombre lleva en su conciencia de un ser superior y perfecto, implica su forzosa existencia. <<

[71] Se trata de un poema contenido en la ya citada obra *El descubridor del cabo Norte*, que curiosamente posee una acusada similitud con el romance de nuestro Góngora, que se inicia con los versos: *Amarrado al duro banco / de una galera turquesa, / ambas manos en los remos / y ambos ojos en la tierra*… <<

[72] *Canciones de la antigua Roma*. Libro de poemas de lord Thomas Macaulay (1800-1859). Historiador y político.

Los tres fragmentos que Kipling reproduce en este capítulo pertenecen al primer poema de la obra, que lleva por título «Horatius». En esa extensa composición se narra la guerra que mantuvo Roma contra Lars Porsena y contra los etruscos y otros pueblos de la península itálica, previas a su asentamiento definitivo (aproximadamente año 500 a. de C.). <<

[73] Ciudad de Etruria, llamada hoy Volterra. **<<**

[74] Rey de Clusium que hizo la guerra a los romanos para reponer a los Tarquinos en el trono de Roma. <<

[75] *Verbena* y *Astur*, cabecillas toscanos, aliados de Porsena. *Ostia*, puerto cercano a Roma, en la desembocadura del río Tíber. *Janiculum*, una de las siete colinas de Roma, al este del Tíber. <<

[76] *Sextus*, patricio romano, traidor a su ciudad, en la obra de Macaulay. La cita en cursiva corresponde a las palabras con las que un representante de Roma recibió al traidor Sextus después de su derrota. <<

[77] Se alude a una de las características de los pictos: pintarse el cuerpo de distintos colores, como se explicará en el texto más adelante. <<

[78] Personaje central imaginario de los capítulos V-VII de esta obra. <<

[79] Para los romanos eran bárbaros —y carecían en consecuencia de derechos civiles—, todos aquellos que no gozasen de ciudadanía romana. <<

[80] Gneo Julius Agrícola (93-40 a. de C.). General romano que fue gobernador de Britania. Viajó por todo su territorio y circunvaló por mar la isla de Gran Bretaña. Llevó a cabo una gran labor pacificadora y concluyó el séptimo año de su campaña con la victoria de sus legiones sobre los pictos en Mons Graupius, en el límite sur de la actual Escocia. <<

[81] Zona de África, dominada por Roma, que se extendía por lo que es hoy Libia y Túnez. <<

[82] De acuerdo con los principios generales del Derecho romano, eran libres las mujeres legítimas de ciudadanos romanos y las de los esclavos libertos o manumitidos, así como sus hijas. No obstante, los derechos de la mujer libre en Roma resultaban puramente teóricos, puesto que quedaban sometidas a la omnímoda autoridad del padre de familia (*pater familiae*), que en casos determinados tenía facultad para disponer de sus vidas. <<

[83] Abreviación de *Pater familiae*, máxima autoridad familiar en Roma. <<

[84] Especie de caballo de escaso tamaño, gran resistencia y piel hirsuta que le hace muy resistente al frío. Es propio de los países nórdicos de Europa. <<

[85] Forma usual y tópica de designar a Roma. <<

[86] Región central de la Turquía asiática. <<

[87] Ciudad romana localizada en Britania, donde hoy se alza Southampton. <<

[88] Juego de salón para dos personas. Se practica con dados y fichas sobre un tablero especial, de acuerdo con determinadas reglas que permiten ganar no al que posea más suerte, sino al más habilidoso.

Hay en el texto de Kipling una divertida y desconcertante situación. Dan considera que el plural de «dominus» (señor) es «dominóes» (dominó) y cuando miss Blake le dice que está equivocado, Dan responde con descaro que podría ser «backgammon». **<<**

[89] Dalmacia es una comarca situada en la actual república de Yugoslavia y bañada por el Adriático. Fue intensamente romanizada y ofrece hoy importantes yacimientos arqueológicos romanos. Durante el Imperio, Augusto la convirtió en una de las dos provincias de Iliria. A partir del siglo V estuvo sometida a Bizancio. <<

[90] Pueblo tribal al norte del Ponto Euxino (mar Negro). Más tarde, se extendió por las llanuras del Danubio e invadió Europa, con los hunos. Se le considera por los historiadores como pueblo belicoso y cruel. Heródoto da en sus *Historias* amplia noticia acerca de su origen, costumbres, religión, etc. A dicho historiador remitimos a aquellos lectores interesados en el tema. <<

[91] Emperador de Roma (243-313). Nacido en Dalmacia, revitalizó el decadente Imperio, reorganizando su ejército y su sistema administrativo. Reforzó las fronteras de Roma aumentando su número de provincias y reduciendo su extensión. La gran innovación de Diocleciano fue la división del Imperio en dos partes: Imperio del este e Imperio del oeste. También innovó la hacienda pública, fijando nuevos impuestos, tanto en especie como en dinero. Introdujo en su corte el ceremonial y el protocolo persa. En el año 303 inició una severa persecución contra los cristianos. En el trono de Occidente le sucedió Galerio. <<

[92] Emperador de Roma, conocido como «el Grande» (379-395). Hasta 394 fue emperador del Este y a partir de esa fecha único César de Roma. Después de su muerte, el Imperio se divide en dos con carácter de perpetuidad. <<

[93] Hijo de Prometeo, héroe de la mitología griega en la que desempeña el papel de Noé en el diluvio ordenado por Zeus para acabar con la lamentable raza humana. Deucalión, conocedor del acontecimiento, construyó una balsa, embarcó en ella a su mujer, Pirra, y ambos llegaron, sanos y salvos, a las alturas del monte Parnaso. Zeus, al darse cuenta de que se trataba de dos seres puros, ordenó a Bóreas que cesase el temporal de aguas. <<

[94] Dioses de la mitología latina que protegían el hogar y eran privativos de las familias que les rendían culto. <<

[95] Es fácil identificar en este personaje de *Puck* a Magno Maximus (383-384), usurpador del trono de Graciano, a quien venció en batalla y dio muerte. En 383 Teodosio le derrotó en Aquileia y ordenó su ejecución. Tras asesinar a Graciano propuso a Teodosio —entonces emperador de Oriente—, dividir el Imperio en tres partes y adjudicar una a Valentiniano, otra a Teodosio y la tercera a él.

Magno Maximus fue un personaje cínico y siniestro al que Kipling idealiza de manera incomprensible. <<

[96] Figura monstruosa de la mitología griega, con un solo ojo y devorador de cualquier ser vivo. Ulises tuvo que enfrentarse con uno de ellos, el cíclope Polifemo, al que logró vencer con gran ingenio, según nos cuenta Homero en la *Odisea*. **<<**

[97] ¿Por qué aspira el mundo a vanagloria
si aporta siempre dicha transitoria?
Tan pronto como llega huye ágil,
pues cual vasos de vidrio es cosa frágil… <<

[98] ¿Del poder del gran César qué se hizo?

¿Y qué fue de riquezas y banquetes?

Dígalo Tullio… <<

[99] Joven matrona romana que inspiró a varios poetas, entre ellos al gran Horacio (Odas XXII, 1; V, 2). <<

[100] Ponto Euxino, mar Negro. <<

[101] Rímini es también el nombre de una ciudad de Italia, en la costa norte del Adriático. <<

[102] Provincia romana en el norte de Britania, establecida por el emperador Valentiniano (367-375), que restauró y fortificó la muralla de Adriano. <<

[103] Puck —siempre intencionado— ironiza sobre la buena voluntad y el deseo de comprensión que simboliza la figura del centurión romano y le compara con Cicerón, autor de un tratado sobre la amistad. <<

[104] Máximo grado o categoría en la iniciación de los misterios y demás conocimientos esotéricos de los fieles que rendían culto a Mitra. (Véase nota 112 de este mismo capítulo.) <<

[105] Abundan en este capítulo las formas vocativas de la declinación latina y es posible que resulten algo extrañas a los jóvenes de hoy. Sin embargo, los lectores de edad madura que hayan estudiado latín en sus estudios secundarios sabrán que el caso vocativo que indica veneración y respeto, era utilizado en medios escolares para designar jocosamente al profesorado y demás gente de importancia. <<

[106] Dios de los bosques y de los campos en la mitología griega. Se le describe con cuernos de cabra, cuatro patas y cola. Lleva en su mano una flauta, en recuerdo de una ninfa que se transformó milagrosamente en caña para eludir las pretensiones galantes de Pan. Suele ir en compañía de sátiros y pléyades. Aunque se trata de un dios benévolo, causaba pánico cuando se aparecía a viajeros solitarios. Tal como corresponde a un dios de la naturaleza, vivía en la Arcadia. Fuera de ella era considerado como un símbolo de fecundidad. <<

[107] Filósofo, historiador y general ateniente (445-355 a. de C.). Es autor de la *Ciropedia*, la *Apología de Sócrates* y la célebre *Anábasis* o «Retirada de los Diez mil». <<

[108] Se trata de la muralla de Antonino Pío, construida el año 142 para consolidar la *pax romana*, en las tierras bajas de Escocia (*Lowlands*). Se extiende a lo largo de 60 kilómetros, desde el Firth of Forth al Clyde. Poseía 19 torres para albergar a la guarnición y fue abandonada por los romanos cuarenta años más tarde. Antonino Pío (138-161) sucedió a Adriano, que erigió la muralla de su nombre <<

[109] Gesto con el que el público o el César indicaban al gladiador vencedor en singular combate que diese muerte a su compañero vencido. <<

[110] Se refiere a los guerreros procedentes de los pueblos nórdicos, daneses, jutos, sajones y noruegos, que habían de jugar un papel decisivo en la historia de Inglaterra, tras la dominación romana. <<

[111] Marco Tulio Cicerón (106-43 a. de C.). Orador, abogado y político romano. Es el más conocido de los escritores de Roma. Entre sus obras principales cabe citar los tratados *De republica, De Legibus, De senectute, De amicitia* y sus famosas *Catilinarias*. <<

[112] Dios de la luz, en la mitología indo-persa, adorado por las tribus arias como segunda divinidad después de Ahura Mazdá. Durante el Zoroastrismo, Mitra quedó oscurecido hasta que Artajerjes II volvió a considerarlo deidad astral, guardián de la verdad y protector de la justicia.

A partir del siglo 1 a. de C., se extendió su culto por todo el Imperio romano, en especial entre las clases sociales bajas. Mitra fue adorado de modo preferente por los legionarios y soldados romanos, que introdujeron su culto en Britania y otras provincias. Mitra personifica al luchador por la verdad, y en tal sentido era considerado por los soldados como un compañero más. Preconizaba la igualdad social y exigía principios éticos muy severos. <<

[113] Se refiere este verso al episodio central y de mayor importancia del culto mitraísta, consistente en el sacrificio de un toro, símbolo máximo de la fortaleza y del poder del mundo que, como cualquier otra cosa de la existencia, es llamado a un fin ineludible.

Mitra, en su calidad de dios, intercede por el hombre intentando establecer un equilibrio entre las deidades del bien (Ahura Mazdé) y del mal (Arimán). Para simbolizar lo arduo de su trabajo fue obligado por el mensajero del sol, personificado por un cuervo, a luchar contra un toro y a sacrificarlo. De la sangre del semental brotó vegetación y de su fluido procreador vida animal.

El desprecio a las cosas terrenas, el espíritu de mutua ayuda que reinaba entre los mitraístas y su sentido natural de la moral permitió a sus seguidores convivir con los cristianos hasta bien entrado el siglo III. <<

[114] Canción anónima que figura en varios de los muchos libros ingleses de poemillas infantiles (*Nursery Rhymes*). <<

[115] En los cuatrocientos diez años de existencia del Imperio romano, sólo dos de sus emperadores murieron en la Britania: Septimio Severo, en el 211, tras tres años de permanencia en la provincia con su corte y su familia, y Constancio Cloro, en el 306. Ambos fallecieron en la ciudad de York, a considerable distancia de la muralla de Adriano. En consecuencia, creemos que Kipling se refiere a la muerte de Carasius (293 d. C.), hombre de origen humilde y almirante de la flota romana que se erigió en emperador aprovechando la confusión que causaban en Britania las continuas incursiones y rapiñas de sajones, daneses y noruegos, que constituían el conjunto de pueblos que piratearon Inglaterra durante la dominación romana para convertirse, más tarde, en invasores. A todos ellos, Kipling los designa como los hombres de «los cascos alados». <<

[116] La diosa Victoria tenía asignada la protección de las legiones romanas y velaba por sus triunfos. Recibió culto oficial en todo el Imperio. Se le erigían enormes estatuas conmemorativas en acción de gracias por victorias militares. Tácito, en sus Anales (XIV, 32, 1) nos cuenta el terror que causó en las legiones de Roma —precisamente en Britania—, la súbita e inexplicable caída de una estatua de la diosa Victoria erigida en las cercanías del Támesis y que, para mayor horror de los soldados, quedó postrada en el suelo, ofreciéndoles la espalda. **<<**

[117] La creencia en los oráculos o profecías de los dioses, interpretados por sacerdotes o sacerdotisas, estuvo más extendida en la Grecia clásica que en Roma. Cuando en el Bajo Imperio las creencias religiosas tradicionales cedieron paso al cristianismo, que se hizo religión oficial a partir del 313, con el Edicto de Milán, los que permanecieron fieles al paganismo solían incidir en prácticas religiosas de origen oriental, como es el caso de Rutilanus y del propio Parnesius, que rozaban los límites de la superchería y, lógicamente, de la superstición. **<<**

[118] Véase nota 70 del capítulo VI (pág. 156). <<

[119] Teodosio el Grande (347-395) fue emperador de Oriente desde el año 379 y de todo el Imperio romano desde el 394. Era hijo del general Teodosio el Viejo, que murió ejecutado en 376. <<

[120] Teodosio fue nombrado emperador de Oriente por Graciano el año 379. En 388 se enfrentó en Aquileia a Magno Maximus, al que derrotó y ajustició tal como éste había hecho con su «colega» Graciano. <<

[121] Distinción o recompensa militar que se concedía a todos aquellos oficiales del ejército romano que se distinguían en acción de guerra. <<

[122] Nombre con el que familiarmente se designa en Inglaterra a los zorros. Tal denominación proviene de la corrupción de la palabra francesa «renart» o «reynard», que se extendió por Inglaterra gracias a la traducción del *Roman de Renart* realizada en 1481 por William Caxton, cuyo título era *Reynard, the fox*. «Reynard» derivó pronto en Reynolds, apellido común en los países de habla inglesa. <<

[123] Capital del Imperio asirio, en las orillas del Tigris. Fue asentamiento neolítico cuyo origen se remonta al quinto milenio antes de Cristo. A la caída del Imperio asirio pasó a poder de los medos y de los babilonios. Se convirtió en centro de gran importancia cultural, comercial y militar. <<

[124] Referencia directa al profeta Jonás. <<

[125] Rebelde inglés que desplegó su actividad en el reinado de Enrique VI, durante la Guerra de las Dos Rosas. Cade condujo a los amotinados del condado de Kent hasta Londres, después de matar a dos encargados del orden público y organizó una gran protesta colectiva por los altos impuestos que gravaban al pueblo y por la incompetencia del rey y sus políticos. Ocupó la ciudad y la mantuvo en armas durante tres días hasta lograr el perdón real. Pocos días más tarde, acusado de provocar nuevos desórdenes, fue detenido y muerto. <<

[126] Pirata escocés, celebrado en la balada Sir Andrew Barton, de autor anónimo. Se dedicó a asaltar barcos mercantes, en especial portugueses en aguas inglesas, al servicio del rey de Escocia. Aunque algunas fuentes históricas ponen en duda su calidad de pirata, hoy, tras la publicación por parte de investigadores portugueses de sus patentes de corso, hay certeza absoluta de que sus actividades discurrieron al margen de la ley. Sin embargo, no parece que el rey inglés Enrique VIII elevase protesta alguna al rey de Escocia sobre las andanzas de Barton. **<<**

[127] Artista, proyectista y dibujante del que no tenemos referencia histórica. Se trata, en consecuencia, de un personaje de ficción al que Kipling presenta como nativo de Sussex y admirador del artista renacentista italiano Torrigiano, del cual damos noticia en la nota 132 de este capítulo. **<<**

[128] Miembro de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, fue máximo representante de la misma en Antioquia. Compañero de viaje y de evangelización de San Pablo, predicó el Evangelio de Jesús en Chipre y en Asia Menor (*Hechos de los Apóstoles*, 13-14). Según el mismo texto, representó a la iglesia de Antioquia en el Concilio de Jerusalén (*Hechos de los Apóstoles*, 15). <<

[129] Segundo «college» en antigüedad de la Universidad de Oxford, fundado en 1263. Por colegio se entiende en el mundo anglosajón residencia de estudiantes que conviven con sus respectivos directores de estudios (tutors), en un régimen de trabajo personal, realizado en grupos muy reducidos en número de alumnos. <<

[130] Nombre por el que es conocido universalmente el arquitecto del Renacimiento italiano Donato d'Agnolo (1444-1514). Trabajó en las iglesias de San Satiro y Santa María de las Gracias, de Milán. En el año 1500 se trasladó a Roma, donde siguió un estilo muy personal, inspirado en los monumentos de la antigüedad clásica. Su *Templete* o «pequeño templo» es su obra más conocida. Proyectó para el Papa Julio II una nueva iglesia de San Pedro, monumental y de planta griega. <<

[131] Robert, the Bruce, rey de Escocia, entre 1306 y 1329. Defendió con ardor la independencia de Escocia frente a los ingleses. Tal actitud le valió el destierro, la excomunión, el encarcelamiento de su mujer y sus hijas y la ejecución de su hijo. Robert se refugió en las montañas del norte de Escocia (Highlands), reagrupó sus fuerzas y mantuvo su resistencia contra el enemigo inglés, con admirable tenacidad. El 22 de junio de 1314, en la batalla de Bannockburn, obtuvo una gran victoria sobre las tropas del rey inglés Eduardo II y con ella la independencia de Escocia.

El arrojo y el tesón de Robert Bruce llegó a hacerse leyenda. Se cuenta que mientras estaba en las montañas reorganizando sus tropas, penetró en una cueva a descansar, agobiado por sus perennes esfuerzos e infortunios. Al parecer, cuando el bravo rey llegaba ya a contemplar la posibilidad de abandonar la lucha, dio en ver cómo en el interior de la cueva una araña intentaba, una y otra vez, tejer su tela, sin importarle las continuas caídas al suelo, antes de lograr su objetivo. Entretúvose el rey en observarla y vio que la araña lograba su propósito al noveno intento. La actitud del pequeño insecto reforzó el ánimo del regio personaje que, reconfortado por el ejemplo, decidió seguir la lucha hasta obtener la victoria final. Esta leyenda fue versificada por la escritora Eliza Cook en un poema que es más que conocido entre los escolares ingleses, titulado «Bruce and the Spider». **<<**

[132] El rey inglés Enrique VIII. al igual que su gran rival Francisco I, de Francia, admiró el nuevo arte del Renacimiento italiano e hizo lo máximo que le fue posible para atraer hacia Inglaterra a los grandes artistas de Italia. Uno de ellos fue Pietro Torrigiano, que diseñó la tumba de Enrique VII, en la capilla de los reyes de la abadía de Westminster. <<

[133] Planta de la familia de las cannabáceas (*Humulus lupulus*) de origen incierto, aunque se tiene la certeza de que se cultivaba en Centroeuropa hacia el siglo VIII. Se introdujo en Inglaterra en el siglo XVI. Se utiliza para prestar aroma y amargor a la cerveza. Se le designa como planta de Marte, porque prolifera y se reproduce con gran facilidad en tierras rojizas. <<

[134] Vieja canción inglesa, obra de sir Richard Barker, que encontramos ya en la obra de Izaak Walton *The compleat angler* («El perfecto pescador de caña»), uno de los clásicos ingleses del siglo XVII.

La cita de Walton en su precioso libro difiere levemente de la que transcribe Kipling, lo cual viene a avalar la opinión ya expresada de que nuestro escritor incluía en el texto fragmentos de otros autores con ligeras deformaciones, achacables a vicios de memoria. Dice el original que transcribe Walton y que responde fielmente al poema de sir Richard Barker:

Hops and turkeys, carps and beer / came into England all in a year.

El pavo (*turkey*) procede del continente americano y fue traído a Europa por los españoles. En origen animal salvaje, fue domesticado en Europa. Es, pues, lógico que Hal Daws se asombre al verlos en Inglaterra. <<

[135] Nominativo de la declinación latina del demostrativo éste, ésta, esto, que todos los escolares que tienen la fortuna de estudiar aún latín declinan en voz alta para fijarlo en la memoria. <<

[136] Sebastian Cabot o Caboto (1476-1557), explorador y navegante italiano. Junto con su padre, John Cabot, navegó al servicio de Inglaterra a Nueva Escocia, cuya costa creyeron que se trataba del este de Asia. Tras la muerte del rey inglés Enrique VII, se trasladó a España en busca de ayuda real para realizar nuevos descubrimientos. Bajo pabellón español viajó varias veces a Sudamérica, pero fracasó en su intento de encontrar paso marítimo hacia Oriente. <<

[137] Pequeño puerto inglés del condado de Sussex, en la desembocadura del río Rother. <<

[138] Corrupción dialectal de *London* (Londres). **<<**

[139] Roger de Saint Albans, fraile carmelita, dedicado a la genealogía. Escribió un tratado histórico, *Considerans historiae sine prolixitatem*. Autor, asimismo, de un árbol genealógico de Enrique VI. Era aficionado a la pintura miniaturista y decoró uno de los libros devotos de la reina Margaret, que comandó las tropas reales en la batalla de Wakefield, ya en plena Guerra de las Dos Rosas. **<<**

[140] Pequeña localidad marítima de Kent, situada junto a la región de los pantanos de Rommey (The Marsh). Fue en su día recinto amurallado. <<

[141] Fragmentos de canciones populares de los condados de Sussex y Kent que suelen cantarse durante la fiesta anual en la que se celebra la recogida de lúpulo. La primera hace mención al contento que produce una buena cosecha, noticia capaz de levantar muertos, como es el caso de Laidinwoll. En la segunda se hace notar que una vez se ha viajado por el sur de Inglaterra desde Plymouth, en el condado de Cornualles, a Dover, en el condado de Kent, hay que convenir en que se ha conocido todo lo que merece la pena de ser visto en este mundo. <<

[142] Estas son, según Tom Shoesmith —tipo paradigmático de la clase campesina de Sussex—, las cinco partes del mundo. Shoesmith utiliza en todo este capítulo formas dialectales que la mayoría de las veces pierden su indudable encanto en su traducción a distinto idioma <<

[143] Zona geográfica del sur de Inglaterra que se extiende por los condados de Sussex, Surrey y Kent, poblada hasta el siglo XVIII por espesos bosques, que indujo a los romanos a designarla con el bello nombre de *Silva Anderida*. Rica en pastos y en huertas, produce leche, frutas y lúpulos. <<

[144] Juego de palabras imposible de traducir. Tom Shoesmith designa a las gentes de las colinas como «Pharisees», en lugar de «fairies», lo que, como es lógico, confunde a Una hasta que cae en la cuenta de lo que en realidad quiere expresar Tom. <<

[145] Nombre familiar con el que los ingleses designan a la reina Isabel I. <<

[146] Palabra peculiar que utiliza reiterativamente Shoesmith. Se refiere a la reforma de la iglesia inglesa realizada por el rey Enrique VIII, que concluyó con su separación de Roma. El Parlamento inglés, a instancias del rey, promulgó varios «Reformation Acts», leyes en las que se establecían las medidas que debían adoptarse en la liturgia y el culto eclesial. La principal y más importante medida aplicada por Enrique VIII en relación con la Iglesia reformada consistió en su subordinación al Estado y la asunción de la jefatura de la misma por el propio rey, con lo que su poder quedaba grandemente reforzado. <<

[147] Una de las citadas leyes de la Reforma inglesa dispuso la eliminación de imágenes en las iglesias, así como la simplificación del culto, que prescindió de ornamentos y de cualquier otro elemento ostentoso. Ornamentos, imágenes y otros objetos de culto fueron incautados por la corona o destrozados por el pueblo llevado de una pasión iconoclasta, inducida desde esferas superiores. <<

[148] Los seres maravillosos de las colinas que emigran de los pantanos de Dymchurch, designan a los humanos como «gentes de carne y sangre» <<

[149] Hithe o Hythe fue uno de los llamados por los normandos «Cinque Ports» de Inglaterra, situados en los actuales condados de Sussex y Kent. Los otros cuatro fueron Hastings, Romney, Dover y Sandwich.

La localidad de Hithe tuvo, a partir de la conquista normanda y durante muchos siglos después, un régimen administrativo anómalo. Formaba parte del feudo de los Saltwood, señores de Canterbury, y quedó adscrito a una acusada dependencia del arzobispado de esta ciudad, en especial durante los años en que ocupó la sede arzobispal un miembro de la familia de los Saltwood.

No es, pues, de extrañar que los habitantes de Hithe y los de su hijuela o anexo Bulverhithe se sintieran afectados por todo lo que ocurriera en Canterbury, incluido el tañido de las campanas de su catedral que, lógicamente, no podían oír, ya que entre una y otra ciudad media una distancia de unas veinte millas. Hay que dar, por tanto, a las palabras de Kipling una interpretación literal en este fragmento de su texto. <<

[150] Literalmente, viuda que posee el don blanco o magia blanca, en contraposición con aquellos o aquellas que poseían el «peatgift» o don de la *magia negra*. «Peat» es el combustible que se obtiene de la turba. Tom Shoesmith pronuncia el diptongo inglés ea como si de dos e se tratara. **<<**

[151] Juego de jardín, de origen francés, consistente en pasar bolas de madera impulsadas por mazos, bajo un número determinado de aros metálicos, convenientemente hincados en el suelo. <<

[152] *Weald*, véase nota 143 de este mismo capítulo. *Down*, véase nota 14 del capítulo primero. *Marsh*, zona de pantanos que se extiende al sur de Sussex y bordea su costa, desde Rye a Dymchurch. <<

[153] Localidades marineras y centros de pesca de la costa de Sussex. <<

[154] *Fifth*, en inglés, significa literalmente *quinto*. Kipling amplía así a cinco el número de ríos que surgieron en el Edén. <<

[155] Según el *Génesis* (2,1-11), en el Paraíso brotó un río que se dividía en cuatro brazos; uno de ellos, llamado Pisón (no identificado); un segundo río, conocido como Guijón, circunda todo el país de Kus; el tercero y el cuarto son el Tigris y el Éufrates. <<

[156] *The peerage* es hoy un título honorífico, hereditario en línea directa masculina. En los azarosos tiempos en los que se narra *El tesoro y la ley*, se entendía por pares a todos aquellos que gozaban o sufrían una similar posición socieconómica y eran éstos quienes debían juzgar presuntas faltas y delitos cometidos por personas de su propia condición. **<<**

[157] Pequeña localidad cercana a Windsor, en las orillas del Támesis, donde el rey Juan I otorgó la Carta Magna, a instancias de sus nobles, en fecha 15 de junio de 1215. Su título original fue «Magna Charta Libertatum». <<

[158] Hijo y sucesor en el trono de Juan I. Como su padre, se resistió a aprobar la Carta Magna, lo que dio lugar a nuevas conmociones y guerras civiles en Inglaterra.

En el relato de Kipling aparece también, brevemente, un clérigo lla-mado Langton, que en la narración mantiene una actitud de cierta tole-rancia hacia las aspiraciones de la nobleza. Se trata, sin duda, del que más tarde había de ser arzobispo de Canterbury, Stephan Langton, que contra-riando los deseos del rey Juan se declaró vasallo del Papa, lo que contribuyó eficazmente a que el citado monarca firmase la Carta Magna. <<

[159] Saladino, jefe de los ejércitos musulmanes que se enfrentaron con el rey de Inglaterra Ricardo I, «Corazón de León», y con Felipe Augusto II, de Francia, durante la tercera Cruzada. <<

[160] Pequeña localidad de Sussex, cuatro millas al norte de Arundel. <<

[161] Los judíos de la diáspora fueron cruelmente perseguidos en Inglaterra hasta su expulsión del país realizada por el rey Eduardo I, en 1291. <<

[162] De acuerdo con la concepción del origen divino del poder, que consideraba a los soberanos como representantes de Dios en un mundo en el que ejercía su autoridad en nombre de la propia Divinidad, los fondos que se recaudaban para atender a las necesidades del rey eran considerados como pertenecientes a Dios, y sólo el monarca podía administrarlos, según su recto juicio. <<

[163] Se refiere el texto a José, hijo de Jacob, que sufrió cautiverio en Egipto con el pueblo de Israel. Joseph era un epíteto peyorativo que en la Edad Media se empleaba para designar a los judíos. <<

[164] Con estas palabras Kadmiel da a entender el máximo goce que un judío podría experimentar en este mundo, vengando así los sufrimientos que padeció el pueblo de Israel bajo la dominación de los faraones. <<

[165] Valle situado al este de Afganistán, provincia de Velayat, cuya capital es Charikar. El valle está regado por los ríos Qonduz y Panjsher, en otros tiempos ricos en arenas auríferas. <<

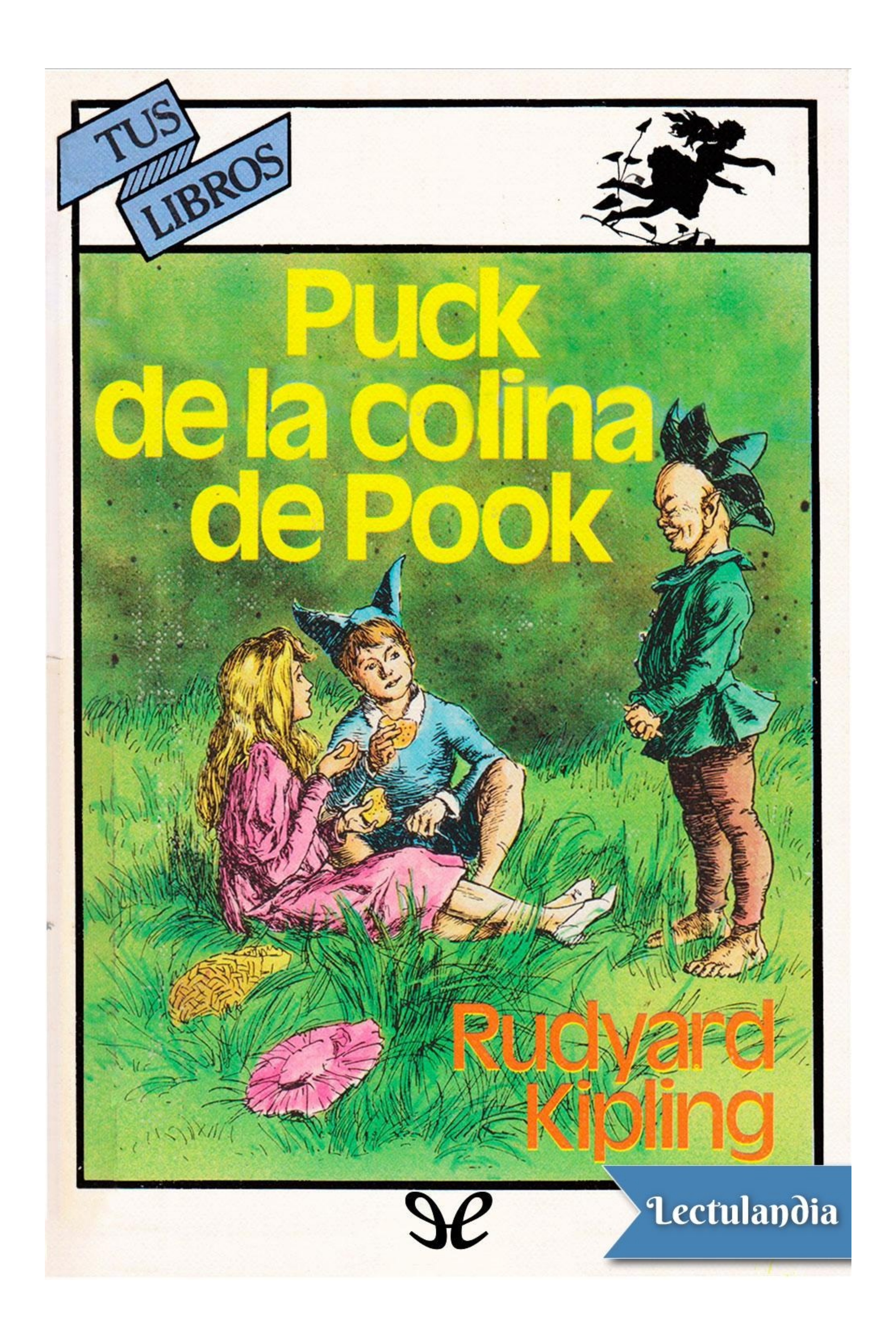
[166] Composición original de Rudyard Kipling. <<

[167] «¿Y qué vamos a hacer tú y yo en el estúpido Sussex?» <<

[168] Las Obras completas de R. Kipling aparecieron en Janés, 1951. Así pues, sólo anotamos las traducciones más antiguas e interesantes. <<

[169] Edición no venal, publicada en la India por la madre de Kipling. <<

[170] Refundida en 1890 en Three Soldiers y We Willie Winkie. <<


TUS
LIBROS
Puck
de la colina
de Pook
Rudyard
Kipling
Lectulandia